

LA NECRÓPOLIS DE EL CASTILLO (CASTEJÓN, NAVARRA). VAJILLA E INSTRUMENTAL METÁLICO DE SACRIFICIO Y BANQUETE EN EL VALLE MEDIO DEL EBRO (S. VI – III A. C.)

EL CASTILLO IRON AGE CEMETERY (CASTEJÓN, NAVARRA). METAL VESSELS AND TOOLS USED IN SACRIFICES AND FUNERARY FEASTS THE MIDDLE EBRO VALLEY (VI – III BC)

JOSÉ ANTONIO FARO CARBALLA

Universidad Nacional de Educación a Distancia

1. INTRODUCCIÓN

La muerte, desde épocas remotas, ha sido entendida como un proceso complejo de tránsito del difunto al Más Allá. Con este propósito, se realizaban diversas ceremonias de carácter religioso y simbólico como la exposición del cadáver, el velatorio, el traslado en procesión a la necrópolis, la construcción de la tumba, etc. El sacrificio ritualizado de animales y el posterior banquete fúnebre eran actos centrales de los funerales celebrados a finales de la I Edad del Hierro y a comienzos de la II Edad del Hierro en Europa central y occidental (Brun, 2009, 76-79) y en el área mediterránea (Montero, 2009, 63), como así se desprende de los numerosos testimonios que proporcionan las fuentes escritas e iconográficas. Una riqueza documental que contrasta de forma significativa con las escasas evidencias materiales que aportan la mayoría de las necrópolis prerromanas del valle del Ebro y la Meseta (Lorrio, 1997, 230-232; Burillo, 2010, 578-580).

El estudio de esos rituales resulta esencial para cualquier intento de aproximación a la esfera religiosa de estos pueblos. Aporta, en primer término, referencias muy valiosas sobre aspectos culturales y, de un modo indirecto, también contribuye al conocimiento de otros temas de indudable interés, como pueden ser aspectos de tipo económico, socio-político o cronológico.

2. MARCO GEOGRÁFICO

La necrópolis de El Castillo se sitúa en el valle medio del Ebro, al norte del municipio de Castejón, en la comarca geográfica de la Ribera de Navarra. Limita al Norte con Valtierra, con Tudela al Este, al Sur y al Suroeste con Corella y con Alfaro (La Rioja) por el Oeste (Fig. 1).

El yacimiento se ubica en la extensa planicie que forman las terrazas del río Ebro. Sus coordenadas

UTM son x: 609.166 // y: 4.669.858. El paisaje, en la actualidad, se encuentra fuertemente humanizado. En las últimas décadas estos parajes han sido sometidos a una profunda transformación, primero al adecuar los terrenos a las nuevas necesidades agrícolas y, posteriormente, por la construcción de dos centrales térmicas de ciclo combinado y de un polígono industrial (Fig. 2).

El río Ebro, que discurre a escasos metros de distancia de la necrópolis, focaliza los recursos hídricos. En este tramo el agua discurre a menor velocidad, debido a una prolongada sucesión de meandros, que da lugar a un paisaje en el que se combinan meandros activos con otros estrangulados y abandonados (Floristán, 1995, 491) (Fig. 3). El trazado en este sector del río, por su disposición quebrada, reúne unas condiciones especialmente favorables para vadear su cauce.

La importancia del Ebro no se limita a su condición de recurso hídrico. La extensa vega que jalona sus márgenes proporcionaba tierras fértiles y óptimas para la agricultura. Asimismo, este río ha constituido la vía natural de comunicación por el norte más importante entre el Mediterráneo y la Meseta, como lo demuestra el trazado de la calzada romana de Italia a Hispania. Sin obviar la importancia de otras rutas de acceso desde puntos más meridionales, como la que une Valencia con Cuenca, a través de la comarca de Requena-Utiel, o la que desde Alicante discurre por la cuenca del río Vinalopó en dirección a Almansa y, posteriormente, se dirige hacia Albacete.

Las intervenciones arqueológicas realizadas en el valle medio del Ebro en las últimas décadas, al igual que sucede en otros ámbitos geográficos, han confirmado la existencia de espacios funerarios bien definidos y vinculados con núcleos de población. Este es el caso de yacimientos cercanos y con cronologías situadas entre los s. VI y IV a. C., como El Castejón (Arguedas, Navarra) (Castiella y Bienes, 2002, 35), La Atalaya (Cortes, Navarra) (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 419-421) o Cabezo de Ballesteros (Épila, Zaragoza) (Pérez Casas, 1990, 115) (Fig. 4).



Figura 1: Mapa de Navarra con la localización de las necrópolis de incineración de la Edad del Hierro.



Figura 2: Vista aérea del municipio de Castejón y situación de los distintos yacimientos arqueológicos (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 49).

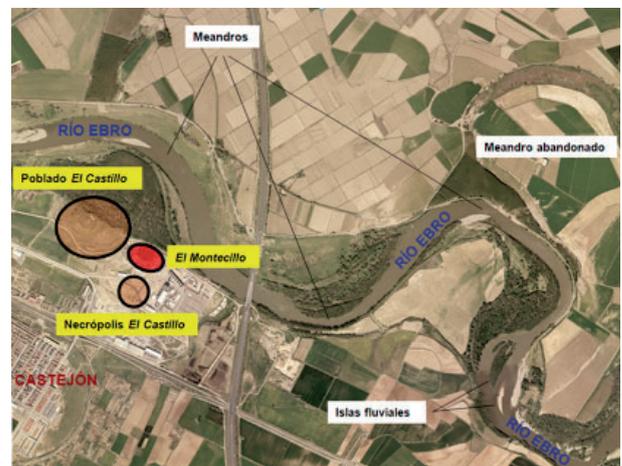


Figura 3: Ortofotomapa. Trazado del río Ebro a su paso por la localidad de Castejón.

Estas necrópolis deben interpretarse, por tanto, como un elemento más del horizonte urbano, como lugares con un alto contenido simbólico y social (Blánquez, 1991; Chapa, 1998; Almagro-Gorbea, 2006-2008, 951) y también como indicadores del grado de desarrollo alcanzado por la comunidad a la que representan.

La elección de un paraje determinado para la ubicación de una necrópolis no se hacía de forma aleatoria,

era el resultado de una premeditada selección. Respetaban, en un elevado porcentaje de los casos, un patrón de asentamiento que se repite a partir de la Primera Edad del Hierro tanto en los cementerios documentados en el valle del Ebro, como en los hallados en la Meseta, bajo Aragón, Cataluña o Levante. Las necrópolis se situaron en cotas más bajas, en las laderas de la elevación donde se encontraba el poblado o en zonas predominantemente llanas (Cerdeño y García Huerta,

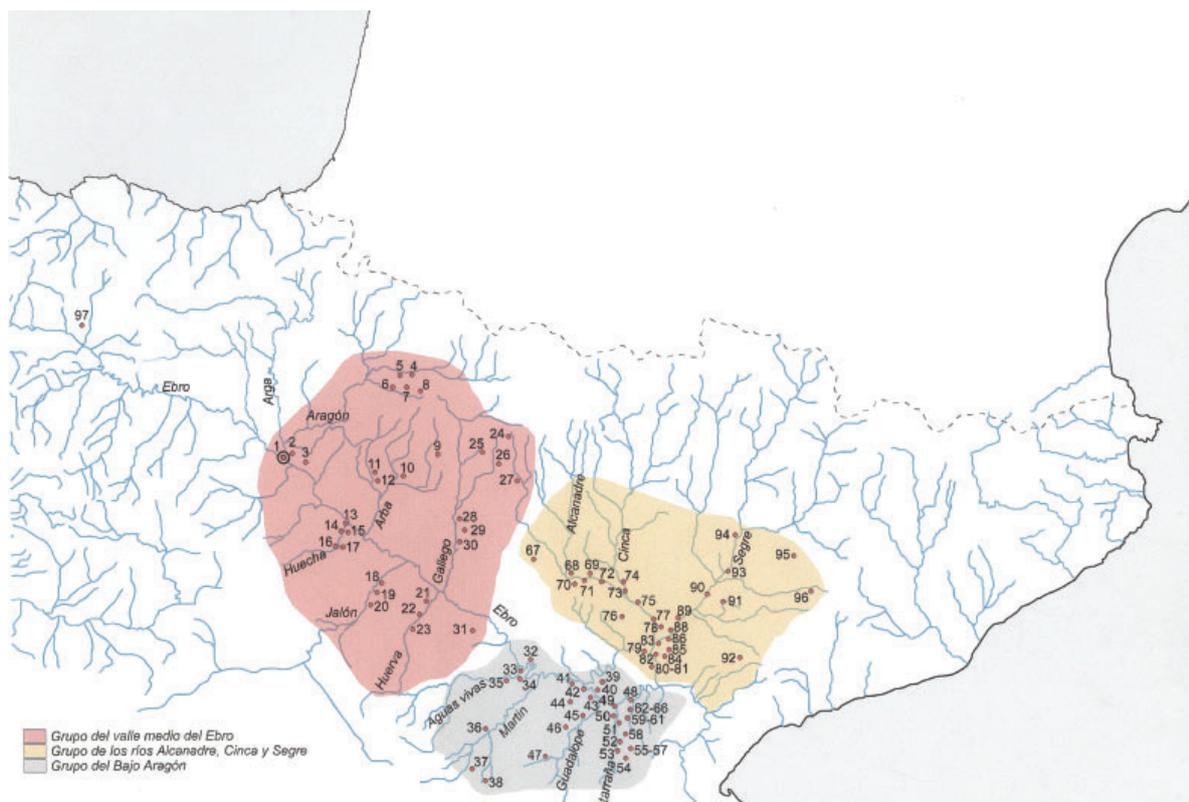


Figura 4: Necrópolis de incineración del valle del Ebro. Cartografía según J. I. Royo (2000, 42), modificada.

1990, 84; Aranda, 1990, 104; Lorrio, 1997, 111). La distancia respecto al núcleo de población era reducida, rara vez superaba los 1.000 m, de tal forma que el poblado mantenía relación visual con la necrópolis, un dato que indica la existencia de una clara intención, por parte de la población viva, de incorporar a su contexto social el lugar donde reposaban sus antepasados. Sin embargo, aunque éste sea el patrón más extendido, las relaciones entre poblado y necrópolis, como señala Rafel (2003), están condicionadas a diferencias de ubicación topográficas.

La mayoría de las necrópolis se localizan en lugares próximos a cursos de agua permanente, circunstancia que puede deberse al destacado papel que desempeñaba el agua en el ritual funerario. Las creencias en el agua como elemento mítico de paso hacia el Más Allá son características de la mitología indoeuropea (Almagro-Gorbea, 2006-2008, 951). Tenía un valor primordial como elemento simbólico, representando en muchas culturas antiguas, especialmente en la celta, la separación entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos (Cerdeño y García-Huerta, 2001, 159). Algunos autores (Sopeña, 1987, 125-126; Lorrio, 1997, 6) también apuntan la posibilidad de la existencia de rituales de tránsito, donde el agua alcanzaría un especial protagonismo.

La necrópolis de El Castillo no es una excepción, se ajusta perfectamente a los patrones anteriormente descritos. Se ubica en una zona llana y de amplia visibilidad, que forma parte de la red de terrazas del

río Ebro. Su emplazamiento, en una terraza fluvial, también debe considerarse como un síntoma de la primacía del valor simbólico del enclave sobre la rentabilidad económica de estos terrenos aluviales, muy provechosos para su explotación agrícola. Situación que refleja la trascendencia social otorgada a la necrópolis, en su condición de espacio funerario y sagrado de la comunidad, y el rol que desempeñaba como expresión de poder y como marcador territorial (Graells, 2008b, 40).

3. CONTEXTO CULTURAL

Hacia mediados del s. XII a. C. se implantó masivamente en Francia, en Italia y en la Península Ibérica la costumbre de quemar los cadáveres de los difuntos y depositar sus cenizas, previamente guardadas en una vasija o urna, en el interior de un hoyo realizado en el suelo. Este hábito es el que propició la denominación de campos de urnas para las necrópolis del Bronce Final Centroeuropeo y, por extensión, se ha llegado a hablar de Campos de Urnas para referirse a los grupos culturales caracterizados por esta manifestación funeraria (Neumaier, 2006, 149).

La incineración no es un procedimiento exclusivo ni rigurosamente nuevo del Bronce Final Centroeuropeo. Se han documentado prácticas similares en el Calcolítico, en el Bronce Antiguo y en el Bronce Medio (Trellisó, 2001, 88-89). La novedad fue su

generalización y el consiguiente retroceso del ritual de inhumación.

En la Península Ibérica las dataciones más tempranas de necrópolis de campos de urnas se localizan en el Noreste, en la actual Cataluña. La fecha de inicio continúa siendo objeto de intenso debate entre los investigadores. La mayoría de las propuestas se sitúan entre comienzos del s. XIII a. C. y un momento avanzado del s. XII a. C. (Almagro-Gorbea, 1977; Rovira, 1991; Maya, 1998; Ruiz Zapatero, 2001; López Cachero, 2005; Neumaier, 2006). La difusión de las nuevas costumbres funerarias pudo haberse producido a través de los pasos pirenaicos nororientales. A partir del 900 a.C., la cultura de los Campos de Urnas comenzó a extenderse lentamente hacia el interior de la Península, sin embargo el nuevo ritual funerario evolucionó en estas zonas del interior de forma más independiente que en el continente europeo (Ruiz Zapatero, 2010, 100).

A lo largo del s. VIII a. C. se producen movimientos hacia el interior, siguiendo la margen derecha del río Ebro que van a propagar el rito de la cremación (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, 2014, 205-206). Pudo ser a lo largo del s. VII a.C., ya dentro de la Primera Edad de Hierro, cuando la incineración comenzara a emplearse con relativa asiduidad en el ámbito del actual espacio geográfico de Navarra. Aunque todo apunta a que su uso no se generalizó hasta finales del s. VII o comienzos del s. VI a.C., en torno al año 600 a. C. El rito de inhumación fue progresivamente sustituido por el de cremación y es probable que en las fases iniciales se produjera una coexistencia de ambos rituales. Esta convivencia se documenta en momentos tempranos, entre el Bronce Final y comienzos de la Primera Edad del Hierro, en puntos relativamente cercanos del valle del Ebro, como es el caso de la necrópolis de Los Castelletts (Mequinenza, Zaragoza) (Royo, 1994-1996, 98; López Cachero, 2007, 102, fig.1), y también en yacimientos de la Meseta, como sucede en la necrópolis de Herrería (Guadalajara) (Cerdeño, 2005, 106-107).

La expansión de los llamados Campos de Urnas Recientes coincide con los primeros influjos coloniales mediterráneos llegados a través de la vía natural del río Ebro. Influjos que se mantendrán y potenciarán durante el s. V y cuyas aportaciones más importantes serán los avances en las técnicas metalúrgicas del hierro y el torno de alfarero.

La necrópolis de El Castillo, atendiendo a las características constructivas de sus enterramientos, debemos clasificarla como una necrópolis tumular. Se identifica, por tanto, con la arquitectura funeraria desarrollada en el valle medio del Ebro, y presenta notables diferencias respecto a los denominados campos de urnas del litoral catalán¹ (Royo, 2000, 46-47) y a

las necrópolis de la Meseta oriental. Forma parte del denominado Grupo 1A de Royo, que aglutina a los cementerios de incineración situados en las riberas del río Ebro y en los cursos bajos de los ríos Aragón, Huecha, Jalón y Huerva (Royo, 2000, 41-42, fig. 1) (Fig. 4). Se encuentra muy próxima a las necrópolis de La Torraza (Valtierra, Navarra) (Maluquer, 1953, 245) y El Castejón (Arguedas, Navarra) (Bienes, 1998, 19) aunque, a diferencia de ellas, se ubica en la margen derecha del Ebro.

El Castillo no aparece, por tanto, en medio de un paisaje vacío de datos. Los referentes más cercanos aportan una información desigual, en unos casos por tratarse de excavaciones antiguas, como sucede con las necrópolis de La Atalaya y La Torraza, y en otros, aunque más recientes, por el carácter parcial y limitado de las intervenciones realizadas, como ocurre con la necrópolis de El Castejón. Las dos primeras fueron excavadas a mediados del s. XX y representaron durante muchos años el único testimonio del mundo funerario para la Edad del Hierro en la mitad sur de Navarra. El cementerio de La Atalaya siempre ha tenido una consideración especial, al estar vinculado al asentamiento cuya secuencia ha marcado la historiografía de los estudios sobre Protohistoria del norte peninsular, el Alto de la Cruz (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956; 1957b; Castiella, 2005). La Torraza es un yacimiento más modesto, tanto por la superficie excavada como por el número de tumbas (Maluquer, 1953; Maluquer y Vázquez de Parga, 1957a; Castiella, 2007). Este panorama cambió a comienzos de los noventa del pasado siglo con la excavación de El Castejón, un cementerio que también se encontraba asociado a un poblado y en el que únicamente se intervino en un área de 100 m² (Bienes, 1993; 1996; 1998; Castiella y Bienes, 2002).

El fenómeno tumular de las necrópolis de la Primera Edad del Hierro del valle del Ebro se ha vinculado a la tradición megalítica (Royo, 1994-1996, 106; Cerdeño y García Huerta, 2001, 150-151), documentada desde el Bronce Medio y que hunde sus raíces en el Neolítico Final (Royo, 2000, 56). Siguiendo este criterio, podría considerarse como un elemento cultural propio, con orígenes autóctonos. No obstante, también existen otros factores que han podido influir de forma decisiva en la singular configuración de este paisaje funerario. El valle del Ebro era un espacio geográfico de transición entre el mundo mediterráneo y el indoeuropeo, entre dos conceptos diferentes de entender la arquitectura funeraria. Las sepulturas complejas y suntuosas del ámbito mediterráneo frente a los enterramientos

arqueológica ficticia construida en un contexto ideológico dominado por el invasionismo. Atribuye la ausencia de túmulos a problemas de conservación y/o de registro arqueológico y a la mayor o menor solidez arquitectónica de las construcciones funerarias (López Cachero, 2008, 148). Una problemática que, como veremos más adelante, también es aplicable a algunas de las necrópolis excavadas en el valle medio del Ebro a mediados del pasado siglo XX.

1. En referencia a los campos de urnas o de tumbas planas del litoral catalán, reflexiones recientes, como la formulada por F.J. López Cachero, defienden que se trata de una entidad

menos ostentosos del ámbito céltico (García-Gelabert y Blázquez, 2006, 79). La influencia ejercida por ambas corrientes podría explicar el aparente equilibrio, entre austeridad y monumentalidad, que se desprende de las construcciones tumulares del valle del Ebro.

La diversidad de tipos de túmulos constituye un rasgo definitorio del paisaje funerario en este ámbito geográfico. Algunos autores como Ignacio Royo (2000, 48), atribuyen esta particularidad a los distintos materiales empleados en los enterramientos. En El Castillo utilizaron el material constructivo más abundante en el entorno geográfico, los cantos rodados procedentes de las terrazas fluviales y la arcilla, transformada en adobe.

El estudio de las sepulturas y de los objetos amortizados en las sepulturas de El Castillo confirman el uso de este cementerio entre el final de la Primera Edad del Hierro y los primeros siglos de la Segunda Edad del Hierro (s. VI – III a. C). Asimismo, revelan el carácter excepcional de esta necrópolis, tanto por las dimensiones y por la complejidad de las estructuras funerarias como por la riqueza y diversidad de los ajuares. Una singularidad que, en gran medida, se debe a su ubicación estratégica, en una zona de transición entre el mundo céltico, ibérico y vascón. Esta situación favoreció los contactos con el ámbito meseteño, mediterráneo y ultrapirenaico, y tiene su reflejo en los materiales depositados en el interior de las tumbas.

4. ESTRUCTURAS FUNERARIAS. SECUENCIA CRONOLÓGICA DE LA NECRÓPOLIS

El aspecto que presentaba el cementerio en la fecha de su descubrimiento era el de una suave loma, un pequeño montículo artificial como resultado de la acumulación de construcciones tumulares (Fig. 5). La distancia que le separa de la plataforma superior del cerro donde se ubicó el poblado es de 450 m, en dirección sureste. El cauce del río Ebro se encuentra a 400 m, en dirección norte (Fig. 6).

La elección del cerro testigo amesetado de El Castillo como zona de emplazamiento del poblado, responde a un estudiado aprovechamiento de las ventajas que su situación y las características del terreno ofrecen. Su posición geoestratégica facilitó las condiciones de defensa y las labores de vigilancia. Desde la cima, ubicada a 293 m s.n.m. y elevada más de 20 m sobre los terrenos que le rodean, se dominaba la extensa vega del Ebro y se custodiaba el vado del río.

La estampa que en la actualidad presenta el otero difiere significativamente del aspecto y de las características que tenía este enclave durante la Edad del Hierro. El lugar ha sufrido una notable transformación, por causas tanto geológicas como humanas. La parte septentrional se ha visto afectada por la erosión ocasionada por un antiguo meandro del río Ebro, que todavía se encontraba activo a finales del s. XVIII y comienzos del s. XIX (García Paredes, 2002, 119-123).



Figura 5: Año 1999. Aspecto de la necrópolis, en primer término, antes de comenzar la excavación (Foto Gabinete Trama S. L.).

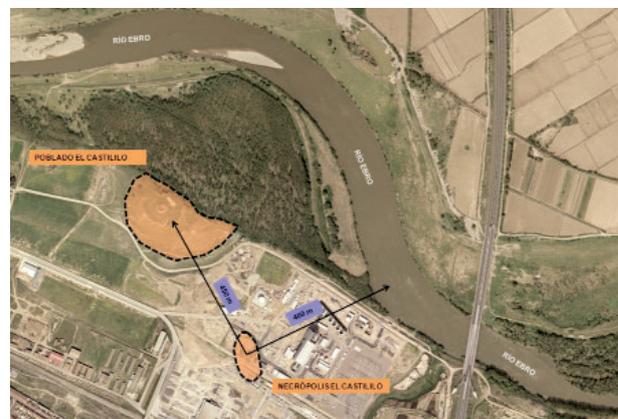


Figura 6: Ortofotomapa. Situación de la necrópolis respecto al poblado y al cauce del río Ebro.

Los enterramientos de la necrópolis ocuparon una superficie elevada que, atendiendo a los datos derivados de la intervención arqueológica, pudo superar las 2 ha. No obstante, el área no roturada, donde las estructuras funerarias mantenían su disposición original, se limitaba a una parcela de, aproximadamente, 3.000 m². En ella las sepulturas se sucedían sin dejar zonas libres y sin un orden aparente. En este sentido, El Castillo participa de una serie de características que se repiten en las necrópolis localizadas en su entorno geográfico más cercano (El Castejón, Cabezo de Ballesteros, La Atalaya), como son la gran extensión del cementerio y el considerable aprovechamiento del espacio, producto de una intensa utilización (Royo, 1990, 125).

Las sucesivas campañas efectuadas entre los años 2000 y 2006 han supuesto la excavación de una superficie aproximada de 1.000 m², que corresponden a una tercera parte de la superficie intacta del yacimiento. En las citadas campañas, se han identificado y delimitado 194 estructuras funerarias, completando el proceso de excavación y registro en 178. De ellas 119 se encontraban ubicadas en el área no roturada del cementerio

(Faro, 2002; Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003; Faro y Unzu 2006).

Las construcciones tumulares, a pesar de que responden a una tipología variada y compleja, mantienen un rasgo en común, la tendencia a la planta circular o ligeramente ovalada. No se han hallado túmulos que muestren una propensión evidente al cuadrado o al rectángulo. En otras necrópolis del valle del Ebro se ha planteado una paulatina sustitución de los enterramientos de morfología circular por los de planta cuadrada o rectangular a partir del 600 a.C. (Royo, 2000, 48). En Cabezo de Ballesteros (Pérez Casas, 1990, 116) o en Roques de Sant Formatge (Pita y Díez Coronel, 1968, 61, fig. 44) se registró la superposición de los segundos sobre los primeros. Autores como A. Colet y F.J. López Cachero señalan acertadamente que esta afirmación debe replantearse. Resulta más defendible una convivencia de ambos modelos. A esta realidad parece responder la perduración de los túmulos circulares, la circunstancia de haberse fechado en el Bronce Final algunos túmulos de planta rectangular como el de la T-42 de la necrópolis de Coll del Moro (Gandesa, Tarragona) y los resultados de una intervención reciente en la propia necrópolis de Roques de Sant Formatge, donde se documentó una superposición de un túmulo circular sobre otro rectangular (Colet *et alii*, 2005, 155; López Cachero, 2008, 163).

El espacio funerario, aunque extenso, era limitado. Pese a no haberse documentado muros de cierre, debió contar con alguna demarcación externa. La elevada densidad de enterramientos, la ausencia de áreas vacías, la constatación arqueológica de reutilización de cámaras funerarias, de superposiciones e, incluso, de tumbas desmanteladas para colocar nuevas sepulturas, son datos que indican que la extensión del cementerio no podía ser ilimitada.

La necrópolis presenta, en apariencia, un aspecto caótico. La aglomeración de túmulos, debido al uso dilatado en el tiempo y a la saturación del espacio funerario, impide a primera vista reconocer si existió, en los momentos iniciales de utilización del recinto, una planificación ordenada en la disposición de las tumbas (Fig. 7). Sin embargo, el análisis detenido de



Figura 7: Estructuras tumulares. Campaña de 2000 (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 50).



Figura 8: Estructuras tumulares. Campaña 2001 (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 50).

las construcciones funerarias, proporciona evidencias suficientes para asegurar que dotaron al cementerio de un cierto grado de organización espacial. El empleo de elementos de señalización exterior es uno de los testimonios que avalan esta realidad. También apunta a este propósito la disposición que mantenían algunas sepulturas, se trata de túmulos de gran tamaño que a pesar de hallarse muy próximos no se solapaban, respetando cuidadosamente la totalidad del perímetro de los anillos exteriores, es el caso de las estructuras funerarias 45, 97 y 117, ubicadas en el extremo sureste (Fig. 8). Esta circunstancia también se observa en El Castejón (Arguedas, Navarra) (Castiella y Bienes, 2002, 127).

El Castillo, por tanto, responde al modelo de necrópolis extensa, como resultado de una explotación prolongada en el tiempo, entre los s. VI y III a. C., y con una ocupación progresiva y ordenada del espacio, de sur a norte. Las sepulturas pertenecientes a la etapa inicial de uso del cementerio se ubicaron en el extremo sur y, de forma paulatina, fueron recortando la distancia que existía con el poblado. En este sentido, presenta una organización similar a la documentada en la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 239).

La condición de lugar simbólico y sagrado, confería a la necrópolis una trascendencia que superaba su condición de lugar funerario. En el caso de El Castillo, este factor puede explicar el hecho de haber sido, siglos después de su abandono, utilizada esporádicamente como cementerio por los habitantes del asentamiento romano de El Montecillo. En el desarrollo de la intervención arqueológica se documentaron dos sepulturas de incineración (estructuras funerarias 32 y 164) en las que se emplearon como urnas jarros de cerámica a torno, fechados en el s. I d. C. (Fig. 9). Asimismo, también se localizaron siete sepulturas de inhumación de planta rectangular (estructuras funerarias/e.f. 51, 59, 157, 161, 165, 171, 173), seis de ellas con cámaras funerarias construidas con *tegulae*, que certificaban la continuidad del uso funerario de este recinto en época tardorromana (s. IV-V d.C.) (Fig. 10).



Figura 9: Enterramiento 32. Sepultura de incineración romana, con una jarra utilizada como urna cineraria (Foto Gabinete Trama S. L.).

Las estructuras funerarias de El Castillo constituyen conjuntos cerrados, con materiales que pueden seriarse y fecharse con una cronología relativa que, a su vez, se puede contrastar con la que proporciona la estratigrafía. Las superposiciones, reutilizaciones e intrusiones observadas en el desarrollo de la excavación, a través de la estratigrafía, han permitido establecer una secuencia de los conjuntos. Se han identificado tres fases cronológicas para las 119 sepulturas halladas en el área intacta de la necrópolis (Fig. 11).

4.1. FASE I (2^a ½ s. VI – PRINCIPIOS S. V A.C.)

Las sepulturas con una cronología más antigua se encuentran situadas en el extremo meridional del área de excavación arqueológica² (Fig. 11). El análisis de la arquitectura funeraria, para esta fase, muestra una alternancia de enterramientos de grandes dimensiones con túmulos que superan ampliamente los cuatro metros de diámetro (e.f. 45, 46, 99, 103, 106, 109, 110, 117, 121, 123, 128) con otros que apenas alcanzan el metro de diámetro (e.f. 101, 107, 108, 111, 120, 122, 124, 127, 131, 132, etc.). Predominan las sepulturas con anillos perimetrales de cantos, con la presencia puntual de anillos de adobes (e.f. 46, 103, 106). En esta fase es en la única en la que se documentan túmulos con anillos dobles de cantos (e.f. 45, 46 y 121) y amplias tumbas adosadas de planta ultrasemicircular (e.f. 110 y 123). Estas últimas cuentan con anillos de cantos y tienen forma de herradura. Se apoyan en sepulturas anteriores y que describen una curva que es más amplia que un semicírculo.

Las cámaras funerarias de algunos de los enterramientos más destacados cuentan con cistas de adobe (e.f. 46 y 106) o túmulos de este mismo material (e.f.

2. Corresponden a las e.f. 45, 46, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 114, 115, 116, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133.



Figura 10: Enterramiento 157. Sepultura de inhumación romana seccionando un túmulo de la necrópolis de la Edad del Hierro (Foto Gabinete Trama S. L.).

45 y 99). Otro aspecto distintivo de esta etapa es el uso de contenedores cinerarios muy heterogéneos, tanto por el tipo de recipientes como por los materiales empleados. Utilizaron recipientes metálicos (e.f. 45 y 46) (Fig. 12), vasijas de cerámica (e.f. 111, 125, 127, 133) e incluso contenedores de materia orgánica, esta práctica se ha podido documentar con mayor detalle en las e.f. 46, 99, 103, 106, 110, 121 y 128.

En los ajuares destaca la ausencia de armas y el elevado porcentaje de objetos de adorno y de indumentaria de bronce. El número de vasos de acompañamiento es escaso en comparación con etapas posteriores. La media es de uno o dos recipientes por sepultura y los más repetidos son los vasitos de ofrendas y las copas troncocónicas o hemisféricas.

El número de objetos metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete es reducido. Destacan los cuchillos de hierro (e.f. 45, 99, 106, 109 y 121) y, de forma excepcional, algunos recipientes que también pudieron estar relacionados con ritos de lavado y purificación de los cadáveres con agua lustral, como es el caso de los braseros de bronce de las e.f. 45 y 46.

El grupo más numeroso lo forman los elementos de indumentaria y de adorno. Es habitual la presencia de broches de cinturón de escotaduras abiertas, de uno (e.f. 46 y 111), dos (e.f. 128) o tres garfios (e.f. 106 y 110) (Fig. 13). También se documentan fíbulas en la mayoría de las sepulturas, siendo las más repetidas las de pie vuelto en su variante navarro-aquitana (e.f. 45, 46, 99, 103, 105, 106, 109, 110, 111, 119, 121, 128 y 133) (Fig. 14). Junto a ellas destaca el elevado número de fíbulas de placa articulada (e.f. 46, 103, 106, 110, 111, 119, 121, 128, 133), un modelo exclusivo de esta etapa y del que sólo encontramos referentes en las necrópolis más cercanas del valle medio del Ebro. Los elementos de adorno están ampliamente representados en la mayoría de las tumbas. El bronce es el material más empleado, se encuentra formando parte de cuentas de collar, torques, lúnulas, pulseras, brazaletes, colgantes, etc. Entre las piezas suntuarias destacan algunos objetos llegados hasta esta latitud como resultado

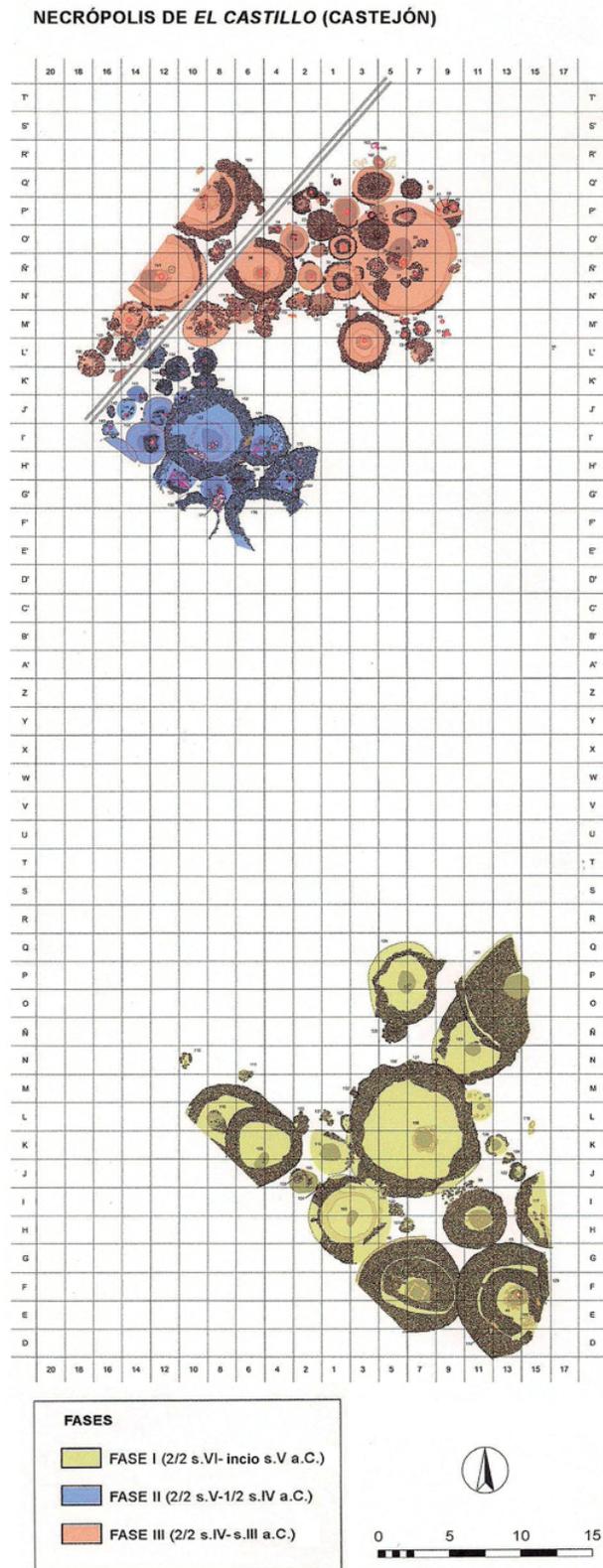


Figura 11: Planimetría con la situación de las estructuras funerarias (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 53, modificada).

de intercambios comerciales, es el caso de la figura de carnero de la e.f. 106 (Fig. 15) o de los escarabeos recuperados en las e.f. 106 y 119 (Almagro y Graells,



Figura 12: Enterramiento 45, Fase I. Brasero de bronce utilizado como urna (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 66).



Figura 13: Enterramiento 110, Fase I. Broche de cinturón (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 73).

2011, 42-44) (Fig. 16). El carnero guarda una cierta afinidad con los colgantes zoomorfos paeloibéricos, unos objetos que alcanzaron una notable difusión por el Noroeste peninsular, con una zona de mayor concentración en la desembocadura del Ebro (Graells y Sardà, 2005, fig.3). A estas manufacturas se les atribuye un origen oriental, algunos autores defienden que son de inspiración greco-italica y más concretamente etrusca (Munilla, 1991, 131-134; Rafel, 1997, 100), otros investigadores proponen una posible influencia caucásica o balcánica (Neumaier, 1996, 258-259), de donde pudieron pasar a Italia (Graells, 2008a, 380) y posteriormente a la Península Ibérica.

4.2. FASE II (2ª ½ s. V – 1ª 1/2 s. IV A.C.)

Las sepulturas incluidas en esta fase se sitúan en la zona central del área de excavación³ (Fig. 11). El análisis de la arquitectura funeraria indica que se trata de tumbas de dimensiones más reducidas que en la

3. Corresponden a las e.f. 138, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 158, 168, 169, 170, 172, 174, 175, 187.

primera fase, si exceptuamos el enterramiento más destacado, la e.f. 152, con un túmulo que superaba los seis metros de diámetro. Se alternaban sepulturas de encachado tumuliforme de entre uno y dos metros de diámetro, con sepulturas con anillos perimetrales de cantos o de adobes, con diámetros de entre dos y tres metros.

A diferencia de la etapa anterior, no utilizaron cistas ni túmulos de adobe como cámaras funerarias. En su lugar emplearon, con frecuencia, sencillas cámaras de cantos rodados de planta circular (e.f. 138, 144, 146, 147, 150, 151, 152, 154, 155, 168, 169, 170, 172, 175) o de planta cuadrada (e.f. 148, 156, 174).

La homogeneidad de los recipientes cerámicos empleados como urnas también contrasta con la disparidad de contenedores cinerarios de la fase precedente. Emplearon fundamentalmente vasijas bicónicas (Fig. 17) y vasijas de perfil en «S».

Los ajuares incluyen servicios cerámicos formados por un elevado número de vasos de acompañamiento de producción local. La media se aproxima a los cinco recipientes por tumba. Vasitos de ofrendas, escudillas, copas y tapaderas son objetos que están presentes en la mayoría de los enterramientos de esta fase. Destaca la aparición de un nuevo modelo de copas, de perfil caliciforme, con una fina decoración a peine.

Las armas, ausentes en la etapa anterior, se documentan en un reducido número de sepulturas (e.f. 144, 168, 175). No forman panoplias completas, se limitan a uno o dos objetos, que se suelen corresponder con elementos de escudo y lanzas (Fig. 18).

En el catálogo de piezas recuperadas, se observa un ligero aumento en los utensilios metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete funerario. Además de cuchillos de hierro (e.f. 138, 143, 144, 168, 175), se registran algunos ejemplares de ganchos de carne (e.f. 143, 150 y 168). Asimismo, se clasifican recipientes de vajilla y otros utensilios metálicos vinculados con rituales de purificación y libación, que proceden de intercambios comerciales. Es el caso del soporte calado-*thymaterion* de la e.f. 150, de un cuenco argénteo y una pátera de bronce de la e.f. 152, o del removedor de perfumes de la e.f. 175.

Los objetos asociados a la indumentaria y el adorno personal continúan teniendo una presencia destacada en los ajuares, aunque sin la hegemonía de la etapa anterior. En esta fase se documentan broches de cinturón de tres garfios con escotaduras cerradas (Fig. 19). Las fibulas se diversifican, el grupo más numeroso son las de pie vuelto, entre las que se intercala algún ejemplar de fibula de La Tène I. Las fibulas-placa se siguen depositando con frecuencia formando parte de los ajuares, aunque los modelos articulados de la primera etapa son sustituidos por modelos donde el puente y la placa están realizados en una sola pieza. La forma de la placa, rectangular, circular o lobulada, es la que determina los diferentes tipos. Por último, uno de los objetos de indumentaria característico de esta



Figura 14: Enterramiento 103, *Fase I*. Fibula navarro-aquitana (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 72).



Figura 15: Enterramiento 106, *Fase I*. Carnero (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 73).



Figura 16: Enterramientos 106 y 119, *Fase I*. Escarabeos (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 73).



Figura 17: Enterramiento 156, *Fase II*. Vasija bicónica usada como urna (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 55).



Figura 18: Enterramiento 175, Fase II. Punta de lanza (Foto Gabinete Trama S. L.).

etapa son los botones hemisféricos de bronce (e.f. 145, 146, 151, 152, 154, 169) (Fig. 20).

Los objetos de adorno, respecto a la etapa anterior, registran la ausencia de torques, el incremento de las lúnulas y la reducción del número de pulseras y brazaletes. También se documenta la aparición de nuevos tipos, como las cuentas oculadas de vidrio, y el destacado lugar que ocupan las piezas de orfebrería elaboradas en oro y plata. Además del cuenco argénteo de cabezas cortadas de la e.f. 152, se recuperaron cuentas, apliques y pendientes de oro, así como anillos (Fig. 21) y pendientes de plata.



Figura 19: Enterramiento 168, Fase II. Broche de cinturón (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 20: Enterramiento 151, Fase II. Botones (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 21: Enterramiento 152, Fase II. Anillo de plata (Foto Gabinete Trama S. L.).

4.3. FASE III (2ª ½ s. IV – 1ª 1/2 s.III A.C.)

Las sepulturas incluidas esta fase, se sitúan en el extremo septentrional del área de excavación⁴ (Fig. 11). El análisis de la arquitectura funeraria indica una mayor diversidad en el tamaño y en la organización interna de los túmulos. Los enterramientos más destacados corresponden, en su mayoría, a estructuras funerarias con anillos perimetrales de adobes reforzados con cantos. Las de mayores dimensiones contaban con diámetros que superaban los cuatro metros (e.f. 11, 13, 36, 141, 160), el resto tenían diámetros de entre dos y tres metros (e.f. 3, 7, 16, 17, 28, 30, 139). Las sepulturas descritas se alternaban con un elevado número de pequeñas estructuras de encachado tumuliforme, con diámetros que, en muchos casos, apenas alcanzaban un metro. Este tipo de tumbas eran las más numerosas y las que presentaban ajuares más sencillos, con algunas excepciones, como son los casos de las e.f. 12, 23 y 44, que superaban los dos metros de diámetro y que contaban con importantes ajuares.

4. Corresponden a las e.f. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 141, 149, 159, 160, 162, 166, 167, 177, 178, 179, 180, 181.



Figura 22: Enterramiento 11, *Fase III*. Vasija crateriforme utilizada como urna (Faro, 2002, 200).

Las cistas de adobe fueron empleadas como cámaras funerarias en un alto porcentaje de los túmulos de mayores dimensiones (e.f. 11, 13, 17, 28, 36, 139, 141, 160) (Figs. 27-28). En otras oportunidades utilizaron cámaras más sencillas de cantos rodados o incluso pequeños túmulos también de cantos protegiendo la urna (e.f. 30).

Los contenedores cinerarios, al igual que en la fase precedente, eran en todos los casos de cerámica. No obstante, en esta etapa se emplearon muy diferentes tipos de vasijas. En los enterramientos más importantes se empleó un tipo de copa crateriforme de gran tamaño (Fig. 22). Junto a ellas se documenta el uso de vasijas bicónicas con y sin pie, de perfil en «S», de copas, de recipientes a torno, etc.

Los ajuares destacan por el elevado volumen de objetos acumulados en algunas sepulturas y por su naturaleza. Las armas ocupan un lugar muy importante, con tumbas que presentan panoplias completas de guerreros (e.f. 11, 13, 23, 36, 44, 141, 167), compuestas tanto por armas ofensivas (espadas, lanzas, jabalinas y *soliferrea*) (Fig. 23), como por armas defensivas (escudos y casco). Asociados en la mayoría de las ocasiones al armamento, también se localizaron utensilios metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete. Sobresalen por su número y por su variedad: calderos de bronce, parrillas, asadores, trébedes, *simpula*, morillos, tenazas, etc.

Los servicios cerámicos no alcanzan la media de recipientes de la etapa anterior, aunque su número continua siendo elevado. Escudillas (Fig. 24), copas (Fig. 25), tapaderas y vasitos de ofrenda son de nuevo los modelos más repetidos, junto a algún tipo novedoso como los vasos trípodas (e.f. 141, 162, 177) y a la mayor frecuencia de recipientes elaborados a torno. En los motivos decorativos, se observan novedades significativas como la presencia de pomos en forma de prótomos de caballo o de copas caliciformes con una decoración compleja, resultado de combinar toda clase de apliques plásticos con incisiones y peñados.

En lo referente a los objetos de indumentaria destaca la presencia de broches de escotaduras cerradas y seis garfios o geminados y el predominio de las fíbulas



Figura 23: Armas ofensivas (e.f. 11, 13, 36 y 44). *Fase III*. (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 69).



Figura 24: Escudillas. *Fase III*. (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 67).



Figura 25: Copas caliciformes (e.f. 1 y 3). *Fase III*. (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 67).



Figura 26: Fíbula de apéndice caudal zoomorfo (e.f. 13). *Fase III*. (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 72).

de La Tène I, con un alto porcentaje de fíbulas de apéndice caudal zoomorfo en «S» (e.f. 11, 13, 14, 17, 22, 28, 36, 43, 44, 139, 141, 160, 177 y 181) (Fig. 26).

Los elementos de adorno se caracterizan por su variedad tanto en los materiales empleados (bronce,

vidrio, hueso, piedra, oro, plata, etc.) como en sus formas. Entre los objetos representados encontramos lúmulas, brazaletes, colgantes, pendientes, anillos, cuentas de collar, etc. La orfebrería sigue estando presente en los ajuares, entre las piezas recuperadas se registra un pendiente de oro en la e.f. 177 y una lámina repujada del mismo metal que decora el puente de una fibula en la e.f. 160. En plata destaca una pareja de pendientes de la e.f. 20 y las cadenas de las e.f. 139 y 149.

5. VAJILLA Y UTENSILIOS METÁLICOS RELACIONADOS CON RITOS DE SACRIFICIO Y BANQUETE

El Castillo, por el número de utensilios vinculados a estos rituales y por su diversidad, debe considerarse como un yacimiento singular dentro del Valle del Ebro, comparable a otros yacimientos ubicados en la Meseta occidental, como la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) o la vettona de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila). Investigadores como F. Burillo han llegado incluso a afirmar que entre los miles de tumbas descubiertas y excavadas hasta la fecha en territorio celtibérico no se habían encontrado ajuares como los hallados en esta necrópolis (Burillo, 2010, 580) (Figs. 27-28). En realidad, en la Celtiberia estricta sí se han registrado piezas relacionadas con este tipo de rituales (Lorrio, 1997, 230-232), aunque no en la proporción y con la variedad que se documenta en El Castillo. Lo que es un dato muy significativo de la personalidad de este yacimiento en el que, sin duda, tuvo una gran importancia su situación geográfica, más propicia para la llegada de las influencias mediterráneas.

Estos objetos, y en general toda la vajilla metálica, son elementos de lujo que únicamente estaban al alcance de unos pocos (Jiménez Ávila, 2006-2007, 309). Como señala R. Graells, apoyándose en un trabajo

realizado por C. Rolley para el ámbito de la Magna Grecia (Rolley, 2002, 52), estas piezas se heredaban, se donaban, se adquirían mediante luchas y confrontaciones, se desplazaban, se amortizaban, etc. Su comercio, redistribución, donación, tesaurización, son elementos que complican el estudio individual de estos objetos y que provocan problemas y debates respecto a la atribución a un lugar concreto de procedencia o a un determinado taller (Graells, 2008a, 165).

En los textos clásicos, al margen de los recipientes y de los instrumentos metálicos asociados a ceremonias de sacrificio y banquete, se menciona en repetidas ocasiones el empleo de vajilla metálica en los ritos fúnebres de purificación, que incluían el lavado con agua lustral y el perfumado del cadáver, las abluciones previas del oficiante, la quema de perfumes, etc. Asimismo, las fuentes escritas también señalan el uso de esta vajilla en las libaciones realizadas en diferentes momentos del funeral: en el banquete, durante el proceso de cremación, en el apagado de la pira, etc. Los vasos y utensilios destinados a esos fines, al margen de su trascendencia como marcadores de estatus y prestigio social, estaban dotados de un valor simbólico, como se deduce de su presencia en ambientes funerarios (Jiménez Ávila, 2006-2007, 304). El carácter excepcional de estos objetos y la acción destructora del fuego justifican, en parte, el escaso número de piezas de vajilla metálica identificadas en las necrópolis peninsulares. Un bajo porcentaje que no implica necesariamente que los funerales fueran más modestos o menos complejos. Estos elementos pudieron haber sido utilizados sin acabar posteriormente amortizados en las tumbas. También se debe contemplar la posibilidad de que la vajilla metálica fuera reemplazada por recipientes fabricados en materiales menos costosos y de fácil adquisición, como la cerámica o la madera.

En el desarrollo de la intervención arqueológica y en el posterior proceso de consolidación y restauración fueron clasificados 64 objetos metálicos que



Figura 27: Enterramiento 11. Armas y utensilios metálicos relacionados con ritos de sacrificio y banquete acumulados junto al lateral este de la cista de adobe (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 63).



Figura 28: Enterramiento 13. Utensilios metálicos relacionados con ritos de sacrificio y banquete depositados en el interior de la cista de adobe (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 68).

pueden relacionarse con estos rituales. En los materiales empleados para su elaboración se aprecia un predominio evidente del hierro sobre el bronce: 41 son íntegramente de hierro (64,06%), frente a 18 de bronce (28,12%). En 4 piezas (6,25%) combinaron ambos metales, en estos casos se trata de cazos con mangos verticales de hierro y cazoletas de bronce. Por último, el conjunto lo completa un cuenco de plata depositado en la e.f. 152.

La presencia de esta vajilla y de estos utensilios metálicos en el interior de las tumbas evidencia la capacidad de sus propietarios para celebrar banquetes. A esta circunstancia, se une el hecho de que los equipamientos metálicos aparezcan acompañados, sobre todo durante la *Fase II* y en la *Fase III*, de servicios cerámicos estandarizados y con un elevado número de recipientes. Estos vasos pudieron desempeñar una función esencial para el servicio de alimentos y el consumo de bebidas. Asimismo, diferentes estudios y analíticas que en estos momentos se encuentran en curso, han identificado restos de fauna⁵ y de grano de cereal carbonizado⁶ en varias sepulturas. Todas estas informaciones apuntan no solo a la existencia de ofrendas, sino a que tuvieron un papel destacado durante la cremación. Los restos, por tanto, pudieron haber formado parte de las porciones de carne y de otros alimentos reservadas para el difunto, que era tratado como uno de los convidados, a quien se guardaba su parte de comida y de bebida. Antes de encender la pira, eran depositados como ofrenda y quemados junto al cuerpo

5. A diferencia de otras necrópolis del interior peninsular, los restos de fauna identificados hasta la fecha en El Castillo fueron depositados en la pira y quedaron expuestos al ritual de cremación. Aparecen muy fragmentados y mezclados con los restos humanos. Por el momento, en el desarrollo del estudio paleopatológico de las cremaciones que está realizando la antropóloga M^a Paz de Miguel, se han identificado e individualizado restos de fauna quemada en la e.f. 45, perteneciente a la *Fase I* (2^a ½ s. VI – principios s. V a. C.), en la e.f. 152, perteneciente a la *Fase II* (2^a ½ s. V – 1^a ½ s. IV a. C.) y en las e.f. 13 y 139 de la *Fase III* (2^a ½ s. IV – s. III a. C.). Conforme avance este estudio, es muy probable que se continúen documentando restos de fauna en otras sepulturas. A su conclusión, se abordará el pertinente estudio arqueozoológico de las evidencias recuperadas que puede aportar una información esencial para precisar distintos aspectos del ritual de sacrificio, para determinar pautas sobre consumo, etc.

6. El estudio paleocarpológico también se encuentra en curso, los análisis se están realizando en las instalaciones del CSIC y forman parte de un proyecto encabezado por Leonor Peña y Guillem Pérez Jordá. Hasta la fecha, las muestras recuperadas en el desarrollo de la intervención arqueológica y del material generado por la flotación del sedimento acumulado en el interior de las tumbas han permitido identificar semillas de cereal carbonizadas en dos enterramientos (e.f. 117 y 133) de la *Fase I*, cuatro (e.f. 150, 152, 153, 155) de la *Fase II* y cinco (e.f. 11, 13, 17, 30 y 167) de la *Fase III*. También se ha documentado la presencia de *vitis vinifera* en las e.f. 145 y 152 de la *Fase II* y en la e.f. 160 de la *Fase III*.

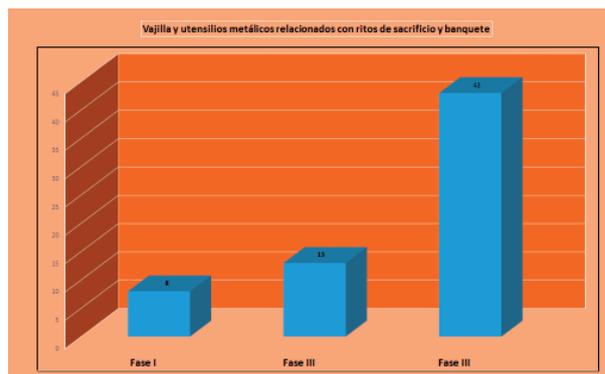


Figura 29: Distribución de los utensilios metálicos relacionados con ritos de sacrificio y banquete en las distintas fases de ocupación de la necrópolis.

del difunto, de esta forma se le hacía partícipe del banquete.

La distribución de estos utensilios en las diferentes tumbas excavadas muestra un extraordinario incremento durante la última fase de ocupación de la necrópolis, fechada entre la 2^a ½ del s. IV y el s. III a. C. (Fig. 29). En la *Fase I* (2^a ½ s. VI – principios s. V a. C.) únicamente se recuperaron 8 objetos (12,50%), que incluían dos braseros de bronce, un recipiente de asas móviles y cinco cuchillos de hierro. En la *Fase II* (2^a ½ s. V – 1^a ½ s. IV a. C.) se catalogó un conjunto heterogéneo formado por 13 objetos (20,31%), entre los que se identificaron seis cuchillos, tres ganchos de carne, una pátera de bronce, un cuenco de plata, un soporte calado-*thymaterion* y un pequeño utensilio de bronce para el que se ha propuesto un posible uso como removedor de perfumes o como objeto de tocador. El resto de las piezas amortizadas se localizaron en la *Fase III* (2^a ½ del s. IV – s. III a. C.), corresponden a 43 objetos (67,19%) de muy diversa naturaleza y finalidad: cuchillos, hachas, calderos, llar, trébedes, cazos, rallador, parrillas, morillos, asadores, ganchos de carne y tenazas.

Atendiendo a criterios de funcionalidad, las piezas se distribuyen en cuatro grupos diferentes: utensilios para la inmolación empleados en ritos de sacrificio, recipientes contenedores, accesorios e instrumental relacionado con el fuego.

5.1. UTENSILIOS PARA LA INMOLACIÓN EMPLEADOS EN RITOS DE SACRIFICIO

5.1.1. Cuchillos

Los cuchillos son objetos relativamente frecuentes en los cementerios protohistóricos de la Meseta, del valle del Ebro y del noreste peninsular. Los primeros ejemplares fueron introducidos en el Bronce Final (Almagro-Gorbea, 1993, 86; Lorrio, 2006-2008, 566) y, desde fechas tempranas, los encontramos formando parte de los ajueres funerarios de las necrópolis ibéricas y de las

fases más antiguas celtibéricas. También son elementos que se documentan con cierta asiduidad en las necrópolis de Cataluña y el sur de Francia (Graells, 2005, 240; 2010a, 124-125). En la Meseta, durante el Celtibérico Pleno aparecen, con relativa frecuencia, asociados a espadas (Lorrio, 1997, fig. 59), lo que confirma su valor simbólico (Almagro-Gorbea, 2006, 234).

El análisis y la clasificación de estas piezas se han visto condicionados por factores muy diversos, como la simplicidad de las formas, el escaso valor cronológico debido a la perduración en el tiempo de algunos modelos y los problemas que plantean para determinar su función concreta. Circunstancias que explican la ausencia de tipologías, la escasez de estudios específicos y la brevedad con la que suelen ser tratadas en artículos y monografías. Un panorama que ha comenzado a cambiar en los últimos años con la publicación de trabajos de conjunto, como los realizados a los ejemplares recuperados en el santuario de Cancho Roano (Kurtz, 2003) o en la necrópolis de Medellín (Lorrio, 2006-2008), y de algunos intentos de recopilación y clasificación tipológica (Mancebo, 2000).

Las investigaciones más recientes, basadas tanto en datos arqueológicos como en la información que aportan la iconografía y las fuentes escritas, se inclinan por resaltar la importancia de los cuchillos, como elementos de preeminencia social y como instrumentos rituales relacionados con sacrificios de animales y banquetes (Quesada, 1997, 166-168; Almagro-Gorbea, 2006, 233-234; Lorrio, 2006-2008, 569; Romero, Sanz y Górriz, 2009, 244; Poux, 2009, 107). Como señala A. Jimeno Martínez y otros autores, cuando son utilizados para inmolar animales alcanzan un rango ritual y, por tanto, tienen un alto contenido simbólico. Propician y ejecutan la alimentación y además permiten, a través del sacrificio, agrandar y comunicar con los dioses (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 277). En contextos funerarios, se asocian con frecuencia a la manipulación y al consumo de carne (Lucas, 2003-2004, 127-128; Brun, 2009, 69; Romero, Sanz y Górriz, 2009, 244; Cabrera Díez, 2010, 220).

Los ejemplares recuperados en la necrópolis de El Castillo son un nuevo testimonio que respalda esta realidad. Así se desprende de la vinculación de la mayoría de los cuchillos a estructuras funerarias de gran tamaño, compleja arquitectura y ajuares destacados; de su número y del tamaño que alcanzan algunas de las piezas; y de encontrarse, en un elevado porcentaje de los casos, relacionados con otros objetos metálicos del banquete.

Las sepulturas excavadas en las intervenciones arqueológicas realizadas en la necrópolis de El Castillo han proporcionado 20 cuchillos⁷ (Fig. 30). En relación

al número total de vajilla y de utensilios metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete funerario, suponen un 31,25% del total. El número de cuchillos es sensiblemente mayor al aportado por otras necrópolis del valle medio del Ebro, como La Atalaya (Cortes, Navarra) (Castiella, 2005, 195-197, fig. 110) o Cabezo de Ballesteros (Épila, Zaragoza) (Pérez Casas, 1990, 117, fig. 8.56). Trece de estos ejemplares (65%) se localizaron en el interior de enterramientos de más de dos metros de diámetro. Ocho de estas sepulturas superaban ampliamente los cuatro metros de diámetro (e.f. 36, 45, 99, 106, 109, 121, 41 y 160). Los otros siete cuchillos (35%) se encontraron en tumbas con dimensiones más modestas y diámetros que oscilaba entre uno y dos metros.

El tamaño medio de los ejemplares documentados suele situarse entre los 13 y los 20 cm, aunque no se aprecia una estandarización en base a las dimensiones. Las piezas de menor longitud, 36.28 y 109.3, tienen entre 11 y 12 cm. En el extremo opuesto se hallan cuatro cuchillos, 17.9, 31.8, 168.8, 99.3, que superan ampliamente los 20 cm, alcanzando uno de los ejemplares, 31.8, los 30 cm. Los enterramientos en los que se han localizado cuchillos presentaban habitualmente un solo ejemplar, con las excepciones de las e.f. 28 y 168, que contaban con dos ejemplares.

Los cuchillos aparecían, con frecuencia, asociados tanto a objetos metálicos relacionados con el banquete como a armas. Utensilios metálicos vinculados al banquete se localizaron en nueve de las dieciocho tumbas en las que se han encontrado cuchillos (50%), un porcentaje ligeramente superior al de las armas (44,44%). En seis de las sepulturas analizadas (27,77%), el instrumento sacrificial formaba parte de ajuares que contenían tanto armas como objetos metálicos del banquete, de este modo se registró en las e.f. 23, 31, 36, 141, 168 y 175.

5.1.1.1. Tipos y cronología

Los cuchillos fueron elaborados a partir de una única lámina de hierro, de sección triangular. Se caracterizan por tener el dorso romo y un solo filo cortante, prolongado en una lengüeta sobre la que iban remachadas las cachas (Lorrio, 1997, 164). La hoja queda separada de la empuñadura por dos piezas simétricas de hierro, de sección semicircular, que se han conservado de manera parcial o total en siete ejemplares (17.9, 31.8, 45.5, 138.6, 143.8, 160.7, 168.8).

Las empuñaduras de los cuchillos debieron tener cachas de madera o hueso, que eran fijadas a la lengüeta del mango mediante el empleo de remaches de cabeza plana y sección cuadrada o circular. Un buen ejemplo lo constituye la pieza 106.6, que conserva las cachas, en este caso de hueso (Fig. 31). Los remaches ocupan el eje central de la empuñadura. Lo más frecuente es la presencia de dos remaches, aunque se han catalogado piezas como la 144.7, en la que emplearon tres.

7. Los cuchillos identificados corresponden a los siguientes números de inventario: 17.9, 23.37, 28.8, 28.9, 31.8, 36.28, 45.5, 99.3, 106.6, 109.3, 121.6, 138.6, 141.19, 143.8, 144.7, 160.7, 168.8, 168.9, 175.10 y 179.11.

En el conjunto recuperado en El Castillo solo en dos ejemplares (17.9 y 28.8) se observan signos de una manipulación intencionada de la hoja previa a su amortización en la tumba (Fig. 32).

El análisis del desarrollo de la hoja y del modo en el que se produce la transición del filo con la empuñadura, ha permitido individualizar tres tipos o modelos diferentes de cuchillos⁸ (Fig. 34).

• *Tipo 1.* En este grupo se incluyen los ejemplares de hoja recta o ligeramente cóncava, que se incurvan de forma más acusada en el tercio proximal de la pieza. Tienen el filo recto o ligeramente cóncavo. El dorso también puede ser recto o describir un suave arco en el tramo más cercano a la empuñadura, presentando en el tramo más alejado una marcada inflexión. Empuñadura no diferenciada, con una anchura similar a la del filo, excepto en la pieza 106.6, en la que se aprecia un adelgazamiento progresivo (Fig. 34).

Responden a estas características siete de los cuchillos analizados (17.9, 45.5, 99.3, 106.6, 109.3, 121.6 y 143.8), que suponen el 35% del total (Fig. 33). Sus longitudes oscilan entre 12 y 22 cm.

Ejemplares similares al tipo 1 de El Castillo los encontramos en la cercana necrópolis de La Atalaya (Cortes, Navarra), donde se catalogaron piezas de tamaños y características muy parecidas, como las localizadas en la sepultura 16 de La Atalaya Alta y la procedente de la sepultura 39 de La Atalaya Baja (Castiella, 2005, fig. 110). En la Meseta este modelo se encuentra bien representado, citaremos, entre otros ejemplos, los procedentes de la tumba 1 de Sigüenza (Guadalajara) (Lorrio, 1997, 153, fig. 61.A), de las tumbas 5 y 6 de Altillo de Cerropozo (Atienza, Guadalajara) (Lorrio, 1997, 168, fig. 67. C-D), o los de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria) (Argente, Díaz y Bescós, 2001, 132). También está documentado en contextos más alejados, es el caso de la necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona) en el nordeste peninsular, donde se recuperó un conjunto de cuchillos atribuidos a la facies Gran Bassin I (López Cachero, 2005, 149, foto 35). Asimismo también se encuentra ejemplos en las necrópolis orientalizantes del suroeste peninsular, identificándose con el tipo 1 de Medellín (Badajoz) (Lorrio, 2006-2008, 568, fig. 669).

• *Tipo 2.* El filo y el dorso mantienen características similares a las descritas en el modelo anterior. La principal diferencia radica en el modo en el que se produce la transición entre el filo y la empuñadura. El filo

8. Cinco de los ejemplares (25%) debido a su mal estado de conservación, a la fragmentación que presentaban las piezas o al hallarse fundidos a otros objetos, no se han podido clasificar dentro de un tipo concreto. Corresponden a las piezas 23.37, 28.9, 138.6, 141.19 y 179.11

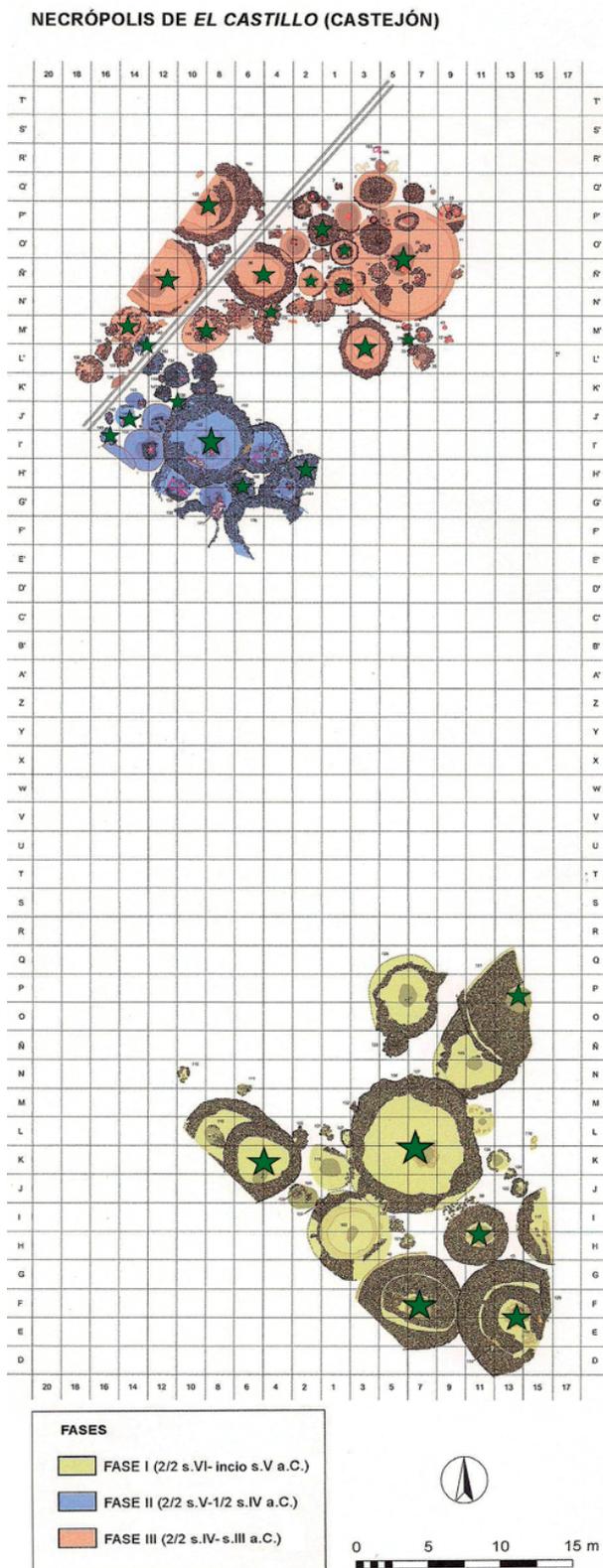


Figura 30: Distribución de los enterramientos que contenían vajilla metálica y/o utensilios relacionados con ritos de sacrificio y banquete.

termina en un ángulo recto, muy marcado, que condiciona el ancho de la empuñadura, sensiblemente menor a la anchura media de la hoja (Fig. 34).



Figura 31: Enterramiento 106 (106.6). Restos de las cachas de hueso (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 32: Enterramiento 17 (17.9). Piezas simétricas de hierro separando el filo de la empuñadura (Foto Gabinete Trama S. L.).

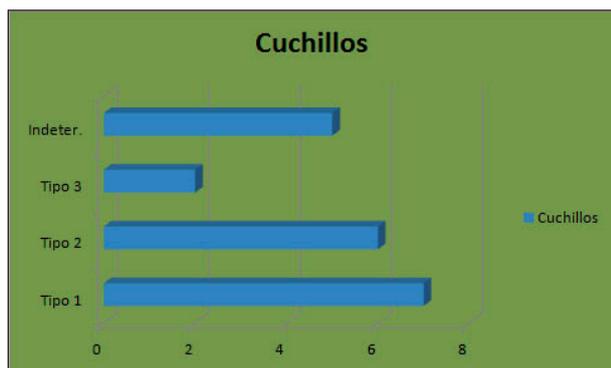


Figura 33: Distribución de los cuchillos por tipos.

Responden a estas características seis de los cuchillos analizados (28.8, 144.7, 160.7, 168.8, 168.9 y 175.10), que suponen el 30% del total (Fig. 33). Sus longitudes oscilan entre los 14 y los 28 cm (Fig. 34). El de mayores dimensiones es el ejemplar 168.8, del que encontramos un referente de similar tamaño y características en la sepultura 39 de la Atalaya Baja (Cortes, Navarra) (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 432, fig. 24).

La nómina de necrópolis en las que se han recuperado cuchillos del tipo 2 es igualmente extensa. Los ejemplos más próximos proceden de La Atalaya (Cortes, Navarra), del conjunto 29 (Castiella, 2005, 163, fig. 77), de Cabezo de Ballesteros (Épila, Zaragoza) (Pérez Casas, 1990, 118, fig. 8) y de *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza) (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009, 157-158, fig. 74). En la Meseta es el modelo más repetido y se documenta, entre otras necrópolis, en Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria) (Argente, Díaz y Bescós, 2001, 275, fig. 200), Numancia (Garray,

Soria) (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 155, fig. 112), Quintanas de Gormaz (Soria) (Cabré de Morán, 1990, fig. 15 y 19; Lorrio, 1997, 177, fig. 72.C), Alpanseque (Soria) (Lorrio, 1997, 163, fig. 65.C), La Mercadera (Soria) (Lorrio, 1997, 153, fig. 61), El Alto de la Cruz (Revilla de Catalañazor, Soria) (Cabré de Morán, 1990, 217, fig. 20; Lorrio, 1997, 184, fig. 74. A-C), El Altillo (Aguilar de Anguita, Guadalajara) (Cabré de Morán, 1990, 213, fig. 12), Prados Redondos (Alcunza, Guadalajara) (Fernández Galiano, 1976, 61), etc.

• *Tipo 3*. Los ejemplares de este grupo se caracterizan por presentar la hoja convexa. El filo, como en el caso anterior, finaliza en un ángulo recto, condicionando el ancho de la empuñadura, sensiblemente menor a la anchura media de la hoja (Fig. 34).

Responden a estas características dos de los cuchillos analizados (31.8 y 36.28), que suponen el 10% del total (Fig. 33). La pieza 36.28 es la de menor tamaño de todas las catalogadas, con 10,7 cm. Por el contrario, la pieza 31.8 es la de mayores dimensiones, con 30 cm.

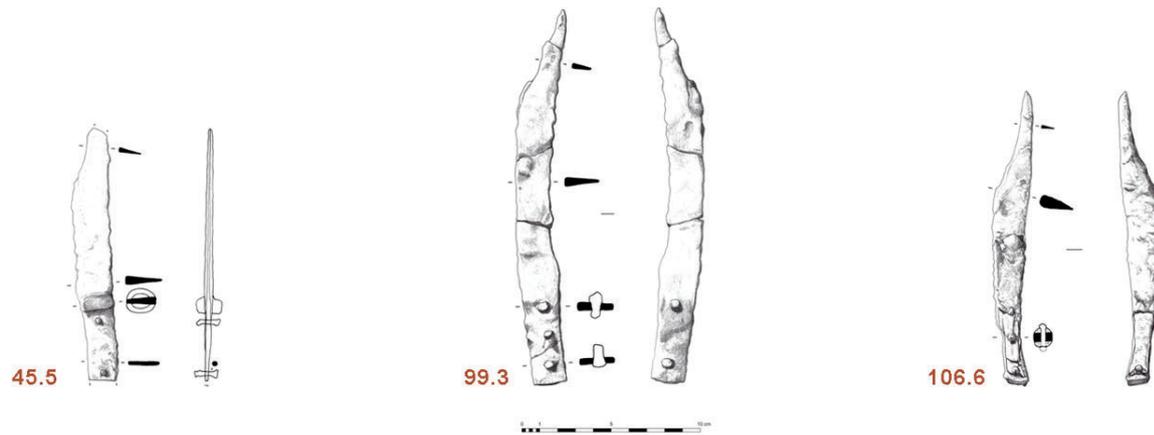
Este tipo de cuchillo se documenta con menor frecuencia en las necrópolis peninsulares y podría responder, a juzgar por los contextos arqueológicos en los que han sido localizados, a un modelo de cronología más reciente. En El Castillo los dos ejemplares recuperados se asocian a sepulturas (e.f. 31 y 36) de la *Fase III* (2^a ½ s. IV – s. III a. C.). En la necrópolis de Numancia (Garray, Soria) se documenta algún ejemplar de filo convexo, como es el caso del hallado en la tumba 151 (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 155, fig. 112), fechado entre finales del s. III y principios del s. II a. C. En contextos funerarios más antiguos también se han documentado algunos cuchillos de filo convexo, como es el caso de los ejemplares de las tumba 7 y 9 de la necrópolis de La Joya (Huelva) (Garrido, 1970, 36 y 39, fig. 24, lám. XXXIX), aunque en la transición entre el filo y la empuñadura no presentan el marcado ángulo recto de los ejemplares de El Castillo.

En la *Fase I* (2^a ½ s. VI– principios s. V a. C.) se documenta la presencia de cuchillos en las e.f. 45, 99, 106, 109 y 121. Los cinco ejemplares corresponden al tipo 1 y fueron depositados en el interior de construcciones tumulares de grandes dimensiones que, en todos los casos, superaban ampliamente los cuatro metros de diámetro.

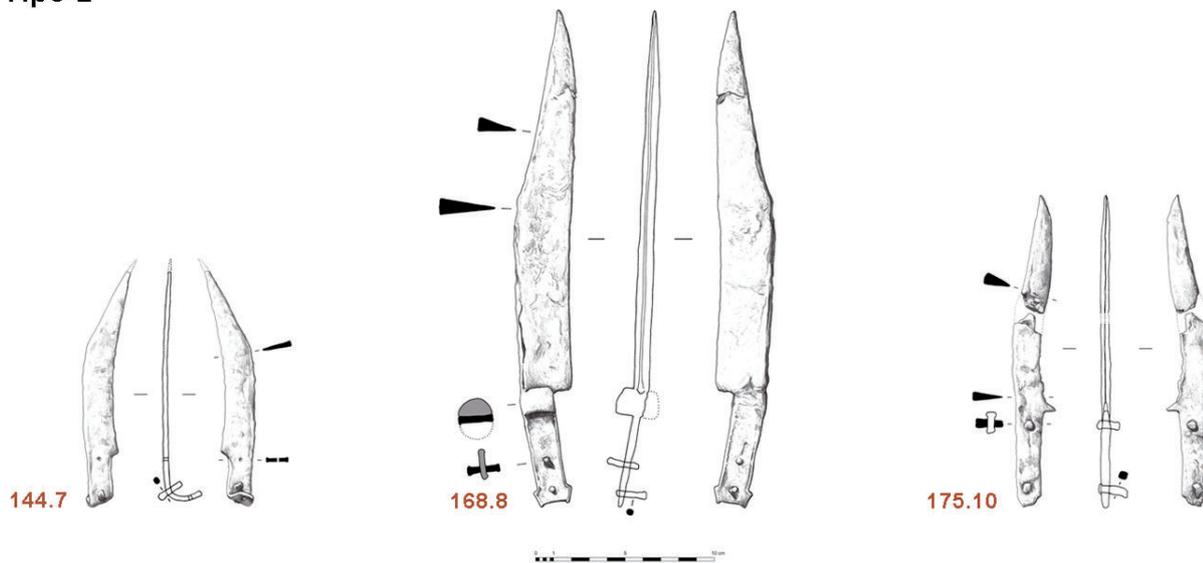
El cuchillo de la e.f. 45 (45.5) aparece asociado a un brasero de bronce, utilizado como urna (Fig. 12), y a un asa de hierro que también podría estar relacionada con un recipiente contenedor de materia orgánica vinculado al banquete. En la e.f. 106 no se hallaron objetos metálicos directamente vinculados al banquete, sin embargo el cuchillo (106.6) fue localizado junto a una pequeña figura de bronce que representaba a un carnero (106.21) (Fig. 15). Esta tumba contiene, por tanto, dos elementos fundamentales en el ritual de sacrificio previo al banquete, la víctima simbolizada en la figura

CUCHILLOS

Tipo 1



Tipo 2



Tipo 3

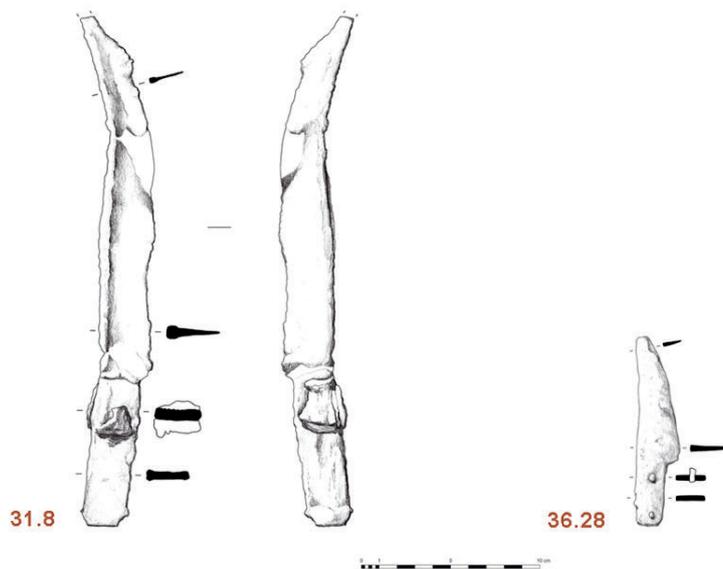


Figura 34: Tipología de los cuchillos identificados en la necrópolis.

del carnero⁹, y el instrumento con el que se realizaba el citado sacrificio, el cuchillo curvo. Esta misma asociación también se observa en el santuario de Capote (Higuera La Real, Badajoz), entre los objetos relacionados con el altar se recuperaron tres cuchillos afalcatados, un martillo y una figurita de bóvido, sobre una lámina de plomo recortada (Berrocal-Rangel, 1994, 237 y 242, fig. 80). Algunos autores señalan la posibilidad de que los exvotos de animales se ofrendaran en conmemoración o en sustitución de sacrificios costosos (Nicolini, 1968, 42; Prados, 1996, 142). Estos objetos se documentan con cierta frecuencia en santuarios y en necrópolis ibéricas del suroeste peninsular y, en ocasiones, se asocian a ritos de carácter agrario de tradición circunmediterránea relacionados con la fecundidad, que incluirían sacrificios (Nicolini, 1968, 42; Moneo, 2003, 387).

Por último, conviene señalar que en contextos de la Primera Edad del Hierro las armas, aunque presentes (Farnié y Quesada, 2005, 21-24), pueden considerarse como piezas excepcionales en gran parte de la Península Ibérica. Por el contrario, los cuchillos de dorso curvo son los primeros objetos de hierro que se documentan de manera sistemática. En las necrópolis orientalizantes, fechadas entre los s. VIII y VI a. C., el patrón más repetido es la ausencia de armas y la abundancia de cuchillos afalcatados, que aparecen asociados a braseros y a jarros de bronce. Un horizonte que demuestra que estas piezas, durante esta etapa, habían adquirido la condición de elementos de prestigio muy destacados. Los ejemplares más lujosos podían alcanzar tamaños considerables y llevar cachas y remaches decorativos (Quesada, 1997, 167-168). Distinto panorama es el que se documenta en el noreste peninsular, como consecuencia de la aparición de una aristocracia emergente durante el último tercio del s. VII y la primera mitad del s. VI a. C. (Graells, 2011, 576). La irrupción de estas nuevas élites se inscribe dentro del proceso de cambio de las estructuras económicas, sociales, políticas y religiosas impulsado por los contactos con el Mediterráneo y por la llegada de población extranjera a su territorio (Graells, 2011, 587). En este periodo las armas, en su condición de símbolos de poder y estatus social, se convirtieron en objetos relativamente frecuentes en las necrópolis tanto del área de la actual Cataluña y Levante como del sureste de Francia. Ejemplos de esta realidad los constituyen, entre otras, las necrópolis catalanas y levantinas de Mas de Mussols (La

Palma-Tortosa, Tarragona), Mianes (Santa Bàrbara-Tortosa, Tarragona), La Oriola (Amposta, Tarragona), Mateu-Granada (Empuries, Gerona), Muralla Nord-Est (Empuries, Gerona), Orleyl (Vall d'Uxó, Castellón), La Mina (Gátova, Castellón), La Solivella (Alcalá de Xivert, Castellón), Puig de Benicarló (Castellón), El Bovalar (Benicarló, Castellón), Milmanda (Vimbodí, Tarragona), Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona), Can Bech de Baix (Agullana, Gerona), Vilanera (L'Escala, Gerona) (Graells, 2011, 581), sin olvidar la existencia de tumbas aisladas como la Granja de Soley (Santa Perpètua de Mogoda, Barcelona), con un componente añadido de culto heroico.

En la *Fase II (2^a ½ s. V – 1^a ½ s. IV a. C.)* se recuperaron cuchillos en el interior de las e.f. 138, 143, 144, 168 y 175 (Fig. 35). Estas construcciones tumulares eran de menor tamaño a las documentadas en la etapa anterior, con diámetros que oscilaban entre uno y dos metros.

El número total de piezas catalogadas es seis, al haberse hallado dos cuchillos en la e.f. 168. El mayor porcentaje corresponde al tipo 2, del que se han catalogado cuatro ejemplares (144.7, 168.8, 168.9 y 175.10).

Al igual que sucede en la etapa anterior, se han encontrado cuchillos relacionados con objetos del banquete. En la e.f. 143, el cuchillo aparece asociado al extremo de un gancho de carne de hierro (143.10). Lo mismo ocurre en la e.f. 168, donde también se ha encontrado un fragmento de un vástago torsionado de hierro (168.17) que probablemente formaba parte de un gancho de carne. Por último, en la e.f. 175 se catalogó una pequeña pieza de bronce que ha sido interpretada como removedor de perfumes o como objeto de tocador (175.12).

Las armas, a diferencia de la fase precedente, también están presentes en tres de las sepulturas con cuchillos. Un regatón (144.6) en la e.f. 144; en la e.f. 168 una pieza de hierro que pudo formar parte del umbo de un escudo (168.10); y en la e.f. 175, una punta de lanza (175.8) (Fig. 18) y un regatón (175.9).

En la *Fase III (2^a ½ s. IV – s. III a. C.)* se documenta la presencia de cuchillos en las e.f. 17, 23, 28, 31, 36, 141, 160 y 179. En este caso, las construcciones tumulares eran de estructura y tamaño diverso. Desde sepulturas de enchado tumuliforme de apenas un metro de diámetro, como sucede en las e.f. 31 y 179, hasta enterramientos con anillos perimetrales de adobe de más de cinco metros de diámetro, como sucede en las e.f. 141 y 160.

El número total de ejemplares catalogados es de nueve, al haberse hallado dos cuchillos en la e.f. 28. Las piezas destacan por su variedad tanto de tamaño como de forma. Están representados los tres tipos descritos, la pieza 17.9 corresponde al tipo 1, la 28.8 y la 160.7 al tipo 2, y la 31.8 y la 36.28 al tipo 3. El resto de ejemplares no se pudieron atribuir a un modelo

9. La figura del carnero en contextos funerarios también ha sido objeto de otras lecturas. R. Graells y S. Sardà, para los colgantes zoomorfos del noreste peninsular que presentan esta iconografía plantean una interpretación como elemento apotropaico, a partir de una adaptación y asimilación del imaginario homérico. El carácter protector de este animal lo relacionan con el pasaje de la huida de Ulises de la cueva de Polifemo, en el que el héroe consigue escapar disfrazado u oculto en una oveja/carnero (Graells y Sardà, 2005, 18-19).

concreto, al encontrarse fragmentados o fundidos a otros objetos de metal.

En esta fase se hace más evidente la asociación de los cuchillos con utensilios metálicos de banquete. Cuatro sepulturas, e.f. 23, 31, 36 y 141, presentan este tipo de objetos. Estas mismas tumbas también contienen armas formando parte de los ajuares. En la e.f. 23 el instrumento sacrificial aparecía acompañado de un caldero de bronce, cazo, asadores, tenazas, así como de una espada de antenas tipo Etxauri/Quesada II, *soliferreum*, escudo, punta de lanza y regatones (Fig. 36). En la e.f. 31, de un caldero de bronce y una abrazadera de escudo. En la e.f. 36, de un caldero, asador, *soliferreum*, escudo, puntas de lanza y regatones. Por último, en la e.f. 141, al cuchillo le acompañaban asador, espada, *soliferreum*, casco y escudo.

5.1.1.2. Funcionalidad y contexto cultural

Los cuchillos son objetos ampliamente documentados en contextos arqueológicos. En la Península aparecen en las sepulturas a partir de la segunda mitad del s. VIII a. C. alcanzando, en poco tiempo, una notable expansión (Cabrera Díez, 2010, 219). Pese a ello, como señala R. Graells (2005, 240), el carácter plurifuncional atribuido a estas piezas ha dado lugar a diversas interpretaciones. Han sido considerados como armas (Solier, Rancoule y Passelac, 1976, 76; 1981, 49; Marini, 2003, 30, nota 70), como elementos litúrgicos vinculados a rituales de sacrificio (Détienne, 1989, 10, Tagliente, 1985, 173, nota 34; Scheid, 1985, 196; Smith, 1996, 86, Mancebo, 2000, 1829; Bietti y De Santis, 2003: 762), como distintivos sociales (Mancebo, 2000, 1828), o como herramientas de trabajo empleados en actividades cotidianas. Los espacios en los que, con mayor frecuencia, ha quedado acreditada la relación de los cuchillos con rituales de sacrificio y banquete, son los santuarios y las necrópolis.

La presencia de cuchillos formando parte de los utensilios litúrgicos hallados en los santuarios es una clara demostración de su carácter sagrado. En el altar de Capote (Higuera La Real, Badajoz), los cuchillos afalcatados aparecen asociados a restos de los animales sacrificados y a otros objetos metálicos del banquete, como una parrilla, asadores, etc. (Berrocal-Rangel, 1994, 266, fig. 80). Piezas similares se han encontrado en el santuario de Coria (Sevilla) (Escacena, 2002, 67) o en el palacio-santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Kurtz, 2003, 319-323).

En las necrópolis también se ha documentado la vinculación de los cuchillos con el ritual de sacrificio previo al banquete fúnebre. Algunos de los mejores ejemplos los encontramos en la Meseta. La sepultura II del túmulo C de la Zona I de la necrópolis vettona de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila), contenía en su interior dos cuchillos afalcatados que



Figura 35: Enterramiento 168, Fase II. Cuchillo de tipo 2 depositado sobre la urna (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 36: Enterramiento 23, Fase III. Armas asociadas al cuchillo (Foto Gabinete Trama S. L.).

acompañaban a un servicio completo de banquete compuesto, entre otros objetos, por trébedes, tenazas, atizador, badila, martillo y una copa de bronce repujada (Baquedano y Escorza, 1996, 192, fig. 8). En la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), esta relación también se observa en tumbas como la 54 y la 84 (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 244-245).

El cuchillo, al margen de su uso en ceremonias de sacrificio, pasó a formar parte de la panoplia hispana. Podía ubicarse en el interior de un cajetín habilitado en la vaina de las espadas de antenas (Lorrio, 1997, 181) o en los tahalíes de otros modelos de espadas ibéricas y celtibéricas, como símbolo de estatus del aristócrata o jefe gentilicio, en su condición de sacerdote oficiante de los ritos sacrificiales a los antepasados, simbolizados por dicho cuchillo (Almagro-Gorbea, 2006, 234). El guerrero del *herón* de Obulco (Porcuna, Jaén), fechado a inicios del s. V a. C. (Negueruela, 1990, fig. 25), con cinturón, espada y cuchillo afalcatado, es uno de los mejores ejemplos de esta realidad. En El Castillo, la frecuente presencia de armas formando parte de los ajuares de tumbas que contienen cuchillos, podría deberse a esta circunstancia. La asociación entre armas y cuchillos se ha documentado en ocho sepulturas (e.f. 17, 23,

31, 36, 141, 168 y 175); en dos de estas tumbas (e.f. 23 y 141), la espada formaba parte de la panoplia. El elevado número de cuchillos también podría explicar la ausencia de puñales en esta necrópolis. El carácter polivalente de estos objetos le permitía asumir ambas funciones, como arma ofensiva corta y como instrumento de sacrificio.

La importancia de los cuchillos, por sus connotaciones rituales y por su interés como elemento simbólico y de estatus social, contrasta con su escasa aportación cronológica. Han quedado descartados como indicadores o referentes a causa de la dilatada perduración de los modelos y de la homogeneidad tipológica. En El Castillo, pese a las inherentes limitaciones, se ha extraído algunos datos de interés. Los cuchillos del tipo 1 están presente en todas la fases de ocupación documentadas en la necrópolis, aunque aparecen como modelo exclusivo en la *Fase I* (2^a ½ s. VI – principios s. V a.C.), lo que podría indicar un origen anterior al de los otros modelos. Por el contrario el tipo 3 solo está presente en la última fase, dadas las características de la hoja podría tratarse de un modelo más evolucionado y, por tanto, con una cronología más reciente.

5.1.2. Hachas y azuelas

Las hachas durante la Edad del Bronce fueron objetos de prestigio y símbolos de poder, que formaban parte de la panoplia de los guerreros (Fernández Manzano y Montero, 1997). Estas razones justifican su presencia como ofrendas en depósitos rituales y en inhumaciones.

Los cambios políticos, económicos y sociales que acontecieron durante el Bronce Final también influyeron en el armamento, donde se produjo una profunda renovación. Las armas se diversificaron y se especializaron. Las nuevas estrategias de combate demandaban, además de una probada eficacia, que las armas impresionaran al enemigo y que fueran capaces de proteger al guerrero (Fernández Manzano y Montero, 1997, 118-119).

En este contexto se produce la aparición de nuevas armas, tanto ofensivas como defensivas, que fueron desplazando a las hachas del papel principal que, hasta entonces, habían desempeñado. En la Edad del Hierro las hachas ya no formaban parte de la panoplia habitual de los guerreros y, pese a que nunca desaparecieron sus evidentes connotaciones rituales y su valor intrínseco por su condición de piezas metálicas, se destinaron habitualmente a labores adaptadas a su uso como herramientas. Hachas y azuelas fueron utilizadas para el trabajo de la madera y para actividades domésticas (Berzosa, 2005, 326, fig. 5). En algunos ámbitos se ha podido determinar el uso prioritario de algunos modelos de hachas para funciones concretas, bien como armas, como instrumentos para el trabajo de la madera o con fines

vinculados a un uso ceremonial (Iaia, 2006, 193-194, fig. 3).

En el registro arqueológico este tipo de objetos se documentan con frecuencia en áreas de hábitat, entre los utensilios de uso cotidiano. En Navarra se han recuperado hachas en varios poblados protohistóricos (Castiella y Sesma, 1988-1989, 393-397, fig. 8). Destacan, por el número de ejemplares catalogados, La Custodia en Viana (Labeaga, 1999-2000, 103, figs. 258-275) y Alto de la Cruz en Cortes, donde también se recuperaron moldes para fundir hachas (Maluquer, 1985, 57, láms. IV-V).

Los rituales de sacrificio requerían, para facilitar la ejecución de las víctimas de mayor tamaño, el uso de este tipo de herramientas (Cabrera Díez, 2010, 232). Circunstancia que, en algunos casos, podría explicar la presencia ocasional de hachas, azuelas o martillos en santuarios y necrópolis, como resultado de su participación en las ceremonias de sacrificio previas al banquete ritual o al banquete funerario¹⁰.

La iconografía aporta algunas representaciones de sacrificios de grandes bóvidos, en las que el hacha aparece como instrumento ejecutor (Bundrick, 2014, 690-704).

5.1.2.1. Distribución, asociación y cronología

En la necrópolis de El Castillo se han encontrado tres hachas formando parte de los ajueres de las e.f. 11 y e.f. 23. Las dos sepulturas correspondían a la *Fase III* de ocupación de la necrópolis, fechada entre la 2^a ½ s. IV y el s. III a. C. En relación al número total de vajilla y utensilios metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete funerario, las hachas suponen un 4,69% del total.

La e.f. 11 presentaba las características de una tumba principesca. La construcción tumular tenía ocho metros de diámetro, con un anillo perimetral de adobes y cista también de adobe como cámara funeraria. Presentaba un ajuar con un número muy elevado de objetos, entre los que destacaban los restos del atalaje de un carro, arreos de caballo, armas (espada de La Tène, falcata, lanza y escudo) y un servicio completo de banquete (caldero de bronce, *simpula*, parrilla, morillos, asadores, gancho de carne, rallador, etc.). Formando parte de este conjunto, se recuperaron dos hachas de tipologías muy diferentes. Las características de la sepultura, la extraordinaria riqueza del ajuar

10. La presencia en contextos funerarios de hachas y de otras herramientas relacionadas con actividades agrarias o con el trabajo de la madera también ha sido interpretada como una expresión de estatus social y como símbolo del control, por parte de su poseedor, de la gestión de la actividad económica de la comunidad. En Campania y en el sur de Italia, a partir de la Primera Edad del Hierro, son objetos que se documentan en tumbas de jefes guerreros, dato que refuerza su vinculación a las élites aristocráticas (Iaia, 2006, 196-197).

depositado, la presencia de armas, la existencia de un elevado número de objetos metálicos relacionados con el banquete funerario y el hecho de haber recuperado grano de cereal carbonizado por la cremación, constituyen testimonios suficientes para demostrar la celebración de rituales de sacrificio previo en los que las víctimas, o al menos una de ellas, debieron ser animales de gran tamaño, probablemente bóvidos. En su ejecución pudieron recurrir al empleo combinando de las herramientas antes descritas, para desnucarlos, y de la falcata, para desangrarlos realizando un corte profundo en el cuello. El hacha y la azuela deben considerarse y clasificarse, por tanto, en su condición de instrumentos sacrificiales.

- Una **azuela plana de hierro (11.48)** de perfil triangular, con filo de poca curvatura, base apuntada y sección rectangular. Tiene 12,6 cm de longitud, un espesor máximo de 1,7 cm y una anchura en el filo de 5,3 cm (Fig. 37).
- Un **hacha-martillo** o un **hacha de doble filo de hierro (11.62)**. No se conserva completo uno de sus extremos por lo que admite las dos posibilidades. Presenta en el centro una perforación vertical para insertar el astil de madera con el que se manejaba. Los fragmentos recuperados, pese a las alteraciones causadas por el fuego y por los procesos de oxidación, han permitido reconstruir su perfil. Su longitud aproximada es 18 cm, con un espesor medio de 4,7 cm y una anchura en el filo de 5,2 cm (Fig. 37).

La e.f. 23 era una sepultura de encachado tumuliforme, de 2,60 m de diámetro. En su interior también se depositaron armas y un servicio de banquete (caldero de bronce, *simpulum*, tenazas, asadores y cuchillo). Formando parte de este conjunto se recuperó una herramienta de hierro que, con grandes reservas, se ha incluido este apartado.

- El **ejemplar 23.27** presenta fuertes alteraciones en la estructura original de la pieza (grietas longitudinales, exfoliaciones, etc.) y no conserva uno de sus extremos. Uno de sus apéndices tiene forma de martillo y el otro, aunque incompleto, parece aguzarse en forma de bisel. Tiene una longitud conservada de 15,2 cm, una anchura de 5 cm y un espesor medio de 2,9 cm. Podría responder a la tipología de un **hacha-martillo** o de un **pico-martillo** (Fig. 37).

5.1.2.2. Las hachas como instrumentos de sacrificio en contextos arqueológicos

La relativa frecuencia con la que se documentan estas herramientas en contextos domésticos contrasta con el escaso número de ejemplares localizados en santuarios y necrópolis. Las referencias arqueológicas

en las que, con mayor claridad, se observa la vinculación entre hachas y rituales de sacrificio proceden de algunos santuarios galos. En Gournay-sur-Aronde, en la Picardie francesa, se recuperaron diecinueve cráneos de bóvido que presentaban un golpe de hacha por encima del agujero occipital. Las características del impacto coinciden con las hachas encontradas en el foso de este yacimiento (Brunaux, 1981, 225; Méniel, 1992, 54; Cabrera Díez, 2010, 235). En el santuario de Vertault (Côte d'Or, Bourgogne) se identificaron las marcas causadas por una probable hacha en el cráneo de varios caballos (Méniel, 1992, 78; Cabrera Díez, 2010, 235). Esta conexión entre las hachas y los ritos de sacrificio y banquete también se refleja en las tumbas aristocráticas galas fechadas entre los s. III y I a. C. Un buen ejemplo es el depósito funerario de La Mailleraye-Sur-Seine (Seine-Maritime, Normandie), donde se recuperaron dos hachas de hierro asociadas a un caldero, una cadena de llar, morillos, etc. (Lequoy, 1993, 126, fig. 19).

En los santuarios peninsulares también encontramos indicios de la utilización de este tipo de objetos. En el palacio-santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) se recuperaron tres hachas (Kurtz, 2003, 327), aunque no se ha podido probar su vinculación con ritos de sacrificio. En el altar de Castrejón de Capote (Higuera La Real, Badajoz), entre los utensilios metálicos relacionados con el banquete, no aparecieron hachas pero sí un martillo (Berrocal-Rangel, 1994, 237, fig. 80). En este mismo espacio se hallaron restos de grandes mamíferos (bóvidos, équidos y ciervos) (Berrocal-Rangel, 1994, 245), por lo que no se debe descartar la posibilidad de que el martillo fuera utilizado para sacrificar a alguna de estas víctimas (Cabrera Díez, 2010, 235).

En el territorio celtibérico, en contextos funerarios, también existen algunas referencias escuetas y, en ocasiones, confusas a este tipo de herramientas. En las necrópolis de El Tesoro (Carabias, Guadalajara), Turmiel (Guadalajara) Quintanas de Gormaz (Soria) y *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza) se mencionan algunas hachas (Lorrio, 1997, 235, fig. 98.A). En la tumba Osma-I de la necrópolis de Viñas de Portugué (Osma, Soria) se cita, entre los materiales, una alcotana (Lorrio, 1997, 235).

En el ámbito vettón, en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) encontramos, una vez más, el referente que guarda un mayor paralelismo con la e.f. 11 de El Castillo. La Sepultura II del túmulo Z de la Zona I del cementerio abulense presenta una construcción tumular destacada, así como un ajuar en el que aparecen armas (dos puñales y un escudo), objetos metálicos de banquete (parrilla y tenazas) y un hacha. En este conjunto, fechado a comienzos del s. III a.C., el hacha también podría haber desempeñado la función de instrumento ejecutor del sacrificio. En esta misma necrópolis, en la tumba LX de la Zona III, se catalogaron dos martillos, que se deben poner en relación con el ejemplar del santuario de Castrejón de

HACHAS Y AZUELAS

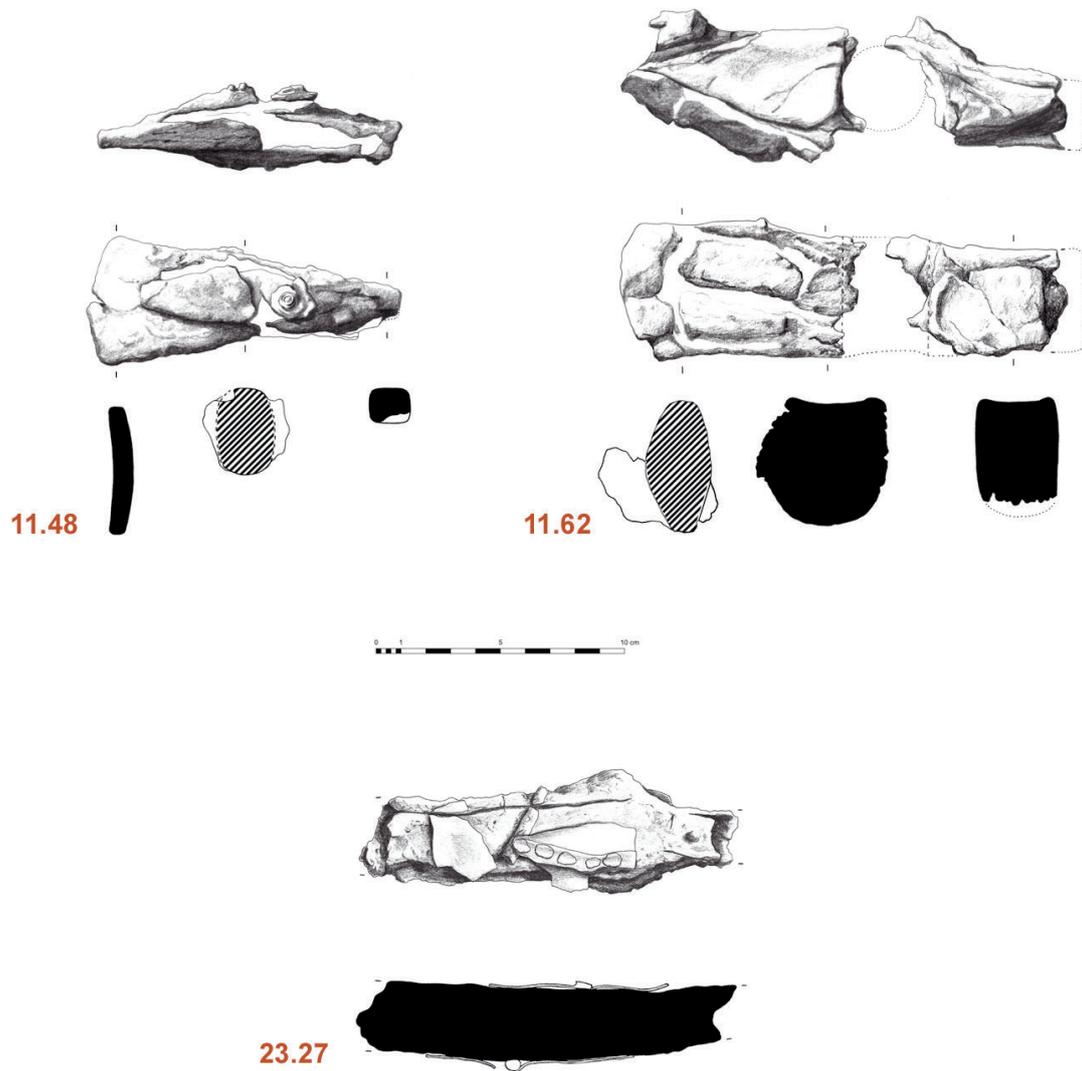


Figura 37: Tipos de hachas identificadas en la necrópolis.

Capote (Higuera La Real, Badajoz). Estas piezas aparecen nuevamente asociadas a un ajuar muy destacado con armas (dos espadas de antenas atrofiadas) y objetos metálicos de banquete (caldero de bronce) (Schüle, 1969, taf: 121.12-13; Baquedano, 2013).

En el Duero medio, al margen de los casos anteriormente citados, también se han recuperado herramientas que responden a estas características en las necrópolis vacceas de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), donde se catalogó un hacha-pico (Sanz Mínguez, 1997, 420, fig. 187); y de Erijuelas de San Andrés (Cuéllar, Segovia), donde se recuperó un hacha miniaturizada en la sepultura V (Molinero, 1971, lám. CLXXII, c-112).

En el mundo ibérico la presencia de estos objetos en las tumbas resulta excepcional. En Roques de Sant Formatge (Seròs, Lérida) se localizaron hachas en dos

tumbas, F.60 y F.102 (Graells, 2008a, 338). Otro ejemplar de hacha procede del túmulo de Coll de Moro de la Serra d'Àlmos (Tivissa, Tarragona) (Graells, 2008a, 339). Ejemplares miniaturizados, como los hallados en los cementerios vacceos, también se recuperaron en la necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante) (Aranegui *et alii*, 1993, 256-257, fig. 90.11).

5.2. RECIPIENTES CONTENEDORES

5.2.1. Calderos de bronce

Los calderos son objetos excepcionales que requerían de una elevada destreza técnica en su ejecución. Esta complejidad tecnológica actuaría como signo de distinción (Armada, 2008, 153). A esto se le unían

connotaciones de tipo simbólico, ya que eran objetos que desempeñaban un papel central en las ceremonias del banquete.

Los calderos eran empleados en la elaboración de la carne cocida y también, colocados sobre un soporte elevado, para contener y mezclar en su interior la bebida alcohólica que se servía durante el banquete (Burrillo, 2010, 579; Graells, 2008a, 132; Montero, 2009, 63). También han sido relacionados con rituales de sacrificio en el área noroccidental de la Península Ibérica, como recipientes destinados a acoger la sangre y las vísceras o la carne del animal inmolado (Armada y García Vuelta, 2003, 72).

La presencia de calderos de bronce en contextos religiosos y funerarios se ha vinculado a la idea de regeneración en los rituales de tránsito al Más Allá (Brun, 2009, 75). En este sentido han sido interpretadas por diversos autores algunas de las representaciones iconográficas de calderos, como es el caso de los que figuran en la escena de la famosa diadema de oro de Moñes (Piloña, Asturias) (Marco Simón, 1994; García Vuelta y Perea, 2001, 19; Schattner, 2013, 733).

Los estudios sobre este tipo de objetos se han visto condicionados por el escaso número de piezas documentadas y por presentar, en la mayoría de los casos, un estado de conservación deficiente. En los ejemplares catalogados en la necrópolis de El Castillo, se debe tener en cuenta que fueron expuestos al ritual de cremación. Estos calderos se elaboraron con finas láminas de bronce y, tras su paso por la pira, quedaron aplastados, deformados y fragmentados. En ocasiones, las características de los restos no permiten una aproximación exacta a las características de la pieza.

5.2.1.1. Tipos y cronología

En El Castillo se han catalogado seis calderos de bronce, en las e.f. 11, 13, 23, 30, 31 y 36. En todos los casos, se trata de sepulturas que corresponden a la *Fase III* de ocupación de la necrópolis (2^a ½ s. IV – s. III a. C.) y en ellas los recipientes metálicos aparecen formando parte del ajuar. En las tumbas con calderos se ha documentado un número elevado de objetos, entre los que destacan las armas y otros utensilios metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete. En la e.f. 23 el caldero fue depositado en un pequeño *loculus* o rebaje excavado en el interior del túmulo. En relación al número total de vajilla y utensilios metálicos relacionados con ritos de sacrificio y banquete funerario, suponen un 9,37% del total.

Los calderos son recipientes de bronce de fondo curvo y forma cónica o semioval más o menos achatada. Presentan un sistema de suspensión que consiste en un par de anillas móviles que se insertan en sendos bastidores o piezas rígidas fijadas junto al borde del caldero. En El Castillo se hallaron cuatro ejemplares formados por la unión de placas remachadas y dos realizados en una sola pieza (Fig. 44). La lámina o



Figura 38: Enterramiento 23. Caldero en el interior de un pequeño *loculus* (23.11) (Foto Gabinete Trama S. L.).

láminas de bronce utilizadas en su elaboración tenían espesores medios de 1 mm.

• Tipo 1. Calderos de placas remachadas

– Caldero 23.11

El recipiente se encontraba aplastado y muy fragmentado (Fig. 38). Se recuperaron 200 fragmentos (Fig. 39). Al depositar los objetos en el interior de la tumba, el caldero fue colocado en un pequeño *loculus* o rebaje situado debajo de la urna y del depósito de cenizas, junto a otros objetos metálicos del banquete y a armas. Atendiendo a otros ejemplares de similares características recuperados en esta necrópolis, tendría contorno circular y perfil hemisférico. La chapa vuelve sí misma hacia el interior, formando el borde del recipiente, de 0,8 cm de anchura. La técnica de fabricación empleada se basaba en unir distintas chapas con remaches de cabeza plana (Fig. 44). En uno de los fragmentos se observan círculos concéntricos en relieve, en cuyo centro llevan un remache similar a los anteriores, que quizá correspondan a alguna reparación del caldero.



Figura 39: Enterramiento 23. Fragmentos de caldero de placas remachadas (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 40: Enterramiento 30. Fragmentos de caldero depositados junto a la urna (30.10) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 41: Enterramiento 30. Fragmentos de caldero de placas remachadas (30.10) (Foto Gabinete Trama S. L.).

– Caldero 30.10

El recipiente se encontró fragmentado en el interior del depósito de cenizas (Fig. 40). Se recuperaron 209 fragmentos (Fig. 41). No se ha podido reconstruir el perfil. Al igual que en el caso anterior, la lámina de bronce se plegaba hacia el interior para formar el borde del caldero, de 0,5 cm de anchura. La técnica de fabricación también coincide, solaparon distintas chapas y las unieron con remaches de cabeza plana (Fig. 44). Entre los restos de bronce se catalogó parte de una anilla circular (30.17) de 2,7 cm de diámetro y 0,8 cm de espesor. Podría estar relacionada con el soporte rígido del que quedaban suspendidas las asas móviles del caldero.

– Caldero 31.10

La estructura funeraria, a diferencia del resto de enterramientos en los que se localizaron calderos de bronce, era de construcción sencilla y reducidas dimensiones. La sepultura estaba formada por un encachado tumuliforme de 0,90 m de diámetro, pese a ello contenía un ajuar destacado con una urna bicónica, servicio cerámico, armas regatón y escudo), elementos de vestido y adorno, y grapas de *diphros*. Relacionado con el ritual de sacrificio y banquete, se recuperó un cuchillo de hierro de 30 cm de longitud, así como diez fragmentos de un caldero. No fue posible reconstruir el perfil. Tan

sólo se ha podido documentar el borde reentrante, de 0,5 cm de anchura, formado por un pliegue de la chapa que se dobla hacia el exterior. Presenta remaches de cabeza plana bajo el borde.

– Caldero 36.11

El recipiente quedó muy alterado y fragmentado por efecto del fuego. Los restos fueron depositados en el interior de la cámara funeraria, en este caso una cista de adobe. En el proceso de excavación se recuperaron 471 fragmentos de caldero. Atendiendo a la información que aportan estas piezas, se trata de un caldero de placas remachadas. El borde está formado por un pliegue realizado hacia el interior de la chapa, de 0,5 cm de anchura. Presenta una pletina rectangular bajo el borde que se une a la pared del recipiente mediante remaches de cabeza plana. De esta pletina parte otra con el mismo tipo de remaches en posición vertical.

• Tipo 2. Calderos elaborados en una sola pieza

– Caldero 11.16

Recipiente de bronce de contorno circular y de grandes dimensiones, aproximadamente 65 cm de diámetro. Tiene borde engrosado y plano de 0,6 cm de anchura, cuello vertical y el cuerpo se inicia con una carena alta, que da paso a un perfil hemisférico. A diferencia de otros calderos de esta necrópolis, no emplearon el sistema de placas unidas con remaches. Aunque sí se observa el uso de láminas rectangulares de pequeño tamaño remachadas, colocadas tanto al interior como al exterior del caldero. Estas láminas obedecen a distintas reparaciones de la pieza.

No se ha conservado las asas, pero seguramente estaban formadas por un vástago de sección circular que giraría en los extremos para asegurar el anclaje. El caldero tenía en la parte interna una placa, ligeramente troncocónica y de sección semicircular, que estaba soldada a dos anillas de sección circular, por las que pasaría el asa del caldero. La placa se sujetaba mediante dos o tres grandes remaches con cabeza semiesférica, ubicados en la pared externa de la pieza y unidos a un vástago de sección circular (Fig. 44).

Este recipiente se encontró fragmentado entre los objetos metálicos depositados junto al lateral oeste de la cista de adobe (Fig. 42). Se recuperaron 1711 fragmentos.

– Caldero 13.13

Recipiente de bronce de contorno circular, con el borde engrosado y plano de 0,4 cm de anchura. La parte que presenta un mejor estado de conservación se encuentra muy deformada, por lo que resulta difícil determinar su perfil, aunque todo apunta a

que se trataba de un caldero hemisférico, de entre 20 y 25 cm de diámetro (Fig. 43). Está elaborado en una pieza. En un fragmento se advierte una fila vertical de remaches con una finalidad meramente decorativa, ya que no tienen la función de unir las chapas

No se ha conservado ningún asa completa pero sí se han documentado 20 fragmentos. Estaban formadas por un vástago de sección circular que, posiblemente, giraba en los extremos para asegurar el anclaje. El caldero tenía en la parte interna una placa, ligeramente troncocónica y de sección semi-circular que estaba soldada a dos anillas de sección circular, por las que pasaría el asa del caldero. Se sujetaba mediante tres grandes remaches de cabeza semiesférica ubicados en la pared externa de la pieza, más pequeño el central y más grandes los laterales, unidos a un vástago de sección circular (Fig. 44). La pieza de mayor tamaño se localizó en el interior de la cista, junto a ella se catalogaron otros 943 fragmentos.

5.2.1.2. Calderos de bronce en contextos funerarios

En el valle medio del Ebro no se tenía constancia de la existencia de calderos o de otro tipo de recipientes metálicos en contextos funerarios. Los referentes más próximos los encontramos en la Meseta, en la necrópolis de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria), donde se localizaron restos de calderos de bronce en las tumbas 240, 258, 321, 327 y 582 (Argente, Díaz y Bescós, 2001, 131). También se han hallado calderos de bronce en territorio vettón, en las necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) y de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) (Álvarez-Sanchís, 2009, 205-206).

5.2.2. Braseros

El término «brasero» no resulta apropiado para designar a un recipiente cuya función no era la de contener brasas. El uso de esta denominación se debe únicamente a su parecido formal con el tradicional brasero de picón. Por este motivo, los investigadores lo han nombrado de muy diferentes maneras: recipiente ritual con asas de manos, bandeja, aguamanil, jofaina, etc. Pese a todo, la acepción «brasero» ha desbancado a diferentes alternativas propuestas y, en la actualidad, es una de las más utilizadas.

La presencia de braseros asociados a jarros metálicos en las tumbas orientalizantes del suroeste peninsular hizo que fueran interpretados como objetos relacionados con el banquete funerario y, de forma específica, con ritos de libación o de consumo de vino (Garrido y Orta, 1978; Ruiz Mata, 1994; Celestino, 2009; Álvarez-Sanchís, 2009; Olivier, 2014, 73). En los últimos años se han argumentado otras finalidades. Algunos autores los relacionan con abluciones (Ruiz



Figura 42: Enterramiento 11. Fragmento de caldero de una sola pieza (11.16) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 43: Enterramiento 13. Caldero de una sola pieza (13.13) (Foto Gabinete Trama S. L.).

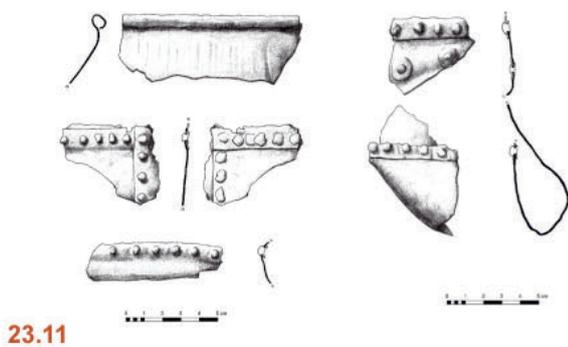
de Arbulo, 1996; Cabrera Díez, 2010, 251), o con el lavado del cuerpo del difunto antes de su unción (Jiménez Ávila, 2002, 137; 2003, 173). En todo caso, se trata de objetos que formaban parte de una vajilla metálica muy selecta. En contextos funerarios, la presencia de un brasero formando parte del ajuar de una tumba constituye, en sí mismo, una evidencia del estatus alcanzado por la persona allí enterrada.

5.2.2.1. Tipos y cronología

Los dos ejemplares hallados en *El Castillo* se recuperaron en las e.f. 45 y 46, que correspondían a la *Fase I* de ocupación de la necrópolis (2^a ½ s. VI – principios s. V a. C.). Estas sepulturas contaban con túmulos de grandes dimensiones y de compleja arquitectura. En ambos casos, los braseros fueron utilizados como contenedores cinerarios, el de la e.f. 45 conservaba su posición original (Fig. 12), el de la e.f. 46 se encontraba desplazado por una reutilización posterior de la cámara funeraria (Fig. 45). Presentan una tipología

CALDEROS

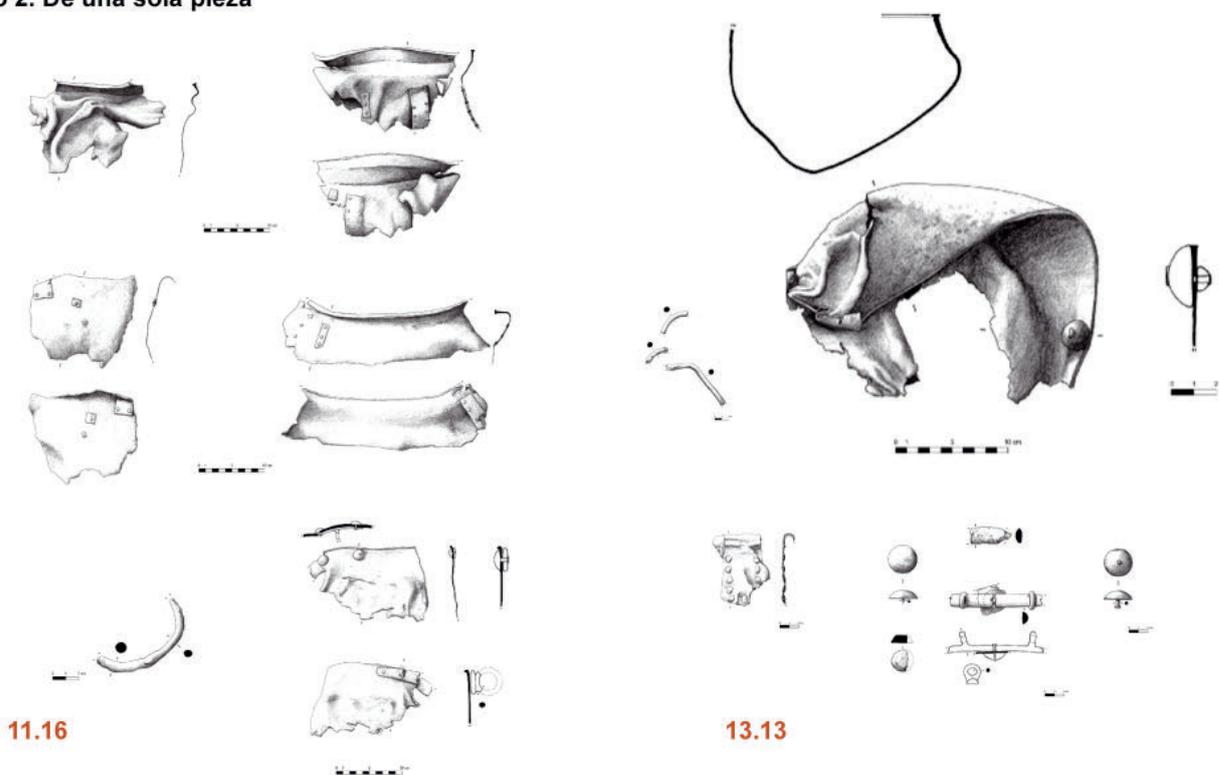
Tipo 1. Placas remachadas



23.11

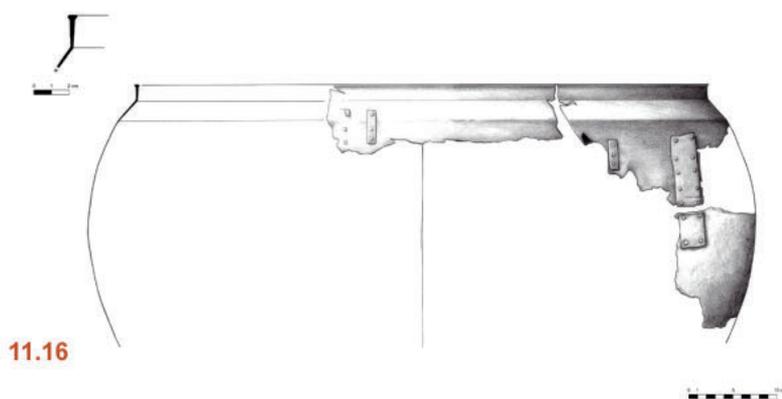
30.10

Tipo 2. De una sola pieza



11.16

13.13



11.16

Figura 44: Tipología de los calderos identificados en la necrópolis.

similar, son recipientes de bronce de contorno circular que cuentan con una parte cóncava, de forma redondeada y escasa profundidad, y que están dotados de dos asas móviles que penden de sendos soportes (Jiménez Ávila, 2002, 105). Siguiendo la clasificación de E. Cuadrado se ajustan más a las características de los braseros de tipo ibérico (Cuadrado, 1966, 7), ya que carecen de borde horizontal y las asas se insertan en los laterales del cuerpo de los vasos. Sin embargo, presentan algunas particularidades con respecto a estos modelos. Carecen de manos en los bastidores y son de dimensiones más reducidas si los comparamos con el tamaño medio de estos recipientes, que se sitúa en los 40 cm de diámetro.

En relación al número total de vajilla y utensilios metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete funerario, los braseros suponen un 3,12% del total.

- El **brasero 45.1** es un recipiente abierto de contorno circular, borde engrosado y labio plano. Su diámetro aproximado es de 26-30 cm y la profundidad de 9 cm. Está elaborado a partir de una chapa muy fina de bronce, con un espesor inferior a 1 mm. Su perfil es ligeramente troncocónico invertido, con el fondo plano. Las asas tienen forma de omega y consisten en sencillos vástagos de sección circular doblados en sus extremos (Fig. 48). Su tipología recuerda al modelo 2 o de asas flexibles de Jiménez Ávila, se trata de ejemplares donde el calibre y el templado de los vástagos permiten que las asas sean montadas con un mínimo esfuerzo de tensión (Jiménez Ávila, 2002, 120, fig. 91).

La función de bastidores o soportes la desempeñan dos pletinas rectangulares, con extremos que giran sobre sí mismos formando un bucle o rizo vertical, siendo éste el punto por donde se insertan las asas o anillas. La unión de los soportes con el cuerpo del brasero se resuelve con el empleo de dos remaches. Este mismo sistema de bastidores se ha documentado en otros ejemplares postorientalizantes, en contextos fechados entre la segunda mitad del s. VI y finales del s. V a.C., como sucede en el Castro de los Castillejos (Sanchorreja, Ávila), en el santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) y en la necrópolis de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) (Jiménez Ávila, 2002, 117, fig. 89). También se observa en el ejemplar nº 1 del Museo de Cabra (Córdoba) (Jiménez Ávila, 2003a, 165, fig. 10) y en el nº 2 del conjunto recuperado en el yacimiento de Cuesta del Espino (Córdoba) (Martínez Castro y Tristell, 2000, 22-23, fig. 6 y 7).

La pieza 45.1 de El Castillo se halló *in situ* empleada como contenedor cinerario aunque, debido a los efectos de la cremación, se encontraba muy fragmentada (Fig. 46).

- El **brasero 46.1** es un recipiente de similares características al anteriormente descrito, con contorno circular, borde engrosado y labio plano. El diámetro



Figura 45: Enterramiento 46. Brasero (46.1) desplazado en uno de los ángulos de la cista debido a una reutilización posterior de la cámara funeraria (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 46: Enterramiento 45. Brasero (45.1) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 47: Enterramiento 46. Brasero (46.1) (Foto Gabinete Trama S. L.).

aproximado es 31 cm y la profundidad de 10 cm. Está elaborado a partir de una chapa muy fina de bronce, de 1 mm de espesor. Su perfil es ligeramente troncocónico invertido, con el fondo plano (Fig. 48). Las asas también tienen forma de omega y utilizaron un sistema de bastidores idéntico al del brasero de la e.f. 45.

El recipiente, a causa de una reutilización posterior de la cámara funeraria, fue desplazado hacia una esquina de la cista de adobe. La mitad superior del recipiente mantenía un buen estado de conservación, no

BRASEROS

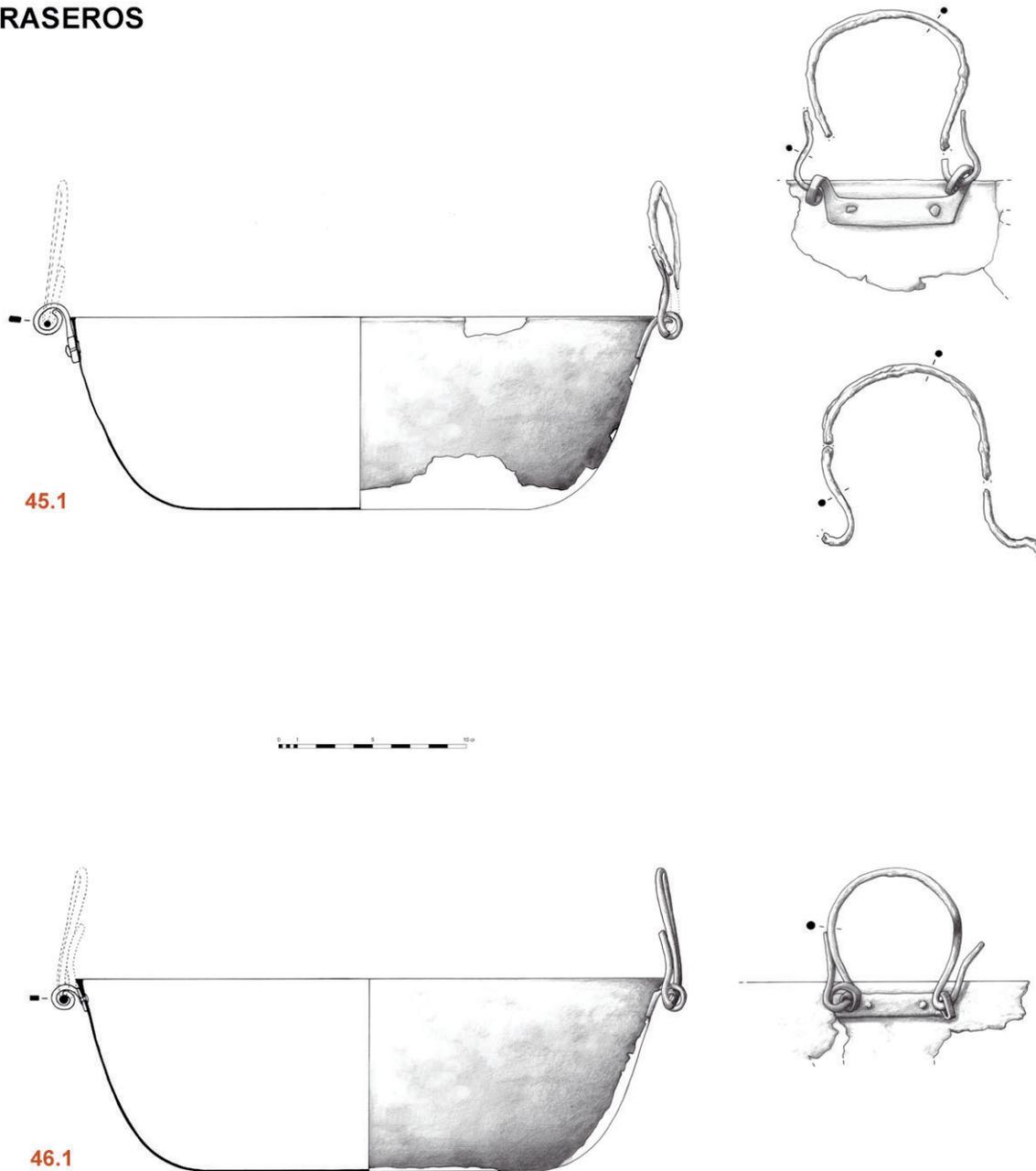


Figura 48: Braseros identificados en la necrópolis.

así el fondo, del que aparecieron pequeños fragmentos dispersos por toda la cámara (Fig. 47).

Los braseros documentados a partir de la segunda mitad del s. VI a.C. corresponden, en la mayoría de los casos, al denominado tipo ibérico de Cuadrado (Cuadrado, 1966, 7) o tipo 2 de Jiménez Ávila (Jiménez Ávila, 2002, 110). Este último investigador señala que es precisamente a lo largo de la segunda mitad del s. VI a. C. cuando tiene lugar el proceso de sustitución del tipo 1 por braseros del tipo 2 (Jiménez Ávila, 2003a, 170). A diferencia del período orientalizable, donde existía una evidente asociación con el *oinochos* o jarro, en esta nueva etapa esa vinculación fue cada vez menor, hallándose un número considerable de braseros aislados en contextos funerarios (Jiménez Ávila,

2006-2007, 306). Esta circunstancia también se observa en los ejemplares recuperados en la necrópolis de El Castillo.

En la técnica de fabricación, se advierte una evolución progresiva hacia modelos más simples y estandarizados. Desaparece el borde horizontal y, en ocasiones, se eliminan las manos, quedando los soportes reducidos a meras tiras o láminas rectangulares. Esta tendencia se aprecia en algunos de los ejemplares hallados en el santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Jiménez Ávila, 2002, 381, fig. 256), en los depositados en el Museo de Cabra (Córdoba) (Jiménez Ávila, 2003a, fig. 10 y 11) o en los catalogados en las e.f. 45 y 46 de El Castillo. En este último caso, los dos recipientes carecen de motivos

decorativos y son casi idénticos, tanto en la forma como en el tamaño. Esta ausencia decorativa también se observa en uno de los recipientes rituales metálicos procedente de Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) (González-Tablas, Fano y Martínez Liquiniano, 1991, fig. 13). Un ejemplar de dimensiones similares, tanto en diámetro como en profundidad, a los braseros hallados en Castejón y que presenta el mismo sistema de bastidores.

5.2.2.2. Braseros de tipo ibérico en contextos funerarios peninsulares

La vajilla metálica depositada en las necrópolis peninsulares a partir del s. VI a. C. proviene, en gran medida, de importaciones mediterráneas de baja gama, de origen griego y etrusco, así como de producciones locales. En la necrópolis de El Castillo, en esta primera fase de ocupación (2ª ½ s. VI – principios s. V. a. C.), se han recuperado objetos claramente vinculados a intercambios comerciales con el Mediterráneo, como los escarabeos hallados en las e.f. 106 y 119. Los braseros de las e.f. 45 y 46 corresponden a modelos a los que se les suele atribuir un origen púnico, sin descartar su procedencia de talleres situados en territorio ibérico. Estos talleres trataban de imitar o reproducir diferentes objetos de procedencia mediterránea, aunque en sus creaciones se advierte una marcada tendencia hacia modelos más simples y repetitivos (Jiménez Ávila, 2006-2007, 306).

Los braseros de tipo ibérico se concentran principalmente en el área de Andalucía y Levante. En el ámbito funerario se han hallado este tipo de recipientes en necrópolis como *Tútugi* (Galera Granada) (Pereira *et alii*, 2004, 60), Mirador de Rolando (Granada) (Arribas, 1967, 76-79, fig. 10), Cigarralejo (Mula, Murcia) (Cuadrado, 1987, 405, fig. 73.7), Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) (De Prada, 1986, 106), Castillo de Monteagudo (Murcia) (Cuadrado, 1966, 28-30; Jiménez Ávila, 2003a, tabla 1), El Puntal (Salinas, Alicante) (Sala y Hernández, 1998, 229, fig. 9), La Albufereta (Alicante) (Cuadrado, 1966, 28-30), etc. En Cataluña, en la tumba 8 de la necrópolis de Anglés (Gerona), clasificado como pátera, se documentó un modelo singular que presenta paredes casi rectas, base plana y asas fijas verticales (Oliva y Riuró, 1968, 85, fig. 11). Para este ejemplar se ha planteado una cronología situada entre la segunda mitad del s. VII e inicios del s. VI a. C. y se ha relacionado con producciones del Mediterráneo centro-oriental (Graells, 2006, 200, nota 7).

En áreas del interior peninsular el número de piezas de vajilla metálica desciende de forma considerable, siendo todavía más escasas en territorio celtibérico. Entre los vasos de bronce recuperados en necrópolis, el de mayor proximidad geográfica corresponde a la tumba de Les Ferreres (Calaceite, Teruel) (Cabré, 1942, 182). Formando parte del ajuar de esta sepultura

se recuperaron varios fragmentos de un recipiente de bronce de perfil abierto, con ónfalo, paredes bajas y asas móviles. No responde a las características habituales de los braseros y, en fechas recientes, ha sido interpretado como una patera de tipo Cook de procedencia etrusca (Graells, 2008a, 119-126; Graells y Armada, 2011, 24-32, fig. 3). En el ámbito del bajo Aragón también se han recuperado dos braserillos de tipo ibérico en áreas de hábitat, uno en el poblado del Cabezo de Alcalá (Azaila, Teruel) (Cuadrado, 1966, 28-30; Jiménez Ávila, 2003a, tabla 1), el segundo procede de una intervención de urgencia realizada el año 2010 en el asentamiento de El Palao (Alcañiz, Teruel). En ella se documentó un brasero de bronce que fue colocado en el interior de un depósito ritual, posiblemente de carácter funerario, fechado en la primera mitad del s. II a. C. Junto a él se recuperaron tres piezas de cerámica ibérica fina y una jarrita de imitación de cerámica gris emporitana. El recipiente metálico, al igual que la jarra, se vinculó a ritos de libación o de lavatorio de manos y se clasificó como braserillo púnico (Díez de Pinos, 2012, 213-215, fig. 4). Presentaba una estructura parecida a los registrados en El Castillo, con borde plano, asas de omega, perfil troncocónico y fondo plano.

La Meseta occidental, principalmente las actuales provincias de Ávila y Salamanca, constituyen una excepción en este panorama. En este territorio de ámbito vettón se han catalogado un destacado número de braseros. Algunos proceden de contextos funerarios, como los ejemplares de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) (Cabré, Cabré y Molinero, 1950, 130) o los de El Raso (Candeleda, Ávila) (Fernández Gómez, 1997, 93), con fechas situadas entre los s. IV y III a. C., que podrían marcar el frontera cronológica de estos modelos. En estos dos cementerios también se menciona el uso de recipientes metálicos como contenedores cinerarios, en concreto de urnas roblonadas (Cabré, Cabré y Molinero, 1950, 63-64; Fernández Gómez, 1997, 93-94), al igual que sucede en la necrópolis de Pajares II (Villanueva de la Vera, Cáceres) (Celestino y Martín, 1999). Vasijas de metal de formas cerradas, como calderos, sítulas o urnas, también han sido utilizadas como vasos cinerarios en necrópolis centroeuropeas y etruscas. Menos frecuente, por el contrario, es el empleo de formas abiertas como los braseros. En la península, uno de los escasos ejemplos lo encontramos en el vaso cinerario de la tumba 8 del cementerio vettón de Pajares I (Villanueva de la Vera, Cáceres) (González Cordero, 1999, 24).

5.2.3. Recipiente de asas móviles

La presencia en contextos funerarios de algunos elementos metálicos que pueden ser interpretados como asas, para los que no se había encontrado explicación sobre su finalidad, ha llevado a investigadores como R. Graells a relacionar estos objetos con recipientes

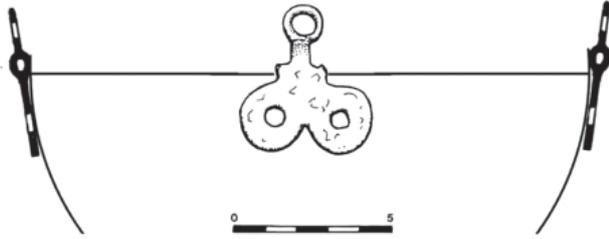


Figura 49: Reconstrucción ideal, realizada por R. Graells, de un recipiente de asas móviles a partir de un apéndice procedente de la tumba de la Granja de Soley, extraído de Sanmartí, 1993 (Graells, 2006, fig. 5).



Figura 50: Enterramiento 45. Apéndice de un recipiente de asas móviles (45.1) (Foto Gabinete Trama S. L.).

RECIPIENTE DE ASAS MÓVILES



Figura 51: Enterramiento 45. Apéndice de un recipiente de asas móviles (45.1)

realizados en cerámica o en materiales perecederos (Graells, 2006, 203) (Fig. 49). Para ello se ha partido de la base de que cuentan con una morfología semejante a la de numerosas producciones itálicas y centroeuropeas que se clasifican como soportes de asas móviles (Graells, 2008a, 173).

En el interior del brasero de bronce utilizado como contenedor cinerario de la e.f. 45 se recuperó una *pieza de hierro bilobulada (45.10)* de estas características (Fig. 12), que puede clasificarse dentro del tipo A de Graells (2008a, 174)¹¹. Tiene 9,10 cm de altura y 7,4 cm de anchura máxima y está compuesta por una placa rectangular de 1,8 cm de anchura y 0,8 cm de espesor, que en el extremo proximal se pliega sobre sí misma, en forma de gancho. El extremo distal finaliza en dos aros de 3,3 cm de diámetro, con perforaciones de 1,2 cm (Fig. 50). Este tipo de asas se fijaban a la parte superior de los vasos de materia orgánica, el anclaje al cuerpo se pudo realizar mediante el empleo de clavos o remaches, que atravesaban la pieza metálica aprovechando el espacio dejado por las citadas perforaciones (Fig. 51).

La dificultad que plantea la identificación de estos recipientes, en los que se combinan contenedores orgánicos y apéndices metálicos o cerámicos, puede ser la principal causa del escaso número de referentes documentados en territorio peninsular. Las dos piezas recuperadas en la tumba del guerrero de la necrópolis del Coll de Llinars del Vallés (Barcelona) constituyen el ejemplo más ilustrativo (Sanmartí, 1993, fig. 13 y 15; Graells, 2008a, 175, fig. 109).

5.2.4. Pátera

El término «pátera» remite a un plato metálico de poco fondo utilizado en rituales y ceremonias religiosas. A diferencia de otras denominaciones, su significado es más genérico y menos restrictivo, por lo que se puede aplicar a un número mayor de piezas. En base a este criterio, algunos investigadores han clasificado como páteras todos los recipientes que se ajustan a esta definición, incluyendo los braseros (Graells, 2006, 198-204).

La presencia de páteras en contextos funerarios ha dado lugar a muy diferentes lecturas sobre su finalidad. La asociación con braseros y jarros, documentada principalmente en las necrópolis orientalizantes del suroeste peninsular, llevó a asociar estos objetos con ritos de libación (Ruiz de Arbulo, 1996, 176; Oliver, 2014, 73). Las páteras se han relacionado con el banquete y el consumo de carne, así como con el consumo de vino y con su empleo para escanciar la bebida, sin descartar otros usos como contenedor cinerario e incluso como tapadera de otros recipientes metálicos (Bartolini, 2003, 208)

En la necrópolis de El Castillo, entre el reducido número de piezas de vajilla metálica, se ha clasificado como pátera uno de los vasos depositados en el ajuar de la e.f. 152 y que se encontraba en el interior de la

11. En varios artículos de R. Graells se hace referencia a esta pieza señalando, de forma errónea, que aparecía fijada a un vaso metálico (Graells, 2006, 204, nota 17; 2008a, 175)

urna cineraria. La sepultura 152 pertenece a la *Fase II* de ocupación de la necrópolis (2^a ½ s. V – 1^a ½ s. IV a.C.) y es el enterramiento más destacado de este periodo, tanto por las dimensiones y por la complejidad de la tumba como por los objetos recuperados. El túmulo tenía más de seis metros de diámetro, con estela de señalización, doble anillo perimetral y cámara funeraria de cantos rodados de gran tamaño. El ajuar cuenta con un servicio cerámico numeroso y diversificado (escudillas, copa, tapadera, vasitos de ofrenda, etc.), con una cantidad elevada de objetos de vestido y de adorno (broches de cinturón, fibulas, botones, lúnulas, anillos, pendientes, cuentas de collar, etc.) y con piezas de orfebrería, entre las que destaca un vaso de plata con decoración figurada, que también formaba parte de la vajilla metálica.

La *pátera 152.39* se encontraba incompleta, fragmentada, aplastada y con signos evidentes de haber sido expuesta al fuego durante el rito de cremación. Se ha conservado una tercera parte de la pieza. Fue elaborada a partir de una lámina de bronce de 1 mm de espesor. Tiene perfil abierto, base cóncava y borde horizontal de 2 cm de anchura y entre 18 y 20 cm de diámetro (Fig. 52). Es probable que contara con una o dos asas móviles, como se deduce de la presencia en el borde de un remache soldado al exterior a una placa rectangular que, a su vez, desempeñaba la función de bastidor o soporte.

La pátera presenta decoración geométrica en relieve en el borde. Una moldura de sección circular marca el contorno del recipiente y, junto a ella, se sitúa una línea de bullones circulares de 0,5 cm de diámetro (Fig. 53).

El número de vasos metálicos documentados en las necrópolis celtibéricas, como ya se ha señalado anteriormente, es muy reducido. A esta circunstancia se une el hecho de encontrarse, en la mayoría de los casos, en estado fragmentario. Por este motivo, resulta difícil encontrar paralelos cercanos. Los referentes más próximos para la pátera de la e.f. 152 los hallamos en la necrópolis vettona de El Raso (Candeleda, Ávila), en contextos fechados en la primera mitad del s. IV a. C. En la tumba 52 se recuperaron dos recipientes clasificados como «platos de bronce», con unas dimensiones y unas características muy similares. Tienen poca altura, con la base cóncava y un ancho borde horizontal (Fernández Gómez, 1997, 94, fig. 169).

En los cementerios ibéricos también se han documentado páteras de bronce en enterramientos muy selectos. Entre ellas, citaremos el ejemplar recuperado en la tumba 277 del Cigarralejo, una sepultura tumular escalonada datada en el s. IV a.C. y que contiene uno de los ajuares más destacados de esta necrópolis (Cuadrado, 1987, 482, fig. 208). Este ejemplar, al igual que el recuperado en la e.f. 152 de El Castillo, tiene un ancho borde horizontal y está decorado mediante técnica de repujado.

Por último, también debemos mencionar otras piezas singulares aunque cronológicamente más alejadas,



Figura 52: Enterramiento 152. Pátera (152.39) (Foto Gabinete Trama S. L.).

PÁTERA



Figura 53: Enterramiento 152. Pátera (152.39).

las páteras de borde perlado de tradición etrusca, con su característica decoración de «bosetti» o bulloncitos repujados. En territorio ibérico únicamente se han recuperado dos ejemplares de bronce en contextos fechados hacia mediados del s. VI a. C. Uno procede del ámbito funerario, de la tumba del guerrero de la Granja de Soley (Santa Perpètua de la Mogoda, Barcelona) (Sanmartí *et alii*, 1982, 93-94, fig. 11). El otro del ámbito doméstico, del sector VII del poblado de la Peña Negra (Crevillente, Alicante) (Lucas, 1991, 365, fig. 29). Asimismo, se ha clasificado como pátera de borde estrecho o plano el ejemplar con decoración geométrica recuperado en el túmulo de Coll de Moro de la Serra d'Àlmos (Tivissa, Tarragona) (Graells, 2006, 202, fig. 3), un modelo que se ha incluido entre los objetos metálicos de tradición etrusca de las necrópolis del ibérico antiguo (Munilla, 1991, 136-137), y que cuenta con otro ejemplar sin decoración hallado en el poblado de La Serreta (Alcoi, Alicante) (Grau y Reig, 2002-2003, 116, lám. XV).

5.2.5. Cuenco de plata con decoración figurada

La vajilla elaborada en metales preciosos, como el oro y la plata, desempeñaba un papel muy destacado en rituales y ceremonias religiosas. Era utilizada para



Figura 54: Enterramiento 152. Cuenco de plata con decoración figurada (152.11) (Foto Gabinete Trama S. L.).

abluciones, libaciones, consumo de bebidas alcohólicas, etc.

En el interior de la urna de la e.f. 152, al margen de la pátera de bronce (152.39), también fue depositado un cuenco de plata con decoración figurada (152.11). Formaba parte del ajuar del enterramiento de mayores dimensiones de todos los excavados en la *Fase II* (2^a ½ s. V – 1^a ½ s. IV a. C.) y el que presentaba una estructura más compleja. El túmulo tenía planta circular de 6,40 m de diámetro y estaba compuesto por un doble anillo perimetral, el exterior de cantos de rodados y el interior de adobes. La urna se situó sobre el depósito de cenizas, ocupando la zona central de la sepultura, y quedó protegida por una pequeña cámara circular de cantos de mayor tamaño. La pieza de orfebrería fue introducida en el interior del recipiente cerámico utilizado como contenedor cinerario, junto a la mayoría de objetos de vestido y adorno que formaban parte del ajuar funerario. Destaca la presencia de una pátera de bronce, dos broches de cinturón de escotaduras cerradas y tres garfios, tres fibulas navarro-aquitanas, una fibula de transición a La Tène I de pie con apéndice de balaustre vertical, una fibula de placa rígida, seis lúnulas, cuatro anillos de plata, dos pendientes de oro, un brazalet y numerosas cuentas de collar de bronce.

El estado de conservación del cuenco está condicionado por las alteraciones ocasionadas durante el ritual de cremación. Por este motivo, se encuentra fragmentado, deformado y presenta un acusado deterioro de la superficie debido al incremento de la oxidación por efecto del calor. La zona más afectada es el fondo del recipiente (Fig. 54).

En origen el cuenco era de perfil hemisférico, con el borde ligeramente exvasado y con un diámetro de 10,8 cm, una altura de 6 cm y un espesor de 1 mm. La decoración troquelada, exceptuando el borde, se extiende por toda la superficie. El programa iconográfico se estructura en cuatro bandas decorativas horizontales separadas entre sí por una doble línea también

horizontal. La banda superior tiene 1 cm de anchura y en ella se sitúa una sucesión de cabezas humanas esquemáticas. Le sigue una banda más estrecha, que tiene 0,4 cm de anchura y se adorna con una hilera de motivos geométricos. En el tercio inferior del cuenco se encuentra la banda más amplia, tiene 1,2 cm de anchura y está decorada con metopas en las que se alternan espacios rectangulares en los que se ubican grifos y otros triangulares libres de decoración. Las metopas quedan delimitadas por dobles líneas verticales. Por último, la banda inferior delimita el fondo del recipiente, tiene 0,4 cm de anchura y presenta motivos geométricos (Fig. 55).

La imagen de la cabeza humana se incorporó a la plástica céltica y celtibérica a partir del repertorio etrusco (Pérez Rubio, 2010-2011, 164) y alcanzó una gran trascendencia al considerarse que era la parte más importante del cuerpo, donde residía la esencia del individuo. De este modo, la cabeza representaba *pars pro toto* al propio individuo (Sopeña, 1987, 109).

El trasfondo simbólico otorgado a este motivo explica el destacado papel que ya desempeñó en la iconografía del período orientalizante peninsular y también el elevado número cráneos y cabezas documentados en la iconografía céltica y celtibérica, sobre todo tipo de soportes. Sin embargo, más allá de ese trasfondo, las representaciones de cabezas humanas no responden a un único significado, sino que admiten múltiples interpretaciones (Pérez Rubio, 2010-2011, 164-165), dependiendo de los objetos en los que aparecen y de la finalidad para la que fueron diseñados. Han sido interpretadas como figuraciones de divinidades (López Monteagudo, 1987, 251-252), como culto a los antepasados y a la heroización (Blázquez, 1994, 494), como culto a las cabezas cortadas y en el ámbito de rituales de sacrificios humanos (Blázquez, 1958; Marco Simón, 1999; Llanos, 2007-2008) o incluso como exvotos con fines terapéuticos (Green, 1989, 159). En el caso que nos ocupa, el cuenco argénteo fue diseñado para su empleo en rituales muy específicos y fue amortizado en el interior de una sepultura. Unos condicionantes que sitúan esta pieza de orfebrería en la esfera del culto a los antepasados y que la relacionan con el proceso de heroización del difunto, como también se deduce de la presencia de grifos.

Las cabezas del cuenco 152.11, como se ha señalado al describir la decoración del recipiente, son bastante esquemáticas. Los rasgos mejor representados son los ojos almendrados, las cejas y la nariz recta. La boca queda insinuada por un breve trazo horizontal y no se observan otros detalles como orejas, pelo o bigote, que son frecuentes en el ámbito celta y celtibérico (Fig 56). Por el contrario, sí se ajustan al canon de las representaciones de cabezas humanas que se documentan en la orfebrería del período orientalizante en el S. y S.O. peninsular, que se caracteriza por los rostros alargados y estrechos en posición frontal, sin orejas, con la unión de los ojos y la nariz en una sola línea y con la ausencia de pelo o con una ejecución

CUENCO DE PLATA

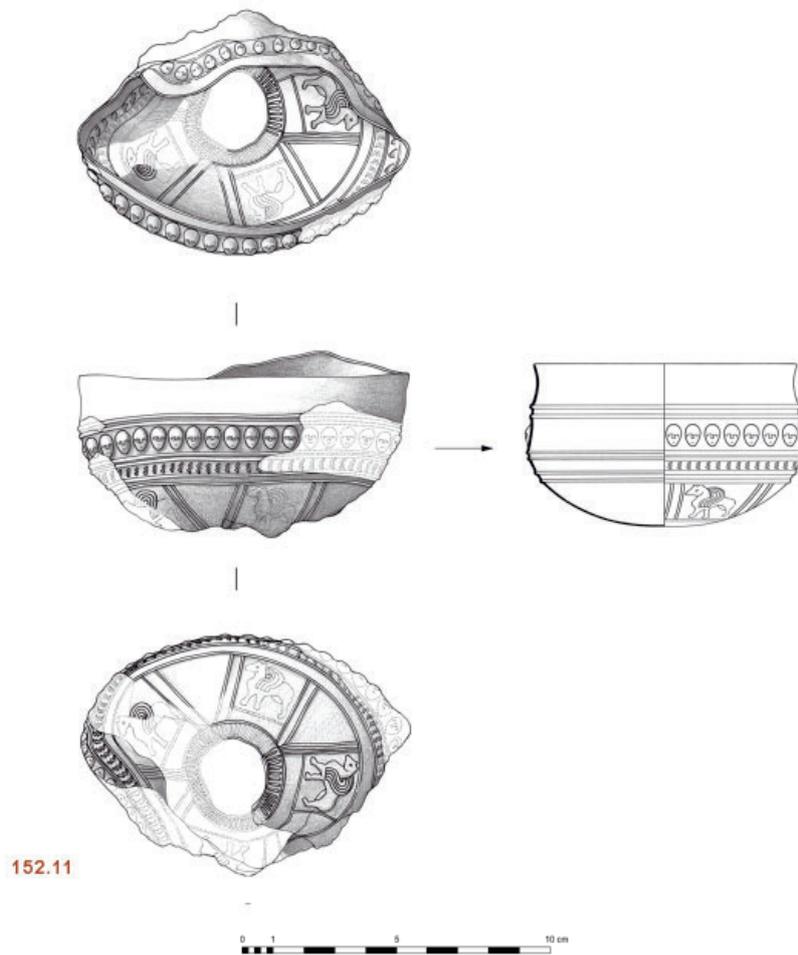


Figura 55: Enterramiento 152. Cuenco de plata con decoración figurada (152.11).

muy sencilla (Almagro-Gorbea, 1977, 209; Berrocal-Rangel, 1989, 285). Ejemplos de esta realidad son el anillo de oro con escaraboides de pasta vítrea con forma de cabezas humanas del tesoro de La Aliseda (Nicolini, 1990, 364-366, lám. 85; Almagro-Gorbea *et alii*, 2009, 89-90, fig. 22), los dos pendientes de oro de la sepultura de Gaio (Sines, Setúbal) en forma de creciente y con crestería (Costa, 1966, 529; Vidal, 1973, 75; Arruda, 2005, fig. 13), o la diadema y los pendientes del tesoro de Ébora (Perea, 2006, 53-54, fig. 5). En la Meseta occidental y en Extremadura, en contextos fechados entre la segunda mitad del s. VI y el s. V a. C., también se han hallado algunos objetos de orfebrería decorados con técnicas orientalizantes en los que aparecen representaciones frontales de cabezas que comparten algunos de los rasgos señalados. Es el caso del pendiente de oro de la tumba 78bis de la necrópolis de El Raso (Candeleda, Ávila) (Fernández Gómez, 1997, 88, fig. 176.2) o las placas áureas de los conjuntos de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) (Blanco Fernández y Celestino, 1998, 64-65, lám. III y IV), La Serradilla (Cáceres) o La Martela (Segura de León, Badajoz) (Berrocal-Rangel, 1989, 281, fig.

1 y 2). En las piezas citadas, las cabezas no aparecen de forma aislada, sino que suelen formar series más o menos numerosas, al igual que sucede en el cuenco de plata de la e.f. 152 de El Castillo. En el anillo del tesoro de La Aliseda se registran cuatro ejemplares, diez en el pendiente de la tumba 78bis de El Raso y 14



Figura 56: Enterramiento 152. Cuenco de plata (152.11), cabezas humanas esquemáticas (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 57: Enterramiento 152. Cuenco de plata (152.11), grifo (Foto Gabinete Trama S. L.).

en los pendientes del tesoro de Gaio. Seriaciones de cabezas humanas también se registran en otros puntos del Mediterráneo. Uno de los objetos que presenta una similitud estructural con la pieza de El Castillo es el cuenco de *bucchero nero* de la *Tumba de los leones pintados* de la necrópolis etrusca de Banditaccia (Cerveteri, Lacio), fechada en la primera mitad del s. VI a. C. Este recipiente cerámico se adorna con una sucesión en horizontal de cabezas humanas frontales en relieve. Al igual que en el vaso argénteo 152.11, presentan los rostros alargados y estrechos, sin pelo, con las cejas marcadas, los ojos almendrados y la nariz recta. Este tipo de recipientes cerámicos, de superficie negra brillante y con motivos figurados en relieve, trataban de imitar a la vajilla metálica con decoración repujada característica de los enterramientos aristocráticos etruscos del s. VI a. C. (Martinelli y Paolucci, 2006, 50-51).

En la segunda banda decorativa del cuenco 152.11 se sitúa una hilera de motivos geométricos, que consisten en líneas quebradas verticales o en ziz-zag. Éste es un motivo muy sencillo y ampliamente difundido. En la iconografía ibérica y celtibérica es habitual la presencia de trazos en forma de líneas quebradas o de eses en serie acompañando a las figuras humanas y a las representaciones zoomorfas para indicar cadencia o movimiento (Pastor, 2010, 473-482).

La tercera banda decorativa, la más amplia y que afecta a la mitad inferior del recipiente, está decorada con grifos. Los motivos, debido a las alteraciones causadas por las altas temperaturas de la pira y por la consiguiente oxidación, solo son visibles desde el interior del recipiente, documentándose el negativo dejado por el troquel (Fig. 57).

El grifo es un animal mitológico de clara ascendencia oriental. Pertenece al universo de los seres híbridos o monstruosos, dotados de una doble o incluso de una triple naturaleza. En opinión de P. Cabrera Bonet y A. Roderó, eran criaturas que habitaban en un espacio simbólico que traspasaba los límites de la realidad, capaces de transportar a los seres humanos hasta esas regiones limítrofes de la existencia donde podían entrar en comunicación con los dioses. Estos seres se

consideraban, por tanto, manifestaciones de la propia divinidad y actuaban como guardianes protectores, mensajeros, acompañantes, servidores y vehículos de comunicación entre la esfera divina y la humana (Cabrera Bonet y Roderó, 2003, 23-24).

En Egipto el grifo se remonta a Época Predinástica y era considerado el más fuerte de los animales, por lo que acompañaba a los dioses y al faraón. Por este motivo, le atribuyeron connotaciones apotropaicas, vinculadas a su función como guardián y protector, y su imagen se convirtió en un símbolo de divinidad y de realeza (Bisi, 1965, 21; Almagro-Gorbea, 2004, 16-19). La iconografía del grifo extendió por el Próximo Oriente y paulatinamente por todo el Mediterráneo oriental, evolucionando en cada área de un modo diferente, tanto en lo que hace referencia a su tipología y morfología, como en lo que atañe a las composiciones y también a su valor simbólico (Vidal, 1973, 35-39). En la cultura etrusca las imágenes de grifos y esfinges adornando los recipientes metálicos y cerámicos depositados en las tumbas se convirtieron en una constante en las necrópolis a partir del s. VII a. C. En la Península Ibérica, la llegada de los seres híbridos se vincula a la colonización fenicia. El mayor número de representaciones se fecha en el periodo orientalizante, durante los s. VII – VI a. C. En esta etapa, los grifos se documentan sobre todo tipo de soportes y se localizan principalmente en santuarios y necrópolis. Los encontramos en las composiciones en bajorrelieve de las paletas de ungir hispano-fenicias halladas en el bajo Guadalquivir y en Extremadura, con ejemplares en Bencarrón (Mairena de Alcor-Alcalá de Guadaira, Sevilla), Santa Lucía (Mairena de Alcor, Sevilla), Alcantarilla (Carmona, Sevilla), Acebuchal (Carmona, Sevilla), Setefilla (Lora del Río, Sevilla), Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) o Medellín (Badajoz) (Vidal, 1973, 8-20, figs. 1-3; Almagro-Gorbea, 2004, 1-11, fig. 1-14). También se registran en piezas de toreutica como el broche de cinturón de Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) (Jiménez Ávila, 2003b, 238, fig. 12) y en recipientes de cerámica con decoración pictórica, como los *pithoi* de la colección del Museo de Cabra (Córdoba) (Blánquez, 2003, 213-216, figs. 1-8) y de Carmona (Sevilla), las ánforas de Cerro Alcalá (Torres, Jaén) o de Montemolín (Marchena, Sevilla) o los vasos a *chardon* de La Roda (Sevilla) (Le Meaux, 2003, 186-187, figs. 10-14). En orfebrería destacan los grifos del collar articulado de oro del tesoro de Gaio (Sines, Setúbal) (Arruda, 2005, fig. 13), los que decoran distintos elementos del tesoro de La Aliseda o el anillo con grifo de la tumba 5 de La Joya (Huelva) (Vidal, 1973, 63-84: fig. 4, lám. I – II; Le Meaux, 2003, 186, figs. 8-9).

En un primer momento, la tipología de los grifos siguió los patrones de las representaciones sirio-palestinas. Aunque no se hicieron reproducciones fieles a los prototipos originales sino que son el resultado de la combinación de distintos elementos de muy diversa procedencia captados, adaptados y difundidos por la

producción comercial fenicia y reinterpretados en los talleres locales. Posteriormente, tras la eclosión de los procesos colonizadores focenses, irán paulatinamente ganando terreno las representaciones de estilo griego. La vigencia iconográfica del grifo en la Península Ibérica, sin alcanzar el número de las documentadas en la etapa orientalizante, se prolongó hasta fechas avanzadas, alcanzando el ibérico pleno y formando parte de composiciones fechadas en los s. IV-III a. C. En este sentido, a partir de finales de la Primera Edad del Hierro y comienzos de la Segunda Edad del Hierro, grifos, esfinges, sirenas y otros seres híbridos se van a convertir en motivos recurrentes en la escultura destinada a adornar y proteger los monumentos funerarios del ámbito ibérico, tanto en pilares-estela como en torres funerarias. Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), El Salobral (Albacete), Agost (Alicante), Corral de Saus (Mogente, Alicante), Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén) o Pajaroncillo (Huelma, Jaén) son algunos ejemplos de esta realidad (Izquierdo, 2003, 262-268, fig. 1-11).

Los cuatro grifos que decoran el cuenco de plata 152.11 de El Castillo forman parte de una procesión de animales alados al modo oriental, similares a las representadas en los conjuntos cerámicos del Museo de Cabra (Córdoba), Carmona (Sevilla), Cerro Alcalá (Torres, Jaén), Lora del Río o Montemolín (Marchena, Sevilla). Las figuras se sitúan en metopas, una disposición que también se registra en los *pthoi* del Museo de Cabra (Blánquez, 2003, 216, fig. 6). Se representa en actitud de marcha, caminando hacia la izquierda y con el rostro también en esa dirección. Tienen cuerpo de león, con la musculatura bien definida, y cabeza híbrida, sin rasgos precisos. El esquematismo y el deteriorado estado de conservación del cuenco tampoco contribuyen a determinar si podría tratarse de un équido, de un bóvido o de cualquier otro tipo de animal. La hibridación de las cabezas es una característica que se registra en otras representaciones peninsulares de época orientalizante, como sucede con algunos de los grifos de las ánforas de Cerro de Alcalá (Pachón, Carrasco y Aníbal, 2009, 87, fig. 9) o con los que decoran la placa de oro del cinturón del tesoro de La Aliseda (Cáceres) y el anillo-sello giratorio (Vidal, 1973, fig. 4, lám. I.2). Las alas vuelven hacia delante, describiendo una «S», y están formadas por cuatro líneas paralelas que arrancan desde el inicio de las extremidades delanteras.

La postura y la ordenación de las figuras responden al módulo tradicional que se mantiene en las representaciones de grifos egipcias, sirio-palestinas e hispano-fenicias en el ámbito funerario. En estas composiciones, los grifos aparecen con un porte elegante y tranquilo, en una actitud que nunca es de ataque (Vidal, 1973, 50). Estos seres híbridos, al margen de su carácter ornamental y exótico, mantienen su condición apotropaica, como guardianes-protectores del difunto y de la tumba. Ejercen de intermediarios entre las dos esferas, la de la vida y la de la muerte. Y, al igual que las esfinges o las sirenas, también facilitan el tránsito

al Mas Allá, al actuar como vehículo y guía en ese viaje que transcurrirá a través del aire, como indican sus alas (Cabrera y Roderó, 2003, 25).

Por último, la banda inferior delimita el fondo y se adorna con una sucesión de ovas esquemáticas. Este es un motivo muy sencillo y frecuente en la orfebrería de época orientalizante, con amplia difusión y perduración cronológica. Están presentes en el mencionado cuenco de *bucchero nero* de la Tumba de los leones pintados de la necrópolis de Banditaccia (Cerveteri, Lazio) (Martinelli y Paolucci, 2006, 50-51). En la Península, un cuenco de bronce con una decoración similar se encontró formando parte del ajuar de la Sepultura II, túmulo C, de la Zona I de la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra Ávila), en un conjunto en el que también fueron depositados otros objetos relacionados con rituales de sacrificio y banquete (Baquedano y Escorza, 1996, 192, fig. 8).

El cuenco de plata 152.11 es una pieza singular de orfebrería que formaba parte de la vajilla metálica de lujo empleada en las ceremonias fúnebres, en ritos de libación y banquete. En este enterramiento también se recuperó otro recipiente metálico utilizado para estos fines, una pátera de bronce (152.39) decorada con una línea de bullones circulares. Los motivos figurados que adornan el cuenco podrían responder a una temática de connotaciones marcadamente funerarias, relacionada con el proceso de heroización del difunto y el culto a los antepasados, que simboliza la sucesión de cabezas humanas esquemáticas, y con su tránsito hacia el Más Allá, representado por los grifos. El concepto del traslado al Más Allá del alma del difunto, simbolizada en una cabeza, por mediación de animales alados con atribuciones sagradas y psicopompas perduró en la iconografía celtibérica, como lo demuestran las llamadas «urnas pájaro». La hallada en la necrópolis de Uxama (Osma, Soria) constituye el mejor exponente (Lorrio, 1997, 348, fig. 129.5; Sopeña, 2004, 76).

La cronología del cuenco de plata, atendiendo a los rasgos orientalizantes de los motivos figurados descritos, podría situarse en un momento avanzado del s. VI a. C. o, como máximo, a comienzos del s. V a. C. En lo referente al origen de esta pieza excepcional, a falta de realizar análisis metalográficos, no hay elementos concluyentes que permitan asignar o descartar un origen peninsular, asociado a talleres meridionales hispano-fenicios, ni una procedencia más lejana, asociada a talleres etruscos. En las necrópolis del valle medio del Ebro, la Meseta y el noreste peninsular no se han documentado objetos similares. A diferencia del cuenco 152.11 de El Castillo, amortizado en una tumba fechada entre la segunda mitad del s. V e inicios del s. IV a. C., los escasos referentes a vajilla metálica de plata en el ámbito celtibérico suelen aparecer en contextos más tardíos, datados a partir del s. III a. C. En su mayoría, se asocian a ocultaciones relacionadas con los conflictos bélicos que tuvieron lugar en este espacio geográfico a partir de la II Guerra Púnica. Ejemplos de

esta realidad son los tesoros de Driebes (Guadalajara) o Salvacañete (Cuenca).

5.3. ACCESORIOS

5.3.1. *Simpula*/cazos

Los *simpula* formaban parte de la vajilla del banquete, desempeñando distintas funciones vinculadas a su propia morfología y a la extracción de líquidos o de otras sustancias de recipientes contenedores. Se utilizaban para calcular la proporción en las mezclas de las bebidas alcohólicas, para medir la cantidad que se servía en las copas, para realizar libaciones y para repartir el líquido alcohólico entre los participantes del banquete (Graells, 2008a, 169). Desde una interpretación de los objetos metálicos empleados en la distribución de alimentos como símbolos de una actividad religiosa, esta última función podía resultar la más trascendente. Como defienden diversos autores, la trascendencia del *simpulum* en el reparto de la bebida le confiere atribuciones rituales, equiparables a las que desempeña el cuchillo en las ceremonias de sacrificio (Scheid, 1985, 196; Graells, 2007, 114).

Los *simpula* fueron objetos de prestigio que estuvieron presentes en los ritos de los guerreros de Europa Central durante el Hallstatt Tardío, así como en las ceremonias festivas y en las libaciones rituales realizadas en contextos mediterráneos, tanto de ámbito griego como itálico. El cazo era un preciado ítem masculino que funcionó como auténtico marcador del más alto rango social (Janin y Chardenon, 2000; Lucas, 2003-2004).

La importancia de los cazos en los rituales de libación y banquete tiene su reflejo en muy diversas representaciones iconográficas, en las que el *simpulum* aparece formando parte del instrumental que intervenía en esas ceremonias. Entre otros ejemplos, los encontramos en la *stula* de La Certosa (Bolonía), las lastras del palacio de Murlo (Siena) o el *stammos* del Museo Nazionale de Nápoles (Hägg, 1992, fig. 21; Cabrera Díez, 2010, 249, fig. 2).

5.3.1.1. Tipos y cronología

Los *simpula* son recipientes de perfil acodado, como resultado de prolongar una cazoleta en un mango estrecho y largo que se eleva por encima del cuenco y remata en un extremo vuelto a modo de gancho, con o sin anilla de suspensión. Gracias a este diseño, se domina la superficie de la sustancia a escanciar y, sin temor a mojarse, se puede alcanzar el fondo del recipiente (Lucas, 2003-2004, 95).

En El Castillo se han encontrado seis *simpula* o cazos metálicos. Las e.f. 11 y 13 aportaron dos ejemplares cada una, y uno las e.f. 23 y 149. Las sepulturas mencionadas presentan grandes dimensiones, ajuares

muy destacados y corresponden a la *Fase III* de ocupación, fechada entre la 2ª ½ s. IV y el s. III a. C. Las e.f. 11 y 13 presentaban túmulos con anillos perimetrales de adobe reforzados con cantos y cistas de adobe como cámaras funerarias. La e.f. 23 era una sepultura de encachado tumuliforme de 2,60 m de diámetro y la e.f. 149 contaba con un anillo perimetral de cantos rodados y una cámara funeraria circular, también de cantos.

Los ajuares de las e.f. 11, 13 y 23 incluían armas, tanto ofensivas como defensivas, otros objetos metálicos relacionados con el banquete, servicios cerámicos y elementos de adorno y vestido. El ajuar de la e.f. 149 contaba con un servicio cerámico destacado y con una variada gama de objetos de vestido y de adorno.

En relación al número total de piezas metálicas relacionadas con el banquete funerario, los cazos suponen un 9,37% del total.

Los *simpula* recuperados en la necrópolis de El Castillo responden a dos modelos diferentes. El criterio de clasificación se ha basado en el análisis de los elementos que componen las piezas, el mango y la cazoleta o recipiente, y en los materiales empleados en su elaboración (Fig. 61).

• Tipo 1

– *Simpulum* de bronce fabricado en dos piezas unidas mediante remaches. Tiene perfil acodado, con la cazoleta hemisférica y el mango de cinta, de sección rectangular plana. El extremo superior del mango vuelve sobre sí mismo para permitir un mejor agarre y facilitar la suspensión de la pieza. La cazoleta tiene el borde plano y engrosado. A este tipo pertenecen dos *simpula*, uno de los catalogados en la e.f. 13 y el recuperado en la e.f. 149.

- El **ejemplar 13.18** se conserva casi completo, aunque muy deformado por los efectos del fuego. El mango es de sección rectangular plana, tiene 19,5 cm de longitud y una anchura media de 2,5 cm. No presenta decoración y el extremo superior vuelve sobre sí mismo. La unión con la cazoleta se realiza mediante remaches, para ello colocaron en el interior del recipiente una pequeña placa rectangular con dos remaches de cabeza troncopiramidal. El recipiente se encuentra muy aplastado, en origen tendría el borde plano engrosado y perfil hemisférico, de entre 10 y 12 cm de diámetro (Fig. 61).

- El **ejemplar 149.9** conserva la cazoleta y parte del mango, aunque no se observa el sistema empleado para unir ambas piezas. El mango es de sección rectangular plana. El fragmento conservado tiene 12 cm de longitud y una anchura media de 1,2 cm. No está decorado y le falta el extremo superior. En el extremo inferior se observa un ensanchamiento progresivo de la lámina (Fig. 61). La unión pudo efectuarse también mediante remaches, aunque no se debe descartar la posibilidad de que este *simpulum* hubiera sido elaborado en una sola pieza (Fig. 58).

Las características de estos *simpula* y las técnicas empleadas en su elaboración, los alejan de los modelos conocidos en territorio celtibérico durante la II Edad del Hierro. Por el contrario, mantienen una mayor afinidad, pese a las diferencias cronológicas, con los cazos del Languedoc occidental y del noreste peninsular, fundamentalmente con el tipo 2 o Granja de Soley-Anglés propuesto por Rosario Lucas (Lucas, 2003-2004, 124). Éste es un modelo bien representado en las necrópolis de estos territorios (Graells, 2006, 206-207; 2009, 202-204, fig. 4). Estaban fabricados en una sola pieza, con excepciones como los hallados en la tumba 52 de Gran Bassin II (Mailhac, Aude) y en la tumba 218 de Can Piteu Can Roqueta (Sabadell, Barcelona), que al igual que los ejemplares de El Castillo se encuentran fijados con remaches, probablemente como consecuencia de una reparación (Graells, 2007, 115, nota 59).

La similitud formal entre los ejemplares del s. VI a. C. del noreste y los documentados en contextos más tardíos en las tumbas de la *Fase III* (2ª ½ s. IV – s. III a. C.) de El Castillo, pueden deberse a perduraciones o a adopciones tardías vinculadas a los procesos de asimilación del banquete que se desarrollan durante esta etapa en áreas del interior peninsular. No es el único elemento asociado al banquete en el que se observa esta circunstancia, otro ejemplo significativo lo constituyen los asadores de bronce de tipo andaluz.

• Tipo 2

– *Simpulum* con un largo mango vertical de hierro y cazoleta de bronce. Las dos piezas se unen mediante remaches. El mango presenta sección rectangular o cuadrada, el extremo proximal o superior gira sobre sí mismo y enlaza con una anilla circular que facilita la suspensión de la pieza. El extremo distal o inferior se adelgaza y se aplana de forma progresiva hasta transformarse, en la unión con la cazoleta, en una lámina. El recipiente es de sección semiesférica, con el borde plano. A este tipo pertenecen cuatro *simpula*, los dos recuperados en la e.f. 11, uno de los hallados en la e.f. 13 y el catalogado en la e.f. 23.

- La *pieza 11.23* se conserva casi completa. El mango tiene 33 cm de longitud y es de sección cuadrada, de 1 cm de lado. El extremo proximal gira sobre sí mismo, aunque no conserva la anilla de suspensión. En la unión con la cazoleta colocaron, en su interior, una placa rectangular de bronce con varios remaches, que podría responder a una reparación de la pieza (Fig. 61). El recipiente se encuentra muy deformado por el fuego, en origen tendría sección semiesférica, borde plano ligeramente engrosado y un diámetro aproximado de 10 cm (Fig. 59).

- La *pieza 11.24* únicamente conserva el mango de hierro. Tiene 34 cm de longitud y es de sección cuadrada, de 0,7 cm de lado. El extremo proximal gira sobre sí mismo y enlaza con una anilla circular de 3 cm de diámetro (Fig. 61).



Figura 58: Enterramiento 149. *Simpulum* de tipo 1. Mango y cazoleta (149.9) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 59: Enterramiento 11. *Simpulum* de tipo 2 (11.23) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 60: Enterramiento 13. *Simpulum* de tipo 2 (13.15) (Foto Gabinete Trama S. L.).

- El *simpulum 13.15* se recuperó completo. Consta de un mango de hierro de 41 cm de longitud, de sección rectangular (1 cm de anchura y 0,8 cm de espesor). El extremo proximal gira sobre sí mismo y enlaza con una anilla circular de 4 cm de diámetro. El extremo distal se adelgaza y se une a la cazoleta mediante el empleo de dos remaches de cabeza circular (Fig. 61). El recipiente está ligeramente deformado, en origen tendría sección semiesférica, con borde plano y un diámetro aproximado de 10 cm (Fig. 60).

- El *ejemplar 23.19* conserva parte del mango de hierro. Algunos pequeños fragmentos de láminas de bronce que se encontraron entre los restos de un caldero y soldados a otras piezas de metal, podrían estar relacionados con la cazoleta de este *simpulum*. El mango tiene 37,8 cm de longitud y es de sección cuadrada, de 0,8 cm de lado. El extremo proximal gira sobre sí mismo y enlaza con una anilla circular de 3,4 cm de diámetro (Fig. 61).

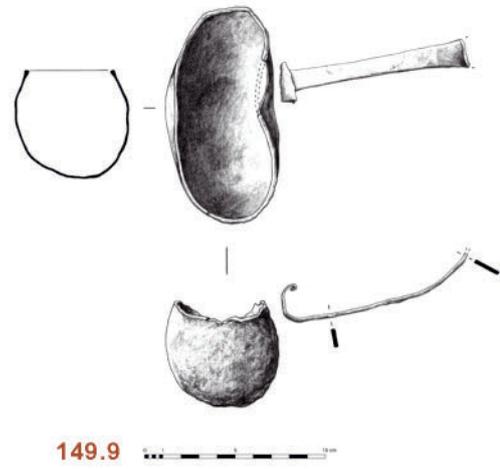
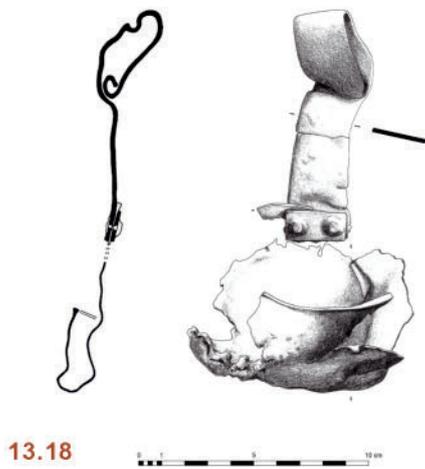
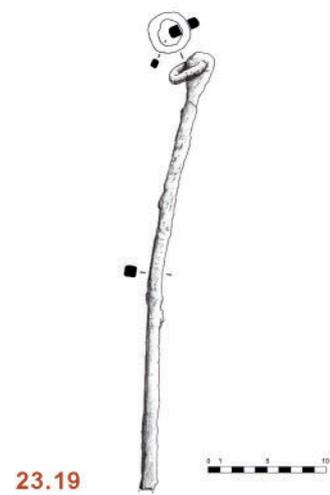
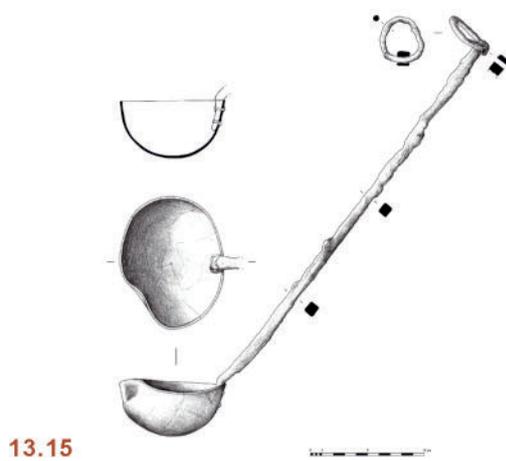
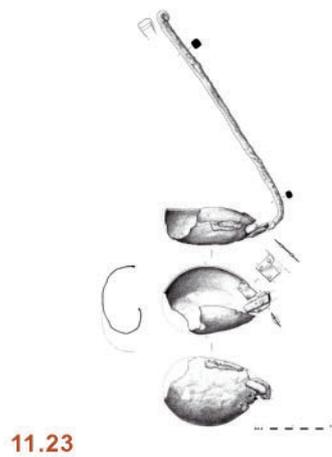
SIMPULA / CAZOS**Tipo 1****Tipo 2**

Figura 61: Tipología de los *simpula* identificados en la necrópolis.

La combinación de mango de hierro y cazoleta de bronce no se había documentado hasta la fecha en la Península. La referencia más próxima procede del Languedoc Occidental, de la necrópolis de Saint Julien (Pèzenas, Herault). En las tumbas 18 y 98, fechadas a finales del s. VI a.C., se menciona la presencia de cazos de dos piezas, con mangos remachados de hierro (Lucas, 2003-2004, 121).

5.3.1.2. *Simpula* en contextos funerarios

La costumbre de depositar cazos formando parte de los ajuares funerarios se documenta en la Península Ibérica desde finales del s. VII a.C. En esta fecha, en el Languedoc Occidental y en el Ampurdán (entre el 600-575 a.C.) se produce un aumento significativo del ajuar metálico de bronce y de hierro en las tumbas, se incorporan las armas y las primeras importaciones mediterráneas, entre las que se encuentran los *simpula* (Lucas, 2003-2004, 109).

El nordeste peninsular es, por este motivo, una de las áreas geográficas peninsulares en la que los *simpula* se encuentran mejor representados. Entre otros ejemplos, podemos citar los cazos de bronce recuperados en las tumbas 8 y 9 de la necrópolis de Anglés (Gerona) (Oliva y Riuró, 1968, 85-90, lám. VI; Lucas, 2003-2004, 111-112); el de la tumba 192 de la necrópolis de Can Bech de Baix (Agullana, Gerona) (Palol, 1958, 163-164, fig. 174; Lucas, 2003-2004, 109-111); los tres *simpula* procedentes de la necrópolis de El Castell (Peralada, Gerona) (Pons y Vila, 1977, fig. 6; Lucas, 2003-2004, 112-113); los de las tumbas 1, 2, 9, 11, 13 y 17 de la necrópolis de la Muralla noreste de Ampurias (L'Escala, Gerona) (Almagro Basch, 1955, 359-399; Lucas, 2003-2004, 115-118); el de sepultura asilada de la Granja de Soley (Santa Perpètua de Mogoda, Barcelona) (Sanmartí *et alii*, 1982, 93-94, fig. 11 y 14; Lucas, 2003-2004, 118); el de la tumba de Les Ferreres (Calaceite, Teruel) (Cabrè, 1942; Lucas, 2003-2004, 119-120; Graells y Armada, 2011, 21-22, fig. 1); o el de la tumba 18 de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona) (Carlús *et alii*, 2007, lám. 67; Graells, 2008a, fig. 102).

En el valle del Ebro el referente más cercano corresponde al poblado de La Custodia (Viana, Navarra), aunque se trata de un ejemplar tardío, fechado entre los s. II-I a.C. En el área central de este yacimiento, en superficie, se recuperaron varios objetos que han sido asociados a la práctica de *simposion*. Entre ellos una copa a torno, de fuste alto y anillado y con decoración pictórica de tipo geométrico; un ánfora de la forma Dressel 1; y un vaso campaniense B, Lamboglia 2. Junto a estos objetos se encontró un cazo de bronce, un *cyatus*, con taza esférica y mango bifurcado en dos brazos por un lado y por el otro incurvado y rematado en percabita de perro (Labeaga, 1999-2000, 188-190, fig.539).

En el alto valle del Ebro, en las catas 23, 50 y 90 de la necrópolis de Piñuelas (Laguardia-Biasteri, Álava), también se recuperaron tres *simpula* de bronce con remate en forma de cuernos de bóvido (Llanos, 1990, 139, fig. 5; 2004, 161-166, figs. 6 y 7).

En los territorios celtibérico y vacceo se han recuperado numerosos ejemplares de *simpula*, en su mayoría datados en la II Edad del Hierro, entre los s. III y I a. C. Se caracterizan por presentar, en muchos casos, decoración geométrica incisa en los mangos y porque, con frecuencia, rematan en forma de cabeza de toro o de caballo. En otros casos se adornan con un par de astas de bóvido, emboladas o no, que dan al extremo del mango el aspecto de una cabeza estilizada de toro. Estas piezas fueron clasificadas y sistematizadas por Martín Valls, agrupándolas en cuatro tipos o modelos diferentes. En su estudio recoge ejemplares procedentes tanto de contextos funerarios como de áreas de hábitat. Entre los *simpula* asociados a necrópolis destacan principalmente las piezas recuperadas en las tumbas 3, 9, 14, 15, 17, 19, 25 y 34 de *Pallantia* (Pallenzuela, Palencia) y el ejemplar de Eras del Bosque (Palencia). También se han encontrado objetos de este tipo en núcleos de población, como son los casos de los *simpula* hallados en Paredes de Nava (Palencia), Clunia (Peñalba de Castro, Burgos), Castro de Lara (Quintanilla de las Viñas, Burgos), Alto de Yecla (Santo Domingo de Silos, Burgos), Monte Bernorio (Villarrén de Valdivia, Palencia) o Numancia (Garray, Soria) (Martín Valls, 1990).

En la necrópolis de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria) también se menciona un *simpulum* de bronce en la tumba 362 (Argente, Díaz y Bescós, 2001, 131). Asimismo, en el cementerio vacceo de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) se catalogó un mango de bronce de un *simpulum* (Sanz Mínguez, 1997, 410).

En Andalucía, de la necrópolis de Galera (Granada) procede un *simpulum* de la colección Siret, que se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional. La pieza es de bronce, pero presenta ciertas similitudes con los *simpula* de tipo 2 de El Castillo. Consta de un largo mango de sección cuadrada, con anilla de suspensión en el extremo proximal, y cazoleta semiesférica (Pereira *et alii*, 2004, 59, fig.10; Rodríguez Ariza, 2014). Las sepulturas de esta necrópolis se fecharon, en su mayoría, entre los s. IV y III a.C., cronología que coincide con la *Fase III* de El Castillo.

5.3.2. Rallador

Los ralladores son utensilios culinarios excepcionales en contextos funerarios peninsulares. Aparecen asociados al consumo de vino en *simposia* o en banquetes funerarios, ya que se utilizaban para rallar queso que, arrojado al vino, potenciaba su sabor (Graells, 2005, 237; Montero, 2009, 54).



Figura 62: Enterramiento 11. Rallador de bronce (11.25) (Foto Gabinete Trama S. L.).

RALLADOR

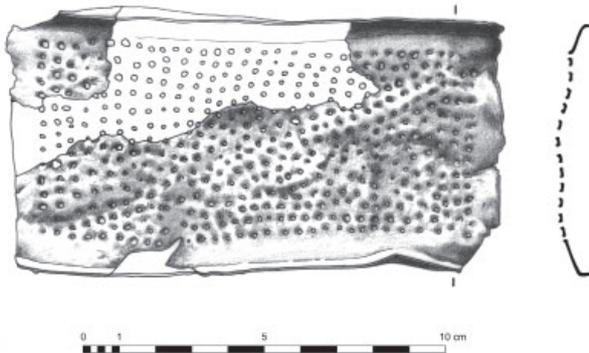


Figura 63: Rallador de bronce de la e.f. 11.

En El Castillo se ha encontrado un ejemplar de *rallador de bronce en la e.f. 11 (11.25)*. Una sepultura fechada en la *Fase III* de ocupación de la necrópolis, entre la 2ª ½ s. IV y el s. III a. C. El túmulo tenía ocho metros de diámetro, con anillo perimetral de adobe y cista también de adobe. El ajuar recuperado en su interior es uno de los más destacados de esta necrópolis, incluía armas, tanto ofensivas como defensivas, otros objetos metálicos relacionados con el banquete (parrilla, morillos, ganchos de carne, asador, *simpula*, etc.), servicios cerámicos y elementos de adorno y vestido.

La pieza (11.25) fue realizada sobre una fina placa rectangular de bronce, de 13,5 cm de longitud y 7,3 cm de anchura (Fig. 63). En el proceso de restauración no se pudieron reintegrar once pequeños fragmentos, en algunos casos por encontrarse soldados a otros metales. La superficie, excepto los extremos de los bordes, está atravesada por 465 pequeñas perforaciones cuadrangulares de, aproximadamente, un milímetro de lado. Las perforaciones se organizan en filas o hileras, con 15 filas en el lado corto y 31 en el largo. El proceso se repetía, efectuándose desde la cara vista hacia la cara inferior, donde cada orificio presentaba un pequeño reborde que permitía la acción del rallado (Fig. 62).

Los ejemplares con perforaciones cuadradas se consideran una evolución de los modelos antiguos,

con perforaciones circulares, y se les atribuye una cronología más reciente, que suele centrarse en el s. IV a. C. (Graells, 2005, 236).

Ralladores de plata y de bronce están presentes en sepulturas aristocráticas tanto del ámbito griego, como etrusco y suritálico, relacionados con las prácticas de consumo de vino al estilo griego. En las necrópolis peninsulares contamos con el ejemplar procedente de la tumba 200 de El Cigarralejo (Mula, Murcia), fechada entre el 425 y 375 a.C. (Cuadrado, 1987, 371, fig. 143). Esta pieza, al igual que la procedente de la e.f. 11 de El Castillo, se recuperó en una sepultura muy destacada. Formaba parte de un ajuar con piezas probablemente asociadas al atalaje de un carro, frenos de caballo, armas (falcatas, puntas de lanza y escudo) y un servicio cerámico con un gran número de recipientes, varios de ellos directamente relacionados con el consumo de vino (*kantharoi*, páteras y *kotyle* de cerámica ática de barniz negro, y dos *kylix* de cerámica ática de figuras rojas) (Cuadrado, 1987, figs. 155, 156 y 157). Fuera de contexto, también se recuperó un ejemplar en la Meseta oriental, en la necrópolis de Viñas de Portuguí (Osma, Soria) (Schüle, 1969, taf. 63.8; Graells, 2005, fig. 3).

Estos objetos ya circulaban por las rutas comerciales del Mediterráneo entre los s. VII y V a. C. En la Península el número de ralladores identificados es muy escaso y su área de dispersión, como es lógico, abarca el ámbito mediterráneo, principalmente el Noreste y el Levante.

En el valle medio del Ebro, en el poblado del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra), se clasificó una pieza circular como posible rallador de cobre, en el estrato IV de las campañas realizadas entre 1947 y 1949 (Gil Farrés, 1952, 25, láms. XIII y LII). Dado el carácter circular de la pieza y la disposición de las perforaciones, es probable que formara parte de un colador.

A excepción de algún rallador de bronce cuya cronología se retrasa hasta el s. VI a.C., la mayoría de los documentados proceden de contextos domésticos más tardíos, fechados entre los s. IV – III a. C. En Levante se ha catalogado una pieza de estas características en el departamento 80 de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia) (Fletcher, Pla y Alcácer, 1965, 190, núm. 52; Bonet, Soria y Vives-Ferrándiz, 2011, 151, fig. 169); en El Oral (San Fulgencio, Alicante) se encontraron restos de dos ralladores de bronce en los espacios III L4 y IIF (Abad y Sala 1993, 230, fig. 16.1 y 17.11, lám. XX; 2001, 151 y ss.); y en La Serreta (Alcoi, Alicante) también se recuperó un ejemplar datado a finales del s. III a. C. (Grau y Reig, 2002-2003, 119).

En Cataluña los ralladores recuperados proceden de *oppida* situados en el área de influencia de Ampurias (Graells, 2005, 236-237), como sucede con el ejemplar de hierro de Puig de St. Andreu (Ullastret, Girona) (Buxó *et alii*, 2010, 91, fig. 8); con el de Mas Castellar (Pontós Girona) (Rovira, 2002, 357, fig. 11.27.7), este ejemplar también es de hierro y se data

entre finales del s. III y principios del s. II a. C.; y con el de bronce de Sant Martí (Ampurias, Girona) (Graells y Sardà, 2010, 72).

5.3.3. Ganchos de carne

El origen y la difusión de estos objetos continúa siendo un tema de debate. Durante un tiempo se defendió su origen centroeuropeo, vinculado a los campos de Urnas. En la actualidad, ante los hallazgos que se han producido en las últimas décadas en las Islas Británicas y en el Noroeste de la Península Ibérica, ha tomado mayor fuerza la hipótesis de un origen atlántico (Armada y López Palomo, 2003, 176; Romero, Sanz y Górriz, 2009, 229).

Los ganchos de carne eran utilizados en los rituales de sacrificio. Tras desmembrar a la víctima, se empleaban para colgar los medios o los cuartos del animal, como se puede observar en algunas representaciones iconográficas. Un ejemplo ilustrativo lo encontramos en la escena de descuartizamiento que aparece pintada en una *pelike* de figuras rojas que en la actualidad se encuentra en la Fondation Custodia de París (Van Straten, 1995, fig. 151; Cabrera Díez, 2010, 291, fig. 5.III.1). Algunos autores también apuntan la posibilidad de que los ganchos fueran usados durante la ceremonia del banquete para sujetar el llar del que quedaba suspendido el caldero de bronce (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 290).

5.3.3.1. Distribución, asociación y cronología

En El Castillo se han incluido en este apartado seis utensilios de hierro hallados en las e.f. 11 (dos ejemplares), 13, 143, 150 y 168. Los tres primeros se localizaron en tumbas de grandes dimensiones (e.f. 11 y 13), con ajuares muy destacados y que corresponden a la *Fase III* de ocupación, fechada entre la 2ª ½ del s. IV y el s. III a. C. Presentaban túmulos con anillos perimetrales de adobe reforzados con cantos y cistas de adobe como cámaras funerarias. Los ajuares incluían armas, tanto ofensivas como defensivas, otros objetos metálicos relacionados con el banquete, servicios cerámicos y elementos de adorno y vestido. Los tres últimos se localizaron en sepulturas más sencillas, de encachado tumuliforme, y que corresponden a la *Fase II* de ocupación, fechada entre la 2ª ½ del s. V. y la 1ª ½ del s. IV a. C. Los ajuares también eran significativos, aunque sin alcanzar el volumen de las tumbas anteriormente descritas. Contenían una variada gama de recipientes cerámicos, elementos de adorno y vestido, cuchillos y armas (un regatón en la e.f. 143 y restos de un escudo en la e.f. 168).

En relación al número total de piezas metálicas relacionadas con los rituales de sacrificio y banquete funerario, los ganchos de carne suponen un 9,37% del total.



Figura 64: Enterramiento 11. Gancho de carne (11.22) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 65: Enterramiento 143. Extremo de un gancho de carne (143.10) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 66: Enterramiento 150. Gancho de carne (150.9) (Foto Gabinete Trama S. L.).

Los ejemplares recuperados en la necrópolis de El Castillo no se conservan completos, circunstancia que, en gran medida, dificulta su clasificación. A esto se suma el hecho de que, si se exceptúa el fragmento de la e.f. 143, el resto no se ajustan fielmente a las características tipológicas de los ganchos peninsulares. Pese a todo, debemos tener en cuenta que el número de piezas que pueden catalogarse con seguridad como ganchos de carne es extraordinariamente escaso y que existe una gran distancia cronológica que separa a los ejemplares de El Castillo de sus referentes cercanos, los ganchos meseteños de Cantabrana (Burgos) y Barrios de Luna (León), fechados entre el Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro (Delibes, Fernández y Celis, 1992-1993, 418-419).

Las piezas encontradas en el interior de las e.f. 13 y 168, así como uno de los ejemplares de la e.f. 11, se han considerado como posibles ganchos de carne por tratarse de objetos de gran longitud, por presentar un vástago torsionado y por describir un quiebro en ángulo recto en el extremo distal o enrollarse sobre sí mismo, lo que hace suponer que en este punto enlazarían con los garfios (Fig. 67).

GANCHOS DE CARNE

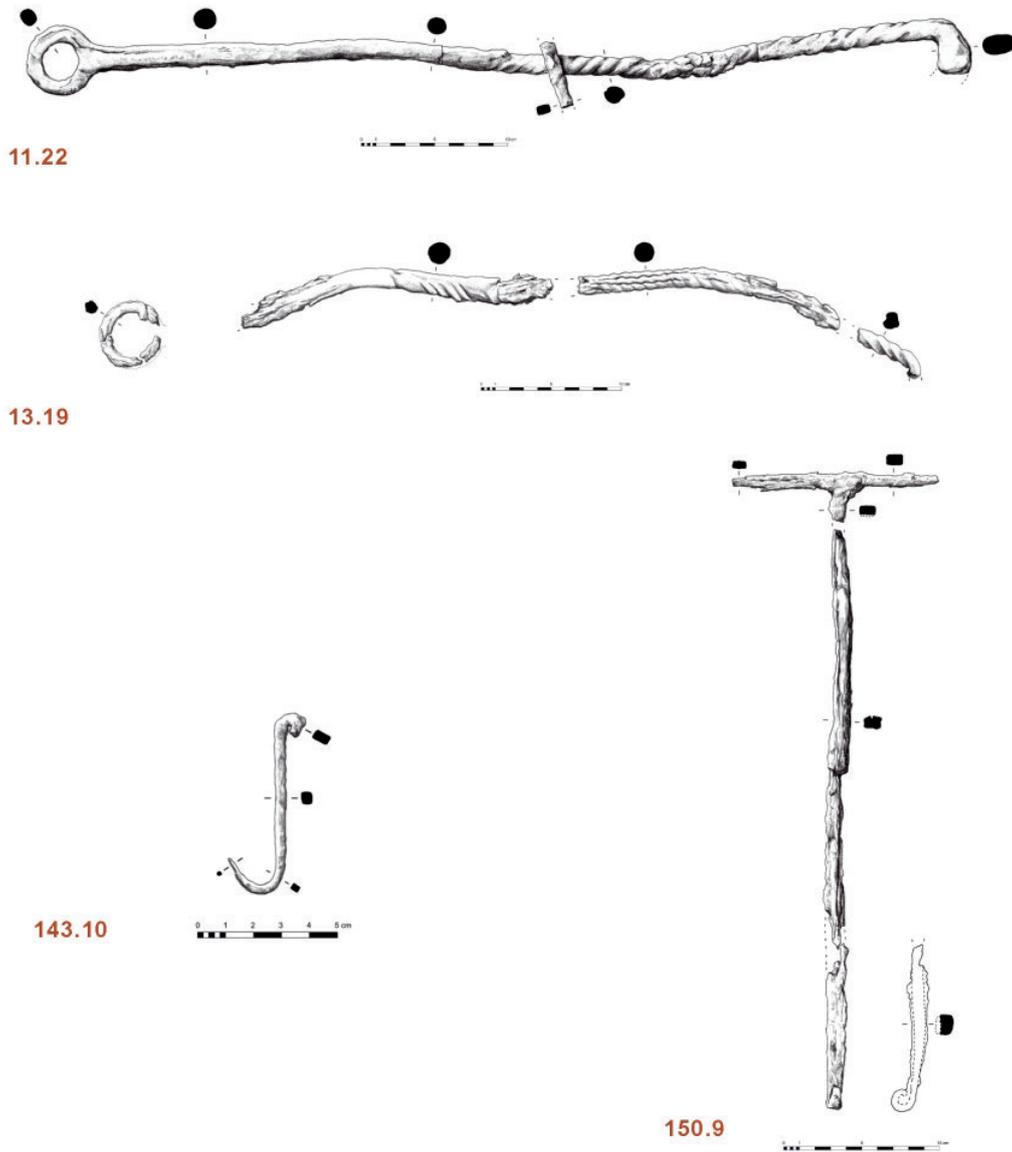


Figura 67: Tipología de los ganchos de carne identificados en la necrópolis.

• En el primer ejemplar de la *ef. II* (11.22) la longitud conservada es de 64,8 cm. Carece de uno de los extremos de la pieza, donde iba situado el gancho (Fig. 64). La varilla es de sección circular, de 1,3 cm de diámetro, lisa en la mitad superior y torsionada su mitad inferior. El vástago en la zona distal gira en ángulo recto y se ensancha en la zona proximal terminando en forma de anilla circular, de 4,8 cm de diámetro (Fig. 67).

La técnica de fabricación en torsión permitía, al margen de cuestiones de tipo estético, dotar a la pieza de una mayor rigidez y resistencia. Se ha documentado en diversos objetos que se relacionan con el fuego y el banquete. Es el caso de del mango del cuchillo afalcatado y de los travesaños de la parrilla de la tumba 1442 de Las Cogotas

(Cardeñosa, Ávila), la anilla de suspensión de las pinzas de la tumba 201, Zona I/II de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila), o los travesaños de la parrilla de la tumba 54 U de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) (Sanz Mínguez, 1997, 417). Esta técnica podría haberse inspirado en modelos mediterráneos o atlánticos del Bronce Final, donde también la encontramos en piezas vinculadas al fuego y al banquete, como sucede con los ganchos de carne de Cantabrana (Burgos) y Thorigné (Poitou-Charentes) (Delibes, Fernández y Celis, 1992-1993, 418-419; Armada y López Palomo, 2003, 171-173; Armada, 2008, 149, fig.9).

Las piezas con varilla torsionada de El Castillo clasificadas como ganchos de carne (11.22, 13.19 y

168.17), presentan ciertas similitudes morfológicas con algunos asadores de Hallstatt del Bronce Final y del comienzo de la Edad del Hierro. En concreto con los hallados en las tumbas 573 y 600 (Kromer y Ehgartner, 1959, lám. 109.1 y 113.5; Almagro-Gorbea, 1974, 380, fig. 21), que cuentan con anilla en un extremo y mango enrollado. Sin embargo, a diferencia de estos ejemplares de bronce centro-europeos, los hallados en Castejón son de hierro y con la particularidad de que la zona en torsión ocupa la parte central y distal de la pieza. Esta última circunstancia resulta esencial para descartar su uso como asador. Los vástagos en torsión no son funcionales, ya que dificultan enormemente la labor de insertar en ellos los pedazos de carne. Un obstáculo al que se debe sumar el ángulo recto que describen los citados objetos en su extremo distal y que tampoco es compatible con su utilización como asadores.

Estos ganchos de carne de El Castillo, también recuerdan a algunas piezas de hierro catalogadas en la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia), que presentan anilla en un extremo y vástago torsionado. Fueron clasificadas como cadenas de varillas rectas retorcidas y extremo bífido (Cuadrado, 1987, 277). Ejemplares de este tipo se recuperaron en las tumbas 130 y 175 (Cuadrado, 1987, 277 y 333, figs.111.11 y 136.4), fechadas entre el 375-350 a.C.

La técnica de torsión también la encontramos en contextos más tardíos (s. III – I a. C.) en enterramientos aristocráticos galos, decorando elementos de hierro relacionados con el fuego. Como sucede en la tumba de Boé (Lot-et-Garonne) (Schönfelder, 2002, Abb. 45), en el depósito funerario de La Mailleraye-Sur-Seine (Seine-Maritime, Normandie) (Lequoy, 1993, 126, fig. 9) o en la sepultura de Fléré-la-Rivière (Indre) (Villard, 1993, 248, fig. 4).

• El segundo **ejemplar de la e.f. 11** responde a una tipología diferente y es de tamaño más reducido. Tiene 20 cm de longitud y la varilla es de sección rectangular (1,3 x 0,9 cm). El vástago en el extremo proximal gira sobre sí mismo para facilitar la suspensión de la pieza. En el extremo distal describe un quiebro en forma de garfio y se va progresivamente apuntando (Fig. 67).

• El gancho de la **e.f. 13 (13.19)** es de características y dimensiones similares al primero de los descritos en la e.f. 11 (11.22), aunque presenta un peor estado de conservación. Los fragmentos recuperados tienen una longitud de 48 cm. La varilla es de sección circular, de 1,5 cm de diámetro, lisa en la parte superior y torsionada en la inferior. Cuenta con anilla circular de suspensión, de 4,7 cm de diámetro y, al igual que el caso anterior, el extremo distal gira en ángulo recto (Fig. 67).

• En la **e.f. 143** se recuperó el garfio de hierro (**143.10**) de un gancho de carne (Fig. 65). Tiene 6,5 cm de longitud y el vástago es de sección

rectangular (0,5 x 0,3 cm) (Fig. 67). En *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza) se recuperaron dos piezas de similares características en la tumba O y una en la tumba K con los extremos apuntados rotos, fueron clasificadas como varillas de hierro de sección circular dobladas (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009, 81 y 96, figs. 25.13a y 33.6c-d).

• El ejemplar de la **e.f. 150 (150.9)** presenta un largo vástago vertical de hierro de sección rectangular (1 x 0,7 cm), de 41 cm de longitud (Fig. 66). El extremo proximal termina en forma de «T», al enlazar con una varilla horizontal de 13 cm de longitud. El extremo distal se enrolla sobre sí mismo, a modo de voluta (Fig. 67).

• En la **e.f. 168** se recuperó un fragmento de una varilla de hierro (**168.17**) de 7,1 cm de longitud y sección cuadrada. Su inclusión en este apartado, como posible gancho de carne, se debe a que el vástago está torsionado, al igual que sucede en las piezas 11.22 y 13.19. No obstante, las características del citado fragmento no permiten descartar su clasificación como asador. En la necrópolis ibérica de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona) se han encontrado asadores de hierro de sección rectangular, con un extremo torsionado y otro en punta (Graells, 2008a, 178). Destaca el ejemplar completo de la E-20, de 82,5 cm de longitud (Carlús *et alii*, 2007, lám. 66).

Los ganchos de carne documentados en los yacimientos protohistóricos peninsulares constituyen un grupo muy reducido y completamente heterogéneo. El referente más cercano procede de la necrópolis de Numancia, donde una pieza de hierro se clasificó como gancho, bien de llar o de carne, en la tumba 65 (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 290, fig.67). En territorio vettón, en la tumba 201 del túmulo C de la zona I/II de la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila), uno de los objetos recuperados ha sido interpretado por algunos autores como gancho de carne (Delibes, Fernández y Celis 1992-93, 424-426; Sanz Mínguez, 1997, 417). También en territorio ibérico se ha publicado algún ejemplar, como el procedente del *oppidum* de Mas de Castellar (Pontós, Girona). En este caso, el objeto fue recuperado en la Zona 10-11 del yacimiento, en el interior de la Casa 1. La parte superior consta de tres garfios en diferentes direcciones para su amarre a un travesaño de madera. Tiene 45,3 cm de longitud, con largo vástago de sección cuadrada y gancho final de sección rectangular. Ha sido erróneamente clasificado como cremaller o gancho de carne (Rovira, 2002, 350, fig. 11.20.1), ya que en realidad se trata de una *keagra* o gancho complejo de producción griega (Graells, 2008, 170; 2009, 205-206).

Al margen de tener extremos que vuelven sobre sí mismos, los ejemplos citados y las piezas catalogadas en la necrópolis de El Castillo apenas guardan paralelismos formales.

5.3.4. Llar

En la e.f. 11, asociadas al caldero (11.16), se localizaron varias piezas de bronce del llar o cadena utilizada para su suspensión (11.17). Estaba formada por placas alargadas de sección rectangular que terminaban, en cada extremo, en arandelas de sección triangular (Fig. 68). Las arandelas se unían mediante hembrillas compuestas de una anilla y unas varillas con los extremos apuntados, cortos y doblados en ángulo agudo, ambas de sección cuadrangular (Fig. 69). Para formar la cadena, estimamos que serían suficientes ocho láminas. El llar quedaría fijado a una viga o a un larguero de madera, mediante el empleo de dos pequeñas placas rectangulares con seis remaches cada una, ubicados en los lados cortos de la placa. Los remaches son de cabeza plana y vástago de sección cuadrangular.

En el panorama peninsular apenas existen referencias a este tipo de objetos. Una de las excepciones la constituyen los ejemplares de hierro hallados en el poblado ibérico de Mas Castellar (Pontós, Girona) (Buxó *et alii*, 2010, 91, fig. 8.1). Como en el caso del llar recuperado en El Castillo estas piezas también se diseñaron para quedar fijadas a un soporte elevado, aunque los ejemplares catalanes difieren tanto en la forma como en el metal empleado para su elaboración.

Las referencias más numerosas a este tipo de piezas proceden de las tumbas aristocráticas galas. Se han documentado formando parte de los ajuares en la tumba de Fléré-la-Rivière (Villard, 1993, 248, fig. 4) o en el depósito funerario de La Mailleraye-Sur-Seine (Seine-Maritime, Normandie) (Lequoy, 1993, 126, fig. 9).

5.3.5. Soporte calado-thymaterion

En todo el Mediterráneo, desde el Bronce Final, se documentan objetos de distinta naturaleza utilizados como soporte de vasos metálicos o cerámicos que contenían líquidos o sustancias aromáticas. En algunos modelos el vaso y el soporte aparecen unidos, como se observa en los *offering-stands* (Armada y Rovira,



Figura 68: Enterramiento 11. Piezas de bronce asociadas a un llar (11.17) (Foto Gabinete Trama S. L.).

2011, 29-30, fig. 17). En otros, vaso y soporte son independientes, como sucede con los *holmoi* (Graells y Sardà, 2007, 81-82).

En el ámbito peninsular, en contextos fechados en la Primera Edad de Hierro, también se documenta el uso de soportes elevados. En las necrópolis del nordeste y también en el Languedoc se han recuperado piezas que responden a las dos alternativas anteriormente citadas: recipientes de cerámica con alto pie calado, donde soporte y vaso forman una sola pieza, como la cratera de la tumba 184 de Can Bech de Baix (Agullana, Girona) (Palol, 1958, fig. 1; Graells y Sardà, 2007, fig. 1); y soportes calados de bronce, tradicionalmente denominados *thymateria*, como los ejemplares de Calaceite, Couffoulens y Pèzenas.

En la necrópolis de El Castillo, entre los objetos recuperados en la e.f. 150, se catalogaron veinticuatro fragmentos de bronce de un pequeño *soporte calado* (150.14). La sepultura pertenece a la *Fase II* de ocupación del cementerio (2^a ½ s. V – 1^a ½ s. IV a. C.) y se superpone al anillo perimetral de la e.f. 152. Es una tumba de encachado tumuliforme de reducidas dimensiones, con un diámetro inferior a 1 m. Pese a ello, contenía un ajuar destacado con urna bicónica, seis recipientes de cerámica, fragmentos de un broche

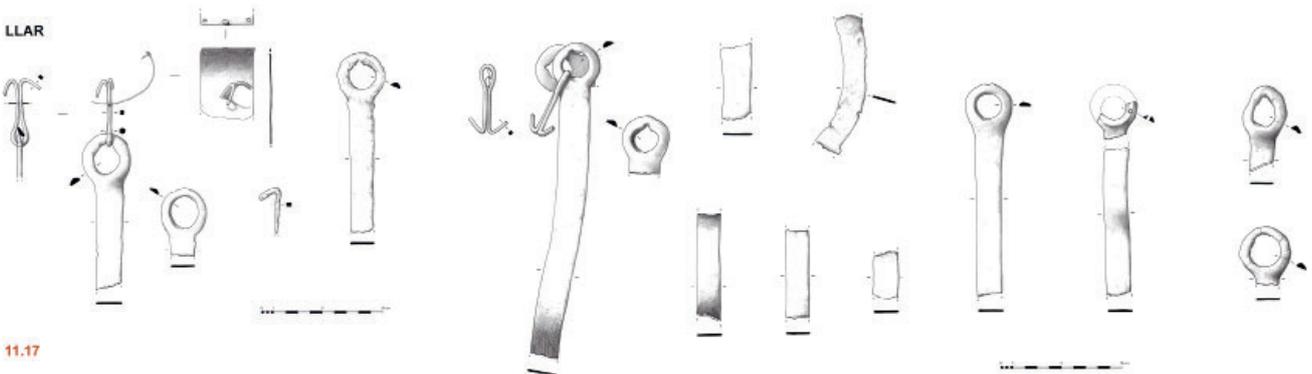


Figura 69: Piezas del llar identificado en la e.f. 11.

de cinturón, una fibula, diversos elementos de adorno personal y un gancho de carne de hierro.

En el interior del túmulo, únicamente se recuperaron algunos fragmentos de bronce de la pieza original. Son de tamaño reducido y están deformados y alterados por el fuego. Con ellos se ha podido reconstruir parcialmente el plato de la base (Fig. 70) y el plato superior, lo que ha permitido su identificación como soporte calado.

El sistema de apoyo del soporte está compuesto por un plato de estructura peraltada delimitado por una banda circular de 8,3 cm de diámetro y 0,8 cm de anchura, de ella parten hacia el centro cuatro radios que se unen a una columnilla hueca. La disposición de los radios determina la formación de calados triangulares en los espacios intermedios. La columna central es circular, hueca y con un diámetro aproximado de 1,2 cm. Desconocemos su longitud, ya que tan sólo se ha podido documentar en los puntos de unión con los platos. Tampoco disponemos de datos que confirmen o descarten la presencia de la figura de un animal entre la columna y la base (Fig. 71).

El plato superior es de características similares al que sirve de apoyo, aunque de un tamaño ligeramente menor, con un diámetro de 6 cm. Sus reducidas dimensiones limitan la capacidad del vaso asociado al pedestal. Debemos rechazar, por tanto, la posibilidad de haber utilizado este soporte para realzar el receptáculo de la bebida alcohólica (Lucas, 2003-2004, 128). Resulta más probable su vinculación a un pequeño recipiente para la quema de sustancias aromáticas.

Este ejemplar recuerda al soporte calado procedente de la tumba de Les Ferreres (Calaceite, Teruel), una sepultura fechada a mediados del s. VI a.C. El llamado *thymaterion* de Calaceite es una pieza excepcional



Figura 70: Enterramiento 150. Fragmentos de soporte calado-*thymaterion* (150.14). (Foto Gabinete Trama S. L.).

que se ha divulgado bajo múltiples denominaciones y adscripciones funcionales: candelabro, *thymaterion*, portaofrendas, portalámparas, braserillo, soporte, etc. La pieza ha sido analizada y estudiada por numerosos investigadores y desde perspectivas muy diferentes. Se han formulado distintas interpretaciones sobre su origen, uso y cronología (Cook, 1914, 333; Cabré, 1942, 183-184; Blázquez, 1959, 185-189; Schüle, 1960, 157-160; Lucas, 1982, 25-28; Almagro-Gorbea, 1998c, 105-106; Rafel, 2005, 496-500; Armada y Rovira, 2011, entre otros). En los últimos años, la tesis más extendida es la que defiende su empleo como soporte de vasos metálicos que contendrían líquidos o sustancias aromáticas (Lucas, 2003-2004, 128; Armada y Rovira, 2011, 29), lo que permitiría su uso tanto en rituales de purificación y perfumado como en ceremonias de banquete. Asimismo, se considera que es un producto de inspiración mediterránea elaborado en talleres del nordeste peninsular o del sureste francés durante la primera mitad del s. VI a. C. (Armada y Rovira, 2011, 33).

Al margen de discusiones y debates, todos los autores coinciden en señalar que se trata de un objeto exclusivo, vinculado a esferas de tipo cultural y ritual, con un indudable valor simbólico. Esta singularidad se ve reforzada por el escaso número de soportes de estas características documentados hasta la fecha. Los dos que presentan mayores semejanzas se han encontrado en cementerios situados en el Languedoc occidental, en concreto en la tumba 13 de la necrópolis de *Las Peyros* (Couffoulens, Aude) (Solier, Rancoule y Passelac, 1976, 79-86, figs. 83-87) y en la tumba 11/69 de *Saint Julien* (Pézenas, Hérault) (Llinas y Robert, 1971, figs. 13-16). En ambos casos, los enterramientos fueron fechados en la primera mitad del s. VI a.C.

La pieza recuperada en la e.f. 150 de El Castillo, aunque guarda cierto parecido formal con el *thymaterion* de Calaceite, presenta notables diferencias:

- Los platos son de dimensiones más reducidas, el que sirve de base apenas supera los 8 cm, frente a los 19,5 cm del ejemplar turolense.
- El diseño del soporte de Calaceite es muy complejo, resultado de un proceso de fabricación y de un montaje muy delicado que exigía una alta especialización por parte del artesano, así como el dominio de técnicas muy diferentes (Armada y Rovira, 2011, 21-25). Por el contrario, el soporte de la e.f. 150, sin estar exento de dificultad en su elaboración, responde a un diseño más sencillo y menos refinado.
- Los trenzados o motivos en espiga que decoran el *thymaterion* de Calaceite no aparecen en El Castillo. Los fragmentos son totalmente lisos, carecen de cualquier motivo ornamental.
- La cronología de las tumbas donde se han recuperado este tipo de soportes calados, tanto la de Calaceite como las de Couffoulens y Pézenas, se fechan dentro de la primera mitad del s. VI a.C.

SOPORTE CALADO/THYMATERION

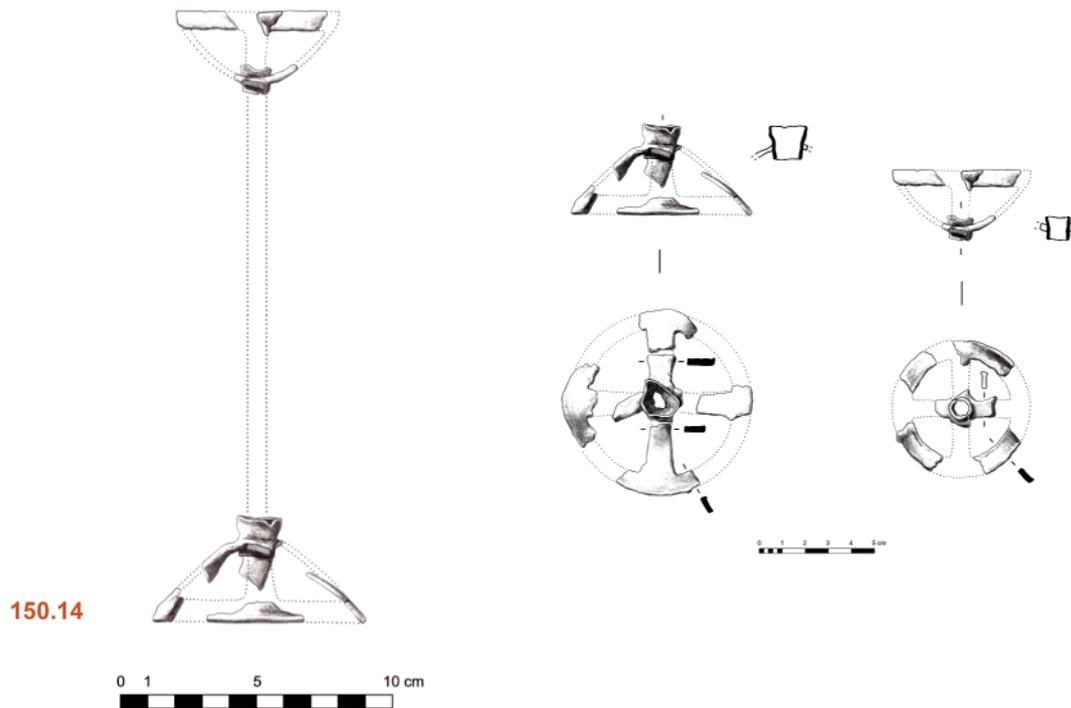


Figura 71: Soporte calado-*thymaterion* identificado en la e.f. 150.

La e.f. 150 tiene una datación más reciente, situada entre la segunda mitad del s. V a. C. y la primera mitad del s. IV a. C.

En el valle medio del Ebro no contamos con referentes a objetos de similares características. La única excepción la podría constituir una pieza procedente de la cercana necrópolis de La Torraza (Valtierra). Entre el material hallado en superficie, se recuperó una figurita de bronce de 4,5 cm de longitud que representa a un ciervo. Cuenta con una perforación que atraviesa verticalmente la pieza, de lo que se deduce que formaba parte de un objeto más complejo (Maluquer, 1953, 254, lám. VII). Como ha señalado Royo, podría tratarse de la pieza central de un soporte-*thymaterion* (Royo, 2000, 55-56), de parecidas características al hallado en la tumba 13 de la necrópolis de Las Peyros (Couffoulens, Aude).

El ejemplar identificado en la necrópolis de El Castillo se ajusta a los patrones que caracterizan a la vajilla metálica peninsular post-orientalizante. A partir de la segunda mitad del s. VI a.C., los talleres locales introdujeron formas nuevas y también imitaron modelos anteriores pero, en todos los casos, los productos fueron elaborados de un modo más simple y en series más estandarizadas (Jiménez Ávila, 2006-2007, 306). Este proceso evolutivo, bien documentado en los braseros ibéricos (Cuadrado, 1966; Jiménez Ávila, 2002), también pudo aplicarse a los soportes calados.

Circunstancia que justificaría la perduración de este tipo de objetos en contextos fechados en los s. V y IV a. C.

5.3.6. Objeto de tocador/removedor de perfumes

El ajuar de la e.f. 175 incluye un objeto que ha sido clasificado como objeto de tocador o como removedor de perfumes (175.12). La sepultura es de arquitectura sencilla, tiene un encachado tumuliforme de planta oval de 1,65 m, en el eje este-oeste, y 1,85 m, en el eje norte-sur, con una cámara funeraria de cantos. Corresponde a la *Fase II* de ocupación de la necrópolis, fechada entre la segunda mitad del s. V y la primera mitad del s. IV a. C.

La pieza es de bronce, tiene 9 cm de longitud y está formada por un vástago de sección cuadrangular, de 0,3 cm de lado (Fig. 72). En uno de sus extremos se abre una pequeña cazoleta circular, de 0,6 cm de diámetro (Fig. 73). Estos utensilios son frecuentes en época romana y han sido catalogados indistintamente como removedores de perfumes o como instrumental de aseo/médico-quirúrgico, por su parecido formal con las sondas de oído o *auriscalpia*. Estas sondas eran empleadas para fines muy diversos, como la limpieza de los pabellones auditivos, la extracción de cálculos en el tracto urinario, la aplicación de fármacos, etc. (Borobia, 1988, 33-35).

Las colecciones peninsulares más completas de material higiénico-sanitario se fechan en los primeros siglos de nuestra era. Entre otros ejemplos, destaca el conjunto procedente de la ciudad de *Segobriga* (Saelices, Cuenca) (Santapau, 2003) y el de la colonia *Iulia Ilici Augusta* (La Alcuía, Alicante). En este último asentamiento, se han catalogado dos piezas (LA-2960 y 2961) como agitadores o cucharitas de perfumes (Tendero y Lara, 2003, 211, fig. 3.7 y 3.8).

En contextos funerarios de la Edad del Hierro apenas contamos con referencias. En la tumba 40 de la necrópolis orientalizante de Boliche (Cuevas del Almanzora, Almería) se recuperó una cucharita o espátula, clasificada como objeto de tocador (Lorrio, 2014, 86). Otra pieza de similar estructura, interpretada como «espátula limpiaorejas», procede del poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz) (Rovira *et alii*, 2005, 1235, fig. 2.19). En la Meseta, ya en la II Edad de Hierro, contamos con el ejemplar hallado en la necrópolis de Erijuelas de San Andrés (Cuellar, Segovia). En la tumba X se catalogó una pieza como «instrumento removeperfumes», presentaba un vástago rematado en un extremo con una anilla y en el otro con una pequeña cazoleta o cucharita (Moliner, 1971, lám. CLXXIV, c-435).

5.4. INSTRUMENTAL RELACIONADO CON EL FUEGO

5.4.1. Parrillas

Las parrillas, al igual que los asadores, se emplearon para el asado de la carne sin contacto directo con las brasas. En los banquetes aristocráticos centroeuropeos y mediterráneos, su uso está documentado desde el Bronce Final (Poux, 2009, 96; Cabrera Díez, 2010, 91). En la Península el número de parrillas catalogadas es reducido. Proviene, en la mayoría de los casos, de necrópolis y santuarios. Lugares con un alto contenido espiritual y simbólico, donde se han encontrado evidencias de la celebración de sacrificios y banquetes en los que se consumía carne y bebidas alcohólicas.

En El Castillo se han encontrado dos ejemplares de parrillas de hierro, en las e.f. 11 y 13 (Fig. 77). En ambos casos las sepulturas tenían grandes dimensiones, con ajueres muy destacados y correspondían a la *Fase III* de ocupación, fechada entre la 2ª ½ s. IV y el s. III a. C. Presentaban túmulos con anillos perimetrales de adobe reforzados con cantos y cistas de adobe como cámaras funerarias. Los ajueres incluían armas, tanto ofensivas como defensivas, otros objetos metálicos relacionados con el banquete, servicios cerámicos y



Figura 72: Enterramiento 175. Objeto de tocador/removedor de perfumes (175.12). (Foto Gabinete Trama S. L.).

REMOVEDOR DE PERFUMES

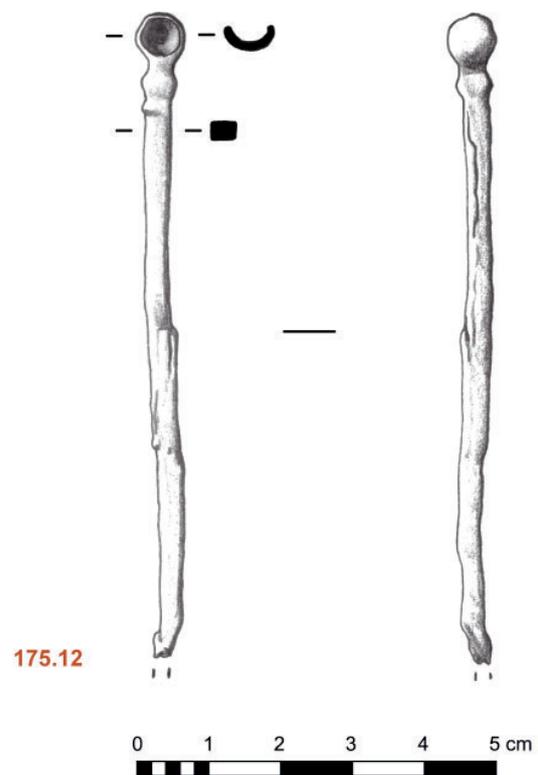


Figura 73: Objeto de tocador/removedor de perfumes identificado en la e.f. 175.

elementos de adorno y vestido (Fig. 74). En relación al número total de piezas metálicas relacionadas con los rituales de sacrificio y banquete funerario, las parrillas suponen un 3,12% del total.

• La *parrilla de la e.f. 11 (11.18)* es de planta rectangular (45 x 35 cm) y fue elaborada mediante trabajo de forja. Su contorno queda delimitado por cuatro placas de sección rectangular, dos longitudinales y dos transversales. Las placas longitudinales se incurvan en los extremos en ángulo recto, formando las patas. En ellas fueron encajadas y soldadas catorce varillas o travesaños prismáticos, de sección cuadrada, que componen la parte central de la pieza (Fig. 75). Una de las placas transversales lleva soldada una anilla que pudo servir, al usar la parrilla, para facilitar su traslado y, posteriormente, para guardarla dejándola suspendida (Fig. 77). En la tumba 54 de la necrópolis de Las



Figura 74: Enterramiento 11. Depósito de objetos de metal, con la parrilla en primer término (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 63).



Figura 75: Enterramiento 11. Parrilla (11.18) (Foto Gabinete Trama S. L.).

Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) se recuperó una parrilla (54U) que presentaba una anilla de características similares (Sanz Mínguez, 1997, 126).

• La *parrilla de la e.f. 13 (13.17)*, al igual que la registrada en la e.f. 11, es de planta rectangular (50 x 32 cm) y está delimitada por cuatro placas de sección rectangular. Las dos longitudinales también se incurvan en los extremos formando las patas, aunque en este caso con un menor desarrollo. Las diferencias más notables, respecto al modelo anterior, se observan en las varillas y en el sistema empleado para su fijación. Alternaron siete varillas o travesaños rectos de sección cuadrada con ocho serpentiformes, obtenidos mediante un minucioso trabajo de forja. Las quince varillas atravesaban una de las placas longitudinales, se adelgazaban y volvían sobre sí mismas, abrazando un fino vástago de sección cuadrada, dispuesto en paralelo a la placa (Fig. 77). Un sistema que podría estar relacionado con el tensado de los travesaños, para contrarrestar los efectos negativos de su exposición al fuego (Fig. 76).

En el valle medio del Ebro no contamos con referentes ya que, hasta la fecha, no se habían documentado parrillas de hierro. En el territorio celtibérico se tienen noticias de la existencia de un ejemplar en El Alto de la Cruz (Revilla de Catalañazor, Soria) y otro en Monteagudo de las Vicarías (Soria) (Arlegui, 1990, 58; Lorrio, 1997, 230). A los que se suma una parrilla de cronología tardía, fechada en el s. I a. C., procedente del poblado La Caridad (Caminreal, Teruel) (Ezquerria, 2005, 212. Catálogo, nº 67).

En territorio vettón, se han documentado en las necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) y de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) En la tumba 1442 de Las Cogotas, la parrilla aparece miniaturizada junto a un cuchillo afalcado y unas pinzas (Cabré, Cabré y Molinero, 1950, lám. LXXI). Aunque, sin duda, el ejemplar que presenta mayores afinidades con los hallados en El Castillo, por su tipología, por su tamaño y por el contexto en el que fue localizado,



Figura 76: Enterramiento 13. Parrilla (13.17) (Foto Gabinete Trama S. L.).

PARRILLAS

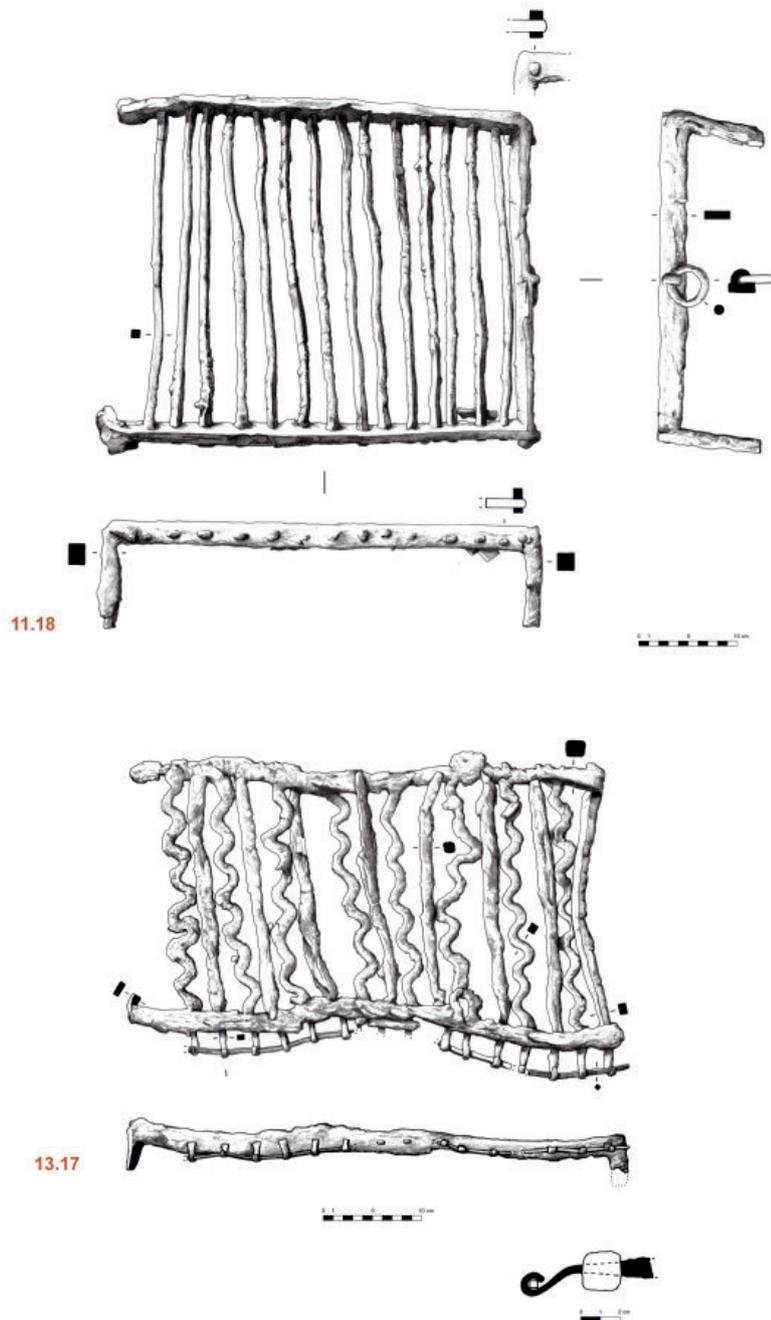


Figura 77: Parrillas identificadas en la necrópolis.

es el procedente de la tumba 514, del sector VI, de la necrópolis de La Osera (Álvarez-Sanchís, 2009, 207). Esta parrilla formaba parte de los objetos depositados en una sepultura de guerrero, considerada como la más rica de la necrópolis, contenía armas y arreos de caballo además de un servicio completo de banquete que incluía un caldero de bronce y su trébede, un morillo, unas tenazas y tres asadores. Un ajuar de similares características a los recuperados en las e.f. 11 y 13 de El Castillo y con una cronología afín, entre finales del s. IV y la primera mitad del s. III a. C. En esta necrópolis también se ha recuperado una parrilla en la tumba 436 de la zona VI. Por último, se conserva el croquis

realizado por E. Cabré a la Sepultura II, en el túmulo Z de la Zona I. En el dibujo queda reflejado el túmulo y la disposición del ajuar, donde se acumulan distintos objetos metálicos, entre ellos una parrilla (Baquedano y Escorza, 1996, 190, fig. 10; Baquedano, 2013).

En el ámbito carpetano se recuperó una parrilla rectangular con barrotes de sección cuadrada en el interior de una vivienda en el *oppidum* de El Llano de la Horca (Santoraz, Madrid) (Ruiz Zapatero *et alii*, 2012, 297, catálogo nº 116). Esta pieza se ha fechado entre los s. III – I a. C.

En el territorio vacceo contamos con ejemplares miniaturizados en las tumbas 54 y 127b de la

necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid). La sepultura 54, fechada entre el último tercio del s. II y comienzos del s. I a. C. (Sanz Mínguez, 1997, 474-475), contenía dos parrillas que, a su vez, estaban acompañadas de otros objetos para el procesado de la carne, como tenazas y cuchillos afalcatados (Sanz Mínguez, 1997, 126-128 y 416, fig. 127; Romero, Sanz y Górriz, 2009, 244). En este cementerio también se han encontrado restos de otros tres ejemplares en posición secundaria (Sanz Mínguez, 1997, 416).

Parrillas miniaturizadas también se encuentran en las necrópolis de *Pallantia* (Palenzuela, Palencia) (Castro, 1971, 26, lám. XVIII.72; Martín Valls, 1984, 15, fig. 12) y en Las Erijuelas de San Andrés (Cuellar, Segovia) (Moliner, 1971, láms. CLXXI, CLXXIV y CLXXVIII). En este último cementerio se hallaron tres parrillas, dos de ellas asociadas a las sepulturas IV y X, que contaban con destacados servicios cerámicos y con cuchillos (Moliner, 1971, láms. CLXXI, c-106; CLXXIV, c-434; CLXXVIII, c-449; CLXXX, fig. 1 y 2). La cronología propuesta para estas tumbas se sitúa en el s. IV o inicios del s. III a. C. (Barrio, 1988, 407 y 409).

En la excavación del santuario de Capote (Higuera La Real, Badajoz) se recuperó un fragmento de parrilla. Este ejemplar resulta de especial interés, al encontrarse asociado a restos de animales sacrificados, cuchillos y otros objetos metálicos relacionados con el banquete (Berrocal-Rangel, 1994, 236, fig. 80). El período de uso del altar se sitúa entre los inicios del s. IV y la primera mitad del s. II a. C. (Berrocal-Rangel, 1994, 261).

En el ámbito ibérico las parrillas no se han documentado en contextos funerarios. En cambio sí aparecen en contextos domésticos, en núcleos de población fechados en el ibérico pleno, principalmente entre los s. IV-III a. C. En el Puntal de Llops (Olocau, Valencia), dentro del departamento 17 (Bonet y Mata, 2002, 154, fig. 168); en Castellones de Céal (Hinojosa, Jaén) (Mayoral *et alii*, 1999, 738, fig. 4); o en La Bastida de Les Alcusses (Mogente, Valencia) (Fletcher, Pla y Alcácer, 1965, 104-105, dep. 18, fig. 18). A estas piezas se suman otras parrillas de cronología más tardía, como los dos ejemplares recuperados en el poblado de Libisosa (Lezuza, Albacete) (Uroz, 2012, 279-283) o el que se expone en el Museo de Huesca y que forma parte de la colección procedente de Castilsabás, fechado entre los s. II – I a. C. (Blanco y Rodá, 2007, 286).

Las parrillas halladas en territorio celtibérico e ibérico presentan notables diferencias con los ejemplares recuperados en la Galia, que suelen ser de cronología más reciente (s. I a. C. – s. I d. C.). Sirvan como modelo, la parrilla cuadrada con barrotes en disposición concéntrica hallada en una de las sepulturas aristocráticas de Clémency (Luxemburgo) (Meztler, Waringo y Bis, 1989, 23; Meztler, 1993, fig. 6; Poux, 2009, 94-95), las de forma semicircular de Fléuré la Rivière y de Dur-sur-Auron (Villard, 1993, 255, fig. 4 y 12).

5.4.2. Morillos

Los morillos de cerámica son utensilios relativamente frecuentes en los poblados protohistóricos del valle medio y alto del Ebro. Los ejemplares más cercanos proceden del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra) (Maluquer, 1963, 29-39), donde aparecieron habitualmente por parejas, colocados al arrimo del hogar, sobre las brasas. En ellos debieron apoyarse los asadores o los vasos de cerámica que, de esta forma, evitaban el contacto directo con el fuego.

La finalidad de los morillos de cerámica y su significado simbólico es un tema que sigue generando controversia. Algunos autores defienden su clasificación como objetos de uso común (Maluquer, 1958, 123; Py, 2009, 252); otros justifican su carácter de elemento ritual, al margen de su posible uso funcional relacionado con el hogar doméstico (Ruiz Zapatero, 1985, 808; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 106)

Los morillos metálicos, a diferencia de sus equivalentes cerámicos, son extremadamente raros y escasos. Están considerados como piezas excepcionales, asociadas a banquetes rituales de la élite social y, por tanto, con un indudable trasfondo simbólico y religioso. Su origen parece situarse en el Egeo, hacia al s. VIII a.C., en relación con el creciente auge del banquete aristocrático.

5.4.2.1. Tipología y cronología

En la Península Ibérica, en contextos funerarios, únicamente se habían documentado morillos de hierro en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) (Cabré, Cabré y Moliner, 1950, 155-156, lám. LXXX; Baquedano, 2013). En un depósito excavado en la localidad de El Atance (Guadalajara) también se recuperó un ejemplar metálico, aunque no se ha podido confirmar su vinculación a la necrópolis de Las Horazas (Arenas, 1999; Lucas *et alii*, 2004, 66-68, fig. 10).

La intervención arqueológica de la necrópolis de El Castillo ha proporcionado dos nuevos ejemplares de morillos de hierro, que formaban parte del extraordinario ajuar de la e.f. 11. Una sepultura correspondiente a la *Fase III* de ocupación de la necrópolis, fechada entre la 2ª ½ s. IV y la 1ª ½ s. III a.C. El túmulo tenía ocho metros de diámetro, con anillo perimetral de adobe y cista también de adobe. El ajuar recuperado en su interior es uno de los más destacados de esta necrópolis, incluye armas, tanto ofensivas como defensivas, otros objetos metálicos relacionados con el banquete, servicios cerámicos y elementos de adorno y vestido. En relación al número total de piezas metálicas relacionadas con el banquete funerario, los morillos suponen un 3,12% del total.

Los dos ejemplares corresponden a un mismo modelo en forma de «U», con cuatro patas y dos cabezas zoomorfas opuestas. Está compuesto por una barra



Figura 78: Enterramiento 11. Morillo de hierro (11.20) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 79: Enterramiento 11. Morillo de hierro (11.19) (Faro, 2002, 228).

de hierro forjado de desarrollo horizontal y sección rectangular, los extremos simulan un cuello curvo rematado por prótomos zoomorfos, probablemente de caballos. Las patas tenían el cometido de elevar unos centímetros los morillos sobre las ascuas, para ello utilizaron placas de sección rectangular con los extremos doblados en ángulo recto, unidas a la barra horizontal por un remache de cabeza circular (Fig. 80).

En origen, es posible que los dos morillos presentaran unas dimensiones muy similares, que ahora se han visto deformadas y alteradas por los efectos del fuego y de la oxidación. Estos procesos tampoco han permitido determinar con precisión las características de los prótomos zoomorfos, no se advierten los elementos identificativos que, sin duda, tuvieron (ojos, hocico, crin, etc.).

- El **ejemplar más completo, 11.20**, tiene 50 cm de longitud. La barra es de sección rectangular (1,4 cm de anchura y 0,9 cm de espesor) y las cabezas zoomorfas que rematan los extremos, posiblemente de équidos, son bastante esquemáticas y no han conservado los rasgos que hubieran permitido definirlos con mayor precisión (Fig. 78). Las patas levantaban la pieza de las brasas entre 4 y 5 cm, y están formadas por una placa rectangular (1,4 cm de anchura y 0,6 cm de espesor) que sobresalía 4 cm a cada lado de la barra (Fig. 80).
- El **segundo morillo, 11.19**, no conserva las patas ni la cabeza de uno de los extremos (Fig. 79). Es de idénticas características al anteriormente descrito. Tiene 41 cm de longitud, barra de sección rectangular (1,5 cm de anchura y 0,9 cm de espesor), y cabezas zoomorfas indeterminadas (Fig. 80).

Atendiendo a sus características tipológicas, ambas piezas corresponden al Tipo E2 de Almagro-Lorrio (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 96-98). Estos mismos autores descartan su vinculación con los modelos nordpirenaicos, donde predominan los morillos con prótomos de bóvido y son excepcionales las representaciones de otros animales. A los ejemplares del tipo E2, entre los que se encuentran los recuperados en El Castillo, les atribuyen un posible origen itálico o incluso griego. Asimismo, relacionan los prótomos de équidos en el plano ideológico con el uso habitual del caballo en Hispania, como símbolo de la clase ecuestre y de heroización (Almagro-Gorbea, 1995, 247; 2005, 152-153; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 98). En la necrópolis de El Castillo la importancia del caballo no

se ve reflejada únicamente en los morillos descritos. En esta misma *Fase III* de ocupación, fechada entre la 2ª ½ s. IV y el s. III a. C, también se recuperó un elevado número de tapaderas con remate en forma de prótomos de caballo.

5.4.2.2. Los morillos de hierro peninsulares

Los ejemplares que presentan una mayor afinidad con los morillos de El Castillo son los procedentes de la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila). La tumba 514, una sepultura de guerrero considerada como la de mayor riqueza, contenía un morillo de hierro, junto a armas, arreos de caballo y un servicio completo de banquete (caldero de bronce, trébede, parrilla, tenazas y asadores) (Cabré, Cabré y Molinero, 1950, 155 s., 198 s., lám. LXXX; Kurtz, 1982, 52 s.; 1987, 225 s.). Aunque se trata de una pieza de menores dimensiones que las catalogadas en El Castillo, de 23 cm de longitud, la técnica empleada en su elaboración fue muy similar. Está formado por una sencilla barra de hierro de sección rectangular, con extremos curvados hacia arriba, a modo de cabeza de caballo (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 326). También existe una coincidencia cronológica, ya que este enterramiento vettón fue fechado entre un momento avanzado del s. IV y la primera mitad del s. III a. C.

En La Osera también se cita un segundo morillo de hierro de parecidas características, en concreto en la sepultura II del túmulo C de la Zona. Aparece en los diarios y dibujos de E. Cabré, correspondientes a la campaña de 1932. El morillo formaba parte de un ajuar que contenía trébedes de hierro, un broche de cinturón damasquinado, tenazas, atizador de fuego, badila de largo mango, tijeras, martillo, afiladera, dos cuchillos curvos y una copa de bronce repujada (Baquedano y Escorza, 1996, 192, fig. 8; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 326).

En El Atance (Guadalajara), con una cronología que puede situarse en la subfase IIB de Lorrio (finales s. IV – s. III a.C.) (Lorrio, 1997, 278), se recuperó un morillo de hierro con remates zoomorfos. Procede de un depósito con un conjunto de utensilios de hierro aparecidos en el interior de una caja de plomo. Presenta una barra horizontal de 76 cm de longitud con apéndices de cabezas de animales, que pudieran ser de caballo, pero ofrecen unas perforaciones que quizá sirvieron para añadir cuernos de bóvido (Lucas *et alii*,

MORILLOS

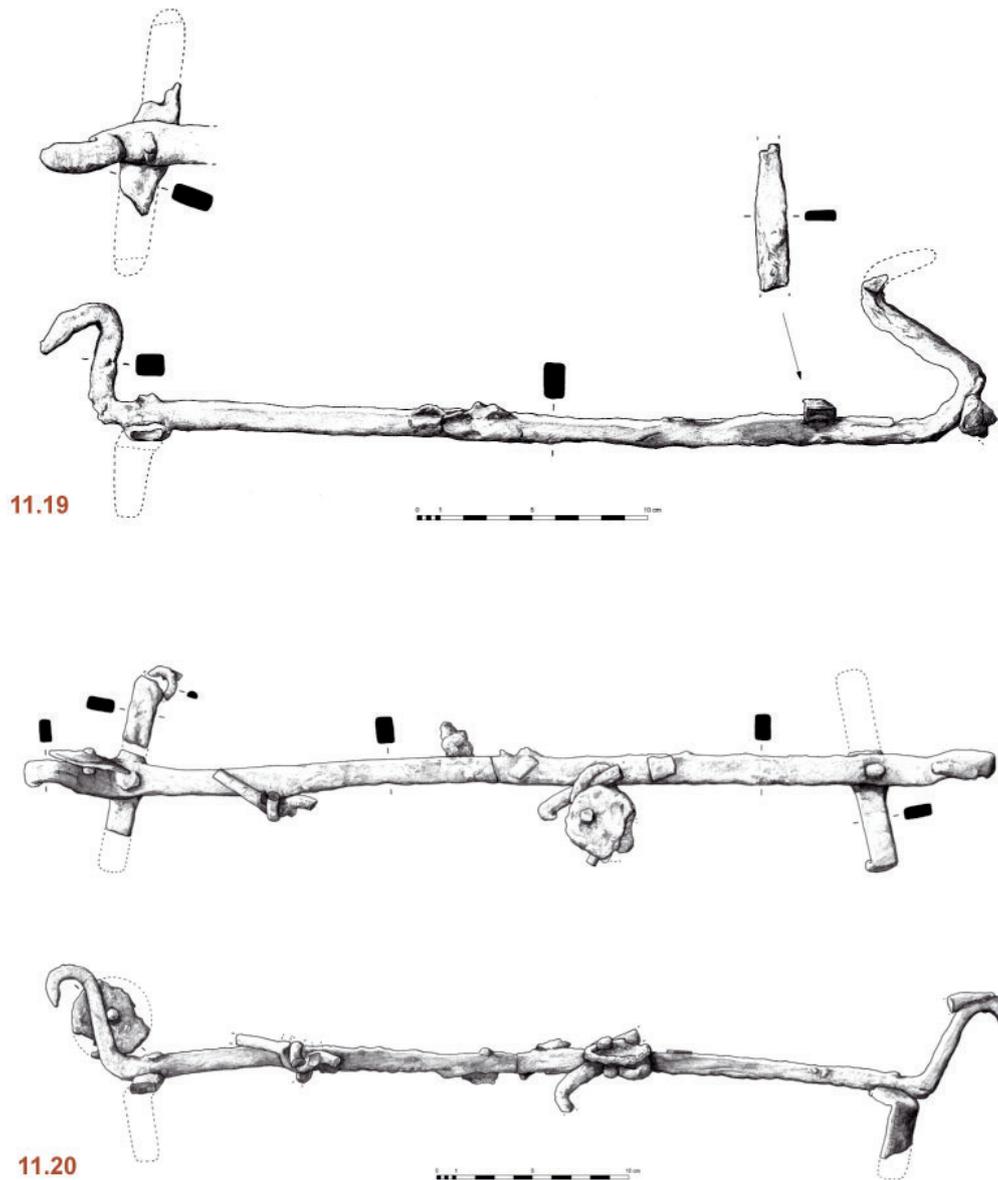


Figura 80: Morillos de la e.f. 11.

2004, 66-68, fig. 10; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 96 y 326-327).

En contextos domésticos el único morillo metálico protohistórico conocido es el de poblado de Puig Castellar (Maluquer, 1963, 39, fig. 7; Martínez Hualde y Vicente, 1966, 40 y 42 s., lám. VI). A diferencia de los anteriores, está rematado con cabezas de bóvidos y es de grandes dimensiones, 1,25 m. Fue fechado en la primera mitad del s. III a. C.

Otra pieza de interés, aunque ya de cronología romana, es el morillo de *Segobriga* (Cuenca), de formas más simples y 60 cm de longitud. No obstante, el carácter celtibérico de la población permite suponer que este objeto representaba la continuidad de una arraigada

tradición de uso de morillos de hierro entre las élites celtibéricas (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 96 y 329).

Estos mismos parámetros podrían aplicarse a los morillos de *Iuliobriga* (Retortillo, Cantabria), fechados en el último cuarto del s. I d.C. (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 332-333), y a los procedentes de La Magdalena (Santander, Cantabria) (Iglesias, 2005, 64; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 334). En todos los casos reproducen en los extremos prótomos de bóvido. Este tipo de representaciones son muy abundantes en La Galia y han sido explicadas por la pervivencia de cultos prerromanos que remarcan el sentido ritual del entorno del hogar, sincretizado con el de los dioses lares (Teja e Iglesias, 1988).

5.4.3. Obeloi / Asadores

Los asadores eran utensilios metálicos que servían para facilitar el asado de la carne, cortada previamente en pedazos e insertada en el espetón. Estos objetos desempeñaban un papel destacado en la celebración de banquetes y ceremonias, como lo confirma el hecho de que aparezcan constantemente mencionados por las fuentes clásicas.

Los asadores, debido a su vinculación con los banquetes y con ritos de comensalidad, traspasaron el mero carácter de herramienta culinaria y se convirtieron en objetos dotados de contenido simbólico y religioso, íntimamente asociados al prestigio y al lujo (Cabrera Díez, 2010, 236). Se les atribuía, por tanto, un doble significado, con un valor concreto derivado de su propia función como instrumento y otro de carácter simbólico, asociado a su participación en ceremonias vinculadas al consumo de carne. Esta lectura interpretativa es la que se aplica con mayor frecuencia a los asadores aparecidos en contextos funerarios (Courbin, 1957, 324-326, fig. 52-53). No obstante, la categoría de piezas valiosas y trascendentes justifica su uso como patrón o elemento premonetal de intercambio (Strøm, 1992, 42-43) y, en último término, también resulta entendible que su nombre óbelos/oi diera origen al nombre de la moneda griega (Lucas *et alii*, 2004, 64-65). En las fuentes literarias clásicas se recogen distintas referencias que aluden a esa condición y que relacionan los asadores con construcciones de naturaleza sagrada. Por este motivo, a las piezas halladas en santuarios se les asigna, en ocasiones, un carácter premonetal (Domínguez Monedero, 2005, 228).

En la Península Ibérica estos objetos fueron introducidos en el Bronce Final y los ejemplares más antiguos responden al tipo Alvaiazáre, modelo articulado de distribución atlántica que alcanzó el Mediterráneo, llegando hasta las islas de Cerdeña y de Chipre (Karaoghris y Lo Schiavo, 1989).

5.4.3.1. Tipos y cronología

En El Castillo se han catalogado siete asadores, en las e.f. 11, 13, 23 (dos ejemplares), 36, 139 y 141. Estos enterramientos correspondían a la *Fase III* de ocupación, fechada entre la 2ª ½ s. IV y el s. III a.C. Los túmulos en los que fueron depositados estos objetos eran de grandes dimensiones, todos superaban los 2,50 m de diámetro, y con ajuares muy destacados. A excepción de la e.f. 23, una sepultura de encachado tumuliforme, las demás tenían anillos perimetrales de adobe y cistas también de adobe. Contenían servicios cerámicos estandarizados y otros utensilios metálicos vinculados al banquete. Asimismo, en cinco de las seis tumbas en las que se han recuperado asadores, e.f. 11, 13, 23, 36 y 141, también se encontraron armas.

Tras la cremación, en tres de las sepulturas mencionadas (e.f. 13, 36 y 139) los asadores fueron

depositados en el interior de las cistas de adobe. En la e.f. 11 el asador, al igual que la inmensa mayoría de los elementos metálicos que formaban parte del ajuar, se situó al exterior de la cista, apoyado en los adobes que delimitaban su lado oeste. Por último, en las e.f. 23 y 141 quedaron colocados, junto a otros objetos, en el interior de un pequeño rebaje o *loculus* practicado en el interior del túmulo.

En relación al número total de piezas metálicas relacionadas con los rituales de sacrificio y banquete funerario, los asadores suponen un 10,94% del total. Los diferentes metales empleados en su elaboración y el análisis tipológico de las piezas han permitido individualizar dos modelos diferentes de asadores (Fig. 87).

• Tipo 1. Asadores de bronce de «tipo andaluz»

Este modelo de asador es representativo del período orientalizante andaluz (s. VIII/VII – s. VI a. C.) y fue estudiado y clasificado por Almagro-Gorbea (1974, 378, fig. 19). Se caracteriza por tener una empuñadura o agarre de cabeza ultrasemicircular, con el tercio superior ensanchado y aletas. El vástago o espetón se estrecha progresivamente en el tercio inferior hasta formar una punta en su extremo. No suele estar decorado, aunque algunos ejemplares presentan decoración grabada en las aletas. Este tipo ha sido tradicionalmente considerado como un elemento propio y distintivo de las gentes tartésicas (Almagro Basch, 1981, 60; Fernández Gómez, 1992-1993, 466). Su difusión excede el ámbito geográfico andaluz, siendo objetos relativamente frecuentes en el Algarve y en Extremadura. Precisamente del área extremeña, de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), procede uno de los conjuntos más numerosos y mejor contextualizados (Celestino y Zulueta, 2003, 36-40). En menor medida, el modelo de tipo andaluz también se ha documentado en algunas tumbas de las necrópolis de la Meseta, como sucede en El Altillo (Aguilar de Anguita, Guadalajara), El Tesoro (Carabias, Guadalajara), La Cerrada de los Santos (Aragoncillo, Guadalajara) Molina de Aragón (Chera, Guadalajara) o La Mercadera (Soria) (Lorrio, 1997, 230).

La cronología de estos asadores suele situarse entre los s. VIII/VII y el s. V a.C. No obstante, se han encontrado ejemplares en contextos más tardíos en Extremadura, en la Meseta, en Levante e, incluso, en el propio territorio andaluz. Un claro ejemplo es el asador hallado en el Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla), en un contexto fechado en el s. III a. C. La presencia de este objeto ha sido atribuida a una amortización tardía (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 101 y 129). Una justificación que difícilmente se puede aplicar a los asadores de El Castillo. En este caso no se trata de una pieza aislada, sino de un conjunto de características bien definidas y en el que se observan ciertos matices respecto a los modelos tradicionales. A esta circunstancia, se une el hecho de haber encontrado la totalidad de los ejemplares en tumbas fechadas en una



Figura 81: Enterramiento 11. Asador de bronce de «tipo andaluz» (11.21) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 82: Enterramiento 13. Asador de bronce de «tipo andaluz» (13.14) (Faro, 2002, 224).

misma fase de ocupación del cementerio, en concreto en la *Fase III* (2^a ½ s. IV – s. III a. C.). En unas sepulturas con ajuares muy destacados y estandarizados donde el asador, pese a su innegable valor simbólico y religioso, era uno de los numerosos objetos que formaban parte de los servicios metálicos vinculados a los rituales de sacrificio y banquete, junto a cuchillos, hachas, parrillas, morillos, trébedes, ganchos de carne, etc.

En la necrópolis de El Castillo se identificaron cuatro asadores de bronce, en las e.f. 11, 13, 36 y 141. Han sido clasificados como de tipo andaluz, aunque presentan algunas diferencias respecto a los modelos del sur peninsular (Almagro-Gorbea, 1974, 378, fig. 19). Son ejemplares de mayor tamaño, los dos mejor conservados (e.f. 11 y 13) superaban los 90 cm de longitud. Y, en lugar de las clásicas empuñaduras ultrasemicirculares, predominan las empuñaduras arriñonadas.

– El *ejemplar de la e.f. 11 (11.21)* formaba parte del conjunto de objetos metálicos que se colocaron apoyados en el lateral oeste de la cista. La curvatura que muestran varios fragmentos indica que esta pieza fue intencionadamente doblada y probablemente fragmentada antes de ser depositada en la tumba. Se identificaron dieciocho fragmentos y algunos, por efecto del fuego, se encontraban fundidos a otras piezas de metal (Fig. 81). Tiene una longitud conservada de 86,5 cm, cuenta con una empuñadura ultrasemicircular aplanada, aletas y vástago de sección cuadrada de 0,7 cm de lado. La transición entre la empuñadura y la varilla se realiza mediante escotaduras cóncavas.

El extremo proximal presenta un ensanchamiento que desemboca en unas aletas decoradas atípicas, que no se ajustan a los habituales patrones rectangulares u ovales. Están formadas por un placa central rectangular (5 x 1,5 cm) con cuatro discos (1,8 cm de diámetro y 0,7 cm de espesor) soldados en sus extremos, dos a cada lado. La varilla se estrecha de forma progresiva, terminando en punta (Fig. 87).

En la Península el número de asadores de tipo andaluz con aletas decoradas es muy reducido y suelen llevar una sencilla decoración geométrica grabada. Un caso excepcional es una de las piezas estudiadas en la colección de asadores procedentes del Museo de Sevilla, fechada a finales del s. VI o principios del s. V a.C. (Fernández Gómez, 1992-1993, 466 y 480). La tradicional empuñadura fue reemplazada por una figura femenina bifronte. Las aletas son caladas, simétricas y dibujan elegantes palmetas de lira. Este objeto, por hallarse incompleto, ha generado discusiones y debates en torno a su naturaleza y a su finalidad. Autores como Jiménez Ávila descartan su uso como asador y lo clasifican como clavija de yugo de carro (Jiménez Ávila 2002, 220-221, fig. 165).

– El asador que presenta un mejor estado de conservación es el que procede de la *e.f. 13 (13.14)*. Se trata de un ejemplar completo, que también había sido doblado de forma intencionada, posiblemente para poder introducirlo en el interior de la cámara funeraria, en este caso una cista de adobe (Fig. 82). Tiene 93,7 cm de longitud, con empuñadura hemisférica arriñonada, aletas rectangulares y vástago de sección rectangular (0,6 x 0,4 cm). En el extremo proximal, la varilla presenta un ensanchamiento característico junto a las aletas, que se encuentran a 11 cm de distancia del talón o empuñadura. En el extremo distal, la varilla se estrecha de forma progresiva, terminando en punta (Fig. 87).

– En la *e.f. 36* también se recuperaron dos fragmentos de un asador (*36.12*) de tipo andaluz en el interior de la cista (Fig. 83). La longitud conservada de la pieza es de sólo 7,4 cm, no obstante se ha podido asociar a este modelo al haberse conservado la empuñadura, de forma hemisférica arriñonada. La varilla es de sección rectangular (0,8 x 0,6 cm) (Fig. 87).

– El ejemplar recuperado en la *e.f. 141 (141.15)* ya se encontraba fragmentado al concluir los ritos de cremación del cadáver, como lo indica el hecho de haber recuperado fragmentos tanto en el interior de la cista, como al exterior, en el pequeño hoyo o *loculus* ubicado al N.E. de la cámara funeraria (Fig. 84). La longitud conservada es de 40,9 cm y tiene características similares a las descritas para los asadores de las e.f. 13 y 36. La empuñadura es hemisférica arriñonada y el vástago de sección rectangular (0,8 x 0,5 cm) (Fig. 87).



Figura 83: Enterramiento 36. Asador de bronce de «tipo andaluz» (36.12) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 84: Enterramiento 141. Asador de bronce de «tipo andaluz» (141.15) (Foto Gabinete Trama S. L.).

• Tipo 2. Asadores de hierro

Los asadores documentados en el valle medio del Ebro y en la Meseta en contextos posteriores al s. V a. C. fueron elaborados, en su mayoría, en hierro. Corresponden a modelos más sencillos que, con frecuencia, carecían de aletas. En opinión de algunos autores, estos ejemplares son el resultado de una evolución que buscaba una progresiva simplificación en la fabricación de estos utensilios (Fernández Gómez, 1982, 398; Cabrera Díez, 2010, 238). Las empuñaduras, en algunos casos, se redujeron a una cabeza engrosada en pequeña bola, otros eran acéfalos y sin tope, o de mango torsionado, con o sin anillas (Lucas *et alii*, 2004, 66).

En la *Fase III* de El Castillo (2^a ½ s. IV – s. III a.C.), a diferencia de otras necrópolis, los ejemplares de hierro convivieron con los de bronce. Circunstancia que podría estar relacionada con una difusión más amplia del tipo andaluz y más dilatada en el tiempo, una teoría que ya ha sido apuntada por algunos autores (Lucas *et alii*, 2004, 66; Cabrera Díez, 2010, 239).

La coexistencia de ambos modelos en contextos funerarios fechados en la II Edad del Hierro es un hecho singular en las necrópolis peninsulares. Una realidad entendible, en parte, por la propia naturaleza de los objetos y porque únicamente tenía acceso a ellos un sector muy reducido de la población. Aunque, en buena medida, también podría deberse a la posibilidad apuntada por A. Cabrea de que los asadores de hierro, en muchos casos, hayan pasado desapercibidos entre los restos de metal de las tumbas o que

su estado deficiente de conservación haya impedido identificarlos de forma clara (Cabrera Díez, 2010, 245). Un buen ejemplo lo constituye la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). En sepulturas como la 110, 130, 175, 262 o la 294 se localizaron fragmentos de hierro, clasificados de forma imprecisa, que podrían corresponder a instrumentos relacionados con el consumo de carne. Al describir la pieza recuperada en la tumba 262, de 77 cm de longitud, se menciona la posibilidad de que se trate de un «trozo de *soliferrum*, aunque también pudiera ser un asador» (Cuadrado, 1987, 453).

En la necrópolis de El Castillo se identificaron restos de, al menos, tres asadores de hierro.

– En la *ef. 23* catalogaron veintiún fragmentos de vástagos macizos de hierro que podrían estar asociados, al menos, a dos asadores (23.25 y 23.38). Se han recuperado los extremos distales apuntados (Fig. 85). Las varillas son de sección cuadrada, de entre 0,4 y 0,8 cm de lado. En el extremo proximal debieron contar con una anilla o con un sencillo engrosamiento (Fig. 87).

– El ejemplar procedente de la *ef. 139* (139.11) también se encontraba incompleto. Se catalogaron ocho fragmentos notablemente alterados por el fuego y la oxidación (Fig. 86). La longitud de



Figura 85: Enterramiento 23. Fragmentos asociados a dos asadores de hierro (23.25 y 23.26) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 86: Enterramiento 139. Fragmentos asociados a un asador de hierro (139.11) (Foto Gabinete Trama S. L.).

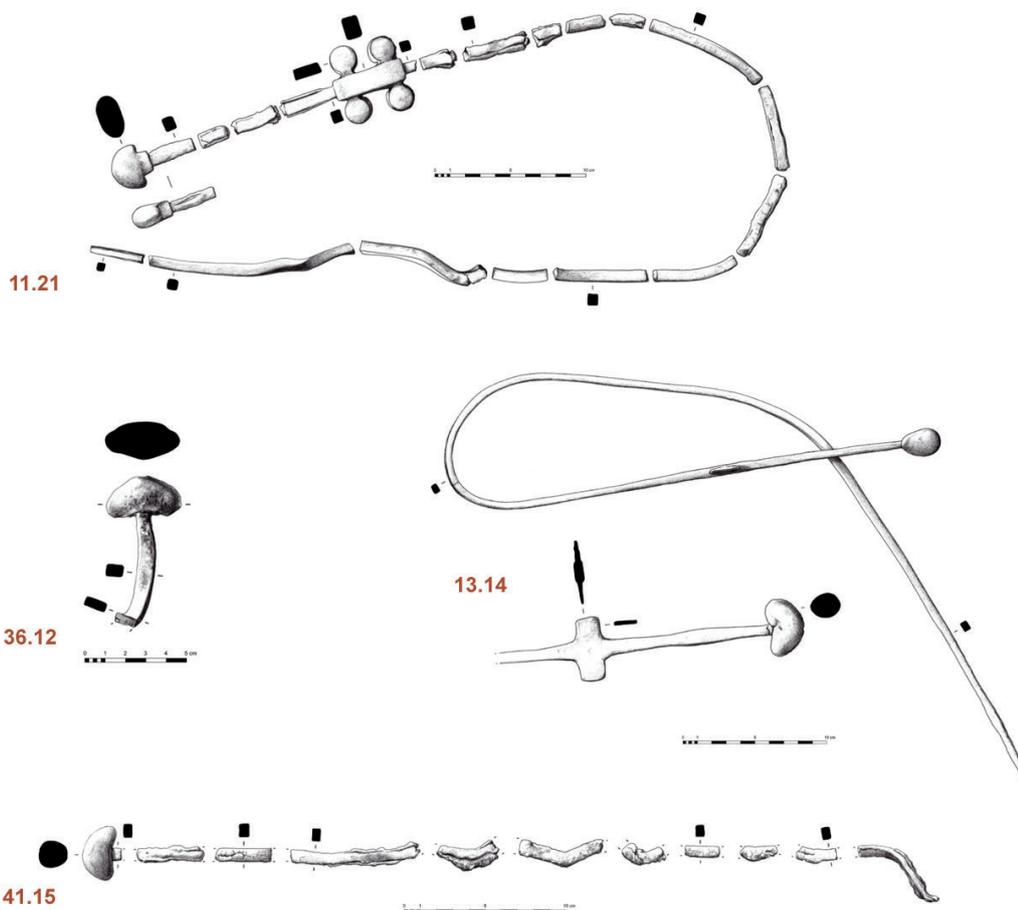
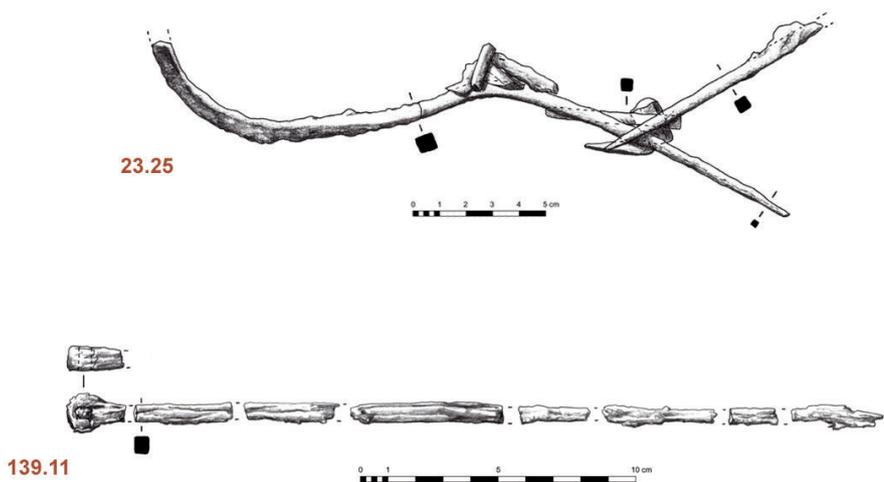
OBELOI / ASADORES**Tipo 1****Tipo 2**

Figura 87: Tipología de los asadores identificados en la necrópolis.

la parte conservada es de 26,4 cm. Consta de una varilla de sección rectangular (0,6 x 0,5 cm), que se engrosa en la zona de la empuñadura, rematando en forma de ojo, con una perforación central en la probablemente fuera colocada una anilla (Fig. 87).

5.4.3.2. Asadores en contextos funerarios

Los santuarios y las necrópolis orientalizantes del suroeste, fundamentalmente en el área del bajo Guadalquivir, son los yacimientos que han proporcionado un

mayor número de asadores y los que han hecho posible el desarrollo de estudios monográficos y la elaboración de tipologías. Un horizonte que contrasta de manera significativa con el de otras áreas peninsulares, donde las referencias a este tipo de objetos son casi inexistentes.

En el valle medio del Ebro únicamente encontramos una referencia dudosa en la necrópolis de La Atalaya (Cortes, Navarra). En la revisión de los materiales realizada por A. Castiella se menciona la existencia de una serie de vástagos de hierros, que fueron interpretados como posibles jabalinas o estiletos (Castiella, 2005, 198-199, fig. 112). La mayoría son de sección hueca, lo que sin duda los aleja de la posibilidad de haber sido utilizados como asadores. La única excepción, de vástagos macizos, la constituye los fragmentos recuperados en la sepultura 10 de la campaña de 1960 (Castiella, 2005, 145, fig. 45). A este dato se suma la información procedente del poblado del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra), donde se localizaron fragmentos de dos asadores y un molde de arenisca que podría haberse utilizado para la elaboración de este tipo de piezas (Maluquer, Gracia y Munilla, 1990, 135 y 157).

En la Meseta, en territorio celtibérico, se encuentran mejor representados y proceden exclusivamente de ámbitos funerarios. Entre los asadores de bronce de tipo andaluz destaca un ejemplar de El Altillo (Aguilar de Anguita, Guadalajara) (Aguilera, 1911, III, lám. LIX, 1; Lorrio, 1997, 230) y otro en El Tesoro (Carabias, Guadalajara) (Requejo, 1978, 61; Lorrio, 1997, 230). También responden a este modelo las piezas procedentes de la necrópolis de La Cerrada de los Santos (Aragoncillo, Guadalajara) y de Molina de Aragón (Chera, Guadalajara) (Lucas *et alii*, 2004, 58-66). Ejemplares de hierro se han encontrado en la sepultura 14 de La Mercadera (Taracena, 1932, lám. VI; Lorrio, 1990, 45; 1997, 230) y en Monteagudo de las Vicarías (Lorrio, 1997, 230). En este último caso, se trata de fragmentos de varillas que han sido interpretados como asadores.

En territorio vettón se localizaron dos asadores de bronce de tipo andaluz en las tumbas 78 y 113 de la necrópolis de El Raso (Candeleda, Ávila) (Fernández Gómez, 1997, 91-92). Objetos de similares características también se han encontrado en los cementerios de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) o Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) (Álvarez-Sanchís, 2009, 199-205).

En el mundo ibérico, a diferencia del interior peninsular, el número de asadores es escaso y, en su mayoría, se localizan en zonas de hábitat. En el área de Cataluña se han recuperado asadores en el *oppidum* de Más Castelar (Pontós, Girona) (Rovira, 2002, 351, figs. 11.23.4, 11.25.1 y 11.30.1) y en poblados como en el de St. Jaume-Mas d'en Serrà (Alcanar, Tarragona) (Graells, 2008a, 178). En contextos funerarios las referencias se limitan al ejemplar de hierro recuperado en la tumba 399 de la necrópolis de Can Bech de

Baix (Agullana, Gerona) (Graells, 2008, 179) y a los tres catalogados en las estructuras 20, 536 y 832 de la necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona) (Graells, 2008a, 178, fig. 111).

Este mismo panorama se mantiene en el área levantina, donde el vacío en contextos funerarios es todavía más evidente. Los asadores son objetos que rara vez se documentan en los yacimientos ibéricos. En la reducida nómina, destacan los ejemplares miniaturizados del Collado de los Jardines (Jaén), incluidos en el estudio de Almagro-Gorbea (1974, 375-376); el asador del departamento 1 del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia) (Bonet y Mata, 2002, 42, fig. 43), así como un fragmento recuperado en la calle central, frente a la puerta de acceso al departamento 3 (Bonet y Mata, 2002, 97, fig. 115); los dos asadores de hierro de los conjuntos 8 y 10 de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia) (Bonet, Soria y Vives-Ferrándiz, 2011, 152); los tres de El Oral (San Fulgencio, Alicante) (Abad y Sala, 1993, 111 y 229; 2001, 150); el del departamento 111 de Tossal de Sant Miquel (Liria, Valencia) (Bonet *et alii*, 1995, 483, fig. 126); o los procedentes del departamento 174 del *oppidum* de Libisosa (Lezuza, Albacete), fechados en el s. I a. C. (Uroz, 2012, 300, fig. 234.d).

5.4.4. Trébedes

La finalidad de este objeto en el hogar doméstico era elevar el recipiente utilizado para calentar la comida sobre las ascuas en un fuego abierto. En los banquetes aristocráticos también solían emplearse trébedes u otros utensilios para alzar el recipiente que contenía la bebida alcohólica.

Los trébedes o trípodes de metal citados en las fuentes clásicas eran considerados como elementos de indudable prestigio y valor. Su posesión suponía un claro signo de poder y de posición social. Los trípodes a los que aluden los textos fueron, en su mayoría, elaborados en bronce y presentan una complejidad estructural y decorativa de la que carecen las trébedes recuperadas en la necrópolis de El Castillo. No obstante, la presencia de estos objetos en el ámbito funerario son una demostración de la capacidad que tenía el difunto de celebrar banquetes, como parte de su condición aristocrática (Graells, Lorrio y Quesada, 2014, 226).

En El Castillo se ha documentado un ejemplar completo de trébede de hierro en la e.f. 13 y tres fragmentos que podrían corresponder a los pies de otra trébede en la e.f. 139. Las dos sepulturas se situaban en el sector norte de la necrópolis y correspondían a la *Fase III* de ocupación, fechada entre la 2ª ½ s. IV y el s. III a.C. Eran de grandes dimensiones, con anillos perimetrales de adobe y cámara funeraria formada por una cista también de adobe. Presentaban ajuares destacados. En la e.f. 139 los fragmentos de la trébede aparecían junto a un asador de hierro. La e.f. 13 contaba



Figura 88: Enterramiento 13. Ubicación de la trébede (13.16) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 89: Enterramiento 13. Trébede (13.16) (Foto Gabinete Trama S. L.).

con armas y con un elevado número de utensilios metálicos vinculados al banquete (Fig. 88).

En relación al número total de objetos metálicos relacionados con los rituales de sacrificio y banquete funerario, las trébedes suponen un 3,12% del total.

- La pieza recuperada en la e.f. 13 (**13.16**) se encontraba completa aunque muy alterada por el fuego, laminada, deformada y con numerosas grietas longitudinales y transversales (Fig. 89). Contaba con un soporte circular de 24 cm de diámetro y tres pies de sección cuadrada, que elevaban el soporte del suelo entre 13 y 15 cm (Fig. 90). El objeto se depositó en el interior de la cista de adobe, junto a otros elementos metálicos que atestiguan el consumo de carnes asadas y cocinadas en el banquete. Así se desprende de la presencia de una parrilla, un asador, un gancho de carne, un caldero y de la propia trébede. El ajuar recuperado también acredita el consumo de bebidas alcohólicas en estos rituales, como se deduce de la presencia de copas de cerámica, de dos cazos y del caldero de bronce que, durante la ceremonia, pudo haberse colocado sobre la trébede.

- Los tres fragmentos de hierro localizados en la e.f. 139 podrían formar parte de los pies de una trébede (**139.25**). Tienen sección rectangular, longitudes máximas conservadas de 16-18 cm, con fuertes alteraciones por efecto del fuego. Uno de los fragmentos presenta el extremo superior aplastado y ligeramente ensanchado, circunstancia que también se advierte en la trébede de la e.f. 13, en los puntos de unión de los pies con el soporte circular (Fig. 90).

En el valle medio del Ebro, las trébedes de hierro localizadas en la necrópolis de El Castillo constituyen un elemento novedoso. No así el empleo de soportes trípode de cerámica, que también ha sido documentado en contextos funerarios, como es el caso del trípode hallado en el enterramiento 17 de la necrópolis de El Castejón (Arguedas, Navarra) (Castiella y Bienes, 2002, 141, fig. 179) (Fig. 97).

En el ámbito celtibérico apenas se han encontrado trébedes de metal. La nómina se reduce al ejemplar de la necrópolis de Altillo de Cerropozo (Atienza, Guadalajara) (Lorrio, 1997, 230; Cabré, 1930, 7, Lám. I), al procedente de Aranda de Moncayo (Zaragoza) (Graells, Lorrio y Quesada, 2014, 226-227, fig. 207) y a la pieza dudosa de la tumba 80 de la necrópolis de Numancia (Garray, Soria) (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 290, fig. 74b). Los dos primeros se asocian a contextos situados entre un momento avanzado del s. IV a. C. y el s. III a. C., la pieza numantina que se fecharía entre finales del s. III a. C. y el s. II a. C.

En el territorio vettón es más frecuente la presencia de este tipo de objetos en el interior de las sepulturas, asociados a otros utensilios metálicos del banquete como parrillas, morillos o asadores. Circunstancia que ha sido documentada en las necrópolis abulenses de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) (túmulo C, zona 1, tumba 201/I-II; zona VI, tumbas 432 y 514) y de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) (tumbas 476 y 1442) (Álvarez-Sanchís, 2009, 205). Asimismo, en el ámbito vacceo, se han hallado este tipo de piezas miniaturizadas, como sucede en algunas sepulturas de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 244).

En territorio ibérico, por el contrario, su número es muy reducido. Uno de los escasos ejemplos lo constituye la trébede de hierro recuperada en el *oppidum* de Puig de St. Andreu (Ullastret, Girona) (Buxó *et alii*, 2010, 91, fig. 8). En el poblado de Mas Castelar (Pontós, Girona) también se menciona la anilla superior de hierro de una posible trébede, en la Zona 10, en las Casas 1-3 (Rovira, 2002, 350, fig. 11.18.3).

5.4.5. Tenazas

Las tenazas servían para manipular las ascuas en los hogares. En contextos funerarios suelen aparecer en tumbas asociadas a otros objetos que forman parte del instrumental relacionado con el fuego y el banquete, como es el caso de parrillas, morillos o asadores.

TRÉBEDES

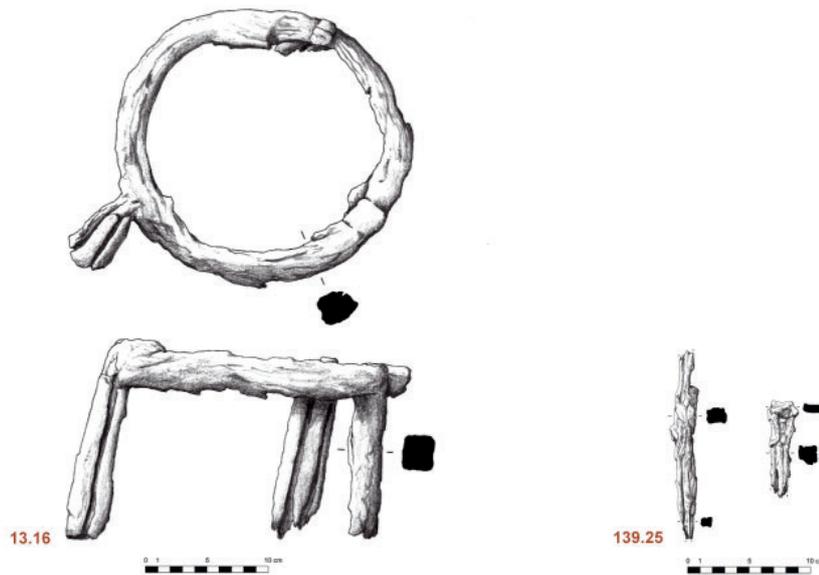


Figura 90: Trébedes documentadas en la necrópolis.

La presencia de tenazas en las necrópolis podría estar relacionada con el rito de encendido de la pira. Según la tradición clásica, para este acto ceremonial solían emplear brasas procedentes del hogar doméstico (Almagro-Gorbea, 2006-2008, 977).

En El Castillo se ha documentado un ejemplar de tenazas de hierro en la e.f. 23, una sepultura de enchachado tumuliforme de 2,60 m de diámetro, fechada en la *Fase III* de ocupación de la necrópolis, entre la 2ª ½ s. IV y el s. III a.C. Esta pieza formaba parte de un ajuar destacado, que contaba con armas y con una variada gama de utensilios de metal asociados al banquete (caldero, asadores, *simpulum* y cuchillo). El objeto fue depositado en un pequeño rebaje o *loculus* excavado en el terreno natural, junto al caldero, los asadores, una espada de antenas tipo Etxauri/Quesada II y un *soliferreum*.

El ejemplar de la e.f. 23 (23.29) se elaboró en una sola pieza de hierro. Está compuesto por un cabezal plegado de forma circular y dos varillas de sección rectangular aplanada, que se estrechan ligeramente en la parte inferior. Tiene una longitud de 39,2 cm, la anchura de las varillas oscila entre 1,1 y 1,4 cm, y su espesor es de entre 0,4 y 0,6 cm (Fig. 91).

En contextos funerarios, los referentes más cercanos a este tipo de objetos los encontramos en la necrópolis de *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza), donde se catalogaron cinco ejemplares (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009, 159-164, figs. 76, 77 y 78). Estas piezas, en el ámbito celtibérico, también están presentes en contextos domésticos, como sucede en Numancia (Garray, Soria), donde se recuperaron tenazas en áreas de habitación (Lorrio, 1997, 236, fig. 98).

TENAZAS

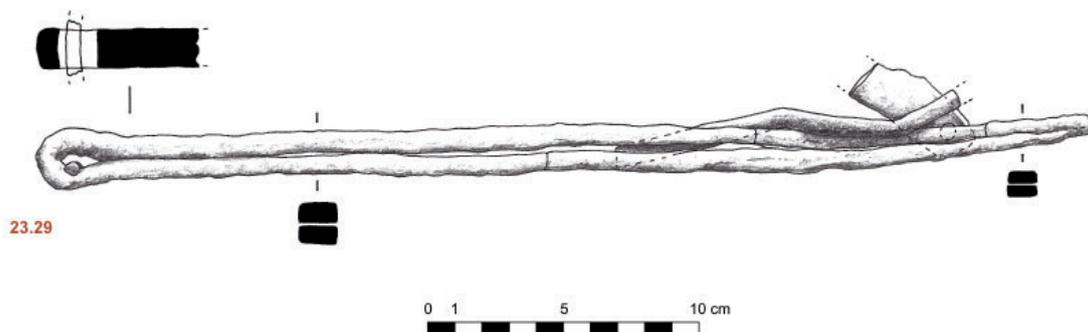


Figura 91: Tenazas de la e.f. 23.

En la Meseta Occidental, en la necrópolis vettona de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) se recuperaron varias tenazas. Una de ellas procede del ajuar de la tumba 201 de la Zona II, fechado en la 2ª ½ del s. IV a. C. (Cabré y Cabré, 1933, lám. VI; Baquedano, 1990, 280, fig. 2). Otra pieza de similares características procede de la tumba 514, de la Zona VI (Cabré *et alii*, 1950, lám. LXXX), para la que se ha propuesto una cronología situada en el s. III a.C. En los diarios de Cabré, de la campaña de 1932 se mencionan otras dos tenazas en la Zona I, en la Sepultura II del túmulo C y en la Sepultura II del túmulo Z (Baquedano y Escorza, 1996, 192, fig. 8 y 10; Baquedano, 2013).

En territorio vacceo, en el cementerio de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) también se catalogaron tenazas miniaturizadas. Acompañaban a otros utensilios relacionados con el fuego y el banquete. El mejor ejemplo lo constituye la tumba 54 (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 244). Otra tenaza miniaturizada, de características similares, procede de la tumba 12 (Sector N45) de la necrópolis de *Pallantia* (Palenzuela, Palencia) (Sanz Mínguez, 1997, 419).

6. EVIDENCIAS DE RITOS DE SACRIFICIO Y BANQUETE EN LAS NECRÓPOLIS DE INCINERACIÓN DEL VALLE MEDIO DEL EBRO

El valle medio del Ebro cuenta con un número considerable de cementerios de incineración de la Edad del Hierro en los que se han realizado intervenciones arqueológicas (Fig. 4). Pese a ello, hasta la excavación de la necrópolis de El Castillo, apenas se habían registrado evidencias relacionadas con ritos de sacrificio y banquete. No se había documentado ningún ajuar, cerámico o metálico, que mostrara la existencia de un

ritual funerario estable vinculado con el banquete y el consumo de bebidas alcohólicas (Burillo, 2010a, 580). La variedad y la cantidad de utensilios metálicos identificados en este yacimiento contrastan con el aparente vacío de datos de los referentes más cercanos.

Los materiales recuperados en El Castillo dan testimonio de la práctica de estos ceremoniales en el valle medio del Ebro. El carácter excepcional de esta necrópolis no justifica la parquedad de datos que aportan el resto de cementerios. Esta carencia podría responder a causas muy diversas:

- *Razones cronológicas.* La amortización de utensilios metálicos vinculados a ritos de sacrificio y banquete, como se ha podido registrar en El Castillo, evolucionó a lo largo de los siglos. El número de objetos depositados en las fases más antiguas, entre la segunda mitad del s. VI y mediados del s. IV a. C. es reducido si lo comparamos con la gran cantidad de piezas depositadas en la última etapa (2ª ½ s. IV – s. III a. C.). Por tanto, es entendible que, en las necrópolis con sepulturas fechadas en los s. VI – V a. C., no se hayan encontrado este tipo de objetos o que aparezcan de forma muy esporádica.
- *Razones de tipo social o étnico.* Podrían justificar el desequilibrio entre la información que proporciona la necrópolis de El Castillo, en relación a los ritos de sacrificio y banquete, y la que aportan el resto de cementerios excavados en el valle del Ebro. Sin embargo, esta vía de explicación la consideramos la menos probable. No hay ningún hallazgo arqueológico, ni ningún indicio en las escuetas fuentes escritas, iconográficas y epigráficas, que sugieran la existencia de un grupo tribal o de una etnia que, hacia mediados del I milenio



Figura 92: Situación del poblado del Alto de la Cruz y de la necrópolis de La Atalaya (Cortes, Navarra).



Figura 93: Proceso de consolidación y extracción de los ajuares metálicos de las e.f. 11 y 13 por parte del equipo de restauradoras (Fotos Gabinete Trama S. L.).

a. C., ejerciera una supremacía tan manifiesta en este sector del valle del Ebro y que la mantuviera durante tanto tiempo. El indudable carácter estratégico de este asentamiento y el control que pudo ejercer sobre una importante ruta comercial, como era el eje del Ebro, tampoco constituye un argumento suficiente, ya que siguiendo el cauce de este río podemos encontrar otros enclaves de parecidas características, un buen ejemplo es el yacimiento cercano y coetáneo del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra) (Fig. 92). La singularidad por causas de tipo social o étnico no parece, en consecuencia, la hipótesis más razonable, sobre todo si tenemos en cuenta que los rituales identificados en El Castillo también se han documentado en otros puntos de la Península y que, en mayor o menor medida, fueron practicados por un sector amplio de su población y a lo largo de un extenso periodo de tiempo.

• *Razones estructurales y metodológicas*: pese a lo que pueda transmitir la espectacularidad de las piezas recuperadas, son objetos extremadamente frágiles. A diferencia de las armas, donde el trabajo de forja había dotado a las piezas de una mayor solidez, la exposición al fuego alteró completamente la estructura interna de los utensilios metálicos del banquete. La suma de distintos procesos destructivos (oxidación, exfoliaciones, deformaciones, etc.), unida a los condicionantes ambientales, dio como resultado materiales inconsistentes y quebradizos que se desintegraban al menor contacto, transformándose en un conjunto informe de pequeños fragmentos de metal. Su identificación, registro y recuperación no hubiera sido posible sin la aplicación de una metodología de excavación minuciosa y sin el apoyo inestimable del equipo de restauración, que hizo posible la consolidación *in situ* de las piezas y su posterior extracción, restauración y conservación (Fig. 93).

La excavación de depósitos arqueológicos modificados por alteraciones postdeposicionales (labores agrícolas, erosión, clandestinos, etc.) y la aplicación de

metodologías más agresivas, sobre todo en las múltiples intervenciones realizadas en la primera mitad del s. XX, también podrían explicar la ausencia o la no identificación de este tipo de objetos en otras necrópolis del valle medio del Ebro. En este sentido, puede resultar especialmente significativa la revisión de los inventarios de materiales de estos yacimientos. Con relativa frecuencia se observa que uno de los grupos más numerosos es el formado por los fragmentos de bronce o de hierro «indeterminados» o «informes». Asimismo, también es habitual el recurso a expresiones socorridas para describir piezas de difícil interpretación: «fragmento de varilla de hierro aguzada», «posible asa de recipiente de bronce», «vástago de metal apuntado», «fragmento de bronce de un objeto indeterminado», etc.

El panorama en el valle medio del Ebro difiere en gran medida del que existe en otras áreas del interior peninsular, como son los casos del territorio vacceo o del territorio vettón. Sin embargo, sí se han hallado algunos objetos que pueden relacionarse con estas prácticas y que, al margen de El Castillo, constituyen los escasos indicios documentados sobre la posible celebración de estos rituales.

Los referentes más cercanos los encontramos en necrópolis ubicadas en el actual territorio de la Comunidad Foral de Navarra. En La Atalaya (Cortes, Navarra) se recuperaron cuchillos de hierro, algunos de ellos de grandes dimensiones, que podrían estar vinculados a ritos de sacrificio (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 404; Castiella, 2005, 195-197). En la sepultura 16 de La Atalaya Alta depositaron dos cuchillos afalcatados, junto a una urna de tipo IV y a una punta de lanza (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 425, fig. 16; Castiella, 2005, 120, fig. 5) (Fig. 94). Este enterramiento guarda un cierto paralelismo con la e.f. 168 de El Castillo, donde también se localizaron dos cuchillos de filo curvo y el mismo tipo de recipiente utilizado como contenedor cinerario. En esta misma necrópolis también se han catalogado varias piezas que, en un primer momento fueron descritas como regatones. Una revisión posterior descartó su uso como

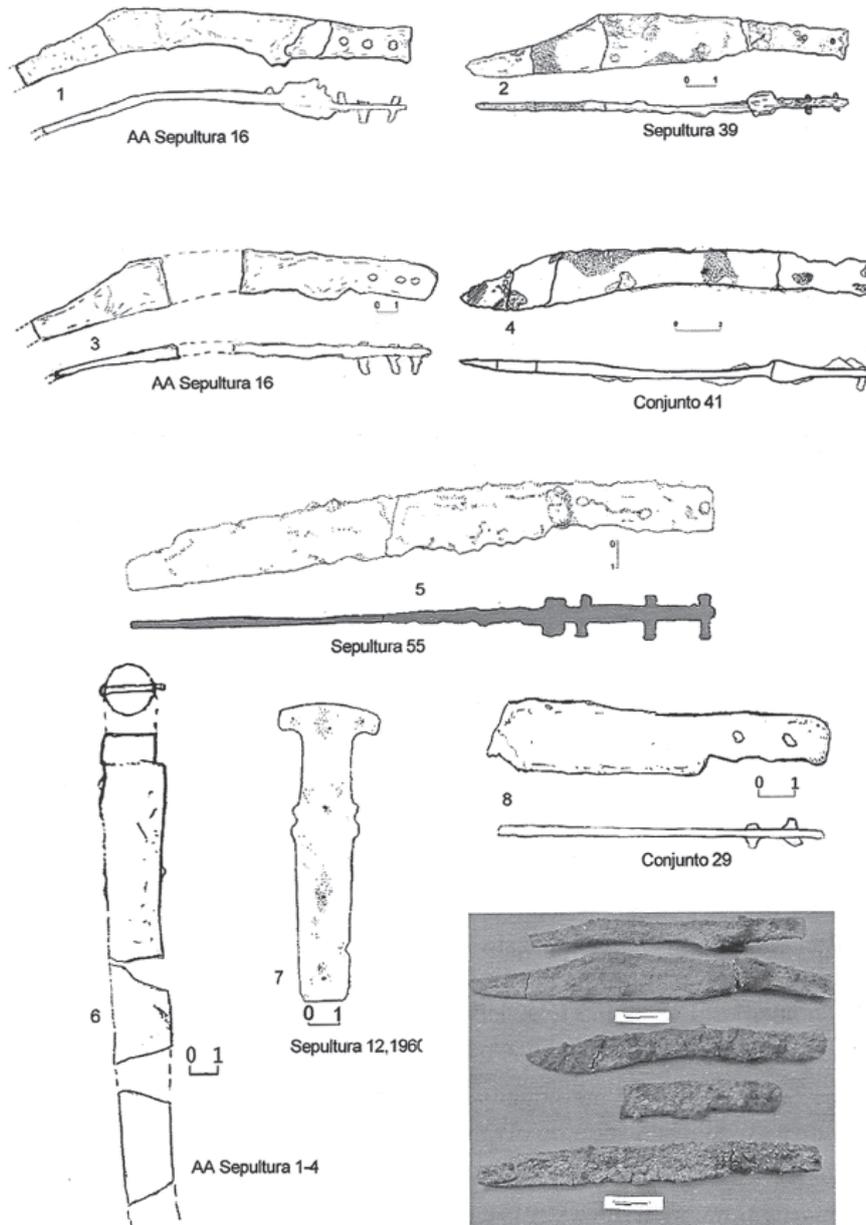


Figura 94: Cuchillos de hierro procedentes de la necrópolis de La Atalaya (Cortes, Navarra) (Castiella, 2005, fig. 110).

regatones y las clasificó como posibles jabalinas o estiletes (Castiella, 2005, 198, fig. 112) (Fig. 95). Al revisar estos objetos se observa que, en su mayoría, se trata de útiles de entre 12-15 cm de longitud, que presentan el extremo distal apuntado y sección hueca. Esta sección no resulta apropiada para exposición directa al fuego, ya que el calor provocaría con mayor facilidad alteraciones y deformaciones en la pieza. Por el contrario, sí es adecuada para su enmague en un astil de madera, por lo que consideramos más acertada su clasificación como arma arrojada. Objetos de similares características, clasificados como picas, se han identificado en la necrópolis de Numancia (Garray, Soria) (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 256, figs. 47 y 179) (Fig. 96). Mayor interés suscitan los fragmentos descritos como varillas indeterminadas de hierro en la

sepultura 28 de La Atalaya Baja (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 430, fig. 22), el posible *pillum* de sección cuadrada hallado en la tumba 16 de La Atalaya Alta (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956, 425, fig. 16), la posible aguja de la sepultura 5 (Castiella, 2005, 144, fig. 43) y los vástagos de sección maciza de la sepultura 10 de la campaña de 1960 (Castiella, 2005, 145, fig. 45). El deficiente estado de conservación no permite establecer precisiones, en algún caso podría tratarse de fragmentos de *pillum* o incluso, como sucede con la sepultura 10 de la campaña de 1960, de un *soliferreum*. No obstante, tampoco se debe descartar su vinculación a instrumental relacionado con el fuego y el banquete, formando parte de asadores de hierro, como los identificados en las e.f. 23 y 139 de El Castillo.

La necrópolis de El Castejón (Arguedas, Navarra) no ha proporcionado ningún objeto metálico que pueda relacionarse con ritos de sacrificio y banquete. La totalidad de piezas de hierro y bronce corresponde a elementos de adorno y vestido. Sin embargo, sí se documentó un pequeño trípode de cerámica en la tumba 17, que pudo ser utilizado como soporte de otras vasijas (Castiella y Bienes, 2002, 67 y 141, figs. 103 y 179) y cuya morfología recuerda a la trébede de hierro localizada en la e.f. 13 de El Castillo (Fig. 97).

El cementerio de La Torraza (Valtierra, Navarra), pese al reducido número de tumbas excavadas, cuenta con un objeto de especial interés, la mencionada figura de bronce que representa a un ciervo y que podría haber formado parte de un soporte calado-*thymaterion*.

En la necrópolis de Cabezo de Ballesteros (Épila, Zaragoza) se menciona la presencia de cuchillos de hierro. Dos de los ejemplares tienen silueta afalcatada y su longitud supera los 20 cm (Pérez Casas, 1985, 425; 1990, 117, fig. 8). También se cita la existencia de un cuchillo con espiga perforada en la necrópolis de Corral de Mola (Uncastillo, Zaragoza) (Royo, 1990, 132, fig. 5).

Los objetos descritos, pese a que puede considerarse como indicios de la práctica de este tipo de rituales, constituyen testimonios aislados. En el valle medio del Ebro no se han localizado, hasta la fecha, enterramientos con ajuares que puedan compararse a las sepulturas de El Castillo. Para encontrar referentes a tumbas de estas características debemos acudir a contextos

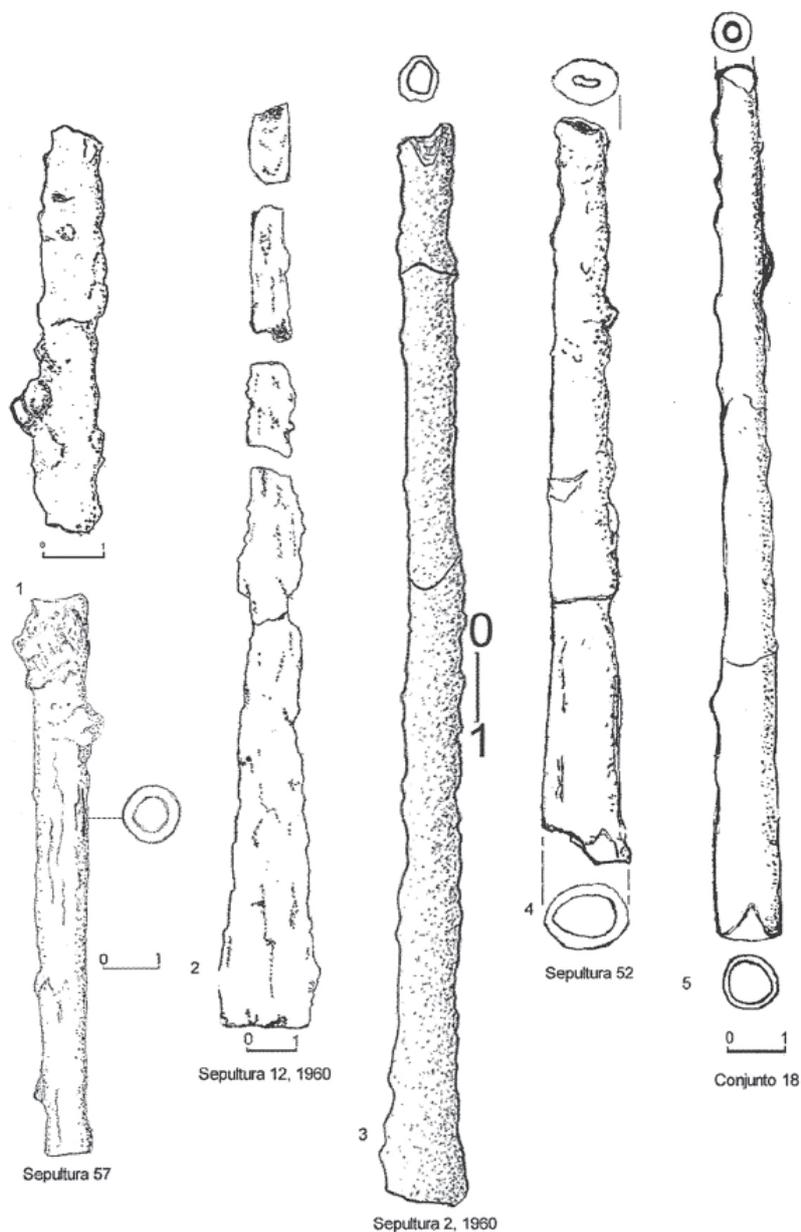


Figura 95: Objetos clasificados como jabalinas o estiletes en la necrópolis de La Atalaya (Cortes, Navarra) (Castiella, 2005, fig. 112).

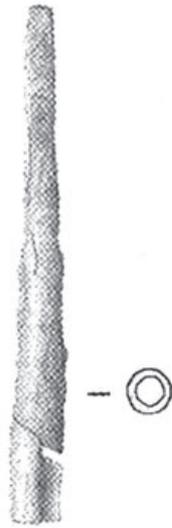


Figura 96: Objeto clasificado como pica en la necrópolis de Numancia (Garray, Soria) (Jimeno *et alii*, 2004, fig. 47).

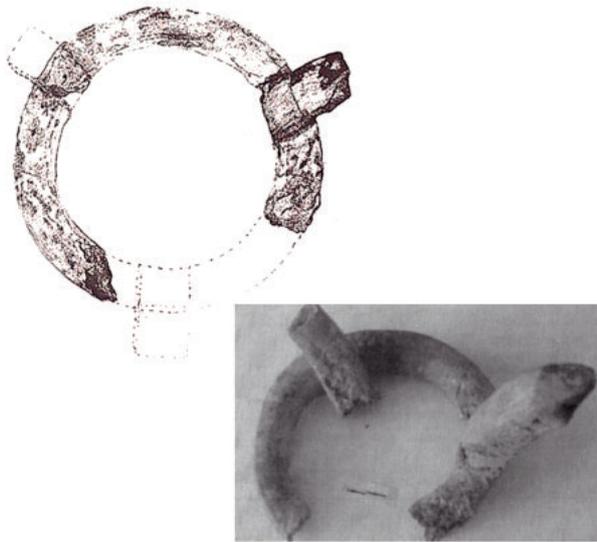


Figura 97: Trípede de cerámica de la tumba 17 de El Castejón (Arguedas, Navarra) (Castiella y Bienes, 2002, figs. 103 y 179).

geográficos más alejados. Uno de los ejemplos más próximos lo hallamos en el bajo Aragón, la tumba de Les Ferreres (Calaceite, Teruel), fechada en un momento central del s. VI a. C. En su interior se recuperó un ajuar muy destacado con diversas armas ofensivas y defensivas, así como varios utensilios relacionados con el banquete funerario: un soporte-*thymaterion*, un *simpulum* y una patera etrusca de la variante antigua del tipo Cook (Graells, 2008a, 153, fig. 174).

Las necrópolis celtibéricas de la Meseta oriental también aportan una información muy limitada, la nómina de objetos es igualmente exigua: una trébede en Altillo de Cerropozo (Atienza, Guadalajara) (Cabré, 1930, 7); un morillo de hierro de El Atance (Guadalajara) (Lucas *et alii*, 2004, 73); un asador en la necrópolis de El Altillo (Aguilar de Anguita,

Guadalajara), otro en El Tesoro (Carabias, Guadalajara), dos en Cerrada de los Santos (Aragoncillo, Guadalajara) (Lucas *et alii*, 2004, 58, fig. 2), uno Molina de Aragón (Chera, Guadalajara) (Lucas *et alii*, 2004, 63), uno o dos en Altillo de Cerropozo (Atienza, Guadalajara) (Lorrio, 1997, 230) y dos en La Mercadera (Soria) (Taracena, 1932, lám. VI); una parrilla en Monteagudo de las Vicarías (Soria) (Arlegui, 1990, 58) y otra en El Alto de la Cruz (Revilla de Catalañazor, Soria) (Lorrio, 1997, 230); en Numancia (Garray, Soria) fragmentos de una dudosa trébede y de un gancho (Jimeno Martínez *et alii*, 2004, 292). Al margen de estos objetos, la información más extensa y detallada procede de las necrópolis de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria) y de *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza). En Carratiermes se localizaron utensilios metálicos asociados al banquete en siete tumbas (sepulturas 174, 240, 258, 321, 327, 582, 609). Correspondían a un fragmento de un colador, un cazo y restos de calderos de bronce (Argente, Díaz y Bescós, 2001, 131). Por su parte, de *Arcobriga* procede el conjunto más numeroso de cuchillos, con treinta ejemplares (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009, 345, fig. 74). Algunos presentan cachas decoradas y, en opinión de A. Lorrio y M^a D. Sánchez de Prado, se relacionan con los banquetes funerarios, pudiendo considerarse las piezas de mayor tamaño como instrumentos sacrificiales (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009, 348, fig. 165). Asimismo, también se catalogaron utensilios vinculados al fuego, en concreto cinco tenazas (Lorrio y Sánchez de Prado 2009, 159-160, figs. 76, 77, 78). Destacan dos ejemplares de grandes dimensiones y parecidas características al recuperado en la e.f. 23 de El Castillo.

Este aparente vacío contrasta con los testimonios aportados por los cementerios de otros territorios del interior peninsular. Es el caso de las necrópolis vetonas del El Raso (Candeleda, Ávila), Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) o El Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres) (Álvarez-Sanchís, 2009, 198-201); y de las necrópolis del territorio vacceo, en especial *Pallantia* (Palenzuela, Palencia) (Castro, 1971), Erijuelas de San Andrés (Molinero, 1971) y Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 243-247). Lo mismo sucede con las necrópolis del nordeste peninsular, en el área catalana son objetos que se documentan con relativa frecuencia en contextos del s. VI a. C., en necrópolis como Milmanda (Vimbodí, Tarragona), Coll del Moro (Gandesa, Tarragona); Mas de Mussols (La Palma-Tortosa, Tarragona), Coll de Moro de la Serra d'Àlmos (Tivissa, Tarragona) La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, Lérida), Can Bech de Baix (Agullana, Gerona), Muralla noreste de Ampurias (L'Escala, Gerona), Anglés (Gerona), Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona), Granja de Soley (Santa Perpètua de Mogoda, Barcelona), o El Coll (Llinars del Vallès, Barcelona) (Graells, 2006, 196, fig. 1 y 2).

7. EL RITUAL FUNERARIO Y LAS CEREMONIAS DE SACRIFICIO Y BANQUETE

El banquete es una práctica documentada desde la Prehistoria y, probablemente, universal (Brun, 2009, 69). Constituye un momento importante en la vida de una comunidad y se rige por rituales codificados. Cada ingrediente, pieza de vajilla, hasta el más modesto utensilio de cocina, se escoge cuidadosamente (Poux, 2009, 94). La existencia de liturgias o ceremonias complejas, su carácter reiterativo y estandarizado y la trascendencia del componente simbólico, son parámetros que posibilitan la identificación de estos rituales de comensalidad en el registro arqueológico (Sardà, 2010, 43).

En el interior peninsular, entre los s. VI y IV a. C., el influjo griego y etrusco contribuyó a enriquecer los ritos preexistentes hasta dotar al banquete funerario de una liturgia compleja, resultado del sincretismo entre los hábitos de los festines y banquetes precedentes de influencia céltica e ibérica y las nuevas costumbres llegadas del Mediterráneo. En territorios próximos al curso inferior del Ebro y en el bajo Aragón, estas transformaciones se iniciaron con anterioridad, en los s. VII-VI a. C., y actuaron como un factor activo en los procesos de cambio social (Sardà, Fatás y Graells, 2010, 53). Como señalan estos mismos investigadores, en este período se produjo un afianzamiento de las estructuras de poder expresado a partir de la posesión y la exhibición de materiales singulares, a modo de bienes de prestigio (Graells, Fatás y Sardà, 2010, 358).

Todas estas circunstancias justifican, en parte, la ausencia de un panorama homogéneo y la existencia de diferencias significativas, entre comunidades relativamente próximas. Diferencias que pudieron responder al modo en que cada comunidad interpretó las novedades, a las posibilidades que en cada caso tuvieron para acceder a los nuevos objetos y productos, y a las fórmulas que adoptaron para integrarlos en sus rituales.

En el ámbito del valle medio del Ebro, la necrópolis de El Castillo debemos considerarla como un caso inusual y extraordinario, por la cantidad de vajilla y de utensilios metálicos identificados, por su variedad, por la singularidad de algunas de las piezas catalogadas, por hallarse asociados a servicios cerámicos específicos y estandarizados y por la presencia de ofrendas cárnicas y de otros alimentos. El banquete funerario explica, en gran medida, la elevada densidad de objetos depositados en el interior de las tumbas. El ritual demandaba el uso de utensilios relacionados con libaciones, con el sacrificio de animales, con la preparación y el consumo de alimentos y de bebidas, etc. Algunos de estos objetos fueron simbólicamente depositados en la pira y, posteriormente, colocados en el interior de las sepulturas.

La heterogeneidad en los depósitos funerarios se advierte tanto entre necrópolis de grupos o culturas afines como entre necrópolis pertenecientes a un

mismo territorio. Incluso, como sucede en El Castillo, dentro del mismo espacio funerario se advierten diferencias notables en función a las distintas etapas de utilización. Cabe recordar que, en el interior del valle del Ebro, el surgimiento de las primeras ciudades durante la segunda Edad del Hierro (finales s. V – s. III a. C) fue el desencadenante de profundos cambios que también tuvieron su reflejo en los banquetes y en los rituales funerarios. Alrededor de estos núcleos se articuló una sociedad jerarquizada al frente de la cual se situó una oligarquía guerrera que asumió el control de las fuerzas productivas de los poblados y la comercialización de los excedentes alimentarios con otras áreas de la Península, particularmente con el territorio ibérico (Armendáriz, 2008, 323). El consumo de carne y bebidas alcohólicas sirvieron para exaltar esa posición dominante en la sociedad (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 236). Sin embargo, el horizonte diverso y dispar que ofrecen las necrópolis no puede atribuirse de forma exclusiva a la irrupción de élites guerreras. En él influyeron, a lo largo de los siglos, otros factores que justifican la ausencia o la presencia, en períodos concretos, de determinados objetos relacionados con el banquete en el interior de las sepulturas. En este sentido, autores como P. Brun señalan que el aparente despilfarro de riqueza en una tumba constituiría, en suma, una inversión en términos de comunicación; una inversión tanto o más elevada cuanto la situación de la familia dirigente fuera más frágil. Esta propuesta explicaría la irregularidad y variedad en los depósitos funerarios ostentosos, así como la razón de que su número sea más elevado durante los momentos de trastornos políticos y a lo largo de las vías de comunicación por las que circulaban más deprisa y más intensamente los bienes, las personas y las ideas (Brun, 2009, 79).

La necrópolis de El Castillo presenta una ocupación progresiva del espacio de sur a norte, con las sepulturas pertenecientes a las etapas iniciales de uso del cementerio ubicadas en el extremo meridional. En función de las características de los enterramientos, la naturaleza de sus ajuares y su cronología se han establecido tres sectores, que se corresponden con tres fases de ocupación de la necrópolis (Fig. 11). Al comparar estos sectores se observan diferencias sustanciales en los objetos metálicos relacionados con los ritos de sacrificio y banquete, y también en la vajilla cerámica que los acompaña.

La información derivada del registro arqueológico no permite establecer el momento preciso, dentro del ritual funerario, en el que tuvo lugar el banquete. En el mundo griego la práctica habitual consistía en su celebración después de la *ékphora*. La ceremonia se realizaba en la casa de los personajes más próximos al difunto, normalmente la familia, o en el lugar donde había quedado expuesto el cuerpo. Asistían, habitualmente, las personas más cercanas al fallecido. Durante el banquete se entonaban cánticos a modo de plegarias y se recitaban elogios al difunto (Graells, 2008a, 164).

La comunidad enterrada en la necrópolis de El Castillo pudo haber celebrado el banquete de forma previa a la cremación, depositando en la pira los utensilios de metal y la vajilla empleados o, al menos, una parte de estos objetos (Chapa, 1998,117). No obstante, no se deben descartar otras opciones, el banquete también podría haber tenido lugar al final, tras concluir la construcción de la sepultura, congregando a los asistentes al funeral (Kurtz y Boardman, 1971, 146; Almagro-Gorbea, 2006-2008, 977).

7.1. FASE I. SECTOR SUR (2ª ½ s. VI– PRINCIPIOS s. V A. C.)

Corresponden a este sector 35 enterramientos¹² (Fig. 98), de los que cinco presentaban alteraciones

significativas en su disposición original. En dos casos (e.f. 125 y 127) afectaban principalmente a la construcción tumular, en los otros tres (e. f. 102, 106, 118) afectaban tanto al túmulo como a los ajuares.

El número de objetos de metal que puede asociarse a rituales de sacrificio y banquete es reducido, sin duda lo más destacado es la presencia de dos braseros de bronce, de un recipiente de asas móviles y de cuchillos de hierro. No se documentan asadores, cazos, calderos, trébedes, parrillas u otros objetos (Fig. 99).

El conjunto más completo es el que se documenta en la e.f. 45, en la que se recuperó un brasero de tipo ibérico utilizado como contenedor cinerario, un recipiente de asas móviles y un cuchillo (Fig. 12). Formando parte del servicio cerámico se catalogó una escudilla troncocónica, un cuenco y un vasito de ofrendas. Pese a la provisionalidad de los datos, la presencia

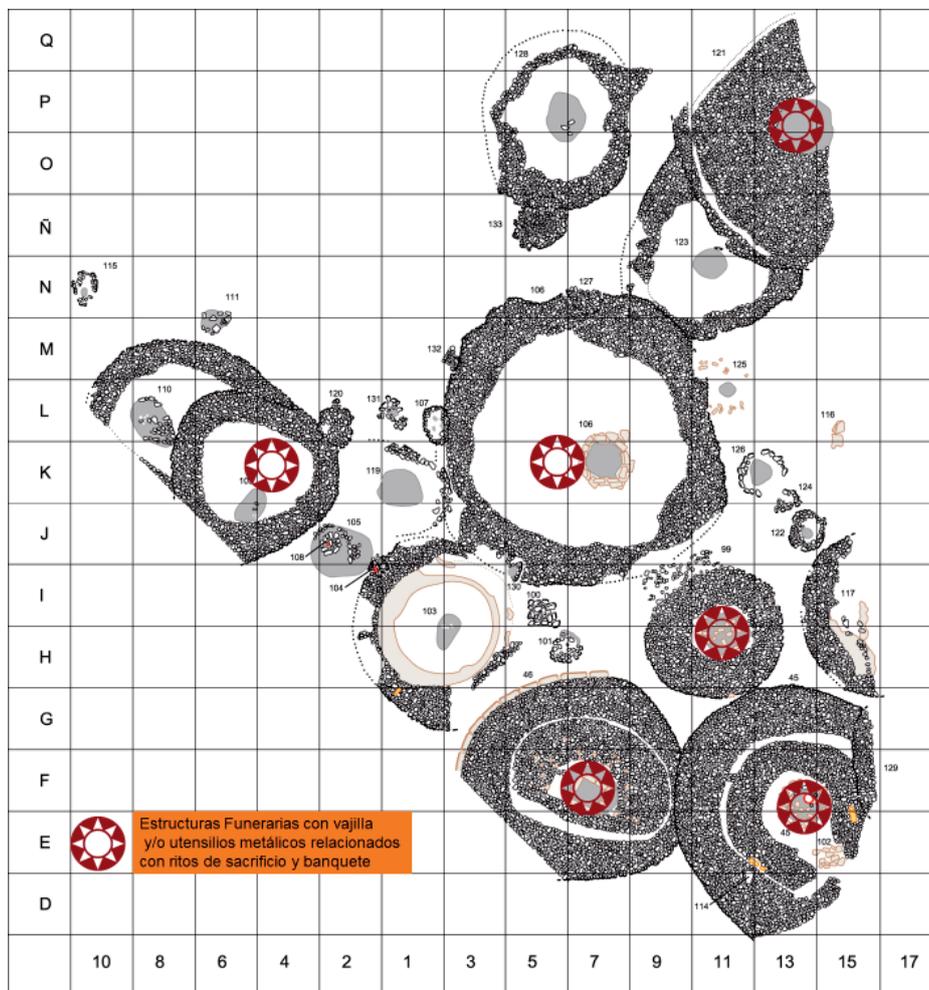


Figura 98: Distribución durante la Fase I (2ª 1/2 s. VI – principios s. V a. C.) de la vajilla metálica y de los utensilios relacionados con ritos de sacrificio y banquete.

12. Estructuras funerarias 45, 46, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 114, 115, 116, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133.

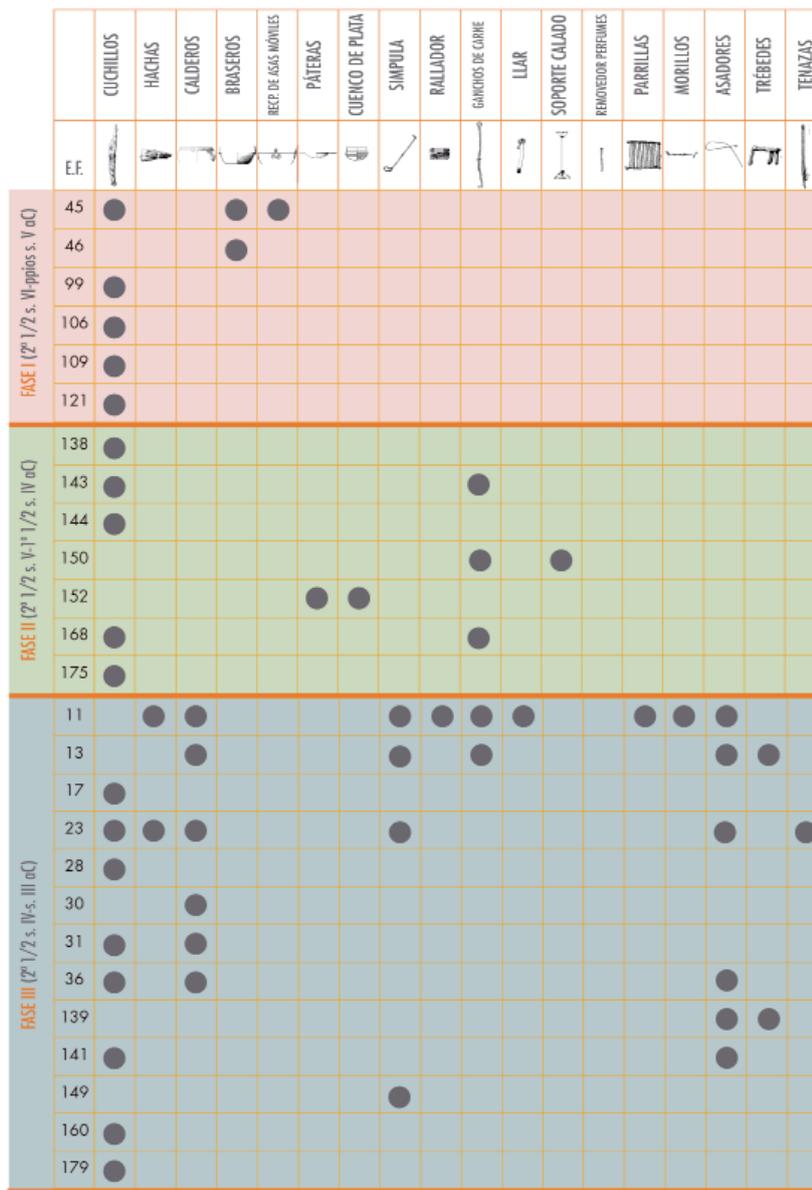


Figura 99: Correlación entre las estructuras funerarias y la vajilla y los utensilios metálicos relacionados con ritos de sacrificio y banquete identificados en la necrópolis de El Castillo.

de restos de fauna quemados en el interior de esta tumba refuerza la posibilidad de que en momentos avanzados del s. VI a. C., en los funerales de los personajes pertenecientes a la élite social de esta comunidad, ya se efectuaran prácticas de sacrificio y de consumo ritualizado o banquete funerario.

El segundo de los braseros procede de la e.f. 46 (Fig. 47), que además contaba con tres vasitos de ofrendas. Por último, se han encontrado cuchillos de hierro en otras cuatro sepulturas (e.f. 99, 106, 109 y 121).

El número de vasos de acompañamiento es reducido en comparación con etapas posteriores (Fig. 100), la media se sitúa en uno o dos recipientes por sepultura. No obstante, en diez enterramientos (e.f. 103,

106, 107, 111, 121, 124, 125, 128, 133 y 134) se recuperaron tres o más vasijas. El servicio más numeroso corresponde a la e.f. 103, con dos copas, una tinaja bicónica, una tapadera y tres vasitos de ofrendas. Los recipientes más repetidos son los vasos de pequeño tamaño de cuello cilíndrico, borde ligeramente exvasado, cuerpo globular facetado, fondo convexo y superficie bruñida o grafitada (Fig. 101). Se registran en veintisiete de las 35 tumbas excavadas (77,14%), siendo frecuente que aparezca en la misma sepultura más de un ejemplar. Estos objetos, tradicionalmente denominados vasitos de ofrendas, abundan tanto en los poblados como en las necrópolis del valle medio del Ebro. Algunos autores han apuntado la posibilidad de que, en los cementerios de la Primera Edad

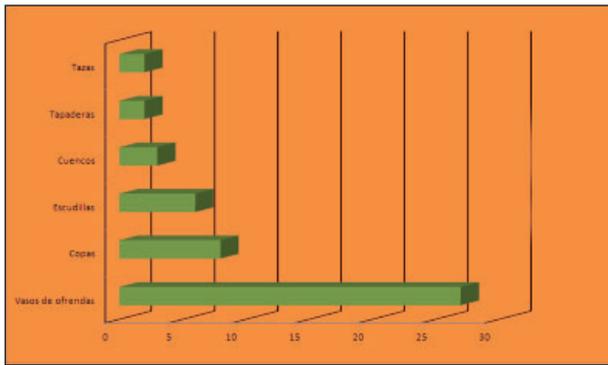


Figura 100: Distribución de los servicios cerámicos identificados en las 35 sepulturas de la Fase I (2ª 1/2 s. VI – principios s. V a. C.).



Figura 101: Vasitos de ofrendas (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 68).



Figura 102: Copa de perfil troncocónico de la e.f. 121 (121.2) (Foto Gabinete Trama S. L.).

del Hierro, determinados modelos de vasitos de pequeño tamaño y fina factura pudieran haber estado destinados a la bebida (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 231). Sin descartar esta posibilidad, en El Castillo esta función también la podrían haber desempeñado las copas. Se han recuperado ocho ejemplares, dos en las e.f. 99, 103 y 121, y una en las e.f. 106 y 117. En todos los casos se trata de recipientes de entre 12 y 15 cm de diámetro, con pie anular de 1,5 cm de altura, cuerpo con perfil troncocónico y superficie pulida (Fig. 102).

Al margen de las vasijas descritas, también se han documentado cuencos hemisféricos (e.f. 104, 108 y 110), tazas (e.f. 108 y 111), tapaderas (e.f. 103 y 111)

y escudillas de perfil troncocónico (e.f. 45, 107, 111, 119, 128, 133).

Los materiales clasificados en este sector de la necrópolis constituyen los primeros indicios fiables sobre la existencia de ritos de sacrificio y banquete en el valle medio del Ebro durante la segunda mitad del s. VI a. C. También ponen de manifiesto la existencia de vínculos con el ámbito mediterráneo y la adquisición de productos importados, como es el caso de los escarabeos hallados en las e.f. 106 y 119 (Fig. 16) y de los propios braseros de bronce de las e.f. 45 y 46. Asimismo, las tumbas excavadas reflejan el alto grado de desarrollo económico y de cohesión social que la comunidad ya había alcanzado en esta etapa. Prueba de ello es el acceso a los objetos anteriormente mencionados y la propia monumentalidad de las construcciones funerarias, que requerían de capacidad organizativa, de la participación de un número considerable de personas y de una notable inversión de tiempo y de recursos. El bajo porcentaje de objetos metálicos relacionados con el banquete no debe, por tanto, atribuirse exclusivamente a causas de tipo social o económico, sino que también podría tratarse de un exponente del propio ritual funerario.

7. 2. FASE II. SECTOR CENTRO (2ª 1/2 s. V A. C. – 1ª 1/2 s. IV A. C.)

Corresponden a este sector 23 enterramientos¹³ (Fig. 103), de los que únicamente uno (e.f. 145) presentaba alteraciones significativas en su disposición original, que afectaban fundamentalmente al enchado tumuliforme.

En esta etapa se produce un incremento moderado de los objetos de metal relacionados con ritos de sacrificio y banquete. Se documentan tanto accesorios relacionados con la ingesta de carne, como piezas de vajilla metálica de lujo, relacionadas ritos de purificación, libación y consumo de bebidas alcohólicas (Fig. 99). Los vasos de acompañamiento, a diferencia de la fase precedente, aumentan de forma muy significativa configurando, en un elevado porcentaje de las sepulturas excavadas, servicios estándar de carácter personal que incluyen copas, escudillas, tapaderas y vasitos de ofrendas.

Otro aspecto ya mencionado, y que deberá ser objeto de estudio en futuras investigaciones, es el hecho de haber depositado en las piras restos de fauna y de cereal, lo que confirma la existencia de ofrendas realizadas al difunto. En la Fase II, por el momento, se han identificado restos de fauna en la e.f. 152 y cereal en las e. f. 150, 152, 153 y 155.

13. Estructuras funerarias 138, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 158, 168, 169, 170, 172, 174, 175, 187.

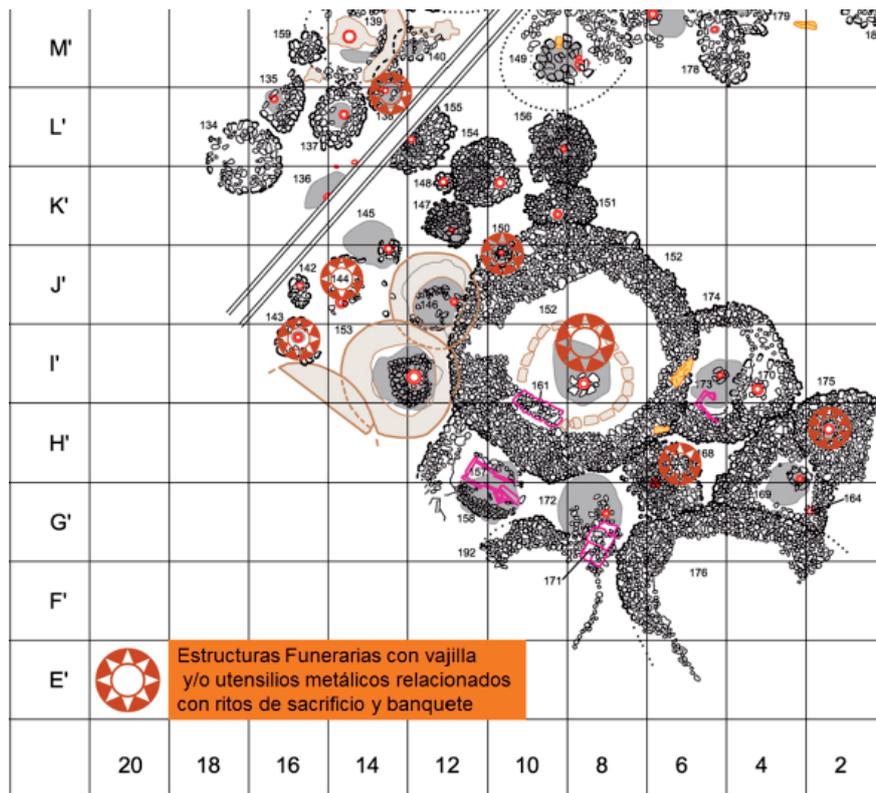


Figura 103: Distribución durante la Fase II (2ª 1/2 s. V – 1ª 1/2 s. IV a. C.) de la vajilla metálica y de los utensilios relacionados con ritos de sacrificio y banquete.

En los enterramientos pertenecientes a esta etapa se significa la e.f. 143. En su interior se recuperó un garfio de hierro de un gancho de carne (Fig. 65), un cuchillo y, acompañando a la urna, un servicio compuesto por una copa hemisférica, dos escudillas, una tapadera, un vasito y un recipiente de mayor tamaño de fondo plano y superficie ligeramente peinada.

En la e.f. 150 se recogieron varios fragmentos de bronce de un soporte calado-*thymaterion* (Fig. 71). No apareció asociado a ningún otro recipiente metálico, aunque en esta tumba sí se documentaron otro objeto relacionado con el banquete, un gancho de carne de hierro (Fig. 66), y semillas de cereal carbonizado. La tumba también contaba, al margen de la vasija bicónica utilizada como urna, con un servicio cerámico muy numeroso compuesto por una copa caliciforme con decoración peinada, una tapadera, una copa hemisférica, un vasito, un plato con borde vuelto y pie destacado y una tinaja ovoide con la superficie ligeramente peinada.

La e.f. 152 es la de estructura más compleja y la de mayores dimensiones de todas las excavadas en esta fase. También es la que presenta un mayor número de evidencias relacionadas con rituales de sacrificio y banquete. En el interior de la urna se recuperaron restos de una pátera de bronce (Fig. 52) y un cuenco de plata con decoración figurada (Fig. 54), que presenta un programa iconográfico con connotaciones de marcado carácter funerario. El servicio cerámico de

producción local, al margen del recipiente de perfil en «S» utilizado como urna, estaba compuesto por una tinaja bicónica, dos escudillas, una copa caliciforme, dos tapaderas, un vaso ovoide y dos vasitos de ofrendas. En esta sepultura también se han encontrado restos de fauna quemada y de semillas, como parte de las ofrendas realizadas al difunto. Mención aparte merece la noticia, pendiente de una confirmación definitiva, de la identificación de frutos carbonizados de *vitis vinifera* entre los restos de vegetales recuperados en el depósito de cenizas. Esta información podría acreditar la presencia del vino en los rituales funerarios de personajes del más elevado rango social, en una fecha relativamente temprana para el valle medio del Ebro. Asimismo, relacionaría el cuenco de plata con el consumo de este producto.

La e.f. 168 contaba con un fragmento de un vástago en torsión de hierro, clasificado como gancho de carne (Fig. 67). A este utensilio se sumaban dos cuchillos de hierro y un servicio formado por copa caliciforme, escudilla, dos tapaderas, vasito de ofrendas y vaso ovoide. En este ajuar también se catalogó el tachón de hierro de un umbo de escudo.

Por último, en la e.f. 175, asociado a un cuchillo de hierro se documentó un pequeño instrumento de bronce que se ha interpretado como posible removedor de aceites y ungüentos (Fig. 72). Asimismo, también se han catalogado cuchillos en las e.f. 138 y 144.

Además de los objetos analizados, también se deben mencionar un vaso ibérico de orejetas en la e.f. 151 y dos copas de perfil troncocónico carenado decoradas con apliques que podrían corresponder a motivos astrales de cuartos lunares o a cuernos de bóvido en la e.f. 156.

La variedad y cantidad de vasos de acompañamiento de producción local es un rasgo característico de los ajuares de este período y novedoso, respecto a la *Fase I*. La media se aproxima a los cinco recipientes por sepultura. Aparte de la urna de cerámica, catorce de las 23 tumbas analizadas (60,86%) presentaban cuatro o más vasijas; y diez de ellas (43,47%) tenían cinco o más recipientes, e.f. 143, 145, 150, 151, 152, 154, 156, 158, 168, 175. Los enterramientos con servicios más completos correspondían a las e.f. 151, 152 y 154 con diez recipientes. En el caso de la e.f. 152, como ya se ha mencionado, dos eran metálicos.

Los vasos de pequeño y las escudillas son los recipientes mejor representados, se registran en dieciocho sepulturas (78,26%). Las tapaderas se documentan en dieciséis (69,56%) y copas en catorce (60,68%). Estos datos confirman la existencia en este período de servicios estandarizados (Fig. 104). Diez sepulturas (43,47%) contaban en sus ajuares con los cuatro recipientes descritos (copa, tapadera, escudilla, vasito) y en diecisiete (73,91%) figuraban, al menos, tres de los cuatro objetos.

Al margen de las vasijas descritas, es habitual que formen parte del servicio algunos vasos de tamaño medio, con fondo plano, cuerpo globular o con perfil en «S» y superficies ligeramente decoradas a peine (e.f. 138, 142, 143, 150, 154, 179, etc.). Menos frecuente, pero sin duda más significativa, resulta la presencia de cerámica a torno. Además de la urna de orejetas hallada en la e.f. 151, se ha catalogado un vaso carenado de la forma 2 de Castiella (Castiella, 1977, 237) en la e.f. 154 y un fragmento de borde del mismo tipo de recipiente en la e.f. 148.

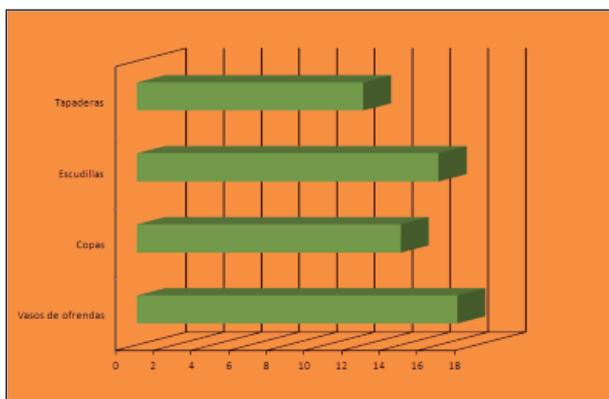


Figura 104: Distribución de los servicios cerámicos identificados en las 23 sepulturas de la *Fase II* (2ª 1/2 s. V – 1ª 1/2 s. IV a. C.).

Por último, también es especialmente relevante el registro de dos platos en las e.f. 150 y 158. Atendiendo a su morfología, se asemejan a ejemplares de procedencia griega clasificados como platos de pescado de procedencia ática, introducidos a finales del s. V y ampliamente difundidos durante el s. IV a. C. Estas piezas están presentes en algunas necrópolis del levante y del sur peninsular. Un buen ejemplo lo constituyen las tumbas 35-36 y 277 de El Cigarralejo (Mula, Murcia), con platos de cerámica ática de la forma 23-A Lamboglia, fechados en el primer cuarto del s. IV a. C. (Cuadrado, 1987, 142 y 482, figs. 44.14 y 205.92). Podrían tratarse, por tanto, de imitaciones locales de modelos importados. Una actividad que ha sido documentada en repetidas ocasiones en poblados ibéricos como La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia), Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), etc.

En referencia al consumo individual de bebidas alcohólicas, destaca la cifra elevada de copas, con veinticuatro ejemplares. Con respecto a la *Fase I*, su número aumenta considerablemente y se advierten diferencias significativas tanto en las formas, como en los tamaños o en las decoraciones. Se han documentado dos tipos distintos de copas. Vuelven a aparecer las copas de pie troncocónico, cuerpo con perfil troncocónico y superficie pulida, pero se observa un incremento en la altura del pie, que en los casos más destacados alcanza los 4 cm y en el diámetro de las piezas, con máximos de 20-23 cm (Fig. 105). El segundo modelo no se había registrado en el período anterior, se trata de copas caliciformes con pie troncocónico elevado, cuerpo globular y superficie con una fina decoración a peine (Fig. 106). Suelen presentar una sencilla decoración de impresiones, digitales o unguiculares sobre el labio del recipiente, o bajo el borde, mediante el empleo de cordones aplicados. En el registro de las estructuras funerarias se ha comprobado que la presencia de un tipo de copa no excluía al otro, ambos modelos eran compatibles y podían formar parte del mismo ajuar, como se ha documentado en las e.f. 150, 151, 154, 156, 170 y 175.

Los ajuares de los enterramientos de este sector de la necrópolis indican una continuidad en la celebración de banquetes funerarios. Entre los objetos recuperados se catalogan algunos asociados a perfumes, libaciones o abluciones que no aparecían en la etapa anterior. También hay constancia de la práctica de rituales sacrificiales y de consumo de carne, como lo refrendan los cuchillos, ganchos de hierro y los restos de fauna recuperados en la e.f. 152. No se han encontrado calderos de bronce, aunque el uso en las ceremonias de bebidas alcohólicas queda probado por la presencia de un gran número de vasijas tanto de producción local (vasitos y copas) como de lujo (cuenco de plata) que parecen asociarse al consumo individual. Es probable que el papel del caldero lo pudieran haber desempeñado otros recipientes de cerámica o las propias vasijas utilizadas como urnas. El empleo de



Figura 105: Copa de perfil hemisférico de la e.f. 154 (154.2) (Foto Gabinete Trama S. L.).



Figura 106: Copa caliciforme con decoración de cordones aplicados de la e.f. 156 (156.7) (Foto Gabinete Trama S. L.).

recipientes para el consumo de líquidos como receptores de los restos de la cremación es una constante en las necrópolis. Como señala R. Graells, ánforas, cráteras, enócoes, urnas bicónicas han sido frecuentemente utilizadas para acoger los restos del difunto, como indicador de que el propietario podía poseer este elemento, es decir, como indicador de estatus social (Graells, 2008a, 194)

La estandarización de los servicios cerámicos, con un elevado porcentaje de sepulturas en los que se repiten una serie de recipientes (copa, escudilla, tapadera, vasito), demuestran la celebración de ceremonias fúnebres comunes a la mayoría de los individuos enterrados en esta necrópolis. Las ceremonias, al menos en algunos casos, incluían rituales de sacrificio y banquete. Estos rituales serían más o menos importantes y congregarían a un número mayor o menor de personas dependiendo del rango social de la persona enterrada.

7.3. FASE III. SECTOR NORTE (2ª ½ s. IV A. C.– s. III A. C)

Corresponden a este sector 61 enterramientos¹⁴ (Fig. 107), de los que seis presentaban alteraciones significativas en su disposición original. En tres casos (e.f. 1, 6, 42) afectaban principalmente a la construcción tumular, en los otros tres (e.f. 43, 136, 166) afectaban tanto al túmulo como a los ajuares.

A diferencia de etapas precedentes, se documentaron enterramientos con un número elevado de objetos de metal relacionados con los ritos de sacrificio y banquete funerario, principalmente con el sacrificio de animales, la ingesta de carne y el consumo de bebidas alcohólicas (Fig. 99). Objetos metálicos a los que acompañan servicios cerámicos estandarizados. Asimismo, hasta la fecha se han identificado restos de fauna quemada en las e.f. 13 y 139 y grano de cereal carbonizado en las e.f. 11, 13, 17, 30,

El mayor porcentaje de utensilios vinculados al banquete se concentran en nueve sepulturas (e.f. 11, 13, 23, 30, 31, 36, 139, 141 y 149). La mayoría de estas tumbas destacaban por sus dimensiones, por la complejidad constructiva y por la riqueza de los ajuares. En ocho de ellas, junto a los elementos de sacrificio y banquete, se depositaron armas, evidenciando la asociación guerra-caza-bebida representativa de los valores aristocráticos y que se documenta en alguna necrópolis celtibérica y sobre todo en las necrópolis vacceas y vettonas a partir del s. IV a. C (Álvarez-Sanchís, 2009, 207). Ejemplos de esta realidad los encontramos en La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila), Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres), *Pallantia* (Palenzuela, Palencia) o Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid).

Estructura Funeraria II

En el ajuar introducido en la tumba colocaron, además del utillaje asociado a los ritos de sacrificio y banquete, La singularidad del personaje enterrado y su estatus dentro de la comunidad se manifestaba tanto en las dimensiones de la construcción funeraria, ocho metros de diámetro, como en los objetos depositados en la tumba (Fig. 108). En ella se recuperó el conjunto más numeroso de piezas metálicas relacionadas con el banquete: caldero (Fig. 42), llar (Fig. 68), asador (Fig. 81), dos morillos (Figs. 78-79), dos ganchos de carne (Fig. 64), parrilla (Fig. 75), dos cazos (Fig. 59), rallador (Fig. 62), hacha y azuela. En este caso, resulta indudable la vinculación a la élite social. En la sepultura, junto a la urna que contenía los restos de

14. Estructuras funerarias 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 141, 149, 159, 160, 161, 162, 166, 167.

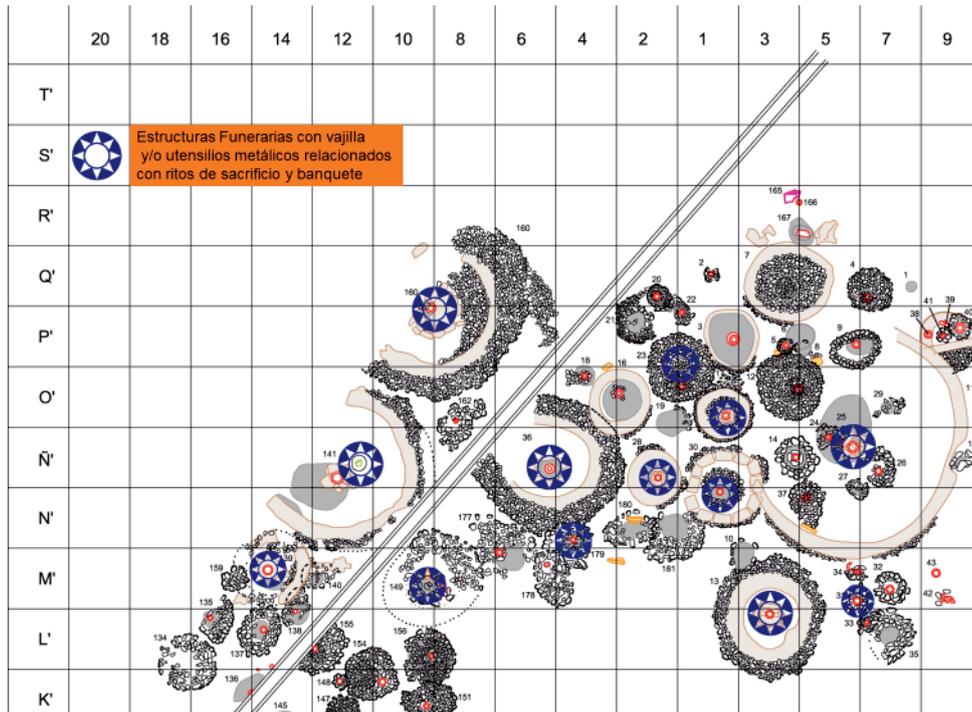


Figura 107: Distribución durante la *Fase III* (2ª 1/2 s. IV – s. III a. C.) de la vajilla metálica y de los utensilios relacionados con ritos de sacrificio y banquete.



Figura 108: Estructura funeraria 11. Túmulo con anillo perimetral y cista central de adobes (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 63).

la cremación, se depositaron ofrendas, como lo atestiguan las numerosas semillas de cereal (Fig. 109), y los elementos que simbolizaban su papel de dispensador de banquetes (Brun, 2009, 78). El hacha y la azuela fueron utilizadas como instrumentos para ejecutar el sacrificio. El empleo de estas herramientas indica que la víctima, o una de las víctimas, debió ser un animal de gran tamaño. Como complemento de la vajilla metálica, también contaba con un servicio cerámico compuesto por tres copas, un vasito y una tinaja bicónica.

En el ajuar introducido en la tumba colocaron, además del utillaje asociado a los ritos de sacrificio y banquete, otros elementos de prestigio, indicativos del grado de riqueza, autoridad y poder alcanzado por el difunto. Las armas se encontraban ampliamente representadas por una falcata, una espada de La Tène¹⁵ (Fig. 110), un escudo, una punta de lanza y un regatón. Asimismo, la presencia de arreos de caballo y de piezas de atalaje de carro, atestiguaban el uso de un vehículo de estas características en los ritos fúnebres de traslado en procesión del cadáver hasta la pira funeraria. Todos estos objetos demuestran la jerarquía de su poseedor y su capacidad para mantener contactos, al menos de tipo comercial, con pueblos geográficamente alejados. En este sentido, tampoco se debe descartar la posibilidad de que las relaciones con otros pueblos del Mediterráneo fueran más profundas y no se limitaran a un mero intercambio de tipo mercantil. Autores como R. Graells justifican la excepcionalidad de estas sepulturas, vinculadas a «régulos» o «príncipes», y la formación de panoplias complejas al desarrollo del mercenariado por el Mediterráneo y a la presencia de íberos y celtíberos en las grandes batallas desde la 2ª ½ s. VI hasta el s. IV a.C. Esto resulta todavía más evidente en los conflictos del sur de Italia durante s. IV a.C. En Sicilia, Magna Grecia y Peloponeso las fuentes clásicas mencionan, en numerosas ocasiones, la participación en los combates de contingentes de celtas campanos, íberos, etc. (Graells, 2008a, 436-438; 2008c, 132-135). La intervención en estos conflictos podría explicar la coexistencia en un mismo depósito funerario de piezas de muy diverso origen y procedencia, como sucede en la e.f. 11 de El Castillo y como también se observa



Figura 109: Estructura funeraria 11. Semillas de cereal carbonizadas.



Figura 110: Espadas recuperadas en la e.f. 11. Falcata (11.9) y espada de hoja recta de La Tène (11.8) (Fotos Gabinete Trama S. L.).

en otras sepulturas de carácter regio, como sucede en la tumba 478 de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia) (Quesada, 1997, 559-560), en la tumba 514 de la necrópolis vettona de La Osera (Charmartín de la Sierra, Ávila) (Cabré, Cabré y Molinero, 1950, 155 s. y 198 s., lám. LXXX), o en las tumbas de caballo de la necrópolis ibérica de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, Lérida) (Graells, 2008a, 407-442, fig. 223; 2011; 2008c, 92-117, fig. 48 y 49).

La consideración de la e.f. 11 de El Castillo como tumba principesca se fundamenta, por tanto, en la monumentalidad de la construcción funeraria, en la presencia de un ajuar muy destacado y en el innegable trasfondo simbólico de las piezas depositadas. Los objetos que acompañaron al difunto no dejaban duda de su condición de guerrero y de sacerdote, como oficiante de ritos sacrificiales y de ritos relacionados con el fuego del hogar y el culto doméstico a los antepasados; y también como dispensador de banquetes colectivos. Ceremonias encomendadas a los miembros más destacados de la comunidad.

En las necrópolis celtibéricas excavadas hasta la fecha no se ha localizado ningún enterramiento con un ajuar que puedan compararse al recuperado en esta sepultura. Los referentes más cercanos provienen de

15. En el estudio realizado por García Jiménez sobre las espadas de La Tène peninsulares incluye este ejemplar en su tipo A.1, entre los modelos correspondientes a La Tène A. Le atribuye una cronología muy alta situada entre la segunda mitad del s. V a. C. y el primer tercio del s. IV a. C. (García Jiménez, 2011, 236-237, 379-380). Una fecha que consideramos errónea, tanto por la naturaleza del resto de objetos depositados en el interior de esta tumba, como por la propia estructura de la espada, que se identifica con el tipo VII C de Quesada (1997a, 255) y presenta afinidades con algunos de los ejemplares del grupo B.1.3 y sobre todo con el grupo C.1.1 de García Jiménez (2011, 265, 271-272, fig. 47 y 50), para el que este autor ha propuesto una cronología centrada en los s. III – II a. C. (García Jiménez, 2011, 379 y 384).

necrópolis ibéricas y de las situadas en los territorios vettón y vacceo. Una de las tumbas que presenta mayores similitudes, tanto por su cronología como por la naturaleza de los objetos hallados en su interior, es la 514 de la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila) (Cabré, Cabré y Molinero, 1950, 155 s. y 198 s., lám. LXXX), catalogada como sepultura de guerrero. Contenía armas y arreos de caballo además de un servicio completo de banquete, que incluía un morrillo, un caldero de bronce y su trébede, una parrilla, unas tenazas y tres asadores. En opinión de algunos autores, es el enterramiento con el equipo más canónico de «banquete funerario al estilo europeo» (Lucas *et alii*, 2004, 68).

Estructura Funeraria 13

Al igual que en la e.f. 11, las características constructivas de la sepultura y los objetos de ajuar recuperados eran un claro reflejo del estatus social de la persona enterrada (Fig. 111). En el interior de esta tumba se recuperó un número destacado de objetos metálicos

relacionados con el banquete: caldero (Fig. 43), trébede (Fig. 89), asador (Fig. 82), gancho de carne y dos cazos (Fig. 60). El servicio cerámico estaba compuesto por dos copas, una tapadera y una escudilla. La presencia de ofrendas al difunto en la pira queda confirmada con la identificación de restos de fauna quemados y de grano de cereal carbonizado.

La asociación guerra-caza-bebida volvía a estar presente, junto a estos utensilios se depositaron tres puntas de lanza, *soliferreum*, regatón, escudo y casco.

Estructura Funeraria 23

Este túmulo era de dimensiones más reducidas, 2,60 m de diámetro, y de construcción más sencilla que los anteriores. Pese a ello, también contaba con una posible hacha, que podría estar relacionados con el ritual de sacrificio, y una variada gama de utensilios de metal vinculados al banquete: caldero (Fig. 39), tenazas (Fig. 91), asadores (Fig. 85), cazo (Fig. 61) y cuchillo. El servicio cerámico estaba compuesto por una copa, una tapadera y un vasito. Estos objetos aparecían

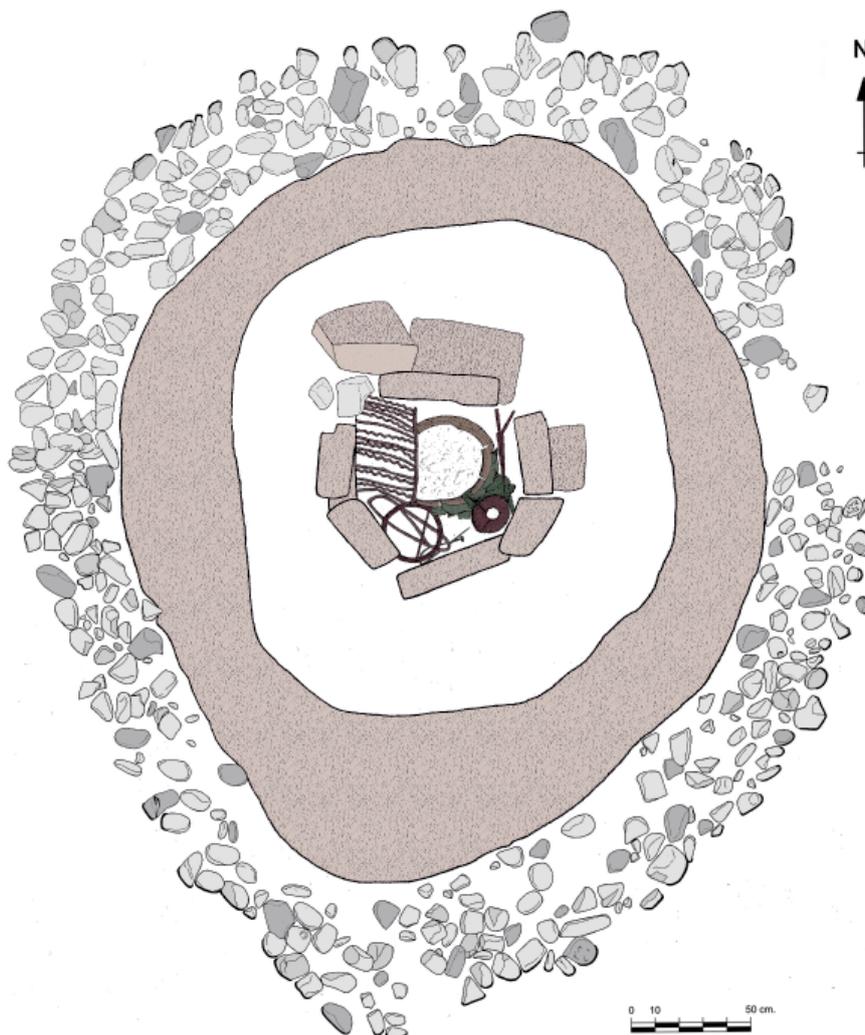


Figura 111: Estructura funeraria 13.

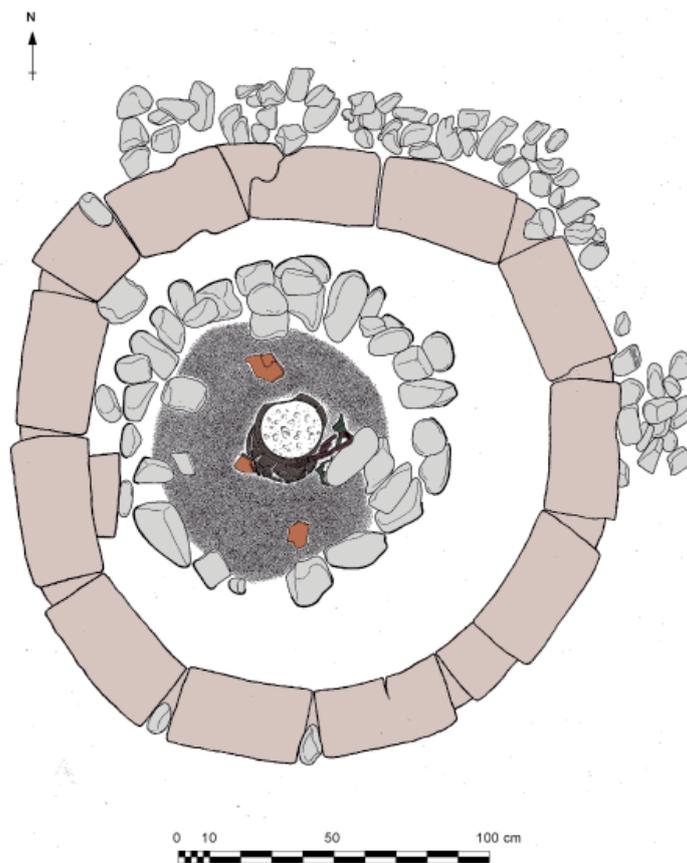


Figura 112: Estructura funeraria 30.

nuevamente asociados a armas: espada de antenas tipo Etxauri/Quesada II, *soliferreum*, punta de lanza, tres regatones y escudo (Fig. 36).

Estructura Funeraria 30

En el centro de la estructura, bajo el pequeño túmulo de cantos que protegía la urna (Fig. 112), se recuperaron los restos de un caldero de bronce (Fig. 41). Junto a él colocaron las armas, en esta ocasión una punta de lanza y una anilla de suspensión de un escudo. El servicio cerámico estaba compuesto por dos copas, una tapadera, un vasito y un recipiente de tamaño mediano. En esta tumba también se han identificado semillas de cereal carbonizado.

Estructura Funeraria 31

Esta sepultura, a diferencia de las anteriores, era de reducidas dimensiones y de construcción sencilla, de encachado tumuliforme. Sin embargo, su ajuar contaba con un número considerable de objetos, entre los que se encontraban dos utensilios relacionados con el banquete: un caldero de bronce, del que solo se recuperaron algunos fragmentos, y un cuchillo. Como en los casos precedentes, volvió a documentarse la conexión entre banquete y armas, en esta oportunidad representadas por un regatón. El servicio cerámico estaba compuesto por una copa, una tapadera, una

escudilla y una tinaja ovoide de la forma 2 de Castiella con decoración a peine.

Estructura Funeraria 36

La e.f. 36 sobresale tanto por su tamaño, como por el ajuar recuperado en su interior (Fig. 113). Los utensilios vinculados con el banquete estaban representados por un caldero de bronce, un asador (Fig. 83) y un cuchillo. Elementos que una vez más se encontraban asociados a armas, en este caso tres puntas de lanza, un *soliferreum*, dos regatones y un escudo. El servicio cerámico se reducía a dos copas y un vasito.

Estructura Funeraria 139

Este túmulo era de construcción similar a las e.f. 13 y 36, aunque de diámetro más pequeño (Fig. 114). Los objetos relacionados con el banquete se limitaban a la presencia de un asador de hierro (Fig. 86) y de tres piezas catalogadas como posibles pies de una trébede.

Estos utensilios no aparecían relacionados con armas, pero sí estaban acompañados por un elevado número de recipientes y por restos de fauna quemada que apuntan a la presencia de ofrendas cárnicas depositada en la pira. El servicio cerámico lo componían tres copas, dos tapaderas, una de ellas con remate de prótomo de caballo, y un recipiente de torno del que únicamente se recuperó algún fragmento.



Figura 113: Estructura funeraria 36 (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003, 36).

Estructura Funeraria 141

Enterramiento de grandes dimensiones y con un ajuar destacado. Los utensilios relacionados con el banquete funerario estaban representados por un asador (Fig. 84) y un cuchillo. El servicio cerámico contaba con dos copas troncocónicas, una tapadera, un vasito y un vaso trípode.

Como sucede en las e. f. 11, 13, 23 y 36, junto a estos objetos se recuperaron armas, en este caso espada de LaTène, *soliferreum*, escudo y casco.

Estructura Funeraria 149

En esta sepultura únicamente se catalogó un utensilio vinculado al banquete, un *simpulum* o cazo de bronce (Fig. 58). El servicio cerámico estaba formado por tres copas, una tapadera y dos vasitos.

Al margen de las sepulturas descritas, también se han documentado cuchillos en los ajuares de la e.f. 17, 28, 160 y 179. La presencia de estos objetos, como se ha mencionado anteriormente, debe considerarse como un claro indicio de prestigio social. En la tumba 28 depositaron dos ejemplares, una de las piezas era de considerable tamaño y en origen su longitud superaría los 20 cm. Una circunstancia que se repite en la pieza procedente de la e.f. 17 y, posiblemente, en los ejemplares incompletos de las e.f. 160 y 179. Este tipo de cuchillos, al margen de su relación con los banquetes funerarios, deben ser interpretados como instrumentos sacrificiales (Lorrio, 2006-2008, 569).

Los servicios cerámicos, como sucediera en la Fase II, se caracterizan por contar con una gran variedad y cantidad de vasos de acompañamiento de producción local. La media es ligeramente inferior y se aproxima a los cuatro recipientes por sepultura. Sin contar la urna de cerámica, treinta y seis de las 61 tumbas analizadas (59,01%) presentaban cuatro o más vasijas; y veintitrés de ellas (37,70%) contaban con cinco o más recipientes, e. f. 3, 10, 11, 12, 14, 18, 19, 28, 29, 30, 35,

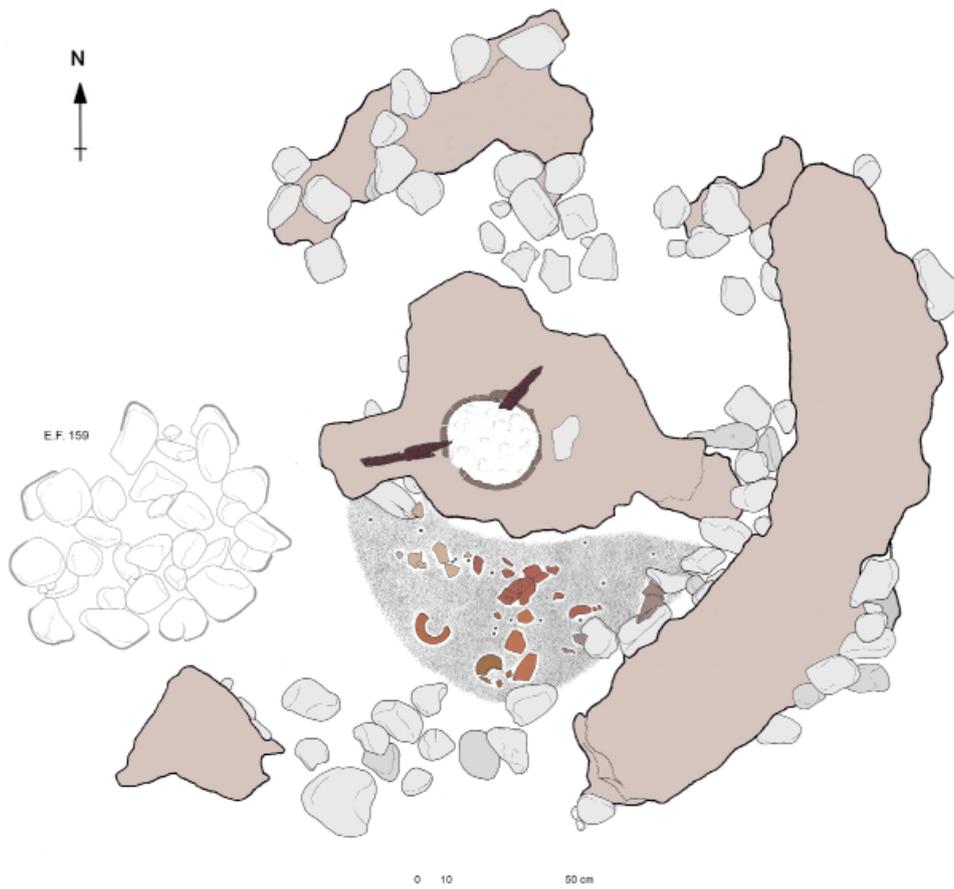


Figura 114: Estructura funeraria 139.

40, 44, 135, 137, 139, 140, 141, 149, 162, 178, 179, 181. Los enterramientos con servicios más completos correspondían a las e.f. 10 y 40, con siete piezas; la e.f. 179, con ocho; y la e.f. 178, con diez.

A diferencia de etapas anteriores, la copa es el recipiente mejor representado, se registran en cuarenta y tres enterramientos (70,49%). Le siguen, a distancia, las tapaderas, presentes en treinta y siete sepulturas (60,65%), y las escudillas, en treinta y cuatro (55,73%); los vasitos de pequeño tamaño se documentaron en veintiún enterramientos (34,42%) (Fig. 115). Estos datos confirman la existencia, también durante este período, de servicios estandarizados. Tres sepulturas (4,91%) contaban en sus ajuares con los cuatro recipientes descritos (copa, tapadera, escudilla, vasito); en veintinueve (47,54%) figuraban, al menos, tres de los cuatro objetos; y en cuarenta y siete se catalogaron como mínimo dos de estos recipientes (77,04%).

Al analizar los servicios se observan importantes variaciones respecto a la *Fase II*, que se manifiestan principalmente en el tamaño y en la decoración de las piezas.

Las copas, relacionadas habitualmente con el consumo individual de bebidas alcohólicas, ocupan un lugar de primacía dentro del ajuar cerámico, al haberse identificado 77 ejemplares. De ellos, veintiocho corresponden a copas de pie troncocónico destacado, con cuerpo de perfil troncocónico o hemisférico y superficie pulida. El tamaño de estas vasijas es similar al documentado en la fase anterior pero, a diferencia de ella, en algunos casos fueron decoradas en la transición entre el cuerpo y el pie con un cordón aplicado liso de sección triangular, como sucede en los ejemplares de las e.f. 30 (30.4) y 141 (141.2) (Fig. 116).

Las cuarenta y nueve copas restantes son de tipo caliciforme, con pie troncocónico elevado y cuerpo globular, de perfil en «S» o carenado. Una tercera parte presentan superficies lisas o con decoración a peine, que se alternan con impresiones sobre el labio (digitales o unguiculares) y con cordones aplicados bajo el borde y/o en la transición entre el cuerpo y el pie. Las otras dos terceras partes corresponden a copas profusamente decoradas, que no habían sido documentadas en fases

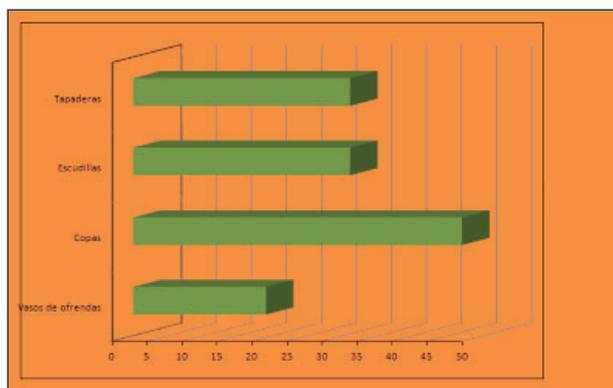


Figura 115: Distribución de los servicios cerámicos identificados en las 61 sepulturas de la *Fase III* (2ª 1/2 s. IV – s. III a. C.).



Figura 116: Copas de perfil troncocónico de las e.f. 30 (30.4) y 141 (141.2), decoradas con un cordón aplicado en la transición entre el cuerpo y el pie (Foto Gabinete Trama S. L.).

anteriores. En ellas, resulta sorprendente la variedad de motivos y de composiciones obtenidas al combinar toda clase de apliques plásticos con impresiones y peinados (Fig. 117). Esta singular riqueza decorativa de las copas de producción local es un aspecto que también se ha podido identificar en los santuarios del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz) y de Castelo de Garvão (Aljustrel, Baixo Alentejo) (Berrocal-Rangel, 2009, 146-148), fechados en los s. IV-III a. C. Una circunstancia que no parece responder a una mera coincidencia. Pese a la diferente naturaleza y finalidad de las citadas construcciones, tanto en la necrópolis de El Castillo como en los santuarios de Capote y Garvão existen evidencias de la celebración de ritos de sacrificio y banquete, en los que se consumía carne y bebidas alcohólicas.

En el registro de las estructuras funerarias se ha comprobado que, al igual que la etapa precedente, la presencia de un tipo de copa no excluía al otro, ambos modelos eran compatibles y podían formar parte del mismo ajuar, como se ha documentado en diecisiete sepulturas, e.f. 7, 11, 12, 13, 17, 18, 19, 28, 30, 35, 36, 37, 139, 140, 149, 160 179.

Las tapaderas mantienen porcentajes similares a los registrados en la *Fase II*. Sin embargo, en cinco sepulturas (e.f. 1, 10, 19, 28 y 139) se documenta un tipo novedoso, con pomo en forma de prótomo de caballo.



Figura 117: Copas caliciformes de las e.f. 1 (1.4) y 35 (35.7) (Fotos Gabinete Trama S. L.).

Figura 118: Vasijas ovoides con decoración peinada de las e.f. 31 (31.6) y 40 (40.8).

También se observa una evolución en los vasos de pequeño tamaño, descendiendole considerablemente su número y presentan una mayor variedad tanto en las formas, como en las decoraciones.

Además de las vasijas citadas, formaron parte del servicio vasos ovoides y tinajas de tamaño medio, con fondo plano y cuerpo globular o con perfil en «S». En algunos casos, e.f. 18, 31, 35, 40, con una marcada decoración a peine (Fig. 118). Asimismo, se registró un aumento significativo de las vasijas de cerámica a torno, presentes en veintidós sepulturas (36,06%), llegando a desempeñar la función de urna cineraria en las e.f. 25 y 43.

Por último, cabe destacar la aparición de modelos nuevos con una estrecha vinculación con el consumo colectivo de bebidas alcohólicas. Es el caso de los vasos trípodes, que imitan a recipientes de metal empleados en el mundo clásico, entre otras funciones, para mezclar el vino. Este tipo de vasijas aparecen con frecuencia en las necrópolis vacceas, como sucede en *Pallantia* (Palenzuela, Palencia), Erijuelas de San Andrés (Cuéllar, Segovia), o en Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) (Castro, 1972; Barrio, 1988; Sanz Mínguez, 1997). En El Castillo se hallaron tres vasos con estas características en las tumbas 141, 162 y 177. Esta finalidad de contenedor y mezclador de bebida

también la pudieron haber desempeñado recipientes de cerámica como las urnas bicónicas y, sobre todo, un tipo novedoso y exclusivo de copas crateriformes, también empleadas como urnas en once sepulturas (18,03%). En la mayoría de las ocasiones, se encontraban vinculadas a enterramientos de gran tamaño y ajuares destacados. Atendiendo a su tipología, son vasijas de grandes dimensiones y cuidada elaboración. Tienen pie troncocónico elevado y presentan una carena que estructura la pieza en dos partes, la superior con cuello vertical y borde exvasado y la inferior en forma de casquete de esfera. Suelen estar decoradas con una hilera horizontal de botones circulares en relieve situados sobre la carena. Como en el caso anterior, también parecen responder a imitaciones locales de modelos griegos y etruscos de vajilla metálica (Fig. 22).

Los ajuares de los enterramientos de este sector de la necrópolis confirman la celebración de banquetes aristocráticos representativos de una sociedad jerarquizada, presidida por una oligarquía guerrera. Los objetos depositados en el interior de algunas sepulturas (e.f. 11, 13, 23, 30, 36, etc.), son una prueba evidente de este tipo de rituales, en los que la vajilla y los utensilios metálicos desempeñaron un papel central.

En esos banquetes se sacrificaban animales, como se desprende de la presencia de hachas y cuchillos,

instrumentos con los que se degollaba y descuartizaba a la víctima, y de restos de fauna quemada, relacionados con las ofrendas cárnicas reservadas para el difunto.

El ceremonial implicaba el consumo de bebidas alcohólicas y la ingesta de carne. Los calderos de bronce, suspendidos o apoyados en trébedes, contendrían el líquido alcohólico que se serviría con los cazos. Las funciones de recipiente contenedor, además de los calderos, también las pudieron haber desempeñado las vasijas trípode, las urnas bicónicas y las copas crateriformes. En la distribución y el servicio de la bebida se emplearían, fundamentalmente, copas de producción local, presentes en los ajuares de la mayoría de las sepulturas.

Los utensilios metálicos hallados en el interior de las construcciones funerarias dejaban entrever dos modos distintos de elaboración de la carne. Asada, como se desprende del empleo de parrillas y asadores; o guisada, como sugiere la presencia de trébedes y calderos de bronce. En este último caso, para la presentación y el servicio de la comida cocinada, los recipientes de cerámica más adecuados correspondían a las escudillas. En este sentido, en la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) se detectaron ácidos grasos y colesterol en los análisis de residuos de algunas escudillas de perfil troncocónico, hecho que demostraba su vinculación con el cocinado de piezas magras (Romero, Sanz y Górriz, 2009, 245).

8. CONCLUSIONES

Las sepulturas excavadas en la necrópolis de El Castillo deben considerarse como el último paso de un extenso ceremonial que se iniciaba con la muerte del individuo. Este proceso contaba con diferentes actos que eran tan relevantes o más que la propia construcción tumular o que el depósito en su interior de los restos del difunto y del ajuar. El sacrificio ritualizado de animales y el consiguiente banquete formaban parte de estas ceremonias. El análisis de la información que aporta el registro arqueológico desvela el carácter excepcional de El Castillo para el estudio de los ritos de sacrificio y banquete en el valle del Ebro y, por extensión, en todo el ámbito peninsular. La singularidad de esta necrópolis no reside únicamente en el hecho de haber identificado un conjunto numeroso de utensilios metálicos relacionados con estas prácticas. También radica en el origen y en la variedad de los objetos, en el modo en el que fueron amortizados, en su vinculación a servicios cerámicos estandarizados con piezas elaboradas *ex professo* para las exequias, en la evolución de los modelos, en su presencia en todas las fases de ocupación documentadas en este cementerio, en la identificación de ofrendas de alimentos reservadas al difunto que fueron depositadas en las pira, etc. Por todos estos factores, el yacimiento debe considerarse como un referente de primer orden para esta materia. La investigación que se recoge en

este estudio y las que podrán desarrollarse en el futuro van a servir para atenuar el vacío de datos que, hasta la fecha, imperaba en el valle medio del Ebro en lo relativo a estos rituales. Un vacío tan manifiesto como insólito y que distintos autores interpretaron como un fiel reflejo de una ausencia. Planteamientos que deben ser revisados a la luz del testimonio que proporciona esta necrópolis. Los ajuares hallados en las tumbas de El Castillo prueban la celebración de funerales complejos, donde los ritos de sacrificio y banquete desempeñaban un papel destacado, al menos en los funerales de los individuos de mayor rango social. Una realidad que ya se advierte en algunos enterramientos de cronología más antigua, los correspondientes a la *Fase I* (2^a ½ s. VI – principios del s. V a. C.), y que se mantiene hasta la última etapa definida, la *Fase III* (2^a ½ s. IV – s. III a. C.). Los enseres utilizados en estas celebraciones se fueron modificando a lo largo del tiempo, como lo demuestra la evolución observada tanto en los utensilios metálicos como en los recipientes cerámicos empleados para tales fines. Estas transformaciones podrían haber ido acompañadas de cambios en las fórmulas y protocolos establecidos aunque, dada la naturaleza esencialmente intangible de las liturgias, rara vez dejan huella en el registro arqueológico.

Los hábitos de amortización de estos objetos valiosos también variaron con el paso del tiempo. A la *Fase I* (2^a ½ s. VI – principios s. V a. C.) corresponde un número reducido de vasos y de instrumentos metálicos asociados al banquete. Los depósitos funerarios evolucionaron durante la *Fase II* (2^a ½ s. V – 1^a ½ s. IV a. C.), en la que se registra un aumento moderado de la vajilla y de los utensilios metálicos y, sobre todo, la aparición de servicios cerámicos muy completos y con recipientes elaborados expresamente para desempeñar funciones específicas durante los ritos fúnebres. La *Fase III* (2^a ½ s. IV – 1^a ½ s. III a. C.) se puede considerar como la culminación de este proceso, se documenta un extraordinario incremento tanto en la cantidad como en la variedad de las piezas metálicas, vinculadas nuevamente a un repertorio vascular bien definido. A esta última etapa es a la que pertenece el mayor porcentaje de los utensilios metálicos de sacrificio y banquete identificados en la necrópolis. A partir de la información derivada del registro arqueológico y del estudio de los objetos, se han podido reconstruir algunas de las actividades que formaban parte de estos rituales. La celebración del banquete se efectuó, en la mayoría de los casos, de forma previa a la cremación, como se deduce de los signos evidentes de exposición al fuego que presentan tanto los recipientes cerámicos como los utensilios de hierro y bronce utilizados en estas ceremonias y de la presencia de ofrendas de alimentos que fueron depositados junto al difunto, en las pira funerarias. El sacrificio ritualizado del animal o de los animales que posteriormente eran consumidos por los asistentes al funeral, precedía al banquete. Atendiendo a los datos procedentes de las fuentes escritas, iconográficas y arqueológicas, así como de las

propias características del entorno geográfico del yacimiento, en estas ceremonias se inmolaban fundamentalmente ovejas y/o cabras, degollados con cuchillos de filo curvo. No obstante, en los banquetes fúnebres de los personajes con un estatus más elevado pudieron haber ofrecido animales de mayor tamaño, como bóvidos o équidos, lo que justificaría la presencia de hachas y azuelas en enterramientos como la e.f. 11. El ritual, al menos en la *Fase III* (2^a ½ s. IV – s. III a. C.), incluía el consumo de carne tanto asada (parrillas, asadores, morillos) como cocida (trébedes, calderos) y de bebidas alcohólicas. Es muy posible que recurrieran a bebidas como la cerveza, la hidromiel o incluso el vino, como sugiere el rallador de bronce recuperado en el e.f. 11 y los restos de *vitis vinifera* identificados en la e.f. 152. Al difunto se le hacía partícipe, en todo momento, de esta celebración, la presencia de ofrendas cárnicas y de otros alimentos en las tumbas y la amortización de vajilla metálica empleada en el banquete así lo atestiguan. La naturaleza de los ajuares depositados en algunas de las sepulturas es indicativa, sobre todo en la *Fase III*, de una sociedad fuertemente jerarquizada. En la cúspide se situaría el personaje que asumía la triple condición de guerrero (armamento ofensivo y defensivo), sacerdote oficiante de ritos de sacrificio (cuchillos y hachas) y *rex*. Ostentaba el máximo poder político y religioso, presidiendo y dirigiendo las ceremonias rituales y los banquetes (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, 285). Estas élites tenían la capacidad de acumular riqueza y de amortizarla, una costumbre muy frecuente en todo el Mediterráneo y que en esta comunidad parece generalizarse hacia mediados del s. IV a. C.

José Antonio Faro Carballa
 Doctorando adscrito al PD en Historia e Historia del Arte y Territorio
 Universidad Nacional de Educación a Distancia
 Facultad de Geografía e Historia
 Edif. Humanidades
 c/ Paseo Senda del Rey, 7
 28040 Madrid
 j.antoniofaro@gmail.com

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L. y SALA, F., 1993: *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia.
- AGUILERA, E. DE, Marqués de Cerralbo, 1911: *Páginas de la historia patria*, Tomo III, Aguilar de Anguita, Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M., 1955: *Las necrópolis de Ampurias. Necrópolis romanas y necrópolis indígenas*, vol. II, Barcelona.
- ALMAGRO BASCH, M., 1981: «La interpretación de la leyenda de Tartessos según los documentos arqueológicos», *Revista de la Universidad Complutense*, 1, 54-73.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1974: «Los asadores de bronce del suroeste peninsular», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 77, (1), 351-395.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1977: ««El Pic dels Corbs, de Sagunto y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica», *Saguntum*, 12, 89-141.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1983: «Pilares-estela ibéricos», en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, III, 7-20, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1993: «La introducción del hierro en la Península Ibérica», *Complutum*, 4, 81-94.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1995: «La moneda hispánica con jinete y cabeza varonil. ¿Tradición indígena o creación romana?», *Zephyrus*, 48, 235-266.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1998a: «Pozo Moro», en *Los iberos. Príncipes de Occidente*, 132-133, Barcelona.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1998b: «Precolonización y Cambio Socio-Cultural en el Bronce Atlántico», en S. Oliveira (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, 81-100, Lisboa.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1998c: «*Signa equitum* de la Hispania céltica», *Complutum*, 9, 101-115.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2004: «Paletas de ungr ebúrneas hispano-fenicias. A propósito de una paleta con grifos de Medellín», *Homenaje a M. Fantar*, 1-23, Tunis.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2006: «El culto al Héros Ktistes en Hispania prerromana: ensayo de mitología comparada», en M. García Quintela (ed.), *Homenaje a G. Dumézil*, 227-250, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., ARROYO, A., CORBÍ, J. F., MARÍN, B. y TORRES, M., 2009: «Los escarabeos de Extremadura: una lectura socioideológica», *Zephyrus*, 63, 71-104.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y BERROCAL-RANGEL, L., 1997: «Entre íberos y celtas: sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicios en Hispania», en F. Gusi (ed.), *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, 567-588, Castellón.
- ALMAGRO-GORBEA, M., JIMÉNEZ ÁVILA, J., LORRIO, A., MEDEROS, A. y TORRES, M., 2006-2008: *La necrópolis de Medellín*, I-III, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A., 2011: *Teutates: el héroe fundador y el culto al antepasado en Hispania y en la Keltiké*, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J., 2009: «Huellas del consumo de vino en las necrópolis vettonas», en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, 193-211, Valladolid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. y RUIZ ZAPATERO, G., 2014: «The Emergence of Urbanism in Early Iron», en M. Fernández-Götz, H. Wendling y K. Winger (eds.), *Paths to Complexity. Centralisation and Urbanisation in Iron Age Europe*, 204-213, Oxford.
- ARANEGUI, C., JODIN, A., LLOBREGAT, E., ROUILLARD, P. y UROZ, J., 1993: *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante*, Madrid-Alicante.
- ARGENTE, J. L., DÍAZ, A., y BESCÓS, A., 2001: *Tiermes V. Carratiermes. Necrópolis celtibérica*, Valladolid.
- ARLEGUI, M., 1990: «Introducción al estudio de los grupos celtibéricos del Alto Jalón», en J. L. Argente (coord.), *El Jalón. Vía de comunicación*, Soria.

- ARMADA, X. L., 2008: «¿Carne, drogas o alcohol? Calderos y banquetes en el Bronce Final de la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18, 125-162.
- ARMADA, X. L. y GARCÍA VUELTA, O., 2003: «Bronces con motivos de sacrificio del área noroccidental de la Península Ibérica», *Archivo Español de Arqueología*, 76, 47-75.
- ARMADA PITA, X. L. y LÓPEZ PALOMO, L. A., 2003: «Los ganchos de carne con vástagos torsionados: un nuevo ejemplar en el depósito acuático del río Genil», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 1, 83-150.
- ARMADA, X. L. y ROVIRA, S., 2011: «El soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel): una revisión desde su tecnología y contexto», *Archivo Español de Arqueología*, 84, 9-41.
- ARMENDÁRIZ, J., 2008: *De aldeas a ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a. C. en Navarra*, Pamplona.
- ARRIBAS, A., 1967: «La necrópolis bastitana del Mirador de Rolando», *Pyrenae*, 3, 67-106.
- ARRUDA, A. M., 2005: «Necrópoles proto-históricas do sul de Portugal: o mundo oriental e orientalizante», en A. González Prats (ed.), *El mundo funerario: actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, homenaje al prof. D. Manuel Pellicer Catalán* (Guardamar del Segura, 3 a 5 de mayo de 2002), 457-494, Alicante.
- BAQUEDANO, I., 1990: «Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de la Osera (zona II)», en F. Burillo (coord.), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*, 279-286, Zaragoza.
- BAQUEDANO, I., 2013: *La necrópolis vettona de La Osera (Ávila, España): sistematización del conjunto*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- BAQUEDANO, I. y ESCORZA, C. M., 1996: «Distribución espacial de una necrópolis de la II Edad del Hierro. La Zona I de La Osera en Chamartín de la Sierra, Ávila», *Complutum*, 7, 175-194.
- BARBIERI, G. y DURAND, J. L., 1985: «Con il bue a spalla», *Bollettino d'Arte*, 29, 5-16.
- BARRIO, J., 1988: *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas de San Andrés, Cuellar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Segovia.
- BARTOLINI, G., 2003: *Le società dell'Italia primitiva. Lo studio delle necropoli e la nascita delle aristocrazie*, Rome.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1989: «Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta occidental», *Trabajos de Prehistoria*, 46, 279-291.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994: *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular*, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2009: «Del banquete y la bebida en la celtica del Suroeste», en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, 143-155, Valladolid.
- BERZOSA, R., 2005: «Utillaje y herramientas de trabajo de los celtiberos», en A. Jimeno, J. I. de La Torre y A. Chain (coords.), *Celtiberos, tras la estela de Numancia*, 319-328, Soria.
- BIENES, J. J., 1993: «La necrópolis celta de Arguedas. Primeros datos sobre las campañas de excavación de 1989-1990», *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, 6, 19-30.
- BIENES, J. J., 1996: «La necrópolis de El Castejón, Arguedas», *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 12, 308-309.
- BIENES, J. J., 1998: «La necrópolis celta de Arguedas. Primeros datos sobre las campañas de excavación de 1989-1990», en *III Congreso General de Historia de Navarra*, 1994, 1-13, Pamplona.
- BIETTI, A. M^a y DE SANTIS, A., 2003: «Il processo formativo della cultura laziale», en *Atti della XXXV riunione sicutifica: «le comunità della preistoria italiana, studi e ricerche sul neolitico e la età dei metalli*, 754-763, Florencia.
- BISI, A. M^a, 1965: *Il grifone. Storia di un motivo iconográfico nell'antico Oriente mediterraneo*, Studi Semitici 13, Roma.
- BLANCO, M. y RODÁ, I. (eds.), 2007: *Roma. S.P.Q.R. Catálogo de la exposición organizada por el Canal de Isabel II (Madrid, 2007-2008)*, Madrid.
- BLANQUEZ, J., 1991: «Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta», en J. Blánquez y V. Antona (eds.), *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, 235-278, Madrid.
- BLANQUEZ, J., 2003: «Las cerámicas orientalizantes del Museo de Cabra», en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres Híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos. Actas del Seminario-Exposición Casa Velázquez-Museo Arqueológico Nacional* (Madrid, 7-8 de Marzo 2002), 211-230, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1958: «Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica», *Latomus*, 17, 27-48.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1959: «Cultos solares en la Península Hispánica. El caballo de Calaceite», en *V Congreso Arqueológico Nacional. Zaragoza 1957*, 180-189, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1994: «La religión de los pueblos del sur de la Galia y de los Alpes», en J. M. Blázquez (coord.), *Historia de las religiones de la Europa antigua*, 489-502, Madrid.
- BONET, H., LLORENS, M. M., PERÉZ, G. y CALVO, M., 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Lliria: la antigua Edeta y su territorio*, Valencia.
- BONET, H. y MATA, C., 2002: *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*, Valencia.
- BONET, H., SORIA, L. y VIVES-FERRÁNDIZ, J., 2011: «La vida en las casas. Producción doméstica, alimentación, enseres y ocupantes», en H. Bonet y J. Vives-Ferrándiz (eds.), *La Bastida de les Alcusses. 1928-2010*, 139-176, Valencia.
- BOROBIA MELENDO, E. L., 1988: *Instrumental médico-quirúrgico de la Hispania romana*, Madrid.
- BRUN, P., 2009: «Vino, banquete y poder en la Europa Centro-Occidental (siglos VI-IV a. C.)», en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, 67-79, Valladolid.

- BRUNAU, J. L., 1981: *Le sanctuaire celtique de Gournay-sur-Aronde et la religion gauloise*, Tours.
- BUNDRICK, S. D., 2014: «Selling sacrificial on Classical Athenian Vases», *Hesperia*, 83, 653-708.
- BURANELLI, F., 1992: *The Etruscans. Legacy of a Lost Civilization. From the Vatican Museums*, Memphis.
- BURILLO, F., 2010: «Vino y ritual en la Celtiberia», en F. Burillo (coord.), *Ritos y Mitos, VI Simposio sobre los Celtiberos* (Daroca, 27-29 noviembre 2008), 573-593, Segeda.
- BUXÓ, R., PRINCIPAL, J., ALONSO, N., BELARTE, M^a C., COLOMINAS, L., LÓPEZ, D., PONS, E., ROVIRA, M^a C., SAÑA, M^a y VALENZUELA, S., 2010: «Prácticas Alimentarias en la Edad del Hierro en Cataluña», *Saguntum*, Extra 9, 81-98.
- CABANILLAS, G., 2010: «Armas y ritual durante la Segunda Edad del Hierro en la mitad Sur de la Galia», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 36, 39-66.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1930: *Excavaciones arqueológicas en la necrópolis celtibérica del Altillio de Cerropozo, Atienza, Guadalajara*, Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1942: «El thymaterion céltico de Calaceite», *Archivo Español de Arqueología*, 15, 181-198.
- CABRÉ, J. y CABRÉ, M^a E., 1933: «Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 9, 37-45.
- CABRÉ, J., CABRÉ, M^a E. y MOLINERO, A., 1950: *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, Madrid.
- CABRÉ DE MORÁN, E., 1990: «Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas», en F. Burillo (coord.), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*, 205-224, Zaragoza.
- CABRERA DÍEZ, A., 2010: *El ritual del sacrificio de animales en la cultura ibérica: una perspectiva arqueológica*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- CABRERA BONET, P. y RODERO, A., 2003: «Seres híbridos en las culturas del mediterráneo antiguo», en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres Híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos*, *Actas del Seminario-Exposición Casa Velázquez-Museo Arqueológico Nacional*, (Madrid, 7-8 de Marzo 2002), 21-28, Madrid.
- CARLÚS, X., LARA, C., LÓPEZ CACHERO, J. y VILLENA, N., 2007: «La necrópolis d'incineración de Can Piteu – Can Roqueta (Sabadell, Barcelona): caracterización del ritual funerario», en *XVII Congreso Nacional de Arqueología* (Huesca, 2003), 141-164, Huesca.
- CASTIELLA, A., 1977: *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona.
- CASTIELLA, A., 2005: «Sobre los ajueres de la necrópolis de La Atalaya. Cortes, Navarra», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 13, 115-210.
- CASTIELLA, A., 2007: «El poblado y la necrópolis de la I Edad del Hierro en Valtierra (Navarra)», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 15, 193-243.
- CASTIELLA, A. y BIENES, J. J., 2002: «La vida y la muerte durante la protohistoria en El Castejón de Arguedas (Navarra)», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 10, 7-211.
- CASTIELLA, C. y SESMA, J., 1988-1989: «Piezas metálicas de la Protohistoria. Navarra: armas», *Zephyrus*, 41, 383-404.
- CASTRO, L., 1971: *La necrópolis de Pallantia*, Palencia.
- CASTRO, L., 1972: «El vaso tripode en la 2ª Edad del Hierro», *Boletín de la Institución Fernán González*, 111-115.
- CELESTINO, S., 2009: «La recepción del vino en Tartessos», en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, 113-124, Valladolid.
- CELESTINO, S. y MARTÍN BAÑÓN, A., 1999: «Las relaciones culturales entre Cogotas y el mediodía peninsular: el yacimiento de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres)», en *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996), 357-364, Zamora.
- CELESTINO, S. y ZULUETA, P., 2003: «Los bronce de Cancho Roano», en S. Celestino, F. Gracia, A. Perea, M. Conde et alii (eds.), *Cancho Roano IX: Los materiales arqueológicos II*, 9-124, Badajoz.
- CERDEÑO, M^a L., 2005: «La Zona Arqueológica de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)», en A. Jimeno, J. I. de La Torre y A. Chain (coords.), *Celtiberos. Tras la estela de Numancia*, 103-107, Soria.
- CERDEÑO, M^a L. y GARCÍA-HUERTA, R., 2001: «Las necrópolis celtibéricas: nuevas perspectivas de estudio», en R. García-Huerta y J. M. Hervás (coords.), *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, 141-190, Ciudad Real.
- CHAPA, T., 1998: «Los iberos y su espacio funerario», en *Los iberos. Principes de Occidente*, 109-120, Barcelona.
- CIANFERONI, G. C. y BARBAGLI, D., 2007: *Los Etruscos, Museo Arqueológico Nacional. 27 de septiembre 2007 – 6 de enero 2008*, Madrid.
- COLET, A., GENÉ, M. y GIP, 2005: «El món funerari durant el Grupo del Segre-Cinca III (950-750 cal. a.n.e.): la necrópolis de Roques de Sant Formatge (Seròs, el Segrià)», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 15, 151-167.
- COOK, A. B., 1914: *Zeus. A Study in Ancient Religion. Volume I. Zeus God of the Bright Sky*, Cambridge.
- COSTA, J. M. DA, 1966: «O Tesouro fenicio ou cartaginés da Gaio (Sines)», *Ethnos*, 5, 529-537.
- COURBIN, P., 1957: «Una tombe géométrique d'Argos», *Bulletin de correspondance hellénique*, 81, 322-386.
- CUADRADO, E., 1966: *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de manos en la Península Ibérica*, Madrid.
- CUADRADO, E., 1987: «La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)», *Madrider Mitteilungen*, 9, 148-186.
- DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS, J., 1992-1993: «Nuevos ganchos de carne protohistóricos de la Península Ibérica», *Tabona*, 8, 417-434.
- DE PRADA, M., 1986: «Nuevas aportaciones al repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de manos en la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 43, 99-142.

- DETIENNE, M., 1989: «Culinary practices and the spirit of sacrifice», en M. Detienne y J. P. Vernant (eds.), *The cuisine of sacrifice among the Greeks*, 1-20, Chicago.
- DÍEZ DE PINOS, E., 2012: «Un depósito singular del Ibérico Pleno en el yacimiento de El Palao de Alcañiz (Teruel)», en M. C. Belarte, J. A. Benavente, L. Fatás, J. Diloli, P. Moret y J. Noguera (eds.), *Iberos del Ebro. Actas del II Congreso Internacional* (Alcañiz-Tivissa, 16-19 de noviembre de 2011), 211-216, Tarragona.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., 2005: «La moneda de los dioses: moneda y santuarios en la Grecia arcaica», *Actas del XIII Congreso Internacional de Numismática*, I, 227-235.
- EKROTH, G., 2006: «Iconographic evidence for the treatment of animal blood at Greek sacrifices», en C.C. Mattusch, A.A. Donohue y A. Brauer (eds.), *Common Ground: Archaeology, Art, Science, and Humanities. Proceedings of the XVth International Congress of Classical Archaeology Boston, August 23-26, 2003*, 40-43, Oxford.
- ESCACENA, J. L., 2002: «Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir», en E. Albelda (ed.), *Ex Oriente lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, 33-75, Sevilla.
- EZQUERRA, B. R., 2005. «La ciudad romana de La Caridad (Caminreal, Teruel)», en A. Jimeno (ed.), *Celtiberos, tras la estela de Numancia*, 205-212, Soria.
- FARNIÉ, C. y QUESADA, F., 2005: *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Murcia.
- FARO, J. A., 2002: «Protohistoria», en A. García Paredes (coord.), *Castejón, cuatro milenios de Historia*, 28-38, Castejón.
- FARO, J. A., CAÑADA, F. y UNZU, M., 2002-2003: «Necrópolis de El Castillo (Castejón. Navarra). Primeras valoraciones, campañas 2000-2001-2002», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 16, 45-77.
- FARO, J. A. y UNZU, M., 2006: «La necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo (Castejón. Navarra). Primeras valoraciones: campañas 2000-2002», *Complutum*, 17, 145-166.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D., 1976: «Descubrimiento de una necrópolis celtibérica en Sigüenza (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara*, 3, 59-67.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1982: «Nuevos asadores de bronce en el Museo Arqueológico de Sevilla», *Trabajos de Prehistoria*, 39, (1), 389-410.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1992-1993: «Un asador excepcional y un excepcional conjunto de asadores del Bajo Guadalquivir», *Tabona*, 8, tomo II, 465-480.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1997: *La Necrópolis de la Edad del Hierro de «El Raso»*. (Candeleda. Ávila). «Las Guijas, B», Zamora.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. A. y MONTERO, I., 1997: «Las armas durante el Calcolítico y la Edad del Bronce», en J. A. García Castro y V. Antona (coords.), *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, (Exposición, Madrid 29 de abril-29 de junio 1997), 109-122, Madrid.
- FLETCHER, D., PLA, I y ALCÁCER, J., 1965: *La Bastida de les Alcusses (Mogente, Valencia) I*, Valencia.
- FLORISTÁN, A., 1995: *Geografía de Navarra*, Pamplona.
- GARCÍA-GELABERT, M. P. y BLÁZQUEZ, J. M., 2006: «Dioses y caballos en la Iberia Prerromana», *Lucentum*, 25, 77-123.
- GARCÍA JIMÉNEZ, G., 2011: *El armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica (siglos V-I a. C.)*, Tesis doctoral, Universitat de Girona.
- GARCÍA PAREDES, A., 2002: «Prólogo», en A. García Paredes (coord.), *Castejón, cuatro milenios de Historia*, 19-21, Castejón.
- GARCÍA VUELTA, O. y PEREA, A., 2001: «Las diademas-cinturón castreñas: el conjunto con decoración figurada de Moñes (Villamayor, Piloña, Asturias), *Archivo Español de Arqueología*, 74, 3-23.
- GARRIDO, J. P., 1970: *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya»*, Huelva. (1ª y 2ª Campañas), Madrid.
- GARRIDO, J. P. y ORTA, Mª E., 1978: *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva (3ª, 4ª y 5ª campañas)*, Excavaciones Arqueológicas en España 96, Madrid.
- GIL, O., 1952: «Excavaciones en Navarra. Cortes de Navarra II. Materiales descubiertos en el Alto de la Cruz en los estratos II a VIII. Campañas de 1947 a 1949», *Príncipe de Viana*, 44-47, 9-40.
- GONZÁLEZ CORDERO, A., 1999: «La necrópolis I de Pajares», en S. Celestino (ed.), *El yacimiento protohistórico de Pajares, Villanueva de la Vera, Cáceres: I. Las necrópolis y el tesoro áureo*, Cáceres.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J., FANO, M. A. y MARTÍNEZ LIQUINIANO, A., 1991: «Materiales inéditos de Sanchorra procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración», *Zephyrus*, 44, 301-329.
- GRAELLS, R., 2005: «Sobre el banquet de la primera edad del ferro a Catalunya: els accessoris de condimentació de la beguda», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 15, 235-246.
- GRAELLS, R., 2006: «La vaixel·la metàl·lica protohistòrica a Catalunya (s. VII – VI a. C.)», *Cypsela*, 16, 195-211.
- GRAELLS, R., 2007: «El kyathos de la Cala Sant Vicenç (Mallorca): tipologia y origen», *Empúries*, 55, 95-122.
- GRAELLS, R., 2008a: *Análisis de las manifestaciones funerarias en Catalunya durante los ss. VII y VI a.C. Sociedad y cultura material: la asimilación de estímulos mediterráneos*, Tesis doctoral, Universitat de Lleida.
- GRAELLS, R., 2008b: *La necrópolis protohistòrica de Milmanda (Vimbodí, Conca de Barberà, Tarragona). Un exemple del món funerari català durant el trànsit entre els segles VII i VI a. C.*, Tarragona.
- GRAELLS, R., 2008c: «Mistophoroi ilergetes en el siglo IV a. C.: el ejemplo de las tumbas de caballo de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, Catalunya, España)», *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums*, 55, 81-158.
- GRAELLS, R., 2009: «Banquet funerari i elements de banquet en tombes del nord-est de la península ibérica entre

- la primera edat del ferro i l'ibèrica antic», *Citerior*, 5, 189-218.
- GRAELLS, R., 2010a: *Las tumbas con importaciones y la recepción del Mediterráneo en el Nordeste de la Península Ibérica*, Lleida.
- GRAELLS, R., 2010b: «Uso y significado de los materiales mediterráneos en algunas tumbas del bajo Aragón (s. VII-VI a. C.): reflexiones sobre un sistema complejo», en F. Burillo (coord.), *Ritos y Mitos, VI Simposio sobre los Celtíberos* (Daroca, 27-29 noviembre 2008), 351-361, Segeda.
- GRAELLS, R., 2011: «Warriors and Heroes from the North-east of Iberia: A View from the Funerary Contexts», en T. Moore y X-L. Armada (eds.), *Atlantic Europe in the First Millenium BC: Crossing the Divide, 575-589*, Oxford.
- GRAELLS, R. y ARMADA, X.-L., 2011: «La «tumba del Soporte» de Calaceite a partir de los materiales del Musée des Antiquités Nationales de Saint Germain-en Laye», *Studi Etruschi*, 74, 17-37.
- GRAELLS, R., LORRIO, A. y QUESADA, F., 2014: *Cascos hispano-calcídicos. Símbolos de las élites guerreras celtibéricas*, Mainz.
- GRAELLS, R. y SARDÀ, S., 2005: «Entre careros, palomas y ciervos: la asimilación de estímulos mediterráneos a través de la Toreútica. El ejemplo del noreste de la Península Ibérica durante el s. VI a. C.», *Rivista di Studi Liguri*, 71, 5-28.
- GRAELLS, R. y SARDÀ, S., 2007: «La cratera de la tumba 184 de Agullana y otros soportes y pies calados de Cataluña y el Languedoc: aproximación al origen, uso y significado», *Rivista di Archeologia*, 31, 77-89.
- GRAELLS, R. y SARDÀ, S., 2010: «Respuestas materiales a estímulos ideológicos: instrumental de banquete en el noreste de la Península Ibérica (s. VII-VI a.C.)», en *Bollettino di Archeologia, XVII International Congress of Classical Archaeology* (Roma 22-26 Sept. 2008), 68-79, Roma.
- GRAU, I. y REIG, C., 2002-2003: «Sobre el uso de metales en la Contestania Ibérica: las evidencias de la Serreta», *Recerques del Museu d'Alcoi*, 11-12, 101-150.
- GREEN, M., 1989: *Symbol and Image in Celtic Religious Art*, Routledge, London.
- HÄGG, R. (ed.), 1992: *The iconography of greek cult in the Archaic and Classical Periods. Proceedings of the First International Seminar on Ancient Greek Cult, organised by the Swedish Institute at Athens and the European Cultural Centre of Delphi* (Delphi, 16-18 November 1990), Athènes-Liège.
- IAIA, C., 2006: «Strumenti da lavoro nelle sepolture dell'età del ferro italiana», en *Studi di Protohistoria in onore di Renato Peroni*, 190-201, Firenze.
- IGLESIAS, J. M., 2005: «Santander y Roma», en AA.VV, *Santander, historia de una ciudad*, 46-73, Santander.
- IZQUIERDO, I., 2003: «Seres híbridos en piedra. Un recorrido a través del imaginario de la muerte en Iberia», en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres Híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos. Actas del Seminario-Exposición Casa Velázquez-Museo Arqueológico Nacional* (Madrid, 7-8 de Marzo 2002), 261-292, Madrid.
- JANIN, T. y CHARDENON, N., 2000: «L'évolution des pratiques funéraires du Mailhacien au Grand-Bassin (IXe-VIIe s. av. n.è.): à propos des cimetières mailhacois...», en B. Debet et alii (eds.), *Archéologie de la mort, archéologie de la tombe au Premier Âge du Fer*, 59-64, Lattes.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J., 2002: *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J., 2003a: «La vajilla metálica entre el mundo orientalizante y la cultura ibérica: los «braseiros» de bronce del Museo de Cabra», en J. J. Blánquez (ed.), *Cerámicas orientalizantes del Museo de Cabra*, 149-183, Cabra.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J., 2003b: «Seres híbridos en el repertorio iconográfico de la toréutica orientalizante de la Península Ibérica», en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres Híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos. Actas del Seminario-Exposición Casa Velázquez-Museo Arqueológico Nacional* (Madrid, 7-8 de Marzo 2002), 231-260, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J., 2006-2007: «La vajilla de bronce en la edad del hierro del Mediterráneo occidental: procesos económicos e ideológicos», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 16-17, 300-309.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., TORRE, J. I.; BERZOSA, R y MARTÍNEZ, P., 2004: *La necrópolis celtibérica de Numancia*, Soria.
- KARAGEORGHIS, V. y LO SCHIAVO, F., 1989: «A west mediterranean Obelos from Amathus», *Rivista Studi Fenici*, 17 (1), 14-32.
- KROMER, K. y EHGARTNER, W., 1959: *Das Gräberfeld von Hallstatt*, Florencia.
- KURTZ, D. y BOARDMANN, J., 1971: *Greek Burial Customs*, New York.
- KURTZ SHAEFER, W. S., 1982: «Material relacionado con el fuego aparecido en las necrópolis de Las Cogotas y La Osera», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 16, 52-54.
- KURTZ SHAEFER, W. S., 2003: «Los hierros de Cancho Roano», en S. Celestino et alii (eds.), *Cancho Roano VIII: Los materiales arqueológicos I*, 293-366, Mérida.
- LABEAGA, J. C., 1999-2000: *La Custodia, Viana, Vareia de los Berones*, Pamplona.
- LE MEAUX, H., 2003: «Imitations et appropriations des images d'êtres hybrides sur les objets orientalisants de la Péninsule Ibérique. Transmission des modèles», en I. Izquierdo y H. Le Meaux (coords.), *Seres Híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos. Actas del Seminario-Exposición Casa Velázquez-Museo Arqueológico Nacional* (Madrid, 7-8 de Marzo 2002), 183-210, Madrid.
- LEQUOY, M. C., 1993: «Le dépôt funéraire de La Mailleraie-Sur-Seine (Seine-Maritime), en J. L'Helgouach (dir), *Les Celtes en Normandie. Les rites funéraires en Gaule (IIIe - Ier siècle avant J.-C)*, 121-133, Rennes.
- LLANOS, A., 1990: «Necrópolis del Alto Ebro», en F. Burillo (coord.), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, 137-147, Zaragoza.

- LLANOS, A., 2007-2008: «El rito de las cabezas cortadas, en el poblado de La Hoya (Laguardía. Álava)», *Veleia*, 24-25, 1273-1281.
- LLINAS, C. y ROBERT, A., 1971: «La nécropole de Saint Julien à Pézenas (Hérault). Fouilles 1969 et 1970», *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 4, 1-33
- LÓPEZ CACHERO, F. J., 2005: *La necrópolis de Can Pitteu-Can Roqueta (Sabadell) en el contexto del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Vallès: estudio de los materiales cerámicos*, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.
- LÓPEZ CACHERO, F. J., 2007: «Sociedad y economía durante el Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el Noreste Peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas», *Trabajos de Prehistoria*, 64 (1), 99-120.
- LÓPEZ CACHERO, F. J., 2008: «Necrópolis de incineración y arquitectura funeraria en el noreste de la Península Ibérica durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro», *Complutum*, 19, 139-171.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., 1987: «Las cabezas cortadas en la Península Ibérica», *Gerión*, 5, 245-252.
- LORRIO, A. J., 1997: *Los Celtíberos*, Alicante.
- LORRIO, A. J., 2014: *La necrópolis orientalizante de Boliche (Cuevas del Almanzora, Almería)*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 43, Madrid.
- LORRIO, A., ALMAGRO-GORBEA, M., JIMÉNEZ ÁVILA, J., MEDEROS, A. y TORRES, M., 2006-2008: *La necrópolis de Medellín. I-II*, Madrid.
- LORRIO, A. y SÁNCHEZ DE PRADO, M^a. D., 2009: *La necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza)*, Zaragoza.
- LUCAS, M^a R., 1982: «El *thymiaterion* de Calaceite (Teruel)», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 16, 20-28.
- LUCAS, M^a R., 1991: «Bandeja etrusca de borde perlado hallada en el poblado de Peña Negra (Crevente, Alicante)», en I. Remesal y O. Musso (coords.), *La presencia del material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica*, 337-368, Barcelona.
- LUCAS, M^a R., 2003-2004: «*Simpulum* y bebida, marcadores de prestigio y jefatura durante el Hierro I (s. VII/VI a. C.: entre el Hérault y el Ebro)», *Kalathos*, 22-23, 95-134.
- LUCAS, M^a R., BLASCO, M^a C., ROVIRA, S., BARRIO, J., GUTIÉRREZ, C. y PARDO, A., 2004: «Instrumental relacionado con el fuego y el banquete», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 30, 57-75.
- MALUQUER, J., 1953: «La necrópolis de la Edad del Hierro de La Torraza, en Valtierra (Navarra)», *Príncipe de Viana*, 14, 243-269.
- MALUQUER, J., 1958: *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra: estudio crítico II*, Pamplona.
- MALUQUER, J., 1963: «Sobre el uso de morillos durante la Edad del Hierro en la Cuenca del Ebro», *Príncipe de Viana*, 90, 29-39.
- MALUQUER, J., 1985: «Cortes de Navarra. Exploraciones de 1983», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 4, 41-64.
- MALUQUER, J. y VÁZQUEZ DE PARGA, L., 1956: «Avance del estudio de la necrópolis de La Atalaya, Cortes de Navarra», *Príncipe de Viana*, 17, 389-454.
- MALUQUER, J. y VÁZQUEZ DE PARGA, L., 1957a: «La necrópolis de la Edad de Hierro de La Torraza, en Valtierra (Navarra)», en *Excavaciones en Navarra V (1952-1956)*, 15-41, Pamplona.
- MALUQUER, J. y VÁZQUEZ DE PARGA, L., 1957b: «Avance del estudio de la necrópolis de La Atalaya, Cortes de Navarra», en *Excavaciones en Navarra V (1952-1956)*, 123-188, Pamplona.
- MANCERO, J., 2000: «Análisis de los objetos metálicos en el período orientalizante y su conexión con el mundo fenicio. Los cuchillos afalcatados», en M. E. Aubet y M. Barthélemy (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, Vol. IV, 1825-1834, Cádiz.
- MANDOLESI, A. y SANNIBALE, M. (ed.), 2012: *Etruschi. L'ideale eroico e il vino lucente*, Milano.
- MARCO, F., 1994: «Heroización y tránsito acuático: sobre las diademas de Moñes (Piloña, Asturias)», en J. Alvar y J. Mangas (eds.), *Homenaje a José María Blázquez*, vol. II, 319-348, Madrid.
- MARCO, F., 1999: «Sacrificios humanos en la Celta antigua: entre el estereotipo literario y la evidencia interna», *Archiv für Religionsgeschichte*, 1 (1), 1-15.
- MARTÍN VALLS, R., 1984: «Prehistoria palentina», en *Historia de Palencia*, 1, 15-53, Palencia.
- MARTÍN VALLS, R., 1990: «Los *simpula* celtibéricos», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 56, 145-169.
- MARTINELLI, M. y PAOLUCCI, G., 2006: *Guide a luoghi etruschi*, Firenze.
- MARTÍNEZ CASTRO, A. y TRISTELL, F. J., 2000: «Nuevos aspectos sobre los llamados «braserillos» ibéricos a la luz de un reciente descubrimiento. El conjunto de Cuesta del Espino (Córdoba)», *Antiquitas*, 11-12, 19-26.
- MARTÍNEZ HUALDE, A. y VICENTE, J., 1966: *El poblado ibérico de Puig Castellar. Excavacions dels anys 1954-1958*, Barcelona.
- MAYA, J. L., 1998: «El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro», en I. Barandiarán et alii (eds.), *Prehistoria de la Península Ibérica*, 317-415, Barcelona.
- MAYORAL, V., CHAPA, T., MARCOS, F. y MADRIGAL, A., 1999: «Instrumental agrícola en el poblado ibérico de Castellones de Ceal», en *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena 1997)*, vol. 4, 735-745, Cartagena.
- MÉNIEL, P., 1992: *Les sacrifices d'animaux chez les gaulois*, Paris.
- METZLER, J., 1993: «Les sépultures de l'aristocratie en Gaule Belgique», en J. L'Helgouach (dir.), *Les Celtes en Normandie. Les rites funéraires en Gaule (IIIe - Ier siècle avant J.-C)*, 267-277, Rennes.
- METZLER, J., WARINGO, J., BIS, R. y METZLER-ZENS, N., 1989: «La riche tombe d'un prince gaulois», *Archaeologia*, 249, 18-25.
- MOLINERO, A., 1971: *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, Madrid.

- MONEO, T., 2003: *Religio Ibérica. Santuarios, ritos y divinidades (s. VII – I a. C.)*, Madrid.
- MONTERO, S., 2009: «Banquete y mundo funerario entre los etruscos», en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, 53-64, Valladolid.
- MUNILLA, G., 1991: «Elementos de influencia etrusca en los ajuares de las necrópolis ibéricas», en I. Remesal y O. Musso (coords.), *La presencia del material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la Península Ibérica*, 107-176, Barcelona.
- NEGUERUELA, I., 1990: *Los monumentos escultóricos Ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén): estudio sobre su estructura interna, agrupamientos e interpretación*, Madrid.
- NEUMAIER, J., 1996: «Colgantes zoomorfos de las costas valenciana y catalana», *Quaderns de prehistoria i arqueologia de Castelló*, 17, 255-261.
- NEUMAIER, J., 2006: «Mito, artesanía e identidad cultural: los ‘campos de urnas’ peninsulares y languedocienses a la luz de elementos ‘italianizantes’. A propósito del paradigma de los urnenfelder ‘norte’ y ‘sur’ entorno del 1300 – 700 arq. ane», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 25, 147-166.
- NICOLINI, G., 1968: «Gestes et attitudes cultuels des figurines de bronze ibériques», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 4, 27-50.
- NICOLINI, G., 1990: *Techniques d'ors antiques. La bijouterie ibérique du VII au VI siècle*, Paris.
- OLIVA, M. y RIURÓ, F., 1968: «Nuevos hallazgos en la necrópolis hallstática de Anglés (Gerona)», *Pyrenae*, 4, 67-100.
- OLIVER, A., 2014: «La necrópolis de la Solivella: Nuevas visiones, nuevas propuestas», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 40, 67-79.
- PACHÓN, J. A., CARRASCO, J. L. y ANÍBAL, C., 2009: «Producción anfórica andaluza y decoración figurativa orientalizante. Análisis interno y proyección iconográfica: el paradigma de Cerro Alcalá», *Antiquitas*, 21, 71-96.
- PALOL, P., 1958: *La necrópolis hallstática de Agullana (Gerona)*, Madrid.
- PASTOR, J. M., 2010: «Doble espiral y eses en serie: símbolos gráficos de ‘cadencia’ en las culturas ibérica y celtibérica», en F. Burillo (coord.), *Ritos y Mitos, VI Simposio sobre los Celtíberos* (Daroca, 27-29 noviembre 2008), 473-484, Segeda.
- PELLICER, M., ESCACENA, J. L. y BENDALA, M., 1983: *El Cerro Macareno*, Madrid.
- PEREA, A., 2006: «Entre la metáfora y el mito. La representación simbólica de lo femenino en la sociedad ibérica», *Marq, Arqueología y Museos*, 1, 49-68.
- PEREIRA, J., CHAPA, T., MADRIGAL, A., URIARTE, A. y MAYORAL, V., 2004: *La Necrópolis ibérica de Galeira (Granada)*, Madrid.
- PÉREZ CASAS J. A., 1985: «La necrópolis de incineración de Cabezo Ballesteros. Épila, Zaragoza», en *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, 419-434, Zaragoza.
- PÉREZ CASAS J. A., 1990: «Las necrópolis de incineración del Bajo Jalón», en F. Burillo (coord.), *Necrópolis Celtibéricas, II Simposio sobre los Celtíberos*, 111-121, Zaragoza.
- PÉREZ RUBIO, A., 2010-2011: «Influencia de la iconografía mediterránea en la plástica celta de La Tène», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 46, 153-178.
- PITA, R. y DIEZ CORONEL, L., 1968: «La necrópolis de Roques de San Formatge en Serós (Lérida)», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 59, 3-71.
- PONS, E. y VILA, M., 1977: «Nuevos aportes al estudio de la necrópolis de Perelada», en *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología*, 681-694, Zaragoza.
- POUX, M., 2009: «Banquete y consumo del vino en la Galia a finales de la Edad del Hierro», en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, 92-110, Valladolid.
- PRADOS, L., 1996: «Imagen, religión y sociedad en la toréutica ibérica», en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, vol. 1, 131-143, Madrid.
- PY, M., 2009: *Lattara. Lattes Hérault. Comptoir gaulois méditerranéen entre Étrusques, Grecs et Romains*, Paris.
- QUESADA, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a. C.)*, Montagnac.
- RAFEL, N., 2003: *Les necrópolis tumulàires de tipus baixaragonès: les campanyes de l'Institut d'estudis Catalans al Matarranya*, Barcelona.
- RAFEL, N., 2005: «Los soportes de Calaceite y las manufacturas ornamentales en bronce del Ibérico antiguo», en S. Celestino y F. J. Jiménez Ávila (eds.), *El Periodo Orientalizante, Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, 491-501, Mérida.
- REQUEJO, J., 1978: «La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara*, 5, 49-62.
- RODRÍGUEZ ARIZA, M^a O., 2014: *La necrópolis ibérica de Tútugi. 2000-2012*, Jaén.
- ROLLEY, C., 2002: «Produzione e circolazione dei bronzi nella Magna Grecia», en A. Giunlia y M. Rubinich (a cura di), *Le arti di Efesto. Capolavari in metallo dalla Magna Grecia*, 51-57, Trieste.
- ROMERO, F., SANZ, C. y GÓRRIZ, C., 2009: «El vino entre las élites vacceas. De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo», en C. Sanz y F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, 225-251, Valladolid.
- ROVIRA, C., 2002: «Els objectes metàl·lics», en E. Pons (ed.), *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*, 333-367, Girona.
- ROVIRA, J., 1990-91: «Reflexiones sobre los primeros Campos de Urnas en la Península Ibérica: una arribada marítima», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15, 157-171.

- ROVIRA, S., MONTERO, I., ORTEGA, J. y JIMÉNEZ ÁVILA, F. J., 2005: «Bronce y trabajo del bronce en el poblado orientalizante de 'El Palomar' (Oliva de Mérida, Badajoz)», *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, 35, 1231-1240.
- ROYO, I., 1990: «Las necrópolis de los Campos de Urnas del Valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico», en F. Burillo (coord.), *Necrópolis Celtibéricas, II Simposio sobre los Celtiberos*, 123-136, Zaragoza.
- ROYO, I., 1994-1996: «Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de Los Castelletes de Mequinenza (Zaragoza): Una aportación al estudio del Bronce Final/Hierro I en el N.E. peninsular», *Taules Rodones d'Arqueologia*, 3-5, 93-108.
- ROYO, I., 2000: «Tipología funeraria, ritos y ofrendas en las necrópolis del valle del Ebro durante la primera Edad del Hierro (s. VIII – s. V a. C.) (Aragón)», en B. Debet et alii (eds.), *Archéologie de la mort, archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer*, 41-58, Lattes.
- RUIZ DE ARBULO, J., 1996: «La asociación de jarras y palanganas tartesias e ibéricas. Una propuesta de interpretación», *Revista de Estudios Ibéricos*, 2, 173-199.
- RUIZ MATA, D., 1994: «El Vino en época Prerromana en Andalucía Occidental», en S. Celestino (ed.), *Arqueología del vino, los orígenes del vino en Occidente, Primer Simposio de Arqueología del vino*, 157-212, Jerez de la Frontera.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1985: *Los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2001: «Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas», en M. Ruiz-Gálvez (coord.), *La Edad del Bronce, ¿Primera edad de oro de España? Sociedad, economía e ideología*, 257-288, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A., 1999: «Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico», en J. A. Arenas y M^a V. Palacios (eds.), *El origen del mundo celtibérico*, 21-36, Molina de Aragón.
- RUIZ ZAPATERO, G., MARTÈNS ALFARO, G., CONTRERAS MARTÍNEZ, M. y BAQUEDANO, E., 2012: *Los últimos carpetanos. El oppidum de El Llano de la Horca (Santoraz, Madrid)*, Madrid.
- SALA, F. y HERNÁNDEZ, L., 1988: «La necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante): aspectos funerarios ibéricos del siglo IV a. C. en el corredor del Vinalopó», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19, 221-266.
- SÁNCHEZ, J., 2004: «La arquitectura de la necrópolis de Galera», en J. Pereira et alii (eds.), *La necrópolis ibérica de Galera (Granada)*, 195-212, Madrid.
- SANMARTÍ, E., 1993: *Una tomba de guerrier de la primera edat del ferro trobada a Llinars del Vallés (Vallés Oriental, Barcelona)*, Granollers.
- SANMARTÍ, E., BARBERÀ, J., COSTA, F. y GARCIA, P., 1982: «Les troballes funeràries d'època ibèrica arcaica de la Granja Soley (Santa Perpètua de Mogoda, Vallés Occidental, Barcelona)», *Ampurias*, 44, 71-103.
- SANTAPAU, M^a C., 2003: «Instrumental médico-quirúrgico de Segobriga (Saelices, Cuenca). Hallazgos de las campañas de excavación 1999-2002», *Bolskan*, 20, 287-295.
- SANZ MÍNGUEZ, C., 1997: *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Salamanca.
- SARDÀ, S., 2010: «El giro comensal: nuevos temas y nuevos enfoques en la Protohistoria peninsular», *Heraklion*, 3, 37-65.
- SARDÀ, S., FATÁS, L. y GRAELLS, R., 2010: «Prácticas rituales, comensalidad e ideología en un espacio de transición. Ámbitos diferenciales en la Terra Alta-Matarraña (s. VII – VI a. C.)», en F. Burillo (coord.), *Ritos y Mitos, VI Simposio sobre los Celtiberos* (Daroca, 27-29 noviembre 2008), 45-46, Segeda.
- SCHATTNER, T. G., 2013: «Sobre la interpretación de la diadema de Moñes», *Paleohispanica*, 13, 717-752.
- SCHEID, J., 1985: «Sacrifice et banquet à Rome. Quelques problèmes», *Mélanges de l'École Française de Rome Antiquité*, 97 (1), 193-206.
- SCHÖNFELDER, M., 2002: *Das spätkeltische Wagengrab von Boé (Dep. Lot-et-Garonne): Studien zu Wagen und Wagengräbern der jüngeren Latènezeit*, Tesis Doctoral, Universidad Philipps-Universität Marburg.
- SCHÜLE, W., 1960: «Reconstrucción del 'thymiaterion' de Calaceite», *Archivo Español de Arqueología*, 33, 157-160.
- SCHÜLE, W., 1969: *Die Mesesta Kulturen der Ibersichen Halbinsel*, 2 vol., Berlín.
- SMITH, C., 1996: «Dead Dogs and Rattles. Time, Space and Ritual Sacrifice in Iron Age Latium», en J. B. Wilkins (ed.), *Approaches to the Study of Ritual, Italy and the Ancient Mediterranean*, 73-90.
- SOLIER, Y., RANCOULE, G. y PASSELAC, M., 1976: *La nécropole de «Las Peyros» VIe siècle av. J.-C. a Couffoulens (Aude)*, Paris.
- SOLIER, Y., RANCOULE, G. y PASSELAC, M., 1981: «La nécropole de «Las Peyros» à Couffoulens (Aude): découverte d'un nouveau groupe de tombes», *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 1-53.
- SOPEÑA, G., 1987: *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza.
- SOPEÑA, G., 2004: «El mundo funerario celtibérico como expresión de un Ethos agonístico», *Historiae*, 1, 56-108.
- STRØM, I., 1992: «Obeloi of pre- or proto-monetary value in the Greek sanctuaries», en T. Linders y B. Alroth (eds.), *Economics of cult in the Ancient Greek World, Proceedings of the Uppsala Symposium 1990*, 41-51, Uppsala.
- TAGLIENTE, M., 1985: «Elementi del banchetto in un centro arcaico della Basilicata (Chiaromonte)», *Mélanges de l'École Française de Rome Antiquité*, 97 (1), 159-191.
- TARACENA, B., 1932: *Excavaciones en la provincia de Soria*, Madrid.

- TEJA, R. e IGLESIAS, J. M., 1988: «El elemento indígena y el elemento romano en la arquitectura de Julióbriga: el ejemplo de la Casa de los Morillos», en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua* (Santiago de Compostela, 1986), 531-544, Santiago de Compostela.
- TENDERO, M. y LARA, G., 2003: «Materiales higiénico-sanitarios de *Ilici* (La Alcudia, Elche, Alicante)», *Bolskan*, 20, 201-214.
- TORRES, M., 1996: «La cronología de los túmulos A y B de Setefilla. El origen del rito de la cremación en la cultura tartésica», *Complutum*, 7, 147-162.
- TRELLISÓ, L., 2001: «La acción del fuego sobre el cuerpo humano: la antropología física y el análisis de las cremaciones antiguas», *Cypsela*, 13, 87-98.
- UROZ, H., 2012: *Prácticas rituales, iconografía vascular y cultura material en Libisosa (Lezuza, Albacete). Nuevas aportaciones al Ibérico Final del Sudeste*, Alicante.
- VAN STRATEN, F., 1995: *Hierà Kalá. Images of Animal sacrifice in Archaic and Classical Greece*, Leiden-New York-Köln.
- VIDAL, M^a M., 1973: «Iconografía del grifo en la Península Ibérica», *Pyrenae*, 9, 7-152.
- VILLARD, A., 1993: «Composition et disposition du mobilier dans les tombes aristocratiques bituriges (Ier s. avant J.C. – Ier s. après J.C.)», en J. L'Helgouach (dir.), *Les celtes en Normandie. Les rites funéraires en Gaule (IIIe – Ier siècle avant J.C.)*, 245-265, Rennes.

Recepción: 20-01-2015
Aceptación: 01-09-2015